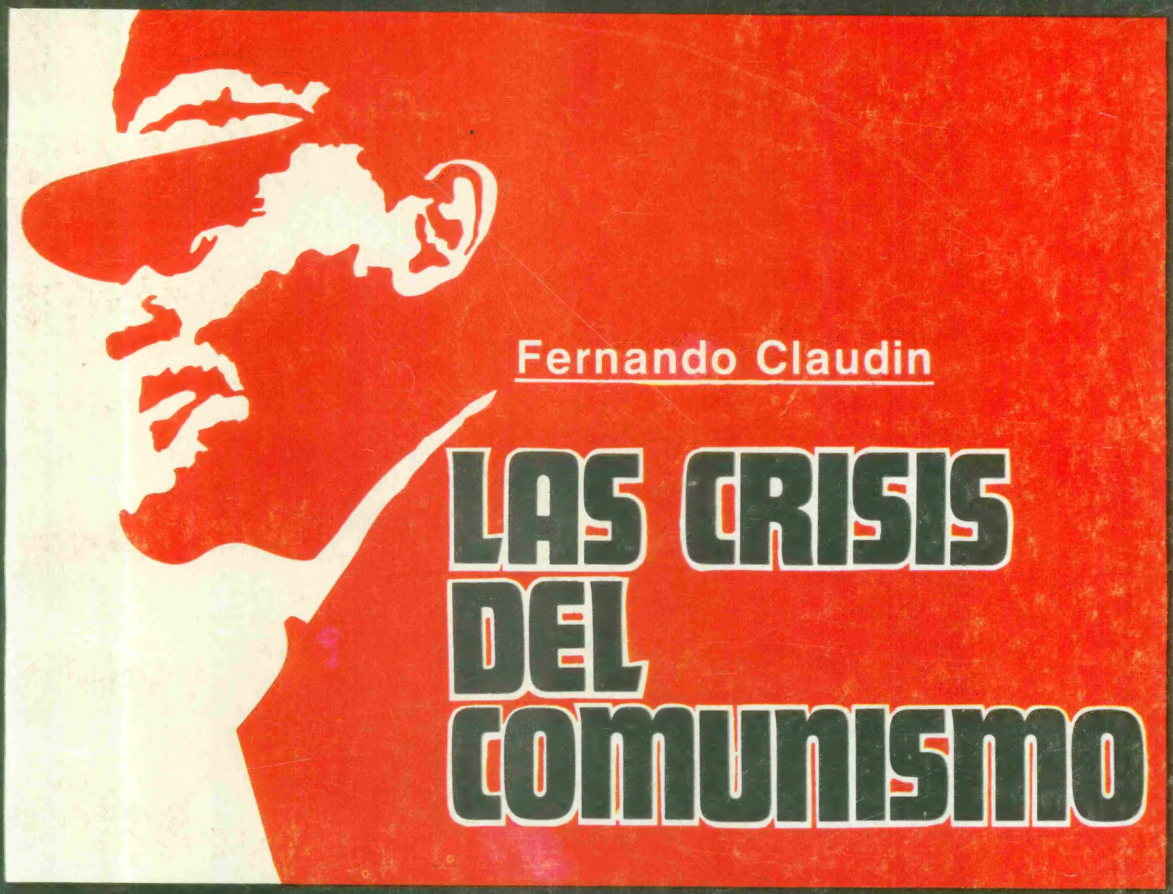
TIEMPO de HISTORIA

AÑO II • NUM. 15 • 60 PESETAS



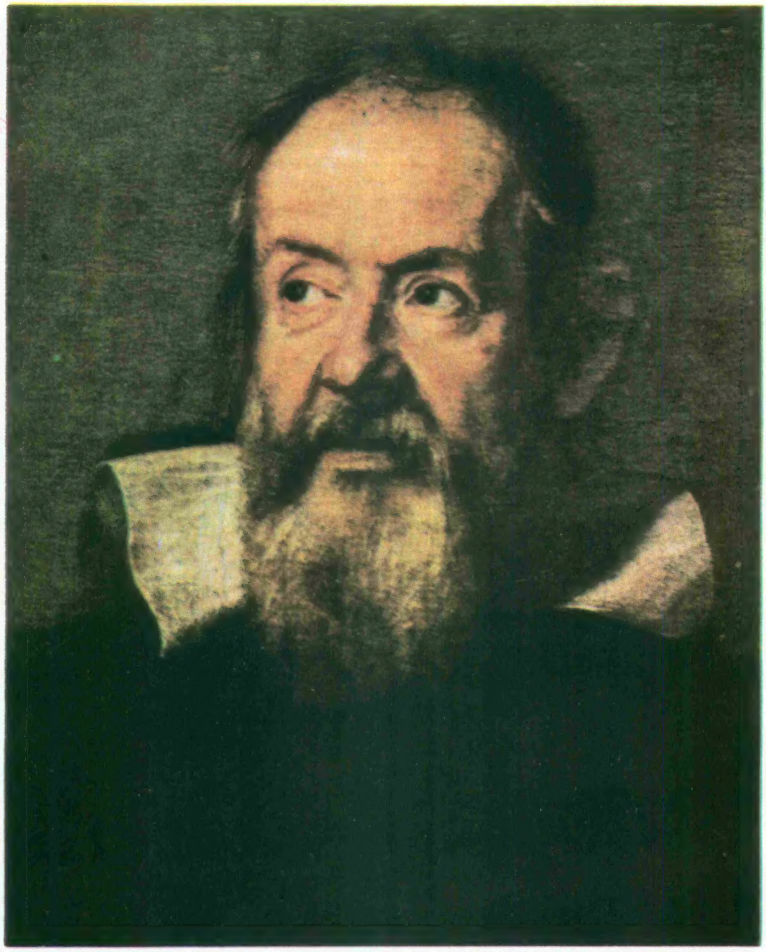
Fernando Claudin

LAS CRISIS DEL COMUNISMO

Antonio Gala

"¿POR QUE CORRES ULISES?"

"GALILEO"



Galileo Galilei, retrato por G. Susterman (Galería Uffizi, Florencia)

Texto íntegro del guión de la película de LILIANA CAVANI

EN EL PROXIMO NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA

SUMARIO

AÑO II • NUM. 15 • FEBRERO 1976 • 60 PESETAS

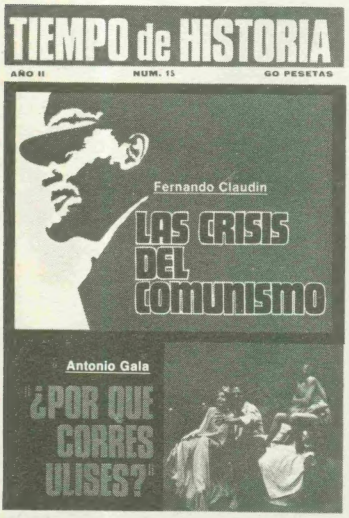


FOTO DE PORTADA: Mary Carrillo, Victoria Vera y Alberto Closas, en la comedia de Antonio Gala «¿Por qué corres, Ulises?».

Lou von Salomé (véase reportaje en páginas interiores)

COPYRIGHT BY TIEMPO DE HISTORIA 1974. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia. TIEMPO DE HISTORIA no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.

Págs.

FERNANDO CLAUDIN: LAS CRISIS DEL COMUNISMO. Una entrevista de María Ruipérez y Manuel Pérez Ledesma 4-19

CASTELLANOS Y CATALANES (UNA FIESTA DE HERMANDAD EN 1930), por Víctor Manuel Arbeloa 20-31

RICARDO MELLA: NACIMIENTO Y MUERTE DE UN ANARQUISTA, por J. A. Durán 32-47

EL ENIGMA DE LOU VON SALOME, por María Ondina Braga 48-59

KURT WEILL: UN NUEVO LUGAR PARA LA MUSICA, por Juan Antonio Hormigón 60-69

«¿POR QUE CORRES, ULISES?». Texto íntegro de la obra teatral de Antonio Gala 70-101

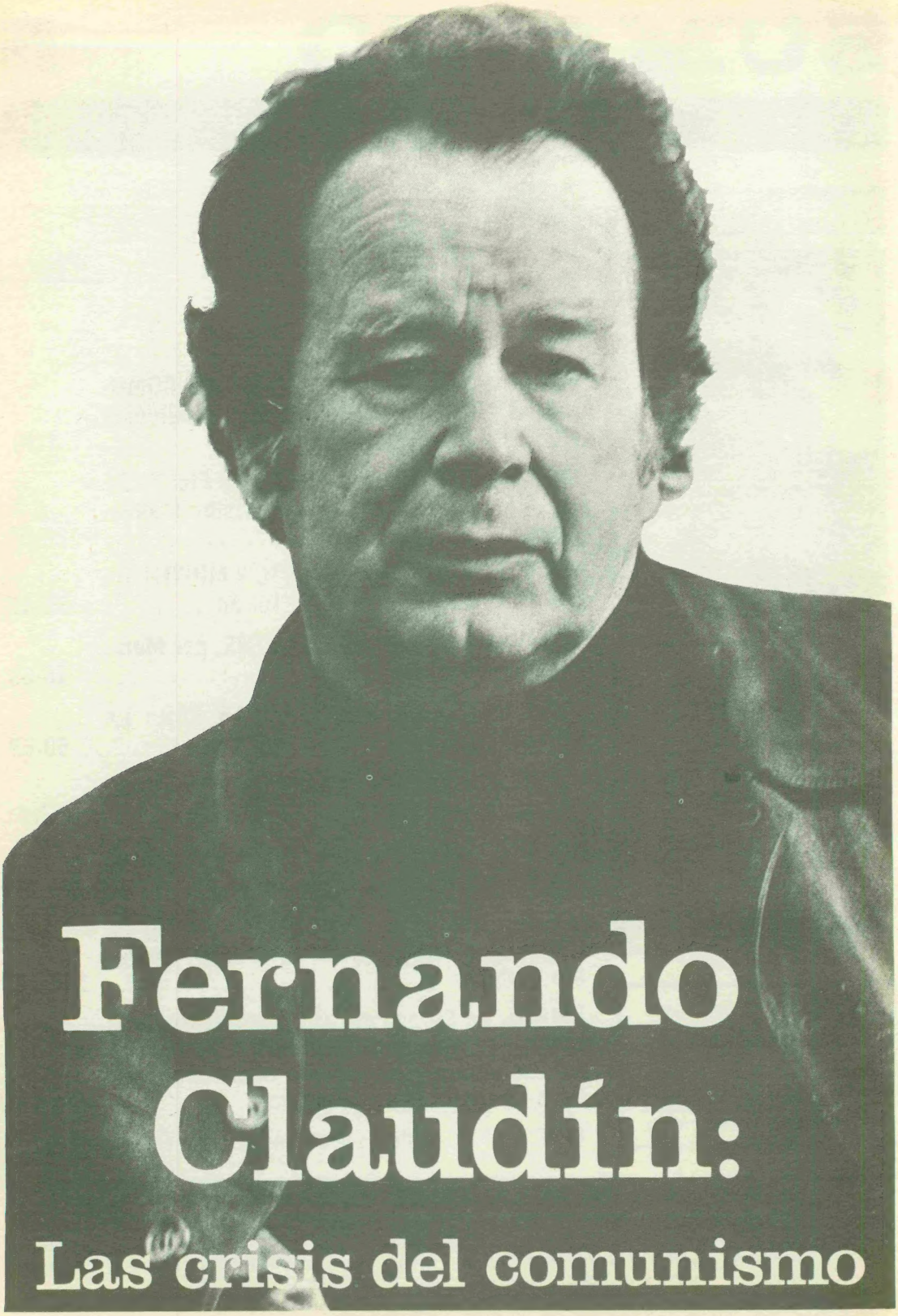
ESPAÑA 1946. Selección de textos y gráficos por Fernando Lara y Diego Galán 102-115

LO QUE DIO DE SI (A PESAR DE TODO) EL CENTENARIO DE ANTONIO MACHADO, por Pablo Corbalán 116-120

LIBROS: La España del XVIII; El fracaso de la revolución industrial; El derecho de asociación obrera; Diálogos del individualismo; Para no marchar al matadero 121-127

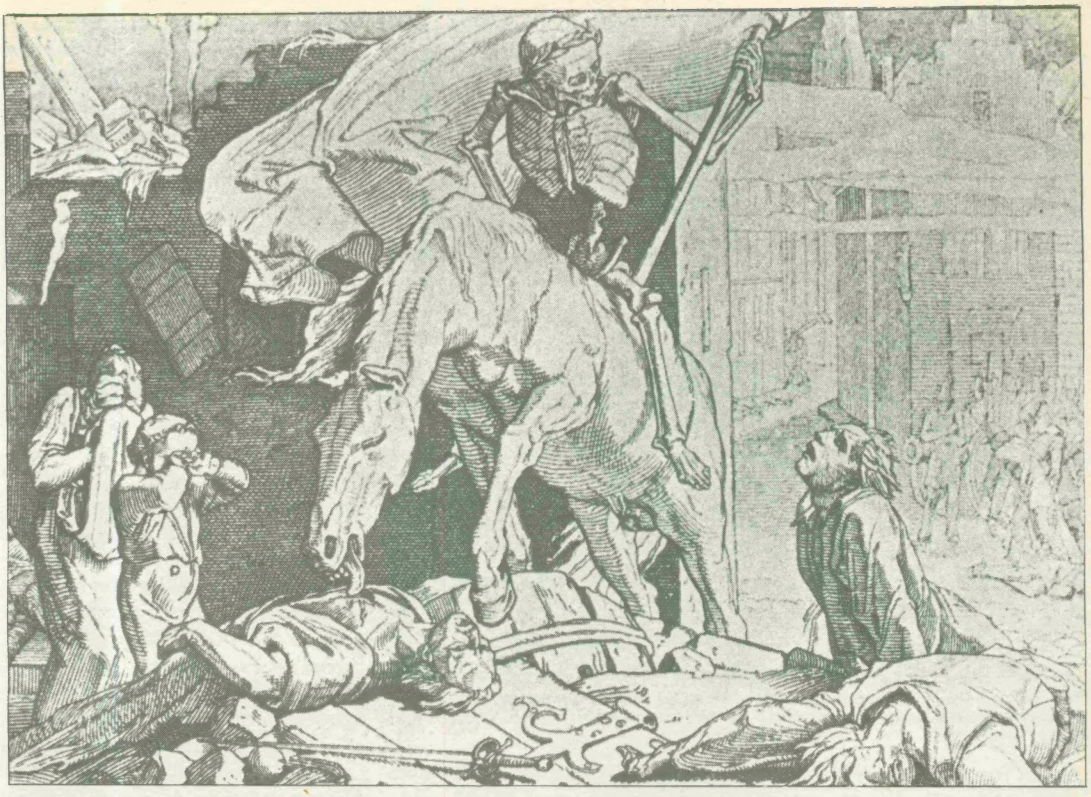
CINE: La Pasión de Gaspar Hauser, por F. L. 128-129

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN.** SECRETARIO DE REDACCION: **FERNANDO LARA.** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00*. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Avenida Generalísimo, 87. Teléfono 279 77 15. MADRID-16, y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 227 28 71. BARCELONA-11. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M. 20.624-1975.



Fernando Claudín:

Las crisis del comunismo

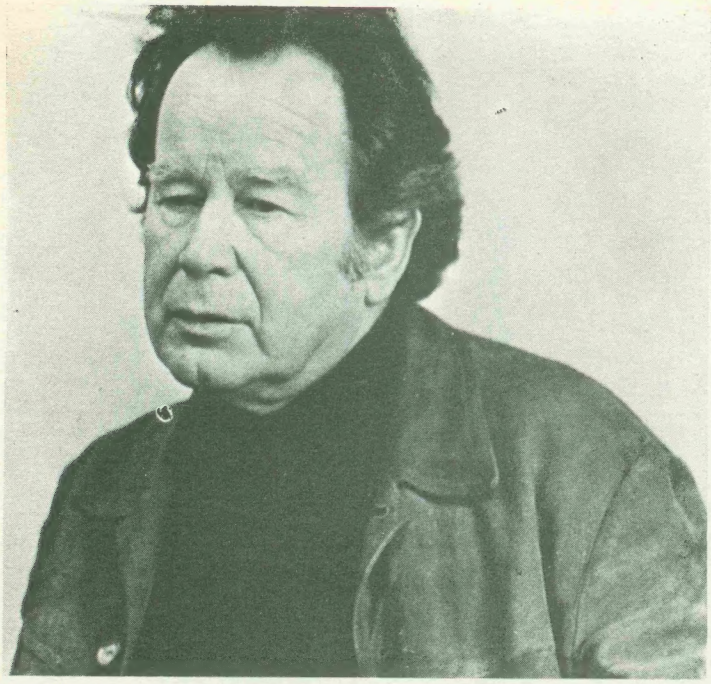


La aparición del último libro de Fernando Claudín, «Marx, Engels y la revolución de 1848», ha coincidido con su regreso a España después de treinta y seis años de ausencia obligada. (En el grabado, alegoría de dicho movimiento revolucionario, por Alfred Rethel).

Una entrevista de María Ruipérez y Manuel Pérez Ledesma

AL margen de su conocida actividad política, durante más de treinta años de su vida, Fernando Claudín ha desarrollado en la última década una intensa labor de investigación histórica centrada en algunos de los temas capitales de la evolución del movimiento obrero europeo. La publicación en 1970 del tomo I de **La crisis del movimiento comunista** *demostraba ya su voluntad de enfrentarse, con espíritu crítico, a uno de los problemas más espinosos y polémicos de la historia de nuestro siglo. En esta misma línea, sus trabajos posteriores —en especial, los estudios introductorios a los* **Escritos económicos** *de Lenin (Madrid, 1974), y a la edición de las obras polémicas de Kautsky* **(La dictadura del proletariado)** *y Lenin* **(La revolución proletaria y el renagado Kautsky)***—reflejan un claro propósito de penetrar en las raíces teóricas de la escisión del movimiento obrero derivada de la revolución rusa. Por fin, su último libro* **Marx, Engels y la revolución de 1848** *(Madrid, 1975), cuya aparición coincidió con su vuelta a España, después de treinta y seis años de ausencia obligada, cierra un ciclo de investigación, cuya repercusión en nuestro país ha sido hasta el presente, y por razones obvias, inferior a lo que estos trabajos merecen.*

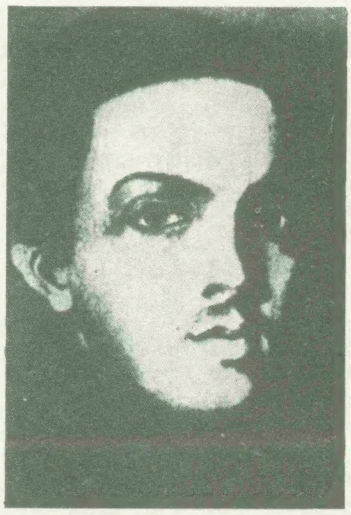
Es difícil agotar, e incluso plantear en el marco de una simple entrevista, todos los temas sobre los que la investigación y la capacidad crítica de Fernando Claudín han arrojado luces nuevas y removido el universo de verdades consagradas. Después de varias charlas, de las que esta entrevista recoge un resumen parcial, las preguntas aún podrían prolongarse de forma interminable. Pero hemos preferido limitarnos a algunas cuestiones clave, capaces de ofrecer una primera panorámica de las opiniones de un personaje cuya honestidad política y rigor intelectual están fuera de toda duda.



Para Claudín, «la revolución de 1848 ha sido, junto con la Comuna, uno de los dos grandes acontecimientos revolucionarios del XIX producidos durante la vida de Marx y Engels».

—La mayoría de los «marxólogos» han estudiado temas como el «joven Marx» o las concepciones del Marx maduro; pero hasta ahora muy pocos autores se habían preocupado por examinar, como tú te has propuesto en tu último libro, la participación de Marx y Engels en la revolución de 1848. ¿Por qué elegiste este tema? ¿Qué importancia tiene, en tu opinión, esta etapa de la vida de ambos?

—Hay una serie de razones que me impulsaron a este estudio. La revolución de 1848 ha sido, junto con la Comuna, uno de los dos grandes acontecimientos revolucionarios del siglo XIX que se produjeron durante la vida de Marx y Engels. Esta revolución, además, es la única en que participan directamente, y se sitúa en un momento crucial de su vida y de su obra: Marx tiene treinta años, y Engels veintiocho; han elaborado ya los fundamentos de su concepción teórica, el materialismo histórico; y esta elaboración no había sido para ellos un pasatiempo intelectual. Se trataba precisamente de forjar los instrumentos teóricos de esta revolución que ellos juzgaban inminente. De ahí su ingreso en la Liga de los Justos, y la transformación de esta organización en la Liga de los Comunistas; y también la redacción del **Manifiesto Comunista**, que no es un documento que se sitúe fuera de la historia, sino la plataforma estratégica y táctica de esa revolución que veían venir. La revolución del 48 es, por eso, la gran prueba de fuego de la teoría de Marx, su primer test histórico. Y esta experiencia práctica repercute a su vez en la teoría, deja una gran huella en toda su obra y en toda su actuación política posterior. Por estas razones, me pareció interesante, ya hace mucho tiempo, el trabajar sobre este tema, y me llamó la atención el que hasta ahora se hubiera prestado tan poco interés al estudio de este período de la biografía de Marx. Tal vez, como apunto en mi libro, pueda explicarse este hecho por dos razones que se articulan. En primer lugar, la actitud acrítica que ha existido, en general, ante los autores clásicos del marxismo en las corrientes principales del movimiento obrero. Y en relación con la revolución del 48, Marx



La revolución del 48 se sitúa en un momento crucial de la vida y de la obra de Marx y Engels: tienen 30 y 28 años, respectivamente, y ya han elaborado los fundamentos del materialismo histórico. Estas imágenes (Marx, a la izquierda) les muestran en su etapa juvenil.

y Engels se equivocan en algunas cuestiones importantes. De ahí que el tema resultase espinoso para los que se encontraban en esa actitud reverencial... Además, el hecho de que en este período de la actuación de Marx hay algunas posiciones, sobre todo tácticas, que están en contradicción con las actitudes de la socialdemocracia de finales del siglo XIX y comienzos del XX, y también, en lo que se refiere a la concepción del partido, con la corriente leninista.

—Acabas de hablar de equivocaciones de Marx y Engels en su análisis de la revolución, y nos gustaría que explicaras con detalle cuáles fueron estos errores.

—La revolución del 48 tuvo fundamentalmente un carácter democrático-burgués; pero con una importante veta proletaria, con una destacada participación del proletariado, sobre todo en Francia. Es decir: los objetivos esenciales de la revolución fueron la liquidación de las supervivencias feudales en las estructuras y superestructuras, y la conquista del Estado nacional por diversas burguesías (la burguesía alemana, la italiana, la húngara...). El error de Marx y Engels fue considerar que la revolución tenía fundamentalmente un carácter proletario, como consecuencia de que el capitalismo —pensaban ellos— había llegado al final de sus posibilidades históricas.

Sabían, claro está, que la penetración del capitalismo en Alemania era todavía escasa y que incluso en Francia no dominaba aún la gran industria, pero consideraban que el centro del sistema capitalista, Inglaterra, había llegado a su plena madurez para la revolución. La victoria de la revolución proletaria en Inglaterra sería el comienzo del fin del sistema, aunque esta revolución hubiera de pasar por diversas etapas en países como Alemania, resolviendo «de paso» las tareas democrático - burguesas.

Manifest
der
Kommunistischen Partei.

Veröffentlicht im Februar 1848.

Proletarier aller Länder vereinigt euch.

London.

Gedruckt in der Office der „Bildungs-Gesellschaft für Arbeiter" von J. E. Burgart
46, Liverpool Street, Bishopsgate.

Marx y Engels concretizaron su teoría política en el «Manifiesto Comunista», del que la revolución del 48 vendría a ser gran prueba de fuego, su primer test histórico.

—Este error de Marx, ¿tenía alguna justificación teórica, o fue exclusivamente el resultado de un exagerado optimismo?

—La raíz teórica de esta apreciación errónea de Marx reside en la creencia, que entonces tiene —lo mismo que Engels—, de que el desarrollo del capitalismo va acompañado inexorablemente —es una ley del mismo— de la pauperación absoluta de los trabajadores, del empeoramiento absoluto de sus condiciones de existencia. Los datos empíricos de la época —particularmente los referentes a las condiciones de vida de los obreros ingleses— parecían abonar tal tesis teórica. En ese contexto pensaban también que las crisis económicas cíclicas, como la que contribuye a desencadenar la revolución de 1848, expresaban dicho estado «límite» del capitalismo.

En vida de Marx no hay un reconocimiento explícito de ese error, aunque en **El Capital** aparece, de hecho, la rectificación de la tesis de la pauperización absoluta. Sólo en 1895, en el prefacio que Engels escribió poco antes de morir a una edición de **Las Luchas de clases en Francia**, declaró que la historia les había dado un mentís rotundo a su apreciación del estado del capitalismo a mediados de siglo.

Además, en mi libro analizo otras razones del citado error de Marx y de la persistencia en él a lo largo de la revolución: en particular, la influencia mimética que en su manera de representarse el curso de la revolución tuvo el «modelo» de las revoluciones anteriores, sobre todo la gran revolución francesa. Pero sería muy largo entrar en el detalle de esta cuestión.

—¿Qué repercusión tuvo el fracaso revolucionario para la historia posterior de Europa?

—En realidad, la revolución de 1848 no fracasó en lo que fue su contenido esencial: despejar el camino al desarrollo del capitalismo en Europa. Los aparentes vencedores de los revolucionarios del 48, Napoleón III en Francia, Bismarck en Alemania, actúan, en la práctica —dicho con frase de Engels—, como los albaceas testamentarios de la revolución.

—¿Y para el desarrollo de las concepciones políticas de Marx y Engels?

—En este terreno, la revolución confirma la concepción teórica básica de Marx, es decir, confirmó su idea de que la evolución social, en general, y la revolución social, en particular, son un producto de la lucha de clases, de las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción, etc.; en suma, el proceso revolucionario confirma plenamente la teoría de la revolución de Marx. Ahora bien,

Los objetivos fundamentales de la revolución del 48 fueron la liquidación de las supervivencias feudales y la conquista del Estado nacional por la burguesía. El error de Marx y Engels fue considerar que la revolución —de la que asistimos a dos escenas, en Berlín (arriba) y París— tenía fundamentalmente un carácter proletario.

al mismo tiempo la enriquece y permite su desarrollo en una serie de aspectos concretos. Es cierto que Marx no reconoce explícitamente su error sobre el estado del capitalismo en ese período, pero no es casual, tal vez, que después de la revolución se concentre en el estudio de la evolución del capitalismo. Podría, como hicieron otros revolucionarios de la época, entre ellos algunos dirigentes de la Liga de los Comunistas, haberse dedicado plenamente a la acción, pensando como ellos pensaron que estaban reunidas todas las condiciones para una reanudación de la revolución. En cambio, para Marx el problema de una comprensión, de una investigación más a fondo de las estructuras del capitalismo, de sus leyes, se convierte en el problema esencial. Posiblemente, esta actitud práctica refleja la conciencia del insuficiente conocimiento, que la revolución había puesto de manifiesto, de las leyes del capitalismo y de su estado real en aquel momento.

Pero, además, como ya he dicho, la experiencia revolucionaria le permite a Marx desarrollar algunos aspectos concretos de su teoría de la revolución. Por ejemplo, los aspectos proletarios de la revolución del 48, en concreto la sublevación de junio del proletariado de París, los intentos proletarios en Viena, Berlín y otros puntos, sucesivamente derrotados le conducen a una reflexión de gran interés sobre la diferencia entre las revoluciones proletarias y las revoluciones burguesas. Mientras —dice en **El 18 Brumario**— estas se producen de una manera rápida, fulgurante, las revoluciones proletarias parece que retroceden ante la inmensidad de sus objetivos, que emprenden una y otra vez la ofensiva para retroceder de nuevo, y volver a empezar. Esta observación, junto con otras relativas a la necesidad de que la revolución proletaria resuelva «sobre la marcha» temas pendientes de carácter antifeudal, nacional, etc., le lleva a concebir el curso de la revolución proletaria como un largo proceso, con fases de guerra civil, de conflictos internacionales, etc., a lo largo de los cuales se preparan precisamente las condiciones para que el proletariado pueda convertirse realmente en clase hegemónica.

Otro elemento importante de la reflexión de Marx sobre su experiencia revolucionaria deriva del hecho fundamental de que en el centro del sistema, en Inglaterra, no se produce la revolución. Esta comienza y se desarrolla en la periferia de este centro, es decir, en Francia, en Alemania y en otros países donde predominan las estructuras precapitalistas y las tareas antifeudales se colocan en primer plano. Ante Marx se plantea en la práctica un tipo de proceso que anticipa lo que será a lo largo del siglo XX el camino de la revolución mundial: es decir, el desarrollo de la revolución en la periferia del centro más avanzado. Y este hecho le lleva a preguntarse por la forma en que tal proceso puede desembocar en el triunfo del contenido proletario de la revolución. En la práctica, se responde que será el resultado de una combinación de revoluciones nacionales, de guerras internacionales, de luchas de liberación nacional, que en su desarrollo crearán las condiciones para que finalmente la revolución llegue al centro maduro del sistema capitalista. Semejante reflexión no aparece de una manera sistematizada, elaborada, sino de manera dispersa en los textos de este período. Por ejemplo, en un texto de gran interés, que se publica en la **Nueva Gaceta Renana** (revista), en 1850, Marx explica que al fin y al cabo es natural que la revolución estalle primero en la periferia, porque en el corazón del sistema los resortes de poder, los elementos de compensación, son más fuertes.

En relación con los problemas de estrategia y táctica, la experiencia revolucionaria le

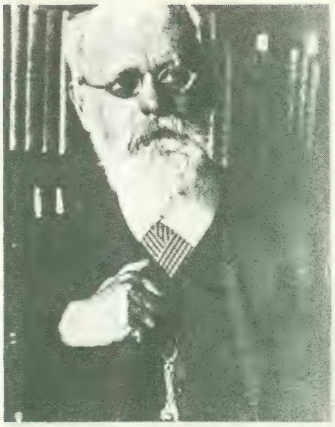
Los aparentes vencedores de los revolucionarios del 48 (Napoleón III en Francia, Bismarck en Alemania, a quienes este diorama de Werner describe en su encuentro tras la batalla de Sedán) actuaron en la práctica como los albaceas testamentarios de la revolución.

permite comprender con más claridad la necesidad de que el proletariado llegue a forjar una alianza con las masas urbanas pequeño-burguesas y con el campesinado como condición indispensable para que el derrocamiento del capitalismo y la conversión del proletariado en clase dominante puedan plantearse como una cuestión práctica, concreta. Los artículos de la **Nueva Gaceta Renana** (diario), las posiciones que preconiza en las organizaciones democráticas y obreras de Colonia, lo mismo que los análisis posteriores del proceso revolucionario, muestran la necesidad de que el proletariado tenga muy en cuenta las contradicciones en el seno de las clases dominantes y entre las diferentes fracciones de las mismas, y sepa utilizarlas en su lucha. En general, Marx y Engels dan muestra en esta época de mucha flexibilidad y realismo al abordar las cuestiones prácticas de la lucha. Aparecen tan alejados de un oportunismo electoralista como de un izquierdismo vacuo.

Contrastando con los textos anteriores a la revolución, en los análisis del período revolucionario y posteriores las clases y la lucha de clases se revelan en toda su complejidad, con sus múltiples facetas y elementos económicos, políticos, ideológicos, culturales, etc. También se enriquece y profundiza la teoría del Estado, como estructura que no se limita al aparato represivo, ni es un simple instrumento de la clase o fracción de clase dominante. Una serie de aspectos sobre los que girará la reflexión gramsciana aparecen ya, algunos de modo embrionario aún, otros más desarrollados, en estos textos de Marx, sobre todo en **El 18 Brumario.** De este período es también el concepto de dictadura del proletariado, que para Marx significa, ante todo, ruptura de la legalidad capitalista en todos los órdenes y transformación del proletariado en clase hegemónica. No tiene nada que ver con lo que un siglo después ha sido consagrado como dictadura del proletariado en los países del Este.

Un elemento básico de la teoría política de Marx que se presenta con particular relieve en los textos de este período es la cuestión de la democracia. La lucha por la democracia, la profundización de la democracia, aparece como el eje de la revolución proletaria, del avance hacia la

Enfocando otros temas tratados por Fernando Claudín en libros anteriores, surge su opinión sobre el leninismo que, para él, aparece como una variante original del marxismo en función de las condiciones específicas rusas y del imperialismo capitalista. (El grabado recoge a Lenin en un mitin de marzo de 1917; al pie del estrado, Trotsky).



El debate entre Kautsky y Lenin en 1918 significa la ruptura a nivel teórico entre las corrientes socialista y comunista. Kautsky —en la imagen— se erigiría en inspirador de la socialdemocracia.

sociedad comunista. La democracia —consideran Marx y Engels— es incompatible con la dominación de la burguesía y sólo puede realizarse realmente con la hegemonía del proletariado. La dictadura del proletariado no es más que una fase histórica en que esa democracia tiene aún que enfrentarse con los coletazos de las viejas clases explotadoras.

—Tras estas respuestas, podemos pasar ya del análisis de las actitudes de Marx ante la revolución del 48 a los otros temas que has estudiado en libros o trabajos anteriores. En concreto, sería interesante recoger tu opinión sobre el leninismo, al que has dedicado varios textos. Mientras para algunos teóricos o historiadores, el leninismo es el resultado de las condiciones concretas de Rusia a finales del siglo XIX y comienzos del XX, para otros es la culminación lógica y con valor universal del marxismo. ¿En tu opinión, cuál de estos análisis es el correcto?

—A mi juicio, ninguna de esas dos variantes, por sí sola, puede tomarse como definición correcta del leninismo. Además, entre paréntesis, creo que no se puede hablar de «culminación» del marxismo, ni en el leninismo ni en ninguna otra corriente marxista; sólo podrá hablarse de culminación del marxismo cuando llegue el momento de su negación, porque hayan cambiado las condiciones históricas de tal manera que lo hagan caduco. En relación con el leninismo, yo creo que inicialmente las concepciones de Lenin estuvieron dentro de la corriente fundamental del marxismo hasta los años diez el kautskismo, corriente principal de la socialdemocracia. Después evolucionan hacia una variante original del marxismo en función sobre todo de dos parámetros: las condiciones rusas, es decir, las estructuras socioeconómicas específicas, el sistema político, las tradiciones revolucionarias (por ejemplo, el populismo revolucionario), etc.; y por otro lado, las nuevas condiciones internacionales, más exactamente la nueva fase del capitalismo, el imperialismo. En función de estos dos parámetros el leninismo aparece como una variante original del marxismo.

—¿Cuáles son, entonces, los rasgos característicos de esa originalidad?

—Como elementos más específicos, o más característicos del leninismo pueden destacarse, me parece, en primer lugar, su análisis del imperialismo, y en función de este análisis su concepción del proceso revolucionario mundial: la teoría, por ejemplo, del eslabón más débil dentro de la cadena del imperialismo como el punto en que pueden converger todas las contradicciones, en una coyuntura determinada, y a través del cual puede abrirse camino la ruptura revolucionaria.

Un segundo aspecto es la conexión dialéctica de los factores democrático - burgueses y de los democrático - socialistas en la revolución proletaria en países con fuertes estructuras pre-capitalistas. Un tercer aspecto corresponde a la concepción del partido de vanguardia; es en este dominio concreto donde, a mi parecer, hay una mayor diferencia entre el leninismo y el marxismo original. Se puede hablar también como un aspecto fundamental del leninismo,

Para Kautsky, la revolución rusa (sintetizada gráficamente en esta foto) no es ni puede ser una revolución proletaria. El grave ataque es repelido por Lenin en su folleto «El renegado Kautsky», donde defiende la necesidad de la dictadura del proletariado.

de su concepción de la Revolución como un fenómeno global en el que intervienen todos los elementos de la sociedad, y en el que, para la determinación de la estrategia y la táctica del proletariado, es absolutamente necesario tener en cuenta todo este conjunto de fenómenos de la sociedad global. Esta concepción está ya en Marx, como se ve, yo creo, a través de la exposición teórica de sus posiciones en la revolución del 48, pero en Lenin se desarrolla y adquiere un carácter muy operacional. En cambio, yo creo que en el leninismo, contrariamente a lo que opinan algunos teóricos (sobre todo, teóricos soviéticos), no se puede hablar de que haya una teoría de la construcción del socialismo en un solo país; sólo hay elementos de cómo avanzar hacia la construcción del socialismo en un país donde el proletariado actúe en conexión con el proceso revolucionario mundial. Pero Lenin no consideraba en ningún momento que se pudiera llegar a la plena construcción del socialismo más que en el marco del proceso revolucionario mundial.

—El leninismo se pone a prueba a escala internacional precisamente tras el triunfo de la revolución y como consecuencia de las diferencias entre las concepciones de Lenin y las concepciones de los socialdemócratas alemanes que dominan en el resto de Europa. En este sentido, el debate entre Kautsky y Lenin en 1918 significa la ruptura a nivel teórico entre las dos corrientes, socialista y comunista, que desde entonces van a recorrer caminos distintos, e incluso opuestos, en la historia del movimiento obrero. ¿Por qué se planteó este debate, que tú has estudiado en el prólogo a la edición conjunta de los textos de ambos autores, y cuál fue la razón de que adquiriera tanta importancia en la historia del movimiento obrero en el siglo XX?

—En realidad, este debate de 1918 es la prolongación —en las nuevas condiciones creadas por la guerra imperialista, por la revolución rusa, por la crisis del sistema capitalista, por los prolegómenos de la revolución alemana, que estalla inmediatamente después de esta discusión— del debate que se inicia a fines del siglo XIX. Es decir, del debate que se inicia con el revisionismo de Bernstein, quien partiendo de una determinada práctica y de una determinada fase del desarrollo del capitalismo, considera que lo esencial son las reformas, las conquistas prácticas que en cada momento logre el movimiento obrero, posición que él resume en esa fórmula de «el movimiento es todo, el objetivo final no es nada». O sea, lo esencial es un proceso gradual en el que todas esas conquistas puedan ir progresando y desarrollándose, lo que lleva aparejado el privilegiar, entre las formas de lucha, las formas parlamentarias, el respeto de la legalidad, etc. En realidad, a pesar de que Kautski y los otros dirigentes del Partido Socialista alemán combaten a Bernstein, en la práctica política del Partido Socialista alemán se aplica de hecho lo que Bernstein sostiene, y empieza a aparecer una divergencia cada vez más notoria entre las palabras, el programa, y la práctica real. Lo que sucede más adelante es que la crisis de 1914 obliga a que esta divergencia entre las palabras y la práctica política se instale plenamente en la superficie. Entonces aparecen dos posiciones que podrían sintetizarse así. Para la concepción cuyo teórico principal es Bernstein, pero que en la práctica sigue la mayor parte de la socialdemocracia alemana, la guerra, y la crisis que determina la guerra imperialista, es una interrupción en este proceso gradual de conquistas y reformas por la vía parlamentaria, práctica que se había desarrollado durante los treinta años anteriores. La guerra es una interrupción, es un momento, una coyuntura en la que, desgraciadamente, el proletariado no puede seguir avanzando. Es necesario que la guerra pase para reanudar el camino. Mientras que para Lenin, el ala minoritaria revolucionaria de la socialdemocracia alemana y los socialdemócratas revolucionarios de otros países, la guerra viene a confirmar la tesis de que el capitalismo marcha inevitablemente hacia un momento de derrumbamiento, que está próximo y que es el momento favorable para la revolución. Por lo tanto, la tarea de los socialistas consiste en aprovechar este momento de modo revolucionario. De ahí derivan las diferentes posiciones estratégicas y tácticas. Los que consideran que la guerra es una simple interrupción en un desarrollo democrático a través del cual el movimiento obrero puede ir avanzando y transformar gradualmente el capitalismo en su contrario, adoptan una actitud social-patriota, que conduce a la colaboración con los gobiernos de guerra de la burguesía; o bien —es el caso de Kautsky, del mismo Bernstein o de otros dirigentes de la socialdemocracia alemana— adoptan una actitud pacifista, preconizan el fin de la guerra, un fin justo y sin anexiones, para, una vez que se haya liquidado este episodio desgraciado, reanudar el camino anterior. Y los que consideran que ésta es una confirmación de la hipótesis marxista de que el capitalismo marcha

Nacido como consecuencia de la frustración de la Revolución de Octubre, el stalinismo cristaliza en la Unión Soviética durante la década de los treinta —a la que pertenece este encuentro de Stalin y Kruschev— y se consolida después de la II Guerra Mundial.

inevitablemente hacia una crisis revolucionaria, parten de ello para considerar que ha llegado el momento de organizar las fuerzas del proletariado y elaborar una táctica de lucha; táctica que se concreta por parte de Lenin en la fórmula de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil para derrocar al poder burgués, apoyándose precisamente en todos los efectos que la guerra produce en las masas, en el empeoramiento de su situación material, en los sacrificios que implica, en la barbarie que la guerra representa...

La discusión de 1918 no es más que la culminación de esta discusión que empieza realmente a finales de siglo, que se agudiza y se convierte en lucha abierta a partir de 1914, y que el triunfo de la Revolución en Rusia pone sobre el tapete como una cuestión vital, porque a los ojos del segundo sector antes mencionado, el triunfo de la revolución rusa significa el comienzo de un proceso revolucionario mundial. Pero, además, para los bolcheviques no se trata solamente de la confirmación de su visión teórica, sino también de un problema práctico. Sólo si el proceso revolucionario iniciado en Rusia se extiende a Europa Occidental, la revolución tendrá en su opinión posibilidades de desarrollarse y de consolidarse como una auténtica revolución proletaria. De ahí la importancia dramática que adquiere la discusión durante 1918.

—Pasando a los hechos concretos de la polémica, ¿cómo surgió y por qué alcanzó tanta virulencia?

--El debate lo inicia Kautsky con su ensayo sobre la dictadura del proletariado. Significó una crítica radical, a

fondo, de la política de los bolcheviques. En él señala que la revolución hecha en Rusia no es ni puede ser una revolución proletaria; en el mejor de los casos, será una revolución burguesa que liquide al zarismo y a las estructuras de carácter feudal. Pero en un país donde el proletariado es una minoría, no se puede realizar una revolución proletaria. Partiendo de esta tesis, afirma que lo que los bolcheviques llaman «dictadura del proletariado», no es tal dictadura, sino sólo la dictadura de un grupo, de una minoría, que sólo puede tener consecuencias nefastas para el mismo proletariado. Hay que tener en cuenta que este ataque de Kautsky contra la revolución rusa se produce en un momento particularmente difícil de la revolución: después de la paz de Brest-Litovsk, cuando se inicia la guerra civil, cuando ha comenzado la intervención extranjera y la revolución todavía no ha estallado en Europa, en concreto en Alemania. El ataque es de una enorme gravedad, porque en ese momento Kautsky tiene, y la seguirá teniendo después, una gran autoridad sobre el proletariado occidental. Eso explica que Lenin, a pesar de la situación dramática del verano de 1918, en que tiene que abordar tareas abrumadoras cuando apenas se ha repuesto del atentado de un socialista revolucionario que disparó contra él hiriéndole gravemente, ponga manos a la obra para responderle en su folleto **El renegado Kautsky.**

—Desde el punto de vista de la teoría marxista, ¿se plantearon con rigor los problemas de fondo, y se consiguió un enriquecimiento teórico significativo, o la virulencia del debate impidió el desarrollo de una reflexión rigurosa?

—La forma de plantearse la polémica hace que ésta tome un aspecto que no contribuye, a mi juicio, a esclarecer los problemas de fondo. El debate

aparece bajo la forma de una oposición, o de una contraposición, entre la dictadura del proletariado y la democracia. Kautsky se presenta frente a Lenin como defensor de la democracia, como el abanderado de la democracia y el enemigo de la dictadura; mientras Lenin, en su defensa de la dictadura del proletariado, aparece, si no como el enemigo de la democracia en general, al menos como quien ve a ésta ligada a la dominación de la burguesía, como «democracia-burguesa» nada más; como un sistema que el proletariado puede utilizar, de una manera que podríamos llamar instrumental, o circunstancial. Es decir, se enfrentan dos generalizaciones abusivas. Para Kautsky, la democracia, la vía democrática, lo es todo desde el punto de vista del camino del proletariado hacia el socialismo, con lo cual retoma, sin duda, un aspecto muy esencial de Marx, según hemos dicho ya. Ahora bien, el error de Kautsky consiste en defender estas posiciones de una manera abstracta, como si el desarrollo del capitalismo fuera forzosamente en todo momento un desarrollo normal y sin crisis, como si el poder de la burguesía en el marco de la democracia burguesa fuera a respetar en todo momento las conquistas democráticas del proletariado, los resultados electorales, el sufragio universal, etc. Lenin, por otro lado, en su defensa de la necesidad de dictadura del proletariado, parece subestimar, o colocar en un papel muy secundario, todo movimiento democrático que en Marx tiene el propio concepto de «dictadura del proletariado» como forma superior de democracia. Visto desde la perspectiva de nuestro tiempo, lo más débil de la posición de Lenin se encuentra en que él presenta la realidad soviética como la realización plena de dicha dictadura, cuando precisamente en esa época el mismo sistema de los

La Revolución de Octubre tropezó con tales obstáculos que no pudo desarrollar y consolidar el contenido soviético inicial, lo que —a través del stalinismo— determinó una configuración social muy distinta de la que en principio se pretendía. (Junto a estas líneas, presidencia del cincuenta aniversario de la revolución rusa de 1917.)

soviets, el funcionamiento de los soviets, etc., comienza a vaciarse ya del democratismo radical del año 17. No es casual que en ese mismo momento aparezca la crítica de Rosa Luxemburgo a los rasgos antidemocráticos de la política de los bolcheviques. El punto débil de Lenin, a mi juicio, es que no examina de una manera crítica una realidad en la que los bolcheviques se han visto obligados, por una serie de circunstancias, a tomar un conjunto de medidas que en la práctica frenaban o limitaban extraordinariamente la democracia soviética y eran un peligro, si se mantenían y no se corregían posteriormente, para la pervivencia de esta democracia.

—Desde la polémica, ya han pasado más de cincuenta años, por lo que podemos valorar ahora mejor su importancia y sus consecuencias, sin caer en los apasionamientos de aquel momento. ¿Podrías hacernos, entonces, un balance del significado global, y de las repercusiones del debate para el movimiento obrero europeo?

—El interés extraordinario, a mi juicio, de esta polémica de 1918 se encuentra en que, en realidad, ambas posiciones están en conexión con dos momentos que existen permanentemente en la lucha de la clase obrera y están ligados a la situación estructural del proletariado. La clase obrera se encuentra en una situación contradictoria: forma parte del sistema capitalista y, en virtud de su situación en las estructuras de este sistema, su propio desarrollo, tanto cualitativo como cuantitativo, y el

Una de las tareas revolucionarias que hoy han adquirido mayor importancia es la reunificación del movimiento obrero, con toda la riqueza de sus diferentes tendencias y variantes, y con la inevitable lucha ideológica en su seno.

mejoramiento de su situación material, mientras existe el capitalismo, están ligados al desarrollo de este sistema. Al mismo tiempo la clase obrera, desde el punto de vista de sus objetivos históricos, de sus objetivos como clase, está interesada en todo momento en la destrucción del capitalismo. Estos dos aspectos contradictorios de la situación de la clase obrera tienen su reflejo justamente en las divergencias, en los debates que aparecen en el movimiento obrero desde finales de siglo, que adquieren una forma dramática después de la guerra y que acaban consolidándose con la ruptura entre el ala socialdemócrata y el ala comunista. El ala socialdemócrata refleja ante todo el momento de los intereses inmediatos, de la necesidad de la clase obrera de mejorar su situación material y de desarrollar la lucha en favor de esa mejora; lo que, para que se consolide y se convierta en algo efectivo, exige que se produzca una legislación social, una serie de hechos concretos que adquieran una cierta permanencia. Es decir, exige una serie de reformas, un proceso de carácter evolutivo mientras no se produzca una crisis del capitalismo. Por eso, la línea socialdemócrata es la absolutización de ese momento, mientras la línea leninista, tal como se presenta en la Revolución de Octubre, o en la ruptura con la socialdemocracia, aparece como la encarnación o la representante del momento de los intereses históricos de la clase obrera. Pero como el desarrollo de la situación mundial, la evolución de los acontecimientos después de Octubre, no marcha en ese sentido, sino que se entra de nuevo en una etapa evolutiva, resulta que después de la ruptura y de la creación de la Tercera Internacional, es la socialdemocracia la que vuelve en el período siguiente a recuperar su influencia. La clase obrera, tras salir de la catástrofe de la guerra, vuelve a centrar su atención y su lucha en las conquistas materiales inmediatas, por lo que la socialdemocracia y los sindicatos socialdemócratas se convierten en los representantes principales de este aspecto del movimiento obrero. En cambio, el movimiento comunista de la Tercera Internacional, que trata también de recoger este aspecto, pero que centra toda su atención fundamental en una perspectiva de revolución próxima o inmediata, no es capaz de establecer en la mayor parte de los casos una conexión viva con las masas, y sus núcleos revolucionarios, salvo excepciones, quedan muy aislados del movimiento real, del proceso real de la clase obrera. Y esta separación entre los dos momentos, que los leninistas han presentado muchas veces como resultado de la traición de los dirigentes socialdemócratas, pero que es, como digo, un efecto de la situación objetiva de la clase obrera en el sistema capitalista —aunque haya habido casos de traición— ha tenido consecuencias nefastas sobre la actividad ulterior del proletariado. La separación de los núcleos revolucionarios de las masas ha facilitado la penetración en estas masas de la ideología dominante, y ha facilitado también que el movimiento comunista se desarrollara en una situación de dependencia y subordinación frente al Estado soviético, a un estado que ya no era el representante de la revolución proletaria, sino la expresión de un nuevo sistema social de antagonismo de clases.

—Al hablar del Estado soviético, es necesario referirse al stalinismo como factor determinante de la evolución del mismo. A tu juicio, el stalinismo ¿es, como se ha dicho muchas veces, el simple «culto

a la personalidad» de un individuo, o tiene raíces más profundas? ¿Cuáles son estas raíces y sus rasgos fundamentales?

—Yo creo que a estas alturas está claro que el culto a la personalidad no fue más que uno de los efectos del stalinismo, cuyas raíces eran mucho más profundas. El stalinismo es una manera de designar un sistema social que cristalizó en la Unión Soviética en la década de 1930 y que se ha consolidado después de la Segunda Guerra Mundial. Este sistema social es la consecuencia de la frustración de la Revolución de Octubre. No es algo que estuviera predeterminado, que tuviera fatalmente que producirse, como lo indica la lucha interna muy aguda que en los años veinte enfrentó en el seno del PCUS a diferentes opciones y maneras de abordar un problema en sí mismo extraordinariamente difícil: el problema de avanzar hacia el socialismo en un país de las características de Rusia, y en las condiciones en que Rusia se encontraba. Por no citar más que las tendencias principales, en el período que va de la guerra civil al comienzo de la colectivización forzada nos encontramos con la lucha entre las alternativas defendidas por Lenin, Trostky, Bujarin, y finalmente por Stalin, que fue la que acabó dominando.

La prueba de que a la opción staliniana no le fue fácil imponerse es que necesitó la utilización de un sistema de terror sin precedentes, al mismo tiempo que la transformación del marxismo en una ideología que, tras la apariencia de fórmulas y conceptos formalmente marxistas, era una ideología justificativa del nuevo sistema social, en el que de nuevo reaparecía la dominación de clase, la opresión nacional, la falta de una democracia real, etc.... El stalinismo, en definitiva, a mi parecer, es la manera de designar a ese nuevo sistema social, o el proceso que ha llevado a ese sistema, objeto actualmente de la atención teórica de diversos investigadores marxistas, con el fin de precisar sus estructuras, sus leyes, sus perspectivas, etc.

—Pero, ¿cuáles son los rasgos que definen a ese nuevo sistema social? ¿Cuál es su estructura de clases, y quiénes forman la nueva clase dominante?

—Este es uno de los problemas que están en discusión, y yo voy a dar sólo una apreciación sucinta. Yo creo que en el origen de este sistema está el hecho de que la Revolución de Octubre tropieza con tales obstáculos que no puede desarrollar y consolidar el contenido soviético inicial, entendido según las concepciones de Lenin en **El Estado y la Revolución.** Es decir, una democracia de trabajadores en la que éstos son dueños efectivos, como clase, de los medios de producción, y en general de todas las condiciones de su existencia social. Este contenido inicial queda rápidamente frustrado en un proceso que está ya hoy bastante estudiado en una serie de obras como la de Bettelheim; y a partir de esta frustración, se empieza a construir un sistema social, en el curso de la industrialización y colectivización forzada del país, que engendra una nueva clase dominante cuyas características, o cuyo estatuto no es igual al de la clase capitalista tradicional —conjunto de propietarios privados de los instrumentos de producción—, sino que consiste en ser usufructuarios colectivos de los medios de producción, a través de la mediación del Estado. Los miembros de esta clase lo son en cuanto agentes de las estructuras del Estado, que jurídicamente y de hecho es el dueño efectivo de los medios de producción, y sobre el que la clase obrera no tiene ningún poder.

—Volviendo, para acabar, a los problemas del movimiento obrero internacional, ¿cuál ha sido la repercusión de la escisión entre comunistas y socialistas, y de la dependencia creciente de los comunistas respecto a las directrices de Moscú, de la que hablabas hace un momento?

—Es bien conocido el motivo de la escisión entre ambas corrientes, que antes de ser una ruptura formal fue una separación por las razones que antes mencioné. El triunfo de la revolución en Rusia planteó esta cuestión de forma más aguda, junto a la posición de Lenin y su grupo, para el que la traición de la socialdemocracia exigía la creación de una nueva Internacional; pero la idea encontró grandes resistencias en el movimiento obrero de inspiración marxista. Estas resistencias para crear la III Internacional no se vencieron más que a comienzos de 1919 después del triunfo de Octubre, y después de que se inicia la Revolución alemana. La cuestión está sobre todo, pienso yo, no en saber si era necesario que el ala revolucionaria se dotara de una estrategia y una táctica distintas —necesidad que me parece evidente—, sino en saber si la forma en que se abordó el problema era la más adecuada. Así como —para explicarlo con más claridad— la escisión en la socialdemocracia rusa entre mencheviques y bolcheviques fue el resultado de un largo proceso de lucha ideológica y política, y estuvo fuertemente determinada por la marcha de

los acontecimientos, especialmente en 1917, la escisión en los otros países tomó en muchos casos un carácter artificial. No fue el resultado de la maduración a partir de un proceso de lucha ideológica, sino que revistió formas bastante administrativas, mecánicas, que en unos casos condujeron a que los elementos más combativos y revolucionarios quedaran aislados de las masas fundamentales de la clase obrera, y en otros casos a que estos elementos, por no aislarse de las masas, quedaran dentro de las filas de la socialdemocracia. Yo creo que esta manera de producirse la escisión y su desarrollo ulterior ha facilitado fuertemente la extensión de la influencia de la ideología burguesa dominante en la clase obrera, no sólo en el ala socialdemócrata sino también, aunque parezca paradójico, en el ala comunista, porque en realidad el stalinismo —volviendo a lo que decíamos antes— es en el aspecto ideológico una transformación por dentro del marxismo, vaciándolo de su aspecto crítico y revolucionario y convirtiéndolo en una ideología conservadora del sistema establecido, que en su manera de influir en las masas, de inculcarles una serie de ideas de autoridad, jerarquía, desigualdad, moral pequeño-burguesa, deificación del Estado, etc., tiene muchos puntos de contacto con la ideología burguesa.

Por ello, creo que una de las tareas actuales más importantes del movimiento revolucionario es la reunificación del movimiento obrero, con toda la riqueza de sus diferentes tendencias y variantes, con la inevitable lucha ideológica en su seno, etc. ■ **(Declaraciones recogidas por MARIA RUIPEREZ y MANUEL PEREZ LEDESMA).**

El rigor en la investigación y la capacidad crítica de Fernando Claudín (a quien vemos de nuevo en la foto, debida —como las dos suyas anteriores— a Ramón Rodríguez) ha arrojado nueva luz sobre el universo de las «verdades consagradas».

Castellanos y catalanes

(Una fiesta de hermandad en 1930)

El 23 de marzo de 1930, los intelectuales catalanes agasajaron en Barcelona a «una representación de aquellos que en los días de persecución y negación, patentizaron su simpatía hacia nuestro esfuerzo cultural, nuestra lengua y nuestro espíritu». He aquí cómo se recibió en la plaza de San Jaime a dicha representación.

Víctor Manuel Arbeloa

Al caer la Dictadura, el clima de concordia era más propicio que nunca. Una lucha común contra el régimen de Primo de Rivera y una esperanza, también común, en el futuro democrático de España hacían más fácil el entendimiento y más dispuesta la voluntad en torno al problema de la libertad de los diferentes pueblos hispanos.

LOS intelectuales catalanes creyeron que era llegada la hora de demostrar público agradecimiento a los intelectuales castellanos, que un día del mes de marzo de 1924 habían roto una lanza en favor de la lengua y la cultura catalanas, prisioneras de la Dictadura:

«*Creemos cumplir* —terminaba aquel manifiesto— *un deber de patriotismo diciéndole a Cataluña que las glorias de su idioma viven perennes en la admiración de todos nosotros y que serán eternas mientras exista en España el culto del amor desinteresado a la belleza.*»

Firmaron el manifiesto castellano Pedro Sainz, Gregorio Marañón, Angel Ossorio, Angel Herrera, Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, Concha Espina, Gabriel Maura, Luis Jiménez de Asúa, Fernando de los Ríos, Azorín, José Albiñana, Juan Pujol, José A. Balbontín, Manuel Azaña, marqués de Lozoya y muchos más.

Un grupo de hombres de letras, catalanes y castellanos, los mismos que hicieron posible en 1927 la exposición del Libro Catalán en Madrid, prepararon con entusiasmo y mimo el nuevo acto de hermandad intelectual, que tendría lugar esta vez en Barcelona.

Casi toda la prensa madrileña acogió con agrado la idea. *El Debate,* que luego criticaría agriamente el contenido del encuentro, recalcaba la necesidad de cordialidad y comprensión entre las dos culturas, unas horas antes de la llegada de los viajeros castellanos; y, reconociendo el pecado de alejamiento, cometido por ambas partes, cargaba sobre Madrid la mayor responsabilidad: «*La capital de España es algo más que un título honorífico para una gran ciudad. Supone precisamente ese fino espíritu de comprensión que reafirma el derecho a ser la capital de todos los españoles, por la capacidad de sentir, de amar y de luchar con todos ellos y por todos ellos*».

La invitación catalana decía así:

«*Un grupo de catalanes, pertenecientes a los más diversos matices y tendencias, invitan a ustedes, en su calidad de hombres representativos de la intelectualidad y del espíritu castellanos, para que vengan a Barcelona y asistan al banquete de homenaje con que el día 23 del corriente mes de marzo deseamos demostrar nuestra gratitud a una representación de aquellos que en los días de persecución y negación, patentizaron su simpatía hacia nuestro esfuerzo cultural, nuestra lengua y nuestro espíritu. Nuestro acto quiere ser sencillamente cordial, de inteligencia, de comprensión, sin objetivos extraespirituales. Esperamos que ahora, sin mayores obstáculos, nos será posible exteriorizar nuestro sentimiento, y esperamos vernos honrados con la presencia de usted entre nosotros en Barcelona.*»

Firmaban la invitación, entre otros: Jaume Ayguader i Miró, Gabriel Alomar, Jaume Bofill i Mates, Rafael Campalans, Pere Corominas, Joan Estelrich, Pompeu Fabra, Josep M. López Picó, Joaquim M. de Nadal, Lluis Nico-

La acogida del pueblo barcelonés a los intelectuales de habla castellana fue apoteósica. Desde el apeadero de Gracia hasta los diversos hoteles, un gran gentío acompañó a pie a los miembros de esta delegación cultural.

«¡Viva Cataluña y viva la libertad!», fueron las palabras con que Gregorio Marañón —miembro destacado de la representación madrileña— terminó su saludo a la multitud que se congregaba bajo los balcones del Hotel Ritz.

lau, Pere Rahola, Carles Riba, Llorenç Riber, Antoni Rovira i Virgili, Antoni M. Sbert, Carles Soldevilla, Josep M. Trías de Bes, Ferrán Valls i Taberner y Amadeu Vives.

Toda la prensa catalana, desde *El Correo Catalán*, queriendo ser fiel a su tradicional doctrina fuerista, hasta los periódicos nacionalistas más estrechos, prepararon calurosamente el recibimiento. Rovira i Virgili, uno de los máximos ideólogos del catalanismo, alargaba efusivamente su mano amiga desde su periódico, *La Publicitat*. El periódico de la Lliga, *La Veu de Catalunya*, uno de los más entusiastas, recogía unas palabras de Cambó, en su libro todavía inédito, publicado luego con el título *Per la Concordia:*

«El día en que por una acción coincidente de intelectuales castellanos y catalanes fueran quemadas y aventadas las dificultades subjetivas que dificultan una solución armónica del pleito catalán, todos quedarían sorprendidos de la facilidad con que podrían vencer las dificultades objetivas.»

En el número de bienvenida del mismo diario, el poeta catalán López Picó hacía una breve historia de los amistosos contactos habidos entre intelectuales castellanos y catalanes a lo largo del siglo: desde *la Cataluña* de Joan Torrendell, abierta a firmas castellanas, hasta la nueva fraternidad creada en torno a *La Gaceta Literaria*.

Con un bello artículo saludaba desde el órgano de Acció Catalana, Lluis Nicolau d'Olwer, a los visitantes castellanos:

«Con hombres liberales, como Luis Araquistáin, el entendimiento era ya un hecho; con quienes pensasen, como Unamuno, que condenaba la persecución dictatorial de la lengua catalana porque la fortalecía, todo entendimiento era imposible. Todas las libertades son solidarias; la dictadura será siempre un mal crónico en España mientras no se resuelva el pleito catalán.»

El mensaje del Ateneu Barcelonés, firmado por su presidente, Pere Corominas, repetía aquellas bellas palabras de Maragall:

«No es la armonía de fuera lo que hay que desear, sino la de dentro; que no es el mismo sonido de las palabras lo que nos hace hermanos, sino que lo somos por el único espíritu que les hace sonar diferentes en la variedad misteriosa de la tierra.»

Bajo el título «¡Castellans amics, salve!», Cecili Gassòliba, redactor del viejo diario republicano *El Diluvio*, escribía en lengua catalana

—inhabitual en aquella plantilla— un vibrante mensaje de cordial acogida:

«¡Salve, castellanos propicios! (...) Gracias, hermanos generosos que, al sentiros caballeros de las libertades individuales, rompisteis también una lanza contra la opresión de las patrias. Por eso los catalanes tenemos con vosotros una deuda sagrada que no se paga con un sencillo homenaje.»

LA FIESTA

El recibimiento en Barcelona fue generoso y férvido. Un nutrido grupo de intelectuales catalanes, acompañados de estudiantes de la F. U. E. y de la Federación Catalana de Estudiantes Católicos, rodeados de una multitud densa y jubilosa, dieron a la llegada de los castellanos un ambiente de alegre fiesta. La manifestación siguió hasta el hotel Ritz, donde hablaron Marañón y Ossorio, y hasta el hotel Colón, donde saludó a la muchedumbre Pedro Sainz Rodríguez.

A las doce y media llegaron los visitantes al Ayuntamiento para asistir a un almuerzo, organizado en su honor por el alcalde de la ciudad, el monárquico liberal conde de Güell, y por los concejales del municipio. En el salón de Ciento, al patriótico saludo de la autoridad, contestó, en representación de los castellanos, Américo Castro con un corto e improvisado discurso, subrayando el carácter apolítico y espiritual de la celebración:

Otro miembro de la delegación, Angel Ossorio (ex-gobernador civil de Barcelona y, en esos momentos, presidente de la Academia de Jurisprudencia en Madrid) tambien se dirigió a los reunidos ante el Ritz. Del carácter popular de estos actos da idea la foto que se halla entre estas dos páginas.

«Se ha hablado de cordialidad, de comprensión, de la conveniencia del diálogo; sí, a eso hemos venido. Nos encontramos aquí para iniciar el diálogo de las letras cuando ha terminado el monólogo de las armas.»

A las cinco de la tarde, el Orfeó Catalá dio un concierto en el palacio nacional en honor de los invitados. Millares de pañuelos se levantaron al aparecer los intelectuales castellanos, acompañados del alcalde. Al final, *El Cant de la Senyera* fue escuchado de pie y seguido de clamorosos aplausos. Fue tal vez el momento más emotivo de la jornada.

Por la noche, en el salón de fiestas del Ritz, se celebró el banquete, que fue el acto central del programa. Presidió la fiesta el presidente de la Real Academia de la Lengua, Ramón Menéndez Pidal. A su derecha se sentaron el presidente de la Academia de Medicina de Cataluña, August i Sunyer; el de la Academia de Jurisprudencia de Madrid, Angel Ossorio; el

Luis Jiménez de Asúa, que había sufrido depuración durante el mandato de Primo de Rivera, recibe aquí a un grupo de estudiantes socialistas de Barcelona que acudió a visitarle a su hotel.

del Ateneo de Madrid, Gregorio Marañón; el del Ateneo barcelonés, Pere Corominas; el publicista y catedrático Américo Castro, y el decano del Colegio de Abogados de Barcelona, Ramón de Abadal. A su izquierda, el filólogo y principal creador del catalán literario Pompeu Fabra; los catedráticos de la Universidad de Madrid José Ortega y Gasset y Pedro Sainz Rodríguez; de la de Granada, Fernando de los Ríos; de la de Barcelona, Josep Serra Hunter; el helenista y director de *La Publicitat*, Nicolau d'Olwer; el novelista Ramón Pérez de Ayala, y el comediógrafo Gregorio Martínez Sierra.

Entre los restantes invitados castellanos se sentaban Alvaro de Albornoz, Julio Alvarez del Vayo, Luis Araquistáin, Manuel Azaña, César María Arconada, Ricardo Baeza, José Antonio de Balbontín, José Bergamín, Tomás Borrás, Luis Bagaría, Antonio Ballesteros, Luis Bello, Enrique Díez Canedo, Juan Bautista Bravo, José Castillejo, Juan Chabás, Pascual Galindo, Enrique Fajardo, Fabián Vidal, Ernesto Giménez Caballero, Victoriano García Martí, Ramón Gómez de la Serna, R. Gutiérrez de Abascal, Juan de la Encina, Alberto Insúa, Luis Jiménez de Asúa, Benjamín Jarnés, J. Jimeno Riera, R. Lasso de la Vega, Julio Just Jimeno, Ramiro Ledesma Ramos, Félix Lorenzo, Lorenzo Luzuriaga, Antonio Marichalar, Agustín Miralles, J. Moneva y Puyol, Eugenio Montes, Manuel L. Ortega, Gustavo Pittaluga, José María Ruiz Manent, F. Rivera, Pedro Salinas, José Antonio de Sangróniz, Claudio Sánchez Albornoz, José Subirá, Luis de Tapia, Nicolás María de Urgoiti, Ignacio Villalonga y Luis de Zulueta.

De los intelectuales castellanos que habían enviado al directorio, en marzo de 1924, el manifiesto en defensa de la lengua catalana faltaban no pocos: Angel Herrera, Jaime Torrubiano, Augusto Barcia, conde de Vallellano, Concha Espina, Gabriel Maura, Azorín, Melchor Fernández Almagro, Antonio Espina, Eduardo Ortega yGasset, Andrés Ovejero, etc. Algunos de ellos, como Gómez de Baquero y Bonilla San Martín habían muerto; algunos otros, como veremos luego, enviaron su adhesión. Muchos que no firmaron el manifiesto —Giménez Caballero, Ortega, Galindo, Montes, Zulueta...— fueron invitados también: todos ellos habían mostrado simpatía, de una u otra manera, con la causa catalana.

La intelectualidad de Cataluña estuvo abundantemente representada. Citemos tan sólo, además de los antes nombrados, a Josep Almirall, Claudi Atmetlla, Beltrán Güell, Bertrán i Mussitu, P. Bosch Gimpera, Carles Capdevilla, M. Carrasco Formiguera, Lluis Carreras, Lluis Companys, Ramón Dalmaçes, L. Durán i Ventosa, F. Estapé, Joan Estelrich, Tomás Garcés, Gustau Gili, Antoni Griera, Amadeu Hurtado, Víctor Hurtado, A. López Llausás, Francesc Madrid, Jordi Maragall, Alfons Maseras, doctor Masriera, Joaquín Maurín, Josep Nolla, Antoni Palau, Jaume Pi i Sunyer, Josep Pla, Francesc Pujols, Pere Rahola, Xavier Regás, Jordi Rubió, Josep M. de Sagarra, Ferrán Soldevilla, Carles Soldevilla, Jaume Subirana, Rafael Tasis, doctor Trueta, F. Tusquets, F. Valls i Taberner, F. Vallverdú, Vidal i Guardiola, Amadeu Vives...

A los postres, el editor López Llausás, de la comisión organizadora, leyó las adhesiones recibidas. Innumerables fueron las catalanas: Gabriel Alomar, Josep Carner, Octavi Saltor, Josep María López Picó, P. Miquel d'Esplugues... Entre los castellanos: Concha Espina, Elías Tormo, Santiago Alba, Juan José Morato, Jorge Jordana, Antonio Espina, Melchor Fernández Almagro, Roberto Castrovido, Gabriel Miró, Fernández Flórez, Angel Herrera, José María de Cossío... Los navarros: Arturo Campión, José Zalba, Julio Garbayo, José Ramón Castro... Los aragoneses: Ricardo del Arco, Luis Mur, Paulino Usún, etc.

«*Para que la cordialidad de hoy* —decía Cambó en su mensaje de adhesión— *sea duradera y fecunda, hay bastante con que, si desde ahora en adelante, de una parte y de la otra del Ebro, surge quien intente perturbarla, reciba de los que hablamos su propia lengua, la merecida repulsa.*»

El doctor J. Serra Hunter —que sería el primer

rector de la Universidad de Barcelona durante la República— ofreció el banquete. Terminó diciendo:

«Levanto la copa por la inteligencia castellana, por vuestra cultura y porque todos sintamos el anhelo de asociarnos en este momento de nuestra idealidad europea en una unión mejor.»

Hablaron a continuación Giménez Caballero, Sainz Rodríguez, Marañón, Ossorio, Ortega, Menéndez Pidal y Pi Suñer. Al final del banquete se cursó un telegrama al presidente del Consejo, por iniciativa de Sainz y de Ossorio:

«Presidente Consejo Ministros. Elementos culturales castellanos todas tendencias, después celebrar inolvidable acto confraternidad con catalanes, rogamos vivo empeño, estimándolo justicia, amplíese amnistía presos, desterrados por actos servicios ideales, revisión proceso Garraf, derrogación disposiciones dictadura deprimen agravian Cataluña.»

El día 24, lunes, lo aprovecharon los intelectuales para visitar Sitges. Después de haber sido recibidos por el pueblo en masa, fueron agasajados en el Ayuntamiento, saludándoles el alcalde, Planas, a quien contestó Castillejo. De allí fueron al *Cau Ferrat*, engalanado para la visita, donde Rusiñol y su señora hicieron los honores. Antes de comenzar los discursos, el socialista catalán Josep Xirau leyó la adhesión enviada por los obreros de Villanueva y Geltrú, que no querían conocer otra categoría ni otra aristocracia que la de la inteligencia, y enviaban a sus hermanos trabajadores castellanos un fuerte abrazo, pidiendo a todos sumarse al ruego colectivo de la amnistía. A los postres hablaron Vidal i Guardiola, vocal de la comisión organizadora, García Martí, Montes, Ballesteros, Valls i Taberner —éste en nombre de Joan Estelrich, ausente por enfermedad—, Luis de Tapia, Alvaro de Albornoz, Sbert, Urgoiti y Santiago Rusiñol, que fue aplaudido por todos, puestos en pie.

De regreso de la excursión, los escritores llegaron al palacio de la Generalitat y visitaron las principales dependencias, deteniéndose especialmente en la biblioteca. En el salón de Sant Jordi fueron obsequiados por el presidente de la Diputación, Maluquer i Viladot, recién llegado de Madrid, que dirigió unas cariñosas palabras a los invitados. Le contestó Claudio Sánchez Albornoz en nombre de los castellanos, y el doctor Moneva, catedrático de la Universidad de Zaragoza, que habló en las dos lenguas en nombre de los aragoneses. Por la noche, en el restaurante Patria, la Juventud Republicana de Cataluña invitó a una cena a los republicanos castellanos. Asistieron unos sesenta comensales. Ofreció el convite Lluhí Vallesca, fundador de *L'Opinió*, hablando después Samblancat, Companys y Serra Mo-

El alcalde de Barcelona, conde de Guell, ofrecio una recepcion en el Ayuntamiento a los intelectuales castellanos. Junto a él, la imagen muestra —entre otros muchos— a Azaña, Américo Castro, Ossorio, Martinez Sierra, Millares, Alvarez del Vayo, Ruiz Manent y Gómez de la Serna.

ret, éste en nombre de los socialistas catalanes. Dieron las gracias José Antonio Balbontín, Fernando de los Ríos y Manuel Azaña. El discurso de Azaña fue un gran y revelador discurso. *«Era todo un programa de acción inmediata contra la Monarquía»*, escribiría Amadeu Hurtado. Al día siguiente comieron también juntos algunos intelectuales de izquierda, castellanos y catalanes.

Invitados por el diputado y editor barcelonés Gustavo Gili, se reunieron el mismo día a almorzar, en el típico restaurante Can Soler, de la Barceloneta, el fundador de *El Sol* y *La Voz*, Nicolás María de Urgoiti, los directores Félix Lorenzo y Fabián Vidal, junto con un grupo de colaboradores; entre ellos, los catalanes Pompeu Fabra y «Gaciel».

La mayoría de los huéspedes castellanos volvió a Madrid ese día. ¿Cuál sería el resultado inmediato del fraternal encuentro? ¿El fruto de tan floridos discursos?

Podríamos resumir en varias ideas - fuerza, ideas - esperanza, tantas y tan generosas palabras.

CATALUÑA, ESPERANZA DE ESPAÑA

Azorín, ausente de la fiesta de Barcelona, entregó a la prensa un mensaje de adhesión, desbordante de simpatía con Cataluña:

«Cataluña ha sido siempre en España la iniciadora de las renovaciones de carácter político y estético.

En la Edad Moderna, desde Boscán hasta nuestros días, las renovaciones literarias han partido de Cataluña. Lo mismo podría decirse de las artes plásticas, singularmente de la pintura.

En cuanto a lo político, la tesis de Francisco Pujols en su obra sobre la hegemonía de Cataluña en la política española es rigurosamente cierta. Y no se puede negar, sin embargo, la historia misma. El 22 de octubre de 1888, con motivo de la Exposición, pronunciaba Castelar en Barcelona un gran discurso. Uno de los pasajes de esa magna oración es confirmación anticipada de la obra de Pujols; y al referirse Castelar a las iniciativas de Cataluña, al señalar las obras civilizadoras de los tiempos antiguos, realizadas por los catalanes, hizo notar que en la ideología democrática del siglo XIX, han sido los catalanes los precursores. Catalanes como Abdá Terrades, Coello y Calvet (...). No sabemos cuál será el criterio de la momentánea y grata conjunción; pero, sea cualquiera el resultado, entiendo que es de necesidad imprescindible pedir la supresión total de la censura y la amnistía de todos los delitos políticos y sociales que anteriormente fueron amnistiados.»

Salvador de Madariaga, profesor de Literatura Española en Oxford y representante es-

Any XL. - N.º 10.546 Barcelona: Dimarts, 25 de març de 1930 10 cèntims

L'HOMENATGE ALS INTEL·LECTUALS CASTELLANS

La vibració ciutadana dóna a la germanivola diada una transcendència històrica

No és possible de recollir encara, en unes ratlles definitives, tot l'abast de la magna manifestació de confraternitat i desig de convivència, iniciada dimenge. L'homenatge als intel·lectuals castellans, que en l'hora més fosca de la Dictadura tingueren per a la nostra llengua i el nostre esperit un gest germanivol de solidaritat i de simpatia, evoca en tots els cors aquell altre homenatge tributat vint-i-cinc anys enrera als diputats i senadors que combateren la llei anomenada de jurisdiccions. I si d'aquell antic homenatge sorgí la Solidaritat Catalana, el moviment decisiu per a donar a la nostra terra la unitat espiritual i la consciència viva de la pròpia personalitat, cal esperar que d'aquest homenatge nou pugui néixer una Solidaritat Hispànica, un moviment decisiu per a donar a les terres peninsulars, amb un ideal ibèric, l'únic contingut que pot emplir de sentit actiu la inerta realitat geogràfica.

No podria semblar temeritat o ambiciosa aquesta interpretació optimista de l'homenatge actual, després d'ouir els discursos dels senyors Américo Castro, Giménez Caballero, Sáinz Rodríguez, Fernando de los Ríos, Gregorio Marañón, Angel Ossorio i Gallardo, José Ortega i Gasset i Ramon Menéndez Pidal, ratificats per tota llur ilustres companya de viatge i de cultura, en converses i delitaciones d'amistat inequívoca, que Catalunya agraeix amb tota la sinceritat de la seva ànima.

Ni fou tampoc atzar capriciós que Gregorio Marañón i Fernando de los Ríos, entre aplaudiments unànimes, esmentessin el nom imperial de Prat de la Riba, el seny ordenador de la nostra terra, el definidor ideològic de la convivència ibèrica.

La invitació dels intel·lectuals catalans als intel·lectuals castellans esclatà expressament de l'acte de l'homenatge qualsevol fraternitat extra-espiritual. Era un acte d'elemental cortesia i delicadesa per la nostra banda. Però els nostres amics castellans ens han fet veure, ben generosament, com política i cultura són inseparables. No hi ha activitat més espiritual que la política, i una política que intentés prescindir de la cultura restaria condemnada a l'esterilitat i al fracàs. Una recent tragèdia, la historica, ho ha comprovat un cop més.

No saben prou, amics castellans, el bé que heu fet a Catalunya amb la vostra generosa actitud. Catalunya venia patint de molts anys enrera la incomprensió dels polítics i dels partits antiforis a la Dictadura, amb honroses excepcions. Vingué després la Dictadura, que es presentava com una reacció contra la vella política, i aquella incomprensió continuà i s'accentuà encara. Semblava que a Madrid hi havia una coincidència total contra

L'arribada al Passeig de Gràcia

de l'oportunitat l'illustre professor Josep Ortega i Gasset, la tasca a emprendre és urgent.

* * *

Parlava el nostre illustre Francesc Cambó, en un admirable capítol del seu famós llibre *«Idal»*, escrit tres anys enrera, de la possibilitat d'una concòrdia i de l'acció dels intel·lectuals castellans i catalans, per a fer-la possible i fàcil.

I deia aquestes paraules que avui els feta semblen voltar d'una actualitat encorajadora, i que tots voldríem que l'endemà confirmés com a profètiques:

amb grans mostres de simpatia. Durant una bona estona era impossible de donar un pas.

De nitra en nitra, després de molt tres repetides d'aplaudiments els viatgers van adreçar-se als estatges que els havien estat assenyalats de la manera més espontània, grups de públic els acompanyaven en direccions diverses, segons l'hotel on anaven.

EL KOFER NO VOL DÓNAR

En arribar dalt la plenta que dóna davant el Saltadiu, i despres de una altra oració. I

Una altra oració. I

ablic, de

mica en mica, tira

assimila

ció es dissol.

La recepció a l'Ajuntament

La recepció era esperada per a les dotze. Molt abans d'aquesta hora la Plaça de Sant Jaume va omplir-se estirordinàriament. Prop de l'hora, la Casa de la Ciutat es presidia l'aspecte de les ocasions més assenyalades. A la Sala d'Crist, era preparat un vi d'honor. Els diputats eren ordenadament, així com les dones les altres dates que hi dotem.

L'ALCALDE DE GRAGIANY HA DE VERESSAR DELS AGENTS DE POLICIA QUE PERMETESSIN L'ESTACIONAMENT DEL PÚBLIC A LA PLAÇA DE SANT JAUME

El poble que es congregava ràpidament a la plaça de Sant Jaume començava a esdevenir una massa compacta i imponent. Els agents de seguretat fa pen i de cavall, van iniciar un moviment d'avenció, per tal de desfer l'estacionament d'aquell públic que se resistia a abandonar la plaça. En vista d'allò, l'alcalde va intervenir a favor del públic i indicà als agents de l'autoritat que permetessin que la gentada pogués romandre congregada allí, i la policia va fer-ho així. L'alcalde va esperar oracions.

ELS QUI ERREN AL VI D'HONOR

No cal dir que «l'vi» trobarem tots els homenatjats, als intel·lectuals castellans. No cal donar-ne els noms. Amb ell, hi havia un públic brillant, selecte, i una nombrosa representació femenina, gentilíssima.

Me nomo dels que ja hem donat estant? Provarem d'anotar-ne llegendes, a mes a mes dels esmentats, d'haver-hi vist, entre altres, Manel Escrig Coll i Rodés, Pujol Nuevo, Martínez Domingo, Manuel J. Sitjes, Llopis Alarcón, Salvador Trilla i Serra, Sebastià Gasch, Rovira, Escola, Josep Barbey, Mateu Ollinger, Tomàs Malloi i Roech, Carles Riba, Carreras Artau, Josep

nano y los Reyes de Castilla lo que constituye los lazos reunidos en las estatarias de El Escorial, y en toledo, para admiración del mundo en relación con aquellas regiones y aquella cultura, lo que el Cervantes criticado de las «Estudis Catalans» de nuestra lengua y nuestra cultura, que habría defendido.

Comprendería que si eso era, como se ha dicho, tratándose de las Indias Occidentales, p.r fachas del Mil Quinientos, y en países conquistados por las armas, no me podía a mi comprender nuestro gusto en el siglo veinte, sabe la lengua y la cultura de un pueblo nunca por nadie conquistado, que se unió libremente a Castilla por partes iguales de respeto a mútuas libertades, pactos escritos, sancritos, sellados y jurados por sus Reyes.

Y aunque no deseo hacer un elogio de «Cataluña, no quiero tampoco pasar del dibujo a esta fecha de hoy, como en el ejemplo de una tumba de saber en España, porque hub otros muchos. Y no puedo dejar de citar a aquellos dos hombres insignes maestro y discípulo que juntos edificaron las culturas que ambos representaban y que se llamaron Milá y Fontanals y Menéndez Pelayo, y aquel ilustre Jovellanos que antes este mismo problema español y dentro de su idea del Estado unitario dió como solución la tan halagadora para Cataluña de que se trasladara la capitalidad de España a Barcelona.

Y dicen no dirá que mi patria no contar vuestro número, ha dado Cataluña tanto valor a vuestro gesto como si fuera un R. D. Esto es o que representaba la intelectualidad de España, y hoy sabemos que la intelectualidad en todos los países es su vanguardia, porque mientras no se cambie la ley que rige la evolución en el progreso del mundo, lo que los intelectuales sentía, pensaría, decía, querría y hacía, es lo que el gran tiempo después, han de pensar, decir, querer y hacer todos los demás, aun los que no «rellegan», y todos «sabemos que en la Historia de los pueblos no se cumplan los mínimos».

Señores: En esta mañana feliz, bajo estas piedras seculares y entre

Los diarios barceloneses volcaron su mejor entusiasmo sobre el amplio grupo de intelectuales que —favorables a Cataluña en los duros momentos de la Dictadura— recibían ahora el agradecimiento popular. Estos titulares que reproducimos son testimonio de ello.

Aspecto general del Palacio Nacional de la Exposición durante el concierto ofrecido por el Orfeo Catalá —bajo la dirección del maestro Millet— a los intelectuales invitados. Obsérvese el lleno absoluto que ofrecía la sala.

pañol en la Sociedad de Naciones, decía en su carta: «*España entera debe a Cataluña el haberle planteado un problema vital. Como Segismundo, de vuelta en su cueva, sabía que no había soñado sólo porque recordaba a su amor, España, cuando despierte, sabrá que no ha estado muerta, porque vibraba Cataluña. El problema catalán es la forma catalana del resurgimiento español. Y este resurgimiento ha de llevarnos a una España grande, tan grande que en ella quepa a sus anchas Cataluña libre... y sobre sitio.*»

«*Sobre todos pesa* —decía Alvaro de Albornoz en Sitges— *una gran responsabilidad histórica. Si Cataluña está dispuesta a ello, debemos levantar su espíritu para que sea el Piamonte de la nueva unidad hispánica.*»

Y Ernesto Giménez Caballero, en su discurso del Ritz, después de recordar gozosamente el camino andado desde diciembre de 1926, concluía en lengua catalana:

«*Catalans, com a poble que sou, fort, unànime, veniu a Espanya i feu una Espanya unànime, moderna, forta, com Catalunya.*»

CATALUÑA Y CASTILLA HACIA LA ESPAÑA NUEVA

«*Es un milagro* —decía Ortega en la misma ocasión— *que nuestro país subsista todavía. Hace años que el poder público se dedica a destruir realidades profundas y a fomentar fenómenos fantasmales. Durante cincuenta años el poder público español se ha dedicado a prescindir. Acusándolo de «áspero» quiso prescindir del problema catalán, en lugar de incorporarlo en magnífica arquitectura al problema peninsular. Y no puede decirse que todo esto haya sido por culpa de un exceso de poetas, filósofos o historiadores en el poder público. Salvada la mayor distancia —Cataluña y Castilla— hay que avivar el deseo firme de una coincidencia que permita todas las disidencias, hay que aprovechar todas las energías. Si esta noche implicase el comienzo de este hecho habría que reconocer que no ha sido tan vana la existencia sobre el planeta de las letras catalanas y castellanas.*»

«*No puede España gozar de paz espiritual* —escribía Gabriel Maura en su carta de adhesión—, *cuando no existe allá en Cataluña; ni tampoco Cataluña de un buen gobierno, como no lo tenga Madrid.*»

«*Estamos asistiendo* —exclamaba Pedro Sainz Rodríguez, el más aplaudido de todos los oradores, antes y después de su perorata— *al proceso de descomposición del Estado español, que se inicia en la Asamblea de parlamentarios, y del cual es tan sólo un episodio la extinta dictadura, y en estos momentos Cataluña puede servirnos de guía y de modelo en*

la reconstitución de nuestro país. (...) Las bases de una España grande han de asentarse sobre dos negaciones. No asimilismo. No queremos asimilar a Cataluña, queremos estudiarla, y entonces Cataluña contestará con un 'no separatismo'.»

«*Catalanes y castellanos* —proclamaba Marañón, hablando en nombre del Ateneo de Madrid— *nos hemos dado cuenta de que el destino de España está jugándose ahora para muchos decenios, quizá quién sabe si para siempre, y que la responsabilidad de este momento gravita en gran parte sobre nosotros.*» Catalanes y castellanos —concluía— están llamados, «*unidos en una misma fe civil*», a hacer una España «*varia y única, federada y moderna*», para lo cual están dispuestos a arrostrarlo todo: «*La persecución de tantos de nosotros conocida, y el enemigo, más temible que la persecución, de la blandura del ambiente, de la conformidad y halago de lo establecido, de la incapacidad, del miedo a la acción y al pensamiento que son hoy nuestra verdadera dictadura.*»

Y Fernando de los Ríos, en su discurso —«*el millor dels discursos, malgrat un petit excés de retórica*», según *Mirador*— puso el dedo en la llaga: «*Estamos sometidos a la idea de homogeneización, nosotros que somos el pueblo de más variación. Hemos puesto a España una vestidura jurídica y estrecha y realizado una centralización (...), y a esta razón también obedecen esos problemas que a vosotros os causan tanto dolor: a la armadura de nuestro Estado que es bizantino y cesaropapista. Cuando visten de luto las lenguas y los Fueros es que hay algo más hondo que está siendo víctima de mancilla: la libertad civil, y para luchar contra esto hemos de pedir la ayuda de la juventud para que, cuando se planteen problemas de carácter general y grandes dimensiones, nos aporte su colaboración. Para terminar, deseo pronto volvamos a reunirnos para festejar la epifanía civil de España que nos permita celebrar con mayores libertades estos actos.*»

LAS ASPIRACIONES DE CATALUÑA

Nadie dudaba entonces del derecho de Cataluña a sus más entrañables libertades. Algunos no dudaban en declararlo con espléndida rotundidad: «*Soy un admirador y propagador de la cultura catalana* —decía Castillejos— *y admito el hecho catalán con todos sus desdo-*

Los visitantes quisieron trasladarse hasta Cau Ferrat para homenajear a Santiago Rusiñol. Tras hacer una visita a la casa-museo del pintor (momento que recoge la foto adjunta, en la que puede distinguirse a Luis Araquistáin, Félix Lorenzo, Victoriano García Martí y Ramón Gómez de la Serna, entre otros), departieron durante largo rato con él, posando a su alrededor en la imagen de la derecha (dentro de la que se reconoce al propio Rusiñol —en el centro— Luis de Tapia, Díez Canedo, Manuel L. Ortega, Alvaro de Albornoz, García Martí...).

blamientos y con todos sus derechos, hasta donde quiera la voluntad de Cataluña.» «En cuanto al hecho catalán —declaraba José María de Cossío a los periodistas— *lo acepto íntegramente, hasta las extremas consecuencias de su evolución.»*

Casi lo mismo exponía el fundador de *El Sol*, Nicolás María de Urgoiti: «*Admito el hecho diferencial catalán con todo lo que significa y con todas sus consecuencias. Con comprensión y afecto se puede llegar a todas partes.»*

«*Si la voluntad de Cataluña* —decía Manuel Azaña a un redactor de *La Publicitat*— *fuese un día remar sola, justo sería permitirlo (...). Le deseamos buena suerte, hasta que, cicatrizada la herida, pudiésemos restablecer, al menos, relaciones de buenos vecinos. (...) Si hemos de vivir juntos, ha de ser en virtud de una federación. (...) Queremos la libertad catalana y española. El medio es la revolución. El término, la república, y la táctica, poner una barrera inconmovible al confusionismo y a la bastardía.»*

RUBIO I LLUCH, EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

El mismo día 25, domingo, se celebró en la Real Academia de la Lengua, en Madrid, la recepción del nuevo académico catalán Antonio Rubió i Lluch, presidente del *Institut d'Estudis Catalans*, a quien *El Sol* llamaba, en un editorial de felicitación, «émulo de Menéndez y Pelayo», «patriarca de las letras de Cataluña» y «representante de todo el renacimiento catalán».

Le acompañaron en su ingreso Mosén Lorenzo Riber, exquisito escritor mallorquín, y Ramón Cabanillas, que eran los académicos más recientes. Presidió el acto el ministro de Instrucción, duque de Alba, y con él los académicos Cano, Rodríguez Marín y Cotarelo. Asistieron numerosos miembros de la corporación, entre ellos el académico electo Eugenio D'Ors. Serafín Alvarez Quintero leyó el discurso de Rubió sobre el tema «Del nombre y de la unidad literaria de la lengua catalana», tan actual entonces —según afirmaba el nuevo académico—, «*ya que, en nuestros días se pone en duda y se discute el nombre genuino y castizo de la lengua catalana, su unidad histórica, literaria, geográfica y filológica*». Al final de su discurso —al que contestó Rodríguez Marín, discípulo de Milá i Fontanals— hizo un canto de afirmación ecuménica de la unidad literaria del verbo catalán, arcaico en Mallorca, castellanizado en Valencia, afrancesado en el Rosellón, italianizado en Alguer. Canto al idioma común, «*engendrador supremo de cultura, sello*

superior de dignidad, estímulo vigoroso del más alto pensar y del más hondo sentir».

El día 27, en el restaurante Tournié, de Madrid, fue obsequiado el nuevo académico catalán con un banquete al que asistieron un centenar de comensales, entre ellos algunos de los viajeros a Barcelona el domingo anterior, como Menéndez Pidal, Díez Canedo, Pedro Sainz, García Martí y Ruiz Manent; a los que se sumaban D'Ors, Blanca de los Ríos, González Amezúa, P. Bruno Ibeas, Basilio Alvarez, Leopoldo Calvo Sotelo... Hubo discursos y adhesiones. Rubió recordó su nacimiento en Valladolid y cómo su cuna fue mecida por canciones castellanas y catalanas, por lo que desde pequeño aprendió a sentir y amar por igual a Cataluña y a Castilla. Pedro Sainz y Julio Casares propusieron la idea de traer a Madrid el *Orfeó Català*. Inmediatamente se abrió una suscripción, que alcanzó la cantidad de 3.000 pesetas. Fue la fiesta un epílogo de la del domingo anterior en Barcelona; una respuesta de Castilla a Cataluña en el largo diálogo emprendido hacia el futuro de una mayor comprensión.

LAS RESERVAS DE LOS PRESENTES Y DE LOS AUSENTES

Las impresiones de los intelectuales castellanos sobre el homenaje de Barcelona no pudieron ser mejores. Todos los periódicos y revistas recogieron los entusiasmados pareceres de algunos de ellos. Entre los catalanes, algunos, como Joan Estelrich, se sentían plenamente satisfechos por haber obtenido cuanto podían esperar. Otros, como Carles Soldevilla, se mostraban más cautos: no se podía dar carácter de compromiso o de pacto a lo que sólo era un acto de generosa simpatía. Ni se podía caer en la avaricia de obtener un rédito cualquiera de la hospitalidad catalana. Cierto que desde los Reyes Católicos no se habían sentado a la misma mesa tantos hombres representativos de Cataluña y de Castilla. «*Pero* —continuaba el fecundo escritor catalán— *quiero dejar al futuro, obra de todos nosotros, suma de tareas y de azares, síntesis de sentimientos y de ideas, el trabajo de esclarecer si este encuentro de hoy es un simple fruto de la facilidad de las comunicaciones materiales o bien la aurora de un posible entendimiento.*»

Rovira i Virgili, máximo teórico e historiador del catalanismo, quería quitar, a quienes se la hicieran, la ilusión de que aquel acto de fraternidad y de reconocimiento del idioma catalán bastase para resolver todo el problema complejo existente. Si se sentía cerca de Pedro Sainz Rodríguez y, sobre todo, de Fernando de los Ríos, se sentía más alejado de Ossorio, de Menéndez Pidal y de Ortega. En el diario vespertino fundado —hacía tres años— y dirigido por él, resumía, con un apóstrofe cordial, su opinión del momento: «*Amigos de Castilla: no os pedimos que toméis ante nuestro problema una actitud de catalanistas. Si alguno la tomáis, os lo agradeceremos y os tendremos no ya por amigos, sino por hermanos. Lo que os pedimos a todos vosotros, a los más lejanos y a los más próximos, es una actitud de liberales.*»

Entre algunos intelectuales que no habían asistido a la fiesta aparecieron pronto algunas reacciones negativas. Eugenio D'Ors, ausente de los actos de Barcelona, ponía unos cuantos puntos sobre las «íes» políticas y culturales de aquel luminoso tablero, en unas declaraciones a *La Gaceta Literaria*: «*La tesis liberal de los intelectuales del Ritz ¿no era todo lo contrario de la tradicional tesis nacionalista catalana?*»

El Debate, diario católico conservador de Madrid, dirigido por Angel Herrera, refiriéndose a su propio comentario del día 22, escribía:

«*Hoy conocemos lo que el acto ha sido prácticamente. Pudimos preverlo desde el momento que se dieron al público los nombres, la mayoría de ellos bastante significativos, de los asistentes. La verdad, sencillamente la verdad, es que los objetivos extraespirituales han sido enfilados de frente y a pasión descubierta y, más que mostrarse de acuerdo, catalanes y castellanos, en el respeto a la lengua nacional, se han unido negativamente en el ataque irrespetuoso al Gobierno de la Dictadura. ¡Precisamente el día en que la Prensa del mundo civilizado concedió honores de gran estadista al dictador, publicando sus serenos y patrióticos artículos!*»

Sigue un espacio «visado por la censura» y termina el suelto:

«*Comprenderá la opinión catalana que esto es perjudicar su propia causa y hasta justificar lo que hemos dado en llamar 'incomprensión'.*»

Y el A B C, siguiendo su combativa tradición —en un artículo del mismo día, que *La Veu* calificaba de «inqualificable»—, puntualizaba que sólo dos hombres de la derecha habían sido invitados: Gabriel Maura y Angel Ossorio, y sólo «el tristemente famoso gobernador civil de la Semana Trágica» había asistido; no se había hablado de la unidad nacional, sino de la unidad del Estado, ni se mencionaba la patria ni se gritaba «¡Viva Espa-

LA GACETA LITERARIA — Página 3

Cordialidad intelectual entre catalanes y castellanos

Los actos de Barcelona

EDITORIAL

Las relaciones culturales entre castellanos y catalanes, a partir del renacimiento romántico en el siglo pasado de la literatura en lengua catalana, no tuvieron expresión firme y eficaz hasta la Exposición del Libro Catalán organizada e iniciada por la GACETA LITERARIA, *en diciembre de 1927 y como consecuencia de su programa básico de convivencia y colaboración peninsular. (El 1.º de enero del mismo año Pi Suñer inauguraba nuestro periódico con un artículo en catalán.)*

Hasta entonces habían existido varias tentativas de comprensión y secuencia desde Madrid. Pero aisladas e incluso arbitrarias. El primer acto conjunto fué el mensaje de los intelectuales castellanos, que la dictadura acogió creando los sillones regionales. Pero nuestro periódico, tenazmente, durante cuatro años de difícil cesura, fue abriendo camino y haciendo posible el acto inolvidable que va reseñado a continuación.

que el recíproc respecte de la més íntima de les llibertats humanes.

L'actual moviment de simpatia ja farà molt si ens permetta d'avançar en el camí de la veritat. Una qüestió clamorosa i ridiculament exposada, per la sola virtut d'aquesta exposició, comença a ésser resolta. En intentar-ho tampoc no ens arriscaríem a perdre el benefici d'una amistosa relació, per tal com no pot haver greuge en la revelació d'allò que constitueix l'essència de la nostra vida.

La llengua catalana és el nostre verb com a homes que som, i tant si volem com si no volem, no en tenim d'altre que sigui consubstancial amb la nostra ànima. Per això considerem baldera, fins quan no hi ha hostilitat en la intenció, tota qüestió prèvia

altos intereses del espíritu que han de luchar por iguales ideales de civilidad, de progreso y de grandeza.

Se agrupan ahora del lado Madrid y del lado Barcelona representantes de todos los matices del pensamiento ibérico. Podemos diferir, los de Barcelona y los de Madrid, en concepciones políticas y en ideas sociales. Coincidimos todos en un mismo amor y en un idéntico respeto a las manifestaciones de la cultura y a la soberanía de la inteligencia."

Espíritu tan culto y tan cultivado, catalanista tan fervente como Luis Nicolau d'Olver, en un artículo titulado "Hablar claro es cortesía" publicado en "La Publicitat", decía consentando las facilidades y dificultades para una mutua inteligencia:

"Por lo demás, no creemos que esa inteligencia, aunque fuese cordialmente realizada, tuviese la virtud de resolver nuestro pleito. Y la razón es clara: los intelectuales no han podido imponer al Estado las soluciones de libertad y de cultura que personalmente les afectan. ¿Cómo podrían, pues, imponerle además las que nos afectan a nosotros? El Estado es todavía demasiado fuerte frente a ellos. No pueden transformarlo. La transformación exige que, no sólo los intelectuales, sino la gran masa popular, sienta

Salvo periódicos conservadores como «ABC» y «Ya», la Prensa madrileña —aquí representada por «La Gaceta Literaria»— dio la importancia que merecía a lo que podríamos llamar «Pacto de marzo en Barcelona», cuya transcendencia cabe parangonar con el «Pacto de San Sebastián».

ña!», sino «¡Viva Castilla!», a lo más. «*De una y otra parte* —escribía el diario monárquico— *la frase «Federación republicana» ha definido el carácter político del encuentro, político no como aspiración futura, político en el provecho ocasional para el sufragio, para la amnistía contra los delitos de la Patria sentenciados por los tribunales ordinarios.*»

UNA ASAMBLEA DE PARLAMENTARIOS DE LA CULTURA

La fiesta de hermandad intelectual celebrada en Barcelona había sido, en verdad, todo un acontecimiento político. Una verdadera asamblea de parlamentarios de ambas culturas. Cierto que, como aconsejaban algunos intelectuales catalanes, no podían echarse las campanas al vuelo, pero, como escribía el mallorquín Antoni María Sbert —presidente entonces de la Federación Universitaria Escolar (F. U. E.)—, se había dado el primer paso: el del respeto; luego vendría el de la colaboración para conocer y definir los puntos que unían y separaban. Se había llegado también —y esto D'Ors lo reconocía paladinamente— a una coincidencia clara en el reconocimiento de los pueblos hispánicos dentro de un estado, más o menos federal.

A pesar de algunas protestas públicas de apolicitismo y de los no disimulados intentos de otros por la politización del encuentro, la eficacia política, indirecta o directa, de éste fue indudable. Se ha hablado mucho del «Pacto de San Sebastián», y se ha dejado en el olvido, muy injustamente, este otro pacto político a través de la cultura: el pacto de marzo en Barcelona. Algunos de los políticos más importantes de la vida de la segunda República estaban allí, y allí se encararon directamente con algunos de sus temas más urgentes: Azaña, Jiménez de Asúa, Luis Araquistáin, Fernando de los Ríos y el que iba a ser presidente de la comisión parlamentaria de estatutos, Luis Bello. «*Ahora podrán comenzar los partidos* —comentaba *El Sol*— *su acción, si la quieren, arrancando de ahí. Si no, todo, absolutamente todo, será inútil, y los tumbos serán más trágicos y más cómicos que los de una cometa desproporcionada y suelta en un viento de marzo. Y, sin embargo, no pudo haber actos políticos más intensos y cargados de trascendencia que esos homenajes y esas cordialidades. Bien dijo Ortega y Gasset que no hay de hecho intelectual que no sea político, y en Barcelona, seis años de actos intelectuales ahogados en el silencio, habían de causar la explosión política que toda la ciudad vio y toda España conoce.*»

Carles Soldevilla, en su artículo ya citado, pensaba que no había por qué preocuparse demasiado de las consecuencias: «*Lo que es típico en la actuación del verdadero intelectual es el no preocuparse de las consecuencias de sus actos, el hacer las cosas porque hay que hacerlas, no porque produzcan o dejen de producir un efecto. Obrar de otra manera es obrar como un político, no como un intelectual.*»

Distinción que muchos de entre los mismos participantes a las fiestas de Barcelona no suscribirían, y que la ya cercana segunda República española iba a poner a dolorosa prueba. ■ **V. M. A.**

Ricardo Mella

Ricardo Mella

Vigo, 1861-1925

«Era un hombre de talla más bien baja, delgado, nada llamativo en su aspecto exterior: de apariencia sencilla, modesta y tímida». Retrato clásico de Ricardo Mella, muy ajustado, como la versión literaria de Abad de Santillán, a cuanto sabemos del personaje.

Nacimiento y muerte de un anarquista

J. A. Durán

EN agosto de 1975 se cumplieron los cincuenta años de la muerte de Ricardo Mella. La ocasión, tan comúnmente aprovechada para recordar y festejar el sentido de variadísimos personajes, aún de los más mediocres, no sirvió de acicate para hacer con Mella algo similar. Que yo sepa, tan sólo la revista Triunfo *cumplió puntualmente —entre las publicaciones «de actualidad»— con este cometido. De poco sirvió al anarquista la sobreatención que en los momentos presentes se presta a la historia de los movimientos obreros. En Galicia, tierra natal del personaje, fue el silencio ley, contrastando la cosa con las docenas de actos —entre suspendidos y celebrados— que motivó el veinticinco aniversario de la muerte de otro grande del país: Alfonso R. Castelao. Este olvido del internacionalista parece todo un síndrome de nuestro presente. Así, salvada la excepción de algunas gentes de edad, hecho lo propio con jóvenes profesores y estudiantes de los llamados «inquietos», aún la burguesía ilustrada de Galicia seguirá confundiendo a Mella —cosa que ya sucedió en su tiempo— con el famoso tribuno del tradicionalismo (Juan Vázquez), quedando Ricardo escondido tras una niebla que ni siquiera —pese a las reiteradas intentonas— los más animosos estudiantes logran burlar cuando proyectan en torno a él sus tesis y sus memorias: Acuciados, quizá, por los plazos académicos, llegan demasiado presurosos para no quedar varados ante la modestia, sublime, de un personaje que anda, además, oculto entre papeles de difícil localización, tantas veces desaparecidos para siempre. Sin embargo —parece la cosa paradójica—, los historiadores reconocen en Ricardo Mella y Cea al más brillante y destacado teórico de cuantos nacieron del contexto, brillante a su vez, del anarquismo clásico español. Mas aún esta paradoja, demasiado sacada de la manga, se disuelve en el hecho de que estudios acerca del tipo y de su obra sigan estando ausentes del mercado editorial.*

En TIEMPO DE HISTORIA, *al aplicarme a recordar a Mella, intentaré escudriñar, básicamente, dos acontecimientos biográficos, significativos, inexplorados: su nacimiento como anarquista, su muerte como ciudadano. De Ricardo Mella, tan olvidado, se puede decir que hizo posible aquello que el romancero niega de los profetas: serlo en las puertas de la casa, en la ciudad propia y en su tiempo.*

José Mella Buján, padre de Ricardo, tenía en Vigo una modesta sombrerería. Republicano-federal, educó a su hijo en el respeto a las propias ideas.

UN MOZO FEDERAL

Ricardo nace en el seno de una modesta familia de artesanos. Su padre, sombrerero de oficio, militaba en filas republicano-federales. Educó a su hijo en el respeto a las propias ideas y en la devoción por su máximo difusor: don Francisco Pi y Margall. Cursó estudios primarios entre el fervor y el ocaso del republicanismo histórico, cuando los cantares de La Gloriosa y las ilusiones en la I República se iban apagando. Mantuvo su fe, sin embargo, en los primeros años juveniles. Era lógico. Pesaba en tal actitud no sólo la identificación con el padre [1], también lo específico de su ciudad natal: Vigo vive entonces un ensanche veloz, atropellado; la pequeña villa pasa a ser una ciudad importante en pocos años. Precisamente en aquellos años, cuando su puerto fue reconocido como fundamental en las comunicaciones internacionales, cuando la emigración a tierras americanas comenzaba a arrojar máximos continuos preocupantes. Urbe fundamentalmente mercantil hasta aquí, no conocía experiencias más extremosas que las republicano-federales. Por este hecho el ingreso del mozo, con dieciséis años, en el partido de Pi —del que ha de ser pronto secretario— es detalle cargado de significación: Las ideas «autónomo-pactistas» que los federales defienden distan mucho de ser aceptadas o consentidas por los gobiernos de entonces.

Ricardo, en su lucha por la vida, trabaja, desde muy pronto, para una Agencia Marítima: la emigración, el éxodo de las gentes de su pueblo gallego sobre todo —tema de su primer ensayo— no sólo estaba en el ambiente [2], pertenecía como carne de su carne a la propia biografía. En 1881, cuando tiene veinte años, salta al protagonismo público. He aquí un año tan básico para su trayectoria como para la evolución política posterior de las tierras pontevedresas.

Sagasta llega al poder, por primera vez. Los núcleos republicanos, siempre desunidos, tratan de reagruparse. En Vigo intentan la lucha contra el largo dominio conservador, representado por José Elduayen, marqués flamante del Pazo de la Merced, exministro de Ultramar, hombre fuerte en la política **canovista.** Entre profusión de cenas y banquetes parece, al fin, que la cosa toma cuerpo.Desde abril este foco «demócrata» cuenta con un portavoz bisemanal: **La Verdad.** Ricardo Mella aparece, desde muy pronto, entre sus colaboradores. El tono polémico, habitual en vísperas electorales, elevó la excitación política a niveles sorprendentes: **Faro de Vigo,** que en su aparente independencia defendía los intereses de Elduayen, se enzarza, número a número, con **La Verdad,** por el más variado de los motivos: las aguas de Mondariz, el proteccionismo del puerto... Se inician procesos por injurias, se organizan tribunales de honor. El estallido ruidoso se produce, sin embargo, en junio. Ricardo lo protagoniza: recoge un rumor madrileño asegurando que el motivo del viaje de Elduayen a la Corte es «para responder a ciertos cargos que sobre él recaen por un desfalco importante descubierto en el Banco Nacional», desfalco cuyo origen estaría en el período de su mandato como director. Otros periódicos republicanos —**El Anunciador** (Pontevedra), **La Concordia** (Vigo)— amplían la noticia, al recortarla y difundirla por su cuenta. La trascendencia del asunto se palpó de inmediato. **La Verdad** trata entonces de recomponer la información, precisándola en este sentido:

Uno de los sueltos, inserto en el número del lunes de este periódico, ha dado pávulo, según tenemos entendido, a ciertas versiones que en nada favorecen a nuestra humilde publicación.

Al decir que en el Banco Nacional se había descubierto un desfalco considerable, no hemos querido hacer responsable de él al Excmo. Sr.

[1] Mella, en los textos por mí conocidos, reitera siempre su admiración por el padre («mi buen padre»); guarda un silencio, total, con relación a su madre.

[2] Aún las revistas gráficas, caso de **La Ilustración Gallega y Asturiana,** le prestan excepcional atención.

don José Elduayen. Sólo sí, decíamos, que había sido llamado a Madrid, debido a que el desfalco en cuestión data de la fecha en que dicho señor era su director, sin que esto implique complicidad ninguna en el asunto por parte de tan respetable personaje.

Conste así.

Era tarde, sin embargo. Ricardo Mella, por incluirlo; Indalecio Armesto y Eudoro Fernández, directores de las publicaciones antecitadas, por reproducirlo, se ven incursos en **querella de injurias graves** que desencadena el poderoso marqués. Sin avenencia en un principio, sin aceptar las sentencias después, la cadena judicial se pone en marcha...

EL OBRERISMO VIGUES ENTRA EN LA HISTORIA

El rumbo de **La Verdad** no debió ser muy del gusto del joven Mella. La campaña inicial, destinada a sacar diputado en Cortes por el distrito a un demócrata, Eduardo Chao, se desbarata por conveniencias de facción. El periódico apoya entonces la coalición republicano - liberal que defiende la candidatura de don Angel Urzáiz y de Eduardo Iglesias Añino. El primero iría a las Cortes, el segundo, su hombre de confianza, a la Diputación Provincial. Quien conozca algo de la historia pontevedresa caerá en cuenta de lo trascendente de una operación que dará al distrito vigués su diputado casi vitalicio y su gran cacique, superinfluyente, desde aquí hasta su muerte: Urzáiz e Iglesias Añino, respectivamente. Aquel año de 1881, de hecho, comienza el **turno formal** a nivel de la «gran» política, pero se inaugura también la **permanencia caciquista** a nivel de la política «menuda», inexplorada, comúnmente, por los historiadores.

Mella, sin duda, percibió todo esto —que era tan evidente como público— con claridad, por ello inició el repliegue y la radicalización, rápida, sorprendente en cierto modo. Su partido, hecho a un lado también, le ayudará no poco en los primeros momentos.

El 31 de julio de 1881, nacido en el ambiente de las nuevas libertades, aparece en Vigo **La Propaganda**, un periódico insólito en los anales de la ciudad, como de la provincia. Su peculiaridad no nace de ejercer en defensa abierta de los ideales federalistas. En este sentido también la capital provincial cuenta con **El Independiente**, animado por la cultura y la causticidad de los hermanos Muruais. Era su carácter obrerista, aunque envuelto en terminología federal, quien lo hace insólito. Ricardo Mella lo dirige, pero toda la familia Mella parece alentadora de una experiencia que tiene en la propia sombrerería el lugar de redacción y el domicilio social. Los redactores, sin embargo, eran mozos de la edad de Ricardo, amigos suyos por toda una vida: Angel Bernárdez, Federico Rodríguez y Joaquín Nogueira, estudiantes los tres, extraídos de la pequeña-burguesía local. Metidos en edad militar —Mella y Nogueira son «quintos» ese año— la crítica del **servicio**, con el escándalo de los **cupos** y las **redenciones en metálico**, fue uno de los blancos que hicieron más popular a **La Propaganda** en medios obreros. Atenta la publicación a este tipo de planteamientos, muy concretos, tampoco descuidó las cuestiones generales de más fuste. Por ejemplo aquella que primaba sobre las demás: si debía ser el obrero **político**, cuestión límite en el progresismo de la época, como se sabe. En el tratamiento de este asunto, vertebral, destaca el joven Mella; pero mantiene opiniones diametralmente opuestas a las que años más tarde, con reiteración, defendería [3]:

No le queda al obrero más que un camino: el de la política digna y honrada, el de la política, en

[3] Ricardo Mella, «¿Debe o no ser político el obrero?», **La Propaganda**, Vigo, núm. 4, 25-VIII-1881.

Dolores Cea Fernández, su madre, dedicada a los trabajos de la casa, crió cuatro hijos, de los que Mella era el primogénito.

fin, del porvenir, que se inspira en los modernos y sacrosantos ideales de libertad y trabajo, democracia y justicia.

Tenga siempre en cuenta el obrero que todo lo que sea separarse de este camino, es buscár su propia muerte, es correr con insensetez y precipitación incomprensible hacia el suicidio.

Y este fue el punto de vista que **La Propaganda,** al hacerse representar en el Congreso Obrero de Barcelona de 1881, defendió, quedando alineada junto a la minoría, pues tales ideas navegaron contra corriente en una reunión que empezó federal para terminar en epifanía anarquista. Allí nació la Federación de Trabajadores de la Región Española.

Varias circunstancias precipitan el viraje, drástico, del joven Mella, afinizándolo, por una vez, con la corriente dominante en el obrerismo español: la lectura de la **Revista Social** fue, según sus particulares opiniones, fundamental [4]. Y, en efecto, la admiración que sienten los redactores de **La Propaganda** [5] por aquella publicación de Serrano Oteiza, nacida casi al mismo tiempo que la suya, se advierte en el hecho de que apenas pase número sin que recorten de ella abundante material... Pero, aun contradiciendo al propio Mella, habremos de decir que su declaración apenas nos explica esta circunstancia, básica para nosotros: ¿Por qué él precisamente, y ninguno más de sus amigos —federales de por vida— va a pegar viraje tan considerable en pocos días? Quizá debamos aventurarnos con cuidado en el análisis de otros acontecimientos biográficos que el personaje apenas menta en su obra, escondiéndolos para siempre, sospechosamente.

El primero tiene también que ver con la **Revista,** metiendo en carne viva aquella lectura general: Un obrero consciente replica, con no pequeña intención, en las mismas páginas de la publicación madrileña, sus puntos de vista, considerados, sobre **la política.** Mella responde, pero lo hace sin verdadera convicción. No deja de reconocer, honradamente, la dificultad teórica en que le ponen los argumentos contrarios: la política, ciertamente, enloda. Nadie, y menos aún el obrero, puede librarse de su fangal. Ricardo lo conocía bien, distinguiéndose en esto de todos y cada uno de sus compañeros [6]. Pocos mozos radicales, como él, habían tenido ocasión de vivir, intensa, tempranamente, la experiencia —sentida como nauseante— de la política de la época. Por otra parte, pero en la misma línea, su proceso seguía curso, y yo veo en él otra de las claves decisivas para comprender su rápida evolución. En abril de 1882 la Audiencia Territorial de La Coruña dicta sentencia contra nuestro personaje; pero no es una sentencia cualquiera: es la más dura dictada contra periodista o escritor alguno de Galicia en los años que iban de Restauración. Es, además, por lo que sabemos, la primera decididamente política [7]:

Acaba de ser revocada en la Audiencia de La Coruña [8] la sentencia del Juzgado de Primera Instancia de esta ciudad en causa seguida a petición de José Elduayen, exdiputado y exministro, y condenado a cuatro años y tres meses de destierro y multa de 625 pesetas, nuestro estimado compañero en la prensa, don Ricardo Mella, director de **La Propaganda.**

Si tenemos que lamentar, cual lo hacemos con verdadero sentimiento, la suerte del Sr. Mella, porque el golpe es rudo, no debe congratularse sin embargo aquel caballero del éxito alcanzado, pues a estas horas se habrá interpuesto la apelación ante el Tribunal Supremo.

En efecto, apelación sin esperanzas. Era aquí precisamente a donde Elduayen quería llegar: Ricardo Mella, Indalecio Armesto y Eudoro Fernández fueron condenados a duros destierros. Nuestro personaje concretamente a tres años, siete meses y 200 pesetas de multa. Era noviembre de 1882. Muy poco tiempo había pasado, apenas sólo días, desde que Ricardo Mella, llevando la representación de la sección viguesa, había asistido al II Congreso de la F.T.R.E. Era un anarquista. La radicalización, siguiendo paso por paso a su proceso, se confirma entre abril (fecha de su condena en La Coruña) y septiembre, cuando se celebra en Sevilla la famosa reunión. La acción del joven

---

[4] Mella reitera esta declaración en varios momentos de su obra: «Era federal a los veintiún años. La **Revista Social** me decidió por el anarquismo...» (**La Revista Blanca,** Madrid, 15-IX-1902).

[5] No sólo ellos. La prensa republicana, en general, destaca y recorta trabajos de la **Revista Social,** muy leída en estos círculos, cosa que explica, por otra parte, el éxito y la tirada.

[6] También Federico Rodríguez tuvo percance con Elduayen, costándole un proceso que lleva algún retraso en relación al de Mella, proceso que, por cierto, va paralelo a un viraje político. Pero su temprana muerte (1885) nos impide seguir su trascendencia.

[7] Las suspensiones de **El Fomento** (Ordenes) y **El Anunciador** (Pontevedra), como el ruidoso proceso de Manuel Curros Enríquez por los poemas de **Aires da Miña Terra,** obedecían a denuncias clericales, no políticas, en sentido estricto. De la briosa reacción compostelana y coruñesa cuando la llamada «cuestión universitaria», podría decirse lo propio.

[8] Tomo de **El Anunciador,** Pontevedra, 4-V-1881, que a su vez recorta de **La Concordia.**

neoanarquista en el obrerismo pontevedrés había sido tan breve como eficiente: Vigo y Pontevedra cuentan ahora con periódicos que defienden abiertamente la Federación, la Anarquía y el Colectivismo. La ciudad olívica cuenta, además, con una sección obrera, en continuo crecimiento, que parecía asegurar al movimiento obrero el mejor de los futuros [9]. Mella, por su parte, aunque parece haber sido perdonado por Elduayen [10], toma camino del destierro en 1883. Madrid será su lugar de asentamiento, donde se confirma su evolución.

UN LARGO Y FECUNDO DESTIERRO

En realidad, la clave de su fácil instalación en Madrid se encierra en el citado congreso sevillano. Mella hace de secretario del mismo y, pese a su juventud, aureolado por la dureza del proceso, destaca en intervenciones y discursos. Allí nace la amistad con el propio Serrano Oteiza, notario de Madrid como se sabe, relación que rematará en vínculo familiar, al formalizarse las relaciones con Esperanza, su compañera de toda la vida, hija del célebre director de la **Revista Social.** Por otra parte, Ricardo, apoyado sin duda por la familia Serrano, estudia topografía. Una oposición le permite cumplir la ilusión de entonces: vivir en Andalucía, palpar la experiencia del anarquismo andaluz, que tanto le había impresionado.

Así, quien ha de ser «el escritor anarquista español de más recia pluma», según la bella caracterización de **Soledad Gustavo,** vivió en tierras andaluzas años decisivos, quizá los más decididamente militantes. Fundó periódicos, vivió de cerca e intervino como propagandista en la experiencia societaria del momento, mereciendo en aquel contexto la admiración y el respeto que se trasluce en las prosas de la época o en el famoso libro de Díaz del Moral. Pero tal admiración es recíproca: abandona él, definitivamente, la «morriña» gallega, que aún le asaltaba en Madrid; canta la rebeldía formidable de los andaluces rebeldes:

La tierra andaluza —llegará a escribir— *es la tierra de la libertad. Desde el año 1812, fecha de la proclamación en Cádiz de la primera Constitución española, hasta el día, el pueblo andaluz, el pueblo que trabaja y paga, no ha negado ni una sola vez su sangre y su vida a todo movimiento en favor del progreso de las ideas y de las instituciones. Pero la tierra andaluza es también la tierra del despotismo gubernamental y capitalista, es la tierra de la mayor riqueza y de la mayor miseria, y pobres y ricos viven en una tensión nerviosa que los conduce frecuentemente a la más brutal tiranía de un lado y a la sedición constante del otro* [11].

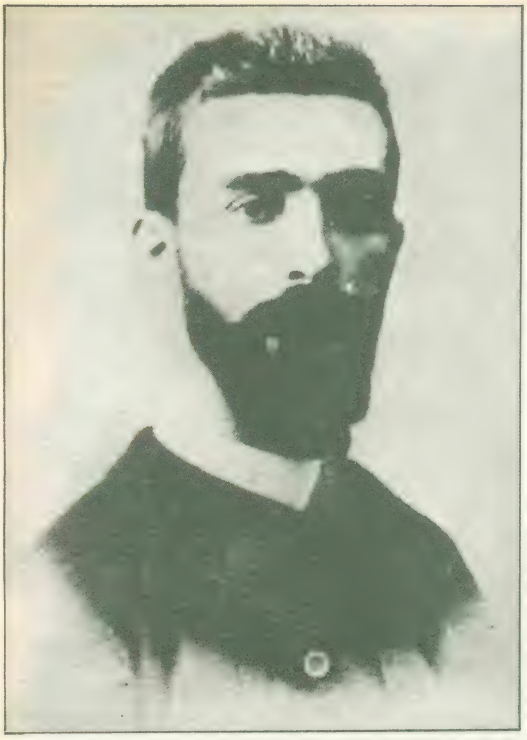
En Andalucía, por otra parte, comienza a cargarse de hijos su familia: Esperanza habría de criar una docena en un período de veinticinco años. Y este culto a la familia, tan característico como significativo de su placidez ejemplar, debe llevarse muy en cuenta para com-

[9] No será así, como veremos, y el movimiento obrero de Vigo tendrá durante muchos años carácter socialista.

[10] De ahí que pudiera realizar, haciendo consultas directas en el Juzgado de Vigo, su estudio acerca de **El problema de la emigración en Galicia,** Barcelona, 1885. No sucede lo mismo con Indalecio Armesto, que tomará el camino de América, enemigo político de Elduayen por toda una vida.

«Fui su discípulo. Niño aún, en el agitado período del 73, mi buen padre, federal engagé, **dábame a leer todos los periódicos, revistas y libros que entonces prodigaba el triunfante federalismo. Después, puede decirse que se moldeó mi cerebro con las doctrinas de Pi —en el grabado— y con sus traducciones de varias obras de Proudhon» (Ricardo Mella, «La muerte de Pi y Margall»,** La Revista Blanca, **Madrid, núm. 84, 15-XII-1901).**

[11] Precisamente será en esta grave contradicción donde encuentre las razones más convincentes para explicar los diferentes comportamientos del campesinado, gallego y andaluz. Porque, contrariamente a lo que mi gente cree, Mella mantuvo un interés constante por las cuestiones de Galicia, desde su primera juventud, por lo menos desde aquellos artículos de **La Propaganda,** dedicados al estudio de «La cuestión social» en su concreción gallega.



Varias circunstancias precipitan el viraje, drástico, del joven Mella (en la imagen), llevándolo al anarquismo: una revista madrileña, una polémica sonada, el primer proceso político gallego de la Restauración y el duro destierro a que le condena la Audiencia de La Coruña. La política —quedaba claro para él— enloda, nadie puede librarse de su fangal.

prender las alternativas políticas; su rechazo de la violencia gratuita, por ejemplo.

Cuando en 1895, en plena madurez, regresa a Vigo, Ricardo es un propagandista extraordinariamente conocido y respetado en el mundo ácrata y obrero de la época. En realidad, si bien de manera fugaz, Mella estuvo en su ciudad natal en 1892. Sus antiguos amigos, los federales[12], redactores de **La Vanguardia,** le invitan a conferenciar acerca de la discusión clásica: «Evolución y Revolución» es el tema de su charla. Pero si atendemos a la fecha y al año (abril) no parece aventurado suponer que sus viejos amigos estén, en realidad, arropando a un «escapado» de los acontecimientos andaluces del 92, acontecimientos y represión que había de denunciar en uno de sus múltiples folletos [13]. El luchador tomó, sin duda, buena cuenta del estado de cosas en Galicia, una Galicia tensa, que parecía incumplir sus teorías: en plena organización obrera, con gravísimos tumultos campesinos —caso de los pontevedreses del verano—, con las primeras huelgas... Llega, sin embargo, demasiado tarde para variar el signo de ciertas cosas: Vigo, por ejemplo, contaba en 1895 con un elemento obrero, de marcado carácter socialista, que comienza a manifestarse activo [14]. Desconectado del obrerismo más inmediato a su persona, mantiene sus colaboraciones intelectuales, muy cotizadas, con las principales publicaciones anarquistas de la época. Vuelven a ser años duros para los ácratas españoles: los sucesos catalanes imponen cautela aun a hombres que, como él, siempre estuvieron públicamente contra toda forma de propaganda por el hecho. Otro clásico de la literatura anarquista, tan opuesto como Mella al atentado, José Prat, llega entonces a su casa, escapando de la represión que sigue a la famosa procesión de Corpus. Ricardo prepara el «embarque» del amigo y denuncia los acontecimientos en las páginas de **El Corsario** coruñés y en una larga serie de artículos, publicada en Brooklyn, algo más tarde.

Mella, que continúa atado a su profesión de topógrafo, trabaja generalmente para el ferrocarril, en construcción. Vive en Pontevedra desde 1897. En esta ciudad aparece estrechamente ligado a los jóvenes y combativos redactores de **La Unión Republicana,** un diario animado por mozos que jugarán papeles destacados en la política lerrouxista, años más tarde: Emiliano Iglesias, por ejemplo; José Juncal, hermano político del propio Lerroux [15]. También Ricardo colabora entonces, abundantemente, en **El Progreso,** diario madrileño del famoso «emperador del Paralelo», denunciador constante de los procesos de Montjuich. Nuestro personaje deja en aquel «papel» pontevedrés artículos dignos de leer, destacando sobre todo la polémica con el futuro **Azorín,** el «divino reaccionario», tan anarquizante en estos años... La muerte de Elduayen, acontecimiento de 1898, ofrece ocasión de ver cómo Ricardo Mella mantenía

[12] Su apartamiento de la vida provincial había sido tan rápido, que los republicanos de Pontevedra todavía en 1892 le consideraban federal, antes que nada.

[13] **Los sucesos de Jerez (8-I-1892/10-II-1893),** Barcelona, 1893.

[14] En 1895, a la llegada de Mella, mantienen los canteros de Vigo —el núcleo más organizado— una dura huelga por motivos salariales que rematará en éxito trascendente.

[15] Acerca de este engarce, francamente curioso, del lerrouxismo naciente y de estos jóvenes gallegos, cfr. J. A. Durán, «Lerroux en Galicia», serie de artículos publicados en **La Voz de Galicia,** La Coruña, marzo, 1975. Se recogen también en su libro **Crónicas-2,** Akal Editor, Madrid, en preparación.

en Galicia una aureola, que jamás hizo jugar en su beneficio:

No lo sentimos —decía **La Unión** [16] en su terminante necrológica— *porque fue el más encarnizado enemigo de los republicanos de esta provincia, y no podemos olvidar que por sus persecuciones sufrió amargo destierro nuestro inolvidable Armesto, lo sufrieron dos periodistas demócratas de Vigo, uno de los cuales, don Ricardo Mella, se halla hoy entre nosotros, y por él sufrió injusta prisión en un castillo de La Coruña nuestro inolvidable correligionario Emilio Couto.*

Mella vuelve en Pontevedra al activismo. Se le ve, junto con la izquierda obrera, republicana y socialista de la ciudad, en los mítines de protesta por los procesamientos barceloneses, pero le habría de interesar, sobre todo, la importante campaña en favor de la organización campesina, que se viene librando entonces en las inmediaciones de la «boa vila». Por ello incorpora esta experiencia suya como propagandista societario en el campo, gallego y andaluz, a un folleto nacido en aquellas circunstancias, dedicado **A los campesinos.** Toda esta labor, ciertamente intensa, remata con la publicación de otro ensayo importante: **La Ley del Número,** editado en Vigo, donde se encierra su crítica al formalismo democrático... Los anarquistas coruñeses, que conocía tanto su activismo como su formidable modestia, clamaron entonces para que fuera Mella quien representara al obrerismo español en el frustrado Congreso Anarquista Internacional...

[16] **La Unión Republicana**, Pontevedra, 29-VI-1898.

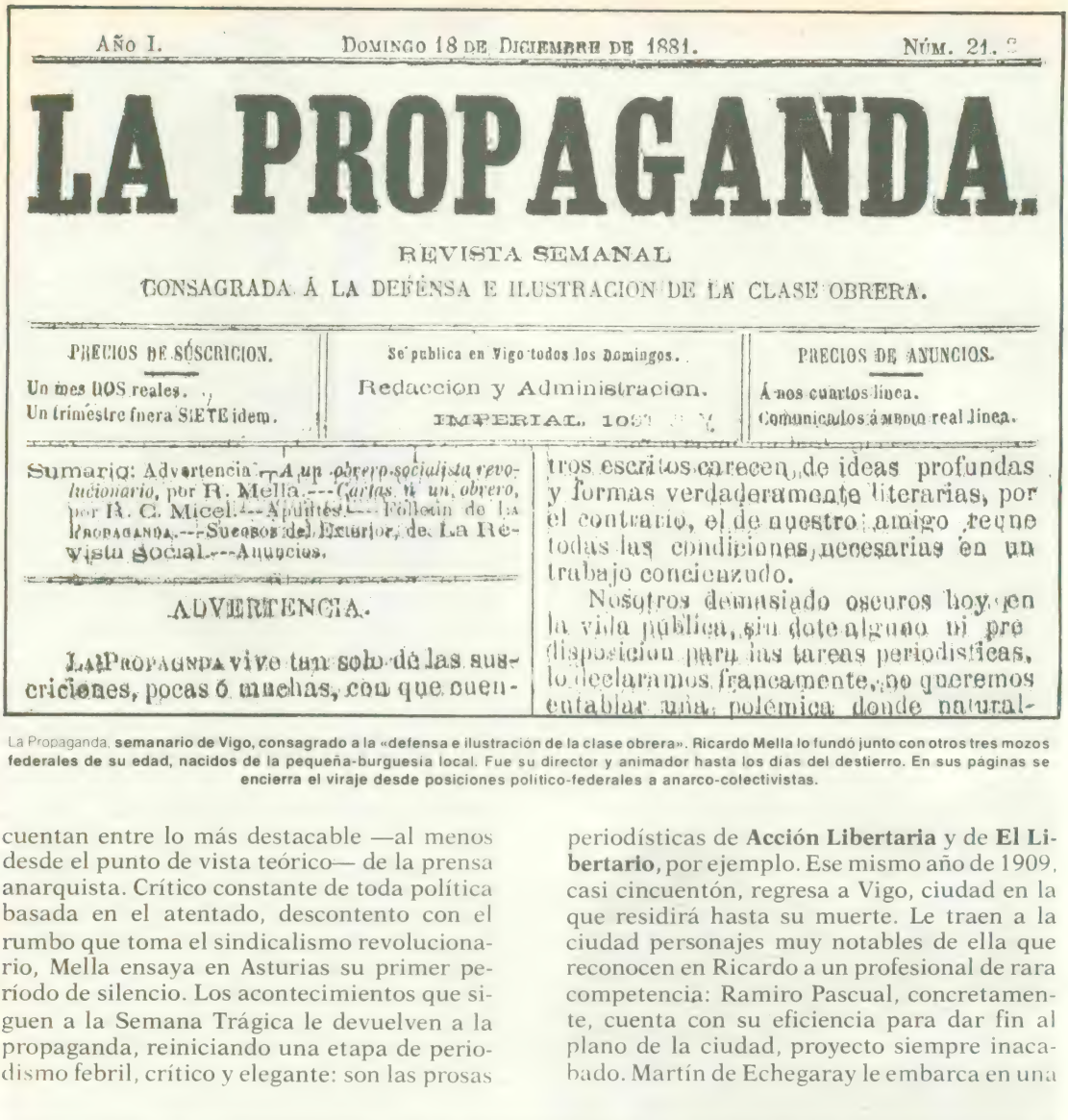
Esperanza Serrano Rivero, su mujer por toda una vida, le daría una extensa prole de 12 hijos. Ricardo Mella rindió culto a la vida de familia, fue laborioso y competente. Atesoró toda suerte de virtudes de aquella sociedad que buscaba demoler.

Juan Serrano Oteiza, notario de Madrid, anarquista famoso de la época dorada, será el segundo padre de Mella: su Revista Social, **su hija Esperanza, su consejo, juegan papeles decisivos en la confirmación de Ricardo como anarquista.**

LA OBRA DE RICARDO MELLA

Siguiendo otra vez los azares de su vida profesional y las exigencias de su cada vez más poblada familia, Mella ha de marchar a Asturias en los años iniciales del presente siglo. Juega allí papel destacado: su marca queda en la hechura de los más lúcidos representantes del anarquismo asturiano —en Pedro Sierra, su primer biógrafo [17]; en Eleuterio Quintanilla, sobre todo—; junto con ellos anima o dirige varias experiencias periodísticas que

[17] No olvidamos tampoco, porque nos fue de indudable utilidad para este trabajo, a su último biógrafo, asturiano también, Vladimiro Muñoz, CFR. SU **Antología Acrata Española,** Barcelona, 1974.



AÑO I. DOMINGO 18 DE DICIEMBRE DE 1881. NÚM. 21.

LA PROPAGANDA.

REVISTA SEMANAL

CONSAGRADA Á LA DEFENSA E ILUSTRACION DE LA CLASE OBRERA.

PRECIOS DE SÚSCRICION.

Un mes DOS reales.
Un trimestre fuera SIETE idem.

Se publica en Vigo todos los Domingos.

Redaccion y Administracion.

IMPERIAL, 109.

PRECIOS DE ANUNCIOS.

Á nos cuartos línea.
Comunicados á medio real línea.

Sumario: Advertencia.—*A un obrero socialista revolucionario*, por R. Mella.—*Cartas á un obrero*, por R. C. Micel.—Apuntes.—Folletin de la PROPAGANDA.—Sucesos del Exterior, de La Revista Social.—Anuncios.

ADVERTENCIA.

LA PROPAGANDA vive tan solo de las suscriciones, pocas ó muchas, con que cuen-

tros escritos carecen de ideas profundas y formas verdaderamente literarias, por el contrario, el de nuestro amigo reune todas las condiciones necesarias en un trabajo concienzudo.

Nosotros demasiado oscuros hoy en la vida pública, sin dote alguno ni pre disposicion para las tareas periodísticas, lo declaramos francamente, no queremos entablar una polémica donde natural-

La Propaganda, **semanario de Vigo, consagrado a la «defensa e ilustración de la clase obrera». Ricardo Mella lo fundó junto con otros tres mozos federales de su edad, nacidos de la pequeña-burguesía local. Fue su director y animador hasta los días del destierro. En sus páginas se encierra el viraje desde posiciones político-federales a anarco-colectivistas.**

cuentan entre lo más destacable —al menos desde el punto de vista teórico— de la prensa anarquista. Crítico constante de toda política basada en el atentado, descontento con el rumbo que toma el sindicalismo revolucionario, Mella ensaya en Asturias su primer período de silencio. Los acontecimientos que siguen a la Semana Trágica le devuelven a la propaganda, reiniciando una etapa de periodismo febril, crítico y elegante: son las prosas periodísticas de **Acción Libertaria** y de **El Libertario**, por ejemplo. Ese mismo año de 1909, casi cincuentón, regresa a Vigo, ciudad en la que residirá hasta su muerte. Le traen a la ciudad personajes muy notables de ella que reconocen en Ricardo a un profesional de rara competencia: Ramiro Pascual, concretamente, cuenta con su eficiencia para dar fin al plano de la ciudad, proyecto siempre inacabado. Martín de Echegaray le embarca en una

AÑO I.—Número suelto, 5 céntimos. MADRID 23 DE JUNIO DE 1881. Paquete de 30 núms., una peseta.—NÚM. 3.

Revista Social

ECO DEL PROLETARIADO.

Cabecera de la Revista Social, **la revista madrileña de Serrano Oteiza: Mella le concede caracter determinante en su conversion al anarquismo: pero quizá con esta declaración esconde otros acontecimientos biográficos, decisivos, aquellos que precisamente le singularizan como personaje, explicando mejor la propia conversión.**

experiencia, muy popular entonces, que será su vida a partir de aquí: la red viaria de los tranvías eléctricos. Cuando el proyecto se ultima, Ricardo no puede esquivar el puesto de Director Gerente de la importante Compañía. Desde entonces hasta una semana escasa antes de su óbito vive, con notoria intensidad, la vida de la empresa. El antiguo propagandista societario se ha convertido también en un notable local. Su formidable modestia, ahora como antaño, contribuye a oscurecerle. En el año 1922, cuando lo visita Abad de Santillán, se confiesa acabado para la lucha, distante de la experiencia sindicalista de un Seguí o de un Pestaña. El retrato parece de lo más ajustado:

Era un hombre de talla más bien baja, delgado, nada llamativo en su aspecto exterior: de apariencia sencilla, modesta y tímida. El que lo viese recorrer las calles de Vigo desde su oficina en la Compañía de Tranvías hasta su casa, no habría sospechado que se trataba de uno de los, sin disputa, mejores escritores libertarios de España y de los países de habla castellana, de uno de los pensadores más sutiles y proféticos, de un educador y ensayista de excepción, dueño de un estilo literario perfecto, molde de un pensamiento muy elaborado y de una sensibilidad muy fina.

Esto era, ciertamente. En sus escritos se encierra la más brillante aportación española a las teorías revolucionarias en el período de la Restauración. Mella escribió, aparte de un número indeterminado de artículos, más de treinta ensayos de muy variable interés y extensión. La mayoría alcanzaron varias ediciones sucesivas, siendo muchos de ellos premiados en los más famosos certámenes anarquistas, celebrados en los países de habla castellana. Se le pudo leer en italiano, en holandés, en portugués, en francés, además de en castellano, por lo que sabemos. Hay ediciones de sus escritos fechadas en Brooklyn, en Amsterdam, en Orleáns, en Prato, en Oporto, en Buenos Aires, en Montevideo, así como en los más variados puntos de la geografía española. Alguna de sus polémicas —caso de la sostenida con Lombroso— dio la vuelta al mundo. Por otra parte, su curiosidad intelectual no conoce

«Todo un pueblo, el pueblo vario y polijerárquico, seguía al féretro». El entierro vigués de Ricardo Mella encierra un hondo simbolismo, que recuerda la próxima movilización popular por otro formidable difunto, paisano y contradictor suyo: Pablo Iglesias.

EL SEPELIO DE D. RICARDO MELLA CEA

Una imponente y conmovedora manifestación de duelo.—Todas las clases sociales se adhieren al sentido homenaje

La hora tardía en que llegó a nuestro conocimiento la noticia de la muerte del gerente de los Tranvías Urbanos de Vigo, D. Ricardo Mella y Cea, nos impidió dedicar a este querido amigo, en el número de ayer, el homenaje a que se había hecho acreedor por su valimiento y significación, y a su familia el sincero testimonio de nuestra condolencia.

Al saberse ayer por la mañana el fúnesto desenlace que había tenido la enfermedad que le retuvo en el lecho dos semanas escasas, una impresión de tristeza invadió los ánimos de muchos millares de personas, pues el finado era generalmente querido en todas las clases sociales y especialmente entre los trabajadores.

Había nacido Mella en una época en que la juventud viguesa sentía con calor y entusiasmo los ideales de libertad y de progreso y se consagraba a su propaganda y defensa aún a costa de no pocos sacrificios. De un florido plantel de esa juventud, fué Mella la figura más saliente, aunque por su modestia y sus vicisitudes no alcanzó todo el relieve que merecía y al que sin duda alguna estaba llamado.

No quiere esto decir que pasase como un ser ignorado. Muy al contrario, su valía era bien conocida en las avanzadas del obrerismo nacional y debidamente la apreciaban muchos pensadores y sociólogos de España y el extranjero con alguna de nosotros, salvo alguna que otra rápida visita, hasta que poco antes de pensarse en construir el Tranvía de Vigo se trasladó a esta ciudad para auxiliar a don Ramiro Pascual en la ter-

cha en los comicios, se habría éste sentado en los escaños del Congreso mucho antes de que hubiesen conseguido sus primeros puestos los "leaders" del socialismo. A Mella esto no le contrarió jamás, pero sí a los amigos suyos que conociéndole a fondo, sabían muy bien que habría de desempeñar un airoso papel por su sólida argumentación, su dialéctica clara y precisa y su dominio de los problemas sociales.

En Vigo escribió Mella en no pocos periódicos, fundó algunos y dirigió otros. Merece citarse especialmente entre ellos, "La Propaganda", semanario defensor de la clase obrera, que fundó en compañía de tres amigos, cómo él republicanos federales, y en el que inició Mella los avances que no tardaron en llevarle más allá de las fronteras ideológicas de este partido. En la redacción de "La Propaganda" se inició la primera organización obrera que hubo en Vigo después de la restauración borbónica y creemos que en todo tiempo, pues no tenemos noticia de que las hubiere antes de la Revolución de septiembre, salvo algunas manifestaciones esporádicas de inclinación hacia la Internacional que no llegaron a cuajar núcleo.

Otro periódico que entre nosotros dirigió Mella, fué "La Verdad", bisemanario, que no había sido fundado por él, pero que pasó a sus manos. Por una noticia publicada en él, que había sido tomada de otro periódico y que aludía a Eduyen, se promovió una querella que terminó con una sentencia de destierro. Lo mismo le pasó a Indalecio Armesto, director de "El Anunciador", de Pontevedra, y a Euforo Fernández Lama que lo era de "La Concordia" de Vigo.

Mella se fué a vivir a Madrid y allí colaboró en la "Revista Social" y publicó folletos sobre cuestiones sociales, abordando más tarde, en la misma forma y cuando había llegado a la plenitud de sus conocimientos, hondos y transcendentales problemas.

Muchos años estuvo desde entonces alejado de nosotros, salvo alguna que otra rápida visita, hasta que poco antes de pensarse en construir el Tranvía de Vigo se trasladó a esta ciudad para auxiliar a don Ramiro Pascual en la ter-

sonalidades de nuestra ciudad, y empleados y obreros de las compañías de tranvías de Vigo a Mondariz, y de Pontevedra a Marín.

Acto sólido y respetuoso, digno del hombre admirado en vida por sus virtudes y dotes incomparables, por su intelectualidad, por la siembra fecunda que esparció en las horas de su vida, por su tacto y sano corazón, por su limpia conciencia, por su moralidad exquisita, por su bondad incomensurable...

Tras la grandiosa manifestación marchaban tres coches cubiertos de coronas y una larga fila de automóviles y coches a la que seguía cuatro grandes tranvías enlutados.

EL DUELO SE DESPIDE

Al llegar a la calle de Pi y Margall, frente a la bajada a Pizacho, pretendió el duelo despedir a los concurrentes, y así lo hizo en parte, pero los empleados y obreros del tranvía en compacta masa, con su bandera al frente rodearon el coche mortuorio y le siguieron paso a paso hasta el cementerio civil de Pereiró. No querían dejar el cadáver del que había sido un padre para ellos, hasta el último momento en que pudieran estar a su lado.

Y así llegaron al lugar donde reposan los restos del querido amigo, y con el dolor retratado en el semblante condujeron los tranviarios a hombros, hasta la fosa, el féretro de su Director, cubriéndolo con coronas y flores.

EL SENTIMIENTO ES GENERAL

Como antes decíamos, todas las clases sociales sin distinción acudieron al domicilio de don Ricardo Mella, para manifestar a la viuda e hijos, y demás familia, la parte pacífica grande que tomaban en su pesar.

Las listas en gran cantidad fueron cubiertas de firmas, en las bandejas figuraban tarjetas de incontables personas, los telegramas y cartas que se recibieron forman montón, entre los cuales hemos podido encontrar algunos cómo los de la Sociedad de Capataces del Puerto y Muelles de Vigo, del Gerente de los tranvías de Pontevedra a Marín, del marqués de Riestra, de la Sociedad de Jornaleros del Comercio y Puerto de Vigo, del teniente alcalde de nuestro Ayuntamiento don

La fúnebre comitiva a su paso por la calle de Policarpo Sanz

LOS TRANVIARIOS NO TRABAJAN EN SEÑAL DE DUELO

Fué tal el dolor que sintieron los empleados y obreros tranviarios al saber la noticia, que en las primeras horas de la mañana de ayer, cuando se reunían para entrar en su trabajo cotidiano expusieron unánimemente el deseo de que los tranvías no circulasen en señal de duelo, durante todo el día, más a insistentes requerimientos de la familia del señor Mella, consintieron establecer el servicio durante la mañana, cesando éste a las dos de la tarde, hora desde la que no abandonaron a su jefe hasta la en que le condujeron al cementerio civil.

ALGUNAS NOTAS SENTIMENTALES

Cuando estos días en el tranvía preguntábamos a los empleados por la salud del Director Gerente, los oíamos con voz en la que vibraba el dolor de perderle: "¡Está muy mal don Ricardo!". Ayer cuando regresábamos del cementerio, un obrero nos decía con una sencillez en la que se reflejaba el más hondo sentimiento, con una ingenuidad que denotaba el valor del pesar que inundaba su alma: "¡Parece que hasta los . . . ni están tristes! Mire V., las cocheras, parece que dicen que no ván a ver más al que dejó buena parte de su vida ahí. Pasado mañana hace once años que salió por las calles de Vigo el primer tranvía, y en esos once años, ni un día don Ricardo dejó de asistir a su labor."

Y así fué. Don Ricardo Mella y Cea, poseía gran acierto para dirigir los intereses que le estaban encomendados, sabía aunar lo áspero y difícil, lo duro del mando con la benevolencia y perdón para la falta disculpable, que siempre comprendía en su clarividente inteligencia. Dónde el conflicto surgía, su mano bondadosa y experta ponía la solución agradable para todos.

Y es que don Ricardo era todo un hombre en la grande acepción y valor de esta palabra; hombre por sus actividades y hombre, cómo antes hemos dicho, por su conciencia, por su corazón y pulcra honradez.

Pierde el amigo un franco y leal hermano, pierde el culto un diñcto maestro, pierde el subordinado un padre.

Así ocurrió, que sus empleados quisieran llevar su cadáver a hombros, desde su casa hasta el cementerio civil, pero no fueron autorizados para ello.

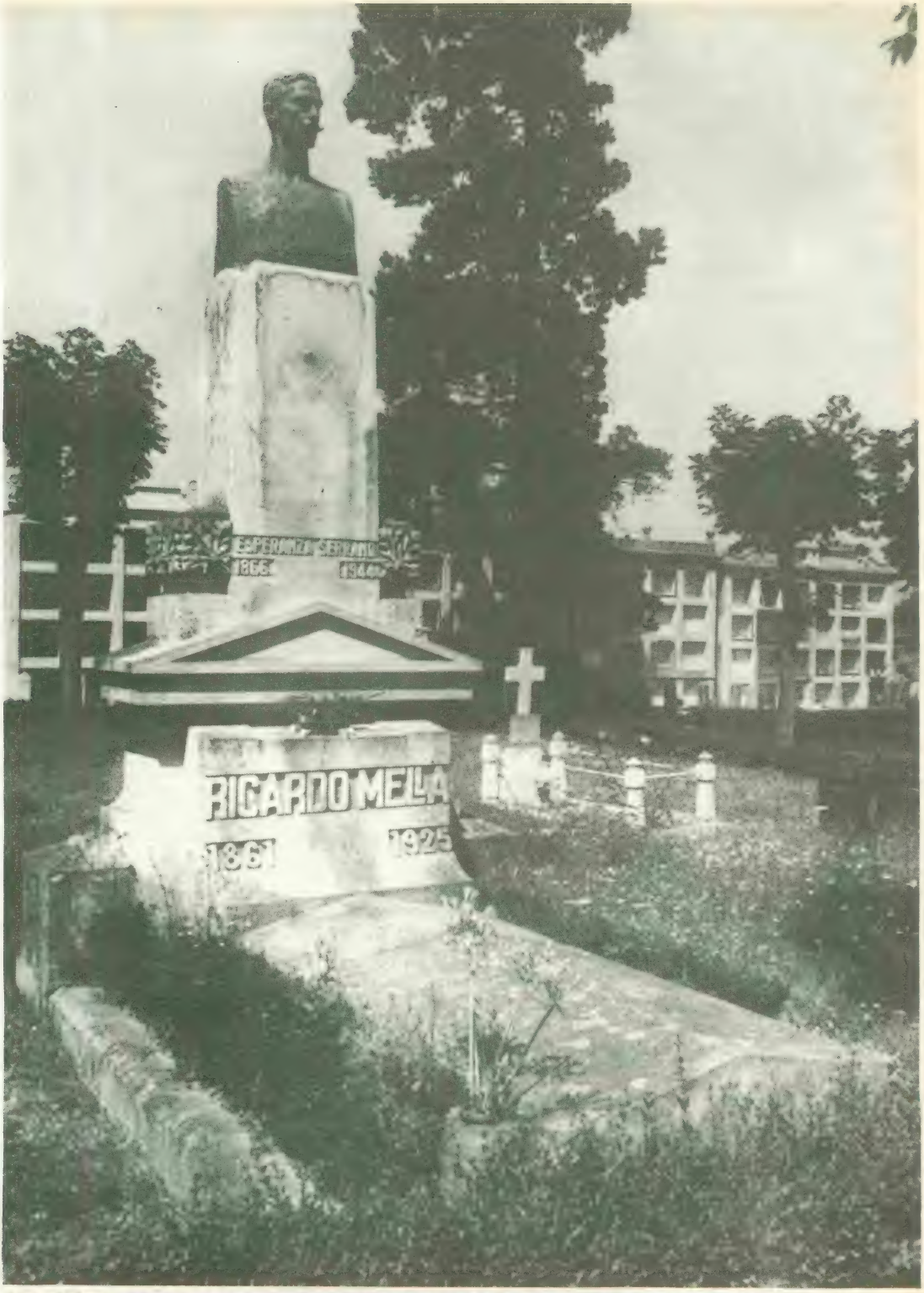
La prensa de Vigo concedió excepcional realce al entierro de Ricardo Mella. Quizá nunca, en toda la historia del obrerismo español, una ciudad despidió a un heterodoxo con tan evidente sentimiento.

fronteras: escribió acerca del amor y de las pasiones, son audaces sus opiniones acerca de la cuestión de la enseñanza, contribuyó a la difusión y clarificación de la teoría, la práctica y la utopía anarquistas (a ésta regaló incluso una «novela imaginaria»), tradujo a Bakunin, a Kropotkin, a Malatesta... criticando sus puntos de vista. Fue, en suma, **rara avis** en el horizonte del país y en el contexto de las teorías y del análisis sociológico de su tiempo.

Pero su esfuerzo intelectual, que lo hace aún hoy clásico, vivo, actual en cierto modo, se concentra en el vigor que puso en no someterse a ninguna imposición, en luchar contra todas las corrientes y coyunturalismos que hacían —según su concepto— naufragar la Idea, la Libertad, donde se concentraban todas sus ilusiones y afanes de una vida de lucha. Se advierte, por otra parte, en su disciplina intelectual que lo llevó a disciplinar el lenguaje. Por esto mismo sus escritos son, la mayoría de las veces, literariamente correctos, resbalando el tiempo sobre ellos muchas veces. Esta discreta elegancia le valió el rótulo de **elitista**, siendo así que su lucha por ennoblecer el lenguaje y la cultura de la clase trabajadora cuenta, en nuestro concepto, entre lo más revulsivo de su aportación: revela la creencia en que la gente, por llana que sea, aparece siempre dispuesta a saborear la realidad en toda su complejidad, que nada hay menos revolucionario que la simplificación y la consigna, buen instrumento en manos de intermediarios...

Fue el último gran nombre del anarquismo clásico español. En los momentos de mayor confusionismo ideológico, prefirió siempre el silencio a la palabra. Pero fueron silencios sonoros, dignos de ser escuchados también. Por ello los más famosos anarquistas de su tiempo le tenían hondo respeto. Y no sólo ellos, aún para sus enemigos ideológicos, Mella es una figura intachable. Juan José Morato, socialista, dedicó al personaje una cálida reseña biográfica [18]:

[18] Cfr. **Líderes del movimiento obrero español**, edición preparada por Víctor Manuel Arbeloa, Madrid, 1972.



Los periódicos vigueses, tanto los burgueses como el semanario socialista, animaron una espontánea suscripción popular, iniciada por los obreros de los tranvías. En base a ella se construyó este modesto mausoleo que guarda sus restos y los de Esperanza, en el rincón civil del cementerio de Pereiró.

Tuve el altísimo honor de estrechar la mano del insigne pensador, limpio totalmente de todo prejuicio; charlé con él tres tardes en aquel café de Vigo al que —solitario casi siempre— concurría un rato antes de volver al trabajo de la tarde, y fui amigo suyo y él lo fue mío y cordialísimo.

En España, el anarquismo supera al socialismo en haber tenido pensadores, soñadores, hombres de cultura excepcional y hasta artistas llenos de emoción (...).

De estos elementos nobilísimos del pensamiento, del arte, del ideal casi en abstracto, Ricardo Mella es, en nuestro sentir, la encarnación suprema.

La placidez intelectual de Mella va paralela de su ejemplaridad, francamente burguesa. Hemos visto cómo rendía culto a la vida de familia, cómo fue de laborioso y competente. Todas las virtudes de la sociedad que buscaba demoler las atesoraba en sí propio. (Se ha señalado, como cosa paradójica en cierto modo, que los dos hombres públicamente ejemplares del Vigo del primer tercio del siglo, tuvieran ideas enfrentadas entre sí, pero participaran de un izquierdismo radical: Mella, anarquista, con toda una vida de militancia; Enrique Heraclio Botana, la máxima figura del socialismo gallego durante decenios.) Por esto, quizá, la noticia de su muerte hizo más ruido, causó más revuelo, que su caminar diario, que su agitación de años. Y todo, téngase muy en cuenta,

LOS TRANVIAS ELECTRICOS DE VIGO

En la hoja especial que EL SOL dedicó a Vigo el pasado año, decíamos que la explotación tranviaria de esta progresiva población era un servicio modelo y un modelo de negocios. Y copiábamos el siguiente resumen estadístico, correspondiente al año de 1917, que era el siguiente:

1917

LÍNEAS	Viajeros transportados: Durante el año.	Viajeros transportados: Promedio diario.	Recaudación en pesetas: Durante el año.	Recaudación en pesetas: Promedio diario.
Urzáiz-Pereiró	810.652	2.221	99.023,05	271,32
Urzáiz-Bouzas	945.433	2.590	119.747,05	328,07
Puerta del Sol-Caños	984.104	2.696	106.151,68	290,83
Ribera-Cabral	747.163	2.047	88.639,02	242,85
Picacho-Cabral	751.965	2.060	86.911,47	238,11
Puerta del Sol-Estación-Barxa	79.554	218	7.537,01	20,65
Servicios eventuales	"	"	817,05	"
Abonos	"	"	27.070,50	"
	4.318.871		535.906,83	

Estas importantes cifras han sido notablemente ampliadas en el pasado ejercicio, como puede comprobarse comparándolas con el estado siguiente, que corresponde al de

1918

LÍNEAS	Viajeros transportados: Durante el año.	Viajeros transportados: Promedio diario.	Recaudación en pesetas: Durante el año.	Recaudación en pesetas: Promedio diario.
Urzáiz-Pereiró	908.439	2.489	107.198,63	293,69
Urzáiz-Bouzas	1.295.683	3.550	159.417,71	436,76
Puerta del Sol-Caños	1.249.211	3.423	128.700,83	352,60
Ribera-Cabral	877.546	2.404	103.794,76	284,87
Picacho-Cabral	938.097	2.570	106.049,37	290,54
Puerta del Sol-Estación-Barxa	54.169	143	5.123,65	14,04
Servicios eventuales	"	"	887,25	"
Abonos	"	"	33.546	"
	5.323.145		644.718,19	

Los tranvías de Vigo son, pues, sin disputa, uno de los mejores servicios de la hermosa urbe vigueza y un sancado negocio, como suelen serlo todos aquellos bien organizados y administrados.

Los datos comparativos de la situación de la Compañía de los Tranvías Eléctricos de Vigo en el primer semestre de 1919, con relación al primer semestre de 1918, son los siguientes:

Circularon 701.837 viajeros más. Los coches-kilómetros aumentaron en 109.292. La recaudación fué de 93.436 pesetas, en más. Y los gastos, de 56.773 pesetas, en más. Quedando una diferencia de 36.663 pesetas sobre los beneficios líquidos obtenidos en igual semestre del año anterior.

Alentada por este creciente éxito, la Compañía no descansa en su afán de perfeccionar y ampliar los servicios, ya extensos, puesto que tienen cerca de 30 kilómetros de recorrido, y actualmente gestiona la adquisición de carriles para las siguientes ampliaciones:

Doble vía de Peñiche a Cocheras.

Idem íd. de Bouzas de Vigo a La Calzada de Teix.

Vía sencilla de la Barxa a La Calzada, por el Arenal.

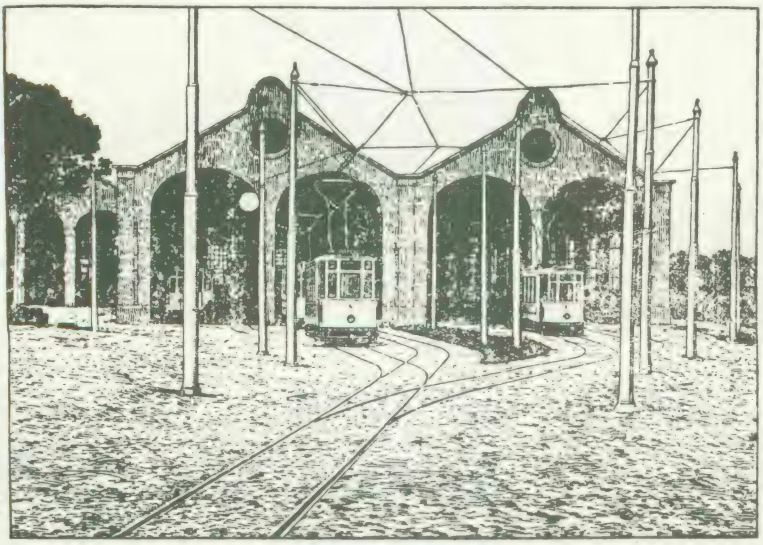
Prolongación de vía desde Los Caños a San Fausto de Chapela.

En total: "seis kilómetros" de vía.

También gestiona la adquisición de coches motores de dos bogies, tipo americano, y dotar de motores a las jardineras grandes que ya posee la Compañía. Asimismo piensa adquirir en breve material adecuado para el transporte de mercancías.

Pronto entrará en vías de ejecución la ampliación de los talleres de la Compañía, y al tiempo de construir las líneas antes mencionadas se emprenderá la construcción del edificio para oficinas y almacenes.

El proyecto del ferrocarril eléctrico a Bayona se halla en estado de ser próximamente sometido a expediente para su aprobación y subasta.



Cocheras de los tranvías de Vigo.

Mella no fue sólo un anarquista, destacó también como profesional laborioso y competente. A su muerte era Director gerente de la Compañía de Tranvías Eléctricos de Vigo, uno de cuyos anuncios de la época reproducimos.

en 1925, cuando aún parecía sólida la Dictadura de Primo de Rivera.

LA MUERTE Y EL POETA

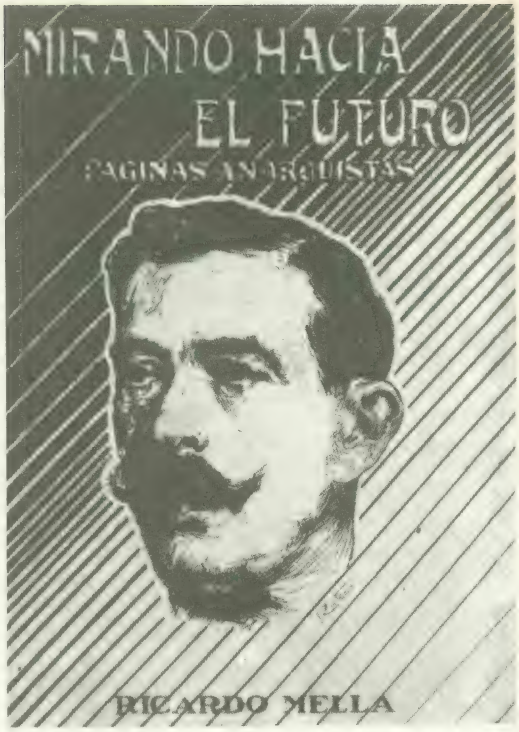
El 7 de agosto de 1925 murió Ricardo Mella. La noticia llegó tarde a los periódicos del día; pero su pueblo entero, aquella ciudad de treintaitantas mil almas, se movilizó de manera que parecía a un tiempo espontánea y emotiva. Las gentes se arremolinaron en su portal para dejar constancia, con la firma a ser posible, de la admiración y el respeto que por el personaje profesaban. Los obreros de la Compañía hubieron de ser contenidos por la familia para no inmovilizar en las cocheras los tranvías. Aún así, la circulación cesó una tarde entera. Hay que leer la prensa del 8 para caer en la cuenta de la grandeza, nunca vista, de aquellos acontecimientos: la conducción del cuerpo de un hombre «descreído», llevado de imponente acompañamiento, las amplias y sentidas biografías necrológicas que jamás ocultaron su significación, la emoción, anecdótica, que parece melodramática, de ciertas situaciones:

Todo un pueblo, el pueblo vario y polijerárquico, seguía al féretro —esquife del tétrico barquero— que llevaba a los mudos playales del **más allá** *el cuerpo, lo que había de arcilla en aquel hombre admirable, amasado en la rebeldía y en la probidad, que se llamó Ricardo Mella y del que conservamos aún, en los dedos que atenazan esta pluma, el calor de la mano leal.*

Eso era Mella: La lealtad. Lealtad para sus ideas, jamás traicionadas ni encubiertas, ideas que muchas veces le ofrecieron cicutas de persecución y sacrificio y a las que nunca puso precio, ni en oro ni en gloria; lealtad para los humildes, para los trabajadores, para sus subordinados, a los que sirvió siempre la fuerte vianda del ejemplo y para quienes tuvo en las horas de la exaltación irreflexiva, sueros de serenidad, y en las de la justicia o de la reivindicación, abierta y abnegada ayuda; lealtad para su pueblo al que Ricardo Mella, que no creía en el artificio de las fronteras, entregó el ancho talento y el profundo civismo; lealtad para los amigos, que escoltaban, en denso haz, su cadáver con la crispada tristeza de los que súbitamente se quedan abandonados o ciegos; lealtad en la vida dinámica, afanosa y pura, y en la muerte estoica.

¡Así era Mella!

Y escribía Ramón Fernández Mato, director de **El Pueblo Gallego,** el diario **portelista** de la ciudad. Hace pocas fechas, emotivamente, me confesaba el propio Mato, recordando el acontecimiento, todo el simbolismo que tuvo en Vigo el entierro de Mella. Fue como un canto a la libertad entre las cadenas de las circunstancias. Algo que recuerda, sin duda, la movilización espontánea y la tristeza cierta del pueblo de Madrid al despedir a otro gran personaje, paisano y contradictor de Mella, de significación inequívoca: Pablo Iglesias. En ambos casos aquel echarse de la gente a la calle, haciendo a uno y al otro profetas en tierra, no sólo tiene belleza sino un sentido más hondo, cargado de sueños reprimidos, de esperanzas rotas...



Conocido en todo el ámbito anarquista de la lengua castellana, los argentinos habían comenzado, antes de producirse su muerte, la edición de sus obras escogidas aquí, Mirando hacia el futuro.

Aquella movilización viguesa en favor de Mella duró días. No hubo compartimentos: los tres diarios burgueses, el propio semanario socialista, animaban a participar en las cuestaciones públicas. La cosa remató en cuatro actos, a cada cual más significativo: El Ayuntamiento llamó «Avenida Ricardo Mella» a la actual de «La Florida». Sus amigos, con estrellas invitadas y papeles enviados de diversos puntos, organizaron una velada en su honor,

RICARDO MELLA

IDEARIO

GIJÓN
1926

También por suscripción popular se inicio la publicación de las Obras Completas de Ricardo Mella. Ideario (1926), con sentido prólogo de Prat, fue el primero de los dos únicos volúmenes que llegarían a aparecer.

muy variada, en el Teatro Tamberlick. Asorey, el más importante y cotizado escultor gallego de entonces, labró el modesto mausoleo que guarda sus restos en el rincón civil del cementerio de Pereiró... Pero quizá lo más emotivo, aquello que propuso y quiso sobre todo José Villaverde, tomó cuerpo: editar, una a una, sus **obras completas,** difundir sus ideas en las tierras peninsulares como ya estaban haciendo los libertarios argentinos en sus pagos: La publicación de **Ideario** (1926), con el cálido prólogo de Prat, como la tardía salida de sus **Ensayos y Conferencias** (1934), precedido por el estudio de Quintanilla, quedó muy lejos del proyecto inicial, mas en nada invalida su sentido, la actitud de su gente que desconcertó en la época a los propios amigos y compañeros ideológicos de Ricardo Mella. Leamos la cosa en el texto de su antigua compañera de viaje, **Soledad Gustavo:**

Al morir Ricardo Mella era Director-Gerente de los Tranvías de Vigo, y la prensa local ha hecho debida justicia a la inteligencia del que fue nuestro compañero, dedicando a su entierro y a su muerte largas columnas, tratándole como una celebridad de Galicia, a pesar de las ideas del muerto, que no ocultó la prensa.
Para asistir al entierro se cerraron las fábricas, los talleres y los comercios, lo cual honra mucho a aquella población, porque Mella sostuvo sus ideas anarquistas y ateas hasta el último momento.

Invalidada la profecía del romance, siempre sanchesco, escasamente ensoñador, hechos a la idea de aquel póstumo homenaje, tan cálido que parece cuento, todavía encontramos un vacío en su tumba, cuando el pasado verano la visitábamos en el cementerio vigués. Faltan, ciertamente, los versos del poeta que a él, como a pocos, servirían de epitafio:

«Libertad»,
¡el nombre que tanto amó
y que nunca pudo acariciar sus alas! ■ **J. A. D.**

El destierro juvenil, como la azarosa vida profesional, hicieron posible que Mella desplegase directamente su enseñanza en tres ámbitos principales: el gallego, el andaluz y el asturiano. En Asturias vivieron sus dos principales biógrafos: Pedro Sierra y Vladimiro Muñoz. Esta foto corresponde al primero.

Busto de Ricardo Mella, tallado en piedra por Asorey, el más famoso imaginero gallego de aquel tiempo.

Nietzsche,
Rilke,
Freud,
pasaron
por su vida

El enigma de Lou von Salomé

María Ondina Braga

Es difícil saber la verdad sobre Lou Salomé, tal es la diversidad de formas y matices que su carácter nos ofrece. Lo que sí podemos decir es que fue una mujer sumamente inteligente que decidió vivir fiel a sí misma, sin prestar importancia a lo que los demás pudieran pensar de ella, indiferente a todo tipo de prejuicios, valiente, decidida, libre.

Nacida en San Petersburgo durante el mes de febrero de 1861, Louise von Salomé —hija de un general zarista— prolongó su vida hasta enero de 1937. Una larga existencia llena de fecundos contactos personales con varios de los hombres que más influirían en el pensamiento contemporáneo, y que ella supo aprovechar adelantándose a su tiempo en muchos aspectos. Mujer de gran belleza, D. Levine satirizó así (página de la izquierda) su relación con Freud.

NACIO en San Petersburgo inmediatamente antes de la liberación de los esclavos en Rusia. Lou (Louise) Salomé vino al mundo bajo el signo de la libertad, el 12 de febrero de 1861. Su padre, el general Gustav von Salomé, que había llegado a Rusia siendo apenas un niño, después de la derrota de Prusia (la familia era de ascendencia francesa, pero habían vivido durante generaciones en los países bálticos), si hizo célebre por su valor durante la invasión de Rusia por Napoleón. A los 25 años era ya coronel. Siendo todavía muy joven fue nombrado Consejero del Estado y más tarde, Inspector del Ejército.

UNA NIÑA EN LA FAMILIA

Después de cinco hijos varones, la llegada de una niña causó gran alegría al general, ya por aquel entonces con 57 años cumplidos. Su mujer, 19 años más joven que él, hubiera preferido otro varón. De alguna forma una niña tendría que aportar cierta confusión en una familia formada casi exclusivamente por hombres. Lejos estaba la **«generalscha»** de suponer en qué medida iba a ser más difícil de educar que todos sus otros hijos juntos.

Un nacimiento, sin embargo, felicitado por todo el Estado Mayor ruso, por el propio zar, por la prensa alemana, e incluso por la prensa moscovita.

El general, amante y extremadamente respetuoso con su mujer, no encontró nombre más hermoso para ponerle a la pequeña que el de aquella: Louise.

La madre de Lou, hija de industriales alemanes, pero nacida en San Petersburgo, era un espíritu práctico, ordenado y profundamente religioso. En su diario, escrito en tres idiomas —alemán, francés y ruso— puede leerse en el día correspondiente a su boda, la promesa de dedicar su vida al esposo, a la familia y a Dios. Por este orden. Y así lo hizo.

En Lou va creciendo un cariño y admiración especiales por su padre. Es para ella casi como un Dios. Tal vez por ello sus amantes futuros habrán de asumir, en su subconsciente, el rol de protectores.

Sus hermanos desempeñan también en su infancia un papel destacado. Aunque le critiquen sus ademanes varoniles, están siempre bien dispuestos a defenderla y aguantar sus caprichos. Sacha, el mayor, la dejará desolada al morir, a los 50 años, durante la primera guerra mundial: *«Ahora me encuentro verdaderamente sola y sin protección»*, exclamará Lou al saber la noticia.

Educada en una de las sociedades más brillantes de su época, Lou tuvo una infancia sin preocupaciones, rodeada de mimos, en un esplendoroso palacio, sin suponer que detrás de toda aquella apariencia de grandeza en que transcurría su vida en San Petersburgo, proliferaban la pobreza, la miseria y fermentaba la revolución.

Era una muchacha de naturaleza introvertida. Aunque sus padres con frecuencia abrían sus salones para recepciones mundanas, ella, prefiriendo la soledad, las rehusaba, entreteniéndose en reflexionar imaginando, olvidándose del tiempo e ignorando a las personas. Dios tenía un lugar preferente en su intimidad —sabemos que fue educada en una familia piadosa—, un Dios tolerante y bondadoso como su padre. Hablaba con El todas las noches, le contaba todo y comenzaba sus conversaciones diciéndole: *«Como Tú sabes...»*. Un Dios muy personal al que no gustaba rezarle en presencia de los demás.

Perder la fe en Dios fue, por ello, la primera conmoción moral que Lou sufrió. Todo tuvo su comienzo en una historia que un criado le había narrado acerca de un matrimonio de ancianos que había desaparecido «derritiéndose» durante la noche. Se trataba de una broma sobre unos muñecos de nieve, pero la niña empezó a pensar cómo podría ser posible que las personas desaparecieran así. Esa noche pidió a Dios que le respondiera, sólo con dos palabras, pues sabía que El estaba muy ocupado. Esperó. Y la respuesta no llegó. La duda surgió: ¿y si Dios no existe? Terrible. Ya no podía contarle historias. Tenía que acostumbrarse a vivir sin El, sin su refugio. Habría de ser una cicatriz de indeleble permanencia. Su primer libro, escrito a los veintitantos años, se titula **Una lucha por Dios.** A los 70 años confesaría a Freud que ese problema de fe todavía le obsesiona.

SIN «MANERAS DE SEÑORA»

De natural rebelde, discute con sus hermanos cuando éstos le dicen que una muchacha tiene que comportarse mejor que un muchacho. ¿Por qué? No lo comprende. Al iniciar sus estudios cree que va a encontrar una explicación, pero sus condiscípulas le decepcionan. Hablan mucho pero no dicen nada. Es mejor estar sola o en compañía de sus hermanos. La escuela no le sirve. Todo cuanto aprende es en casa, por su cuenta, y más

tarde en la convivencia con los hombres que ocuparán su madurez amorosa.

Mientras, el clima revolucionario se agudiza. A su padre no le satisface la política de Alejandro II. La madre no entiende por qué es preciso invertir el orden de las cosas. Lou, sin embargo, moralmente está con los jóvenes que se entregan a la causa del pueblo. Tiene en el cajón de su cómoda la fotografía de la heroína revolucionaria, Vera Sassulitch, que había atentado contra la vida del zar. Le gusta pasear sola por las calles, hablar con los obreros, con los cocheros. Su madre se lo recrimina: no hace bien. Si la madre organiza fiestas en su honor, dice que en lugar de bailar con muchachos elegantes de cabeza hueca, prefiere pasear descalza por los prados. Se ríe de los consejos maternos al decirle que debe comportarse como una señora. Los matrimonios de conveniencia social le horrorizan. Asegura que nunca será «ama de casa». Paralelamente, su entusiasmo por las nuevas ideas políticas va en aumento. Cuando sus hermanos vienen de vacaciones discuten juntos delante del samovar humeante. Lou admira a las muchachas de su misma condición que abandonan su vida ociosa para hacer cursos de medicina, enfermeras o profesoras, con el fin de prestar servicios en pequeñas poblaciones.

Actos de terrorismo. Bomba en el Palacio de Invierno del zar. El general von Salomé enferma de gravedad. Lou, que está preparando su confirmación en la Iglesia Evangélica Reformada, a la que pertenece su padre (y lo hace por él, ya que hace tiempo que perdió la fe), advierte cómo el pastor no consigue convencerla con sus sermones y pláticas, y, a pesar de disgustar a su padre y escandalizar a la familia y a sus amigos, rechaza ser confir-

Dos filósofos, Paul Rée y Friedrich Nietzsche, se sintieron fascinados por la personalidad de Lou von Salomé. Las relaciones entre ellos no fueron fáciles, pese a intentar una «convivencia de tres». Les vemos fotografiados en Lucerna el 13 de mayo de 1882.

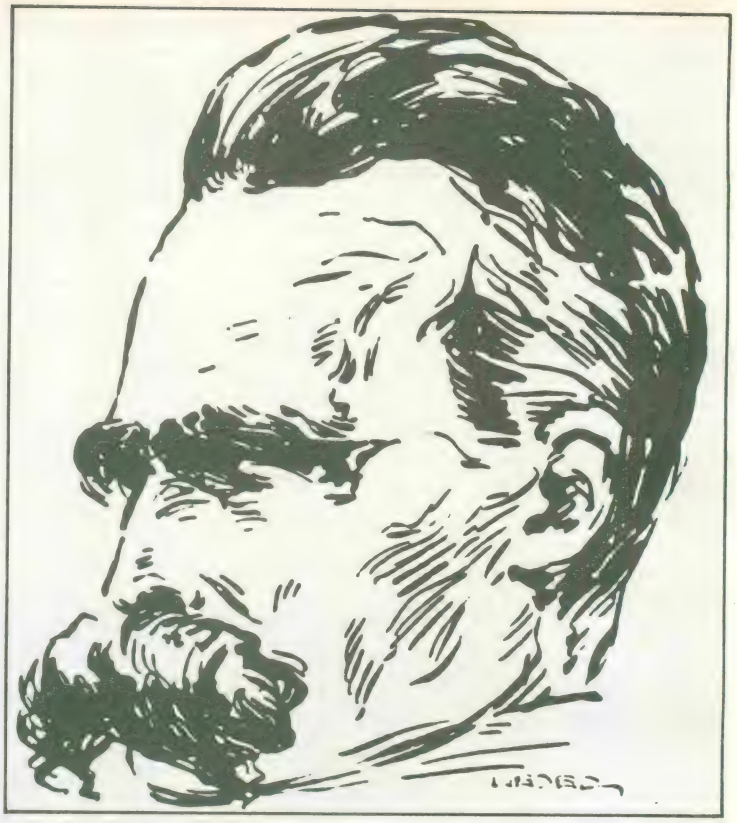
mada, aceptando a cambio otro año de instrucción.

Es entonces cuando aparece Gillot. Ministro de la Iglesia, Gillot viene a San Petersburgo como pastor para la Embajada Holandesa. Un hombre de mundo con ideas liberales y un famoso orador. Reza en alemán y en holandés, y la flor y nata de la sociedad de San Petersburgo va a escucharle en masa. También es un apuesto varón. Sus sermones se basan preferentemente en argumentos científicos y filosóficos, posponiendo los bíblicos, lo que no deja de impresionar a los intelectuales rusos agnósticos e incluso ateos.

Lou atraviesa unos momentos difíciles. Por una parte su padre enfermo, por otra su falta de fe y su inestabilidad política. Cuando un día escucha a Gillot, descubre que es el hombre que busca. Le escribe diciéndole que tiene que hablar con él «*pero no a causa de escrúpulos religiosos*».

Gillot, habituado a cartas de admiradoras, se enternece con la candidez y espontaneidad de Lou, recibiéndola inmediatamente.

El primer encuentro es conmovedor. Lou se arroja en sus brazos, llorando. Cuando se da cuenta de la inteligencia de la joven, dicide convertirla en su discípula predilecta. De esta manera, Lou estudia la historia comparada de las religiones, analiza supersticiones, símbolos y ritos; se prepara filosófica, metafísica y literariamente. Asimila todo de tal manera que acaba intelectualmente preparada para el resto de su vida. Es ahora cuando descubre su vocación de escritora. Gillot consiente que ella le escriba sus sermones dominicales y Lou comprueba el efecto que producen en una vasta audiencia.



La pasión sentida por Nietzsche —dibujo de Lieder— hacia Lou no se vio correspondida por ella. La depresion a que le condujo tal fracaso influyó en que el pensador alemán comenzase a escribir su «Así hablaba Zaratustra».

Todo esto es un secreto. Nadie de su familia sabe que ella frecuenta a Gillot. Un día, muerto ya el padre, Lou cuenta a su madre sus visitas clandestinas. Un escándalo. Pero Gillot logra convencer a la señora von Salomé para que Lou continúe sus estudios. Y así vence en una nueva batalla.

Mientras Lou adora a su maestro como si fuese un sustituto de Dios, Gillot se enamora de ella y un día, después de preparar su divorcio, le pide que se case con él.

Lou no acepta. Lo ama como puede amar una niña. Todavía no se ha despertado en ella la mujer. Viendo cómo Gillot sufre, decide abandonar Rusia, marchar al extranjero (más tarde, en su novela **Ruth,** narrará la historia de este amor).

Es, pues, Gillot el primer hombre que se enamora de los encantos físicos e intelectuales de Lou Salomé y también el primero en conocer su naturaleza salvaje, libre, incapaz de dedicar toda su vida a un solo hombre.

El lugar del exilio de Lou es Zurich. Le acompaña su madre.

Lou sigue cursos de religión, filosofía, historia del arte. Los profesores la consideran una alumna brillante. Era austera en el vestir, pero su figura llamaba la atención: cabello oscuro, liso y recogido en la nuca, ojos azules y profundos, boca dulce y sensual. En una carta a su madre, uno de los profesores dice: «Su hija es

excepcional: tiene una pureza e integridad de carácter infantiles, y al propio tiempo una entereza de espíritu y una independencia de carácter que no son propias de una criatura, ni acaso de una mujer. Louise es un diamante».

Pero el exceso de trabajo le produce un gran cansancio físico e intelectual. Adelgaza, llegando a tener algunos vómitos de sangre. Los médicos le recomiendan los aires del sur. Lou se va a Italia.

En Roma, en casa de una famosa feminista alemana, Mavilda von Meysenburg, Lou conoce al filósofo Paul Rée, de origen judío, amigo de Nietzsche, con quien discute problemas filosóficos. Y Rée se enamora locamente de ella.

Lou le dice entonces: «*¿Por qué los hombres no pueden ser simplemente amigos de las mujeres? ¿Por qué tienen que ser siempre maridos o amantes?*»

Como la joven rusa no corresponde a su amor, Rée decide huir y Lou le llama cobarde. Entonces ella le cuenta un sueño que hace tiempo le obsesiona: vivir con dos hombres, trabajar los tres juntos y ser amigos. Rée, aunque asombrado ante tal proposición, la aprovecha, pensando que la tercera persona en cuestión debería ser un hombre maduro. Escribe a Nietzsche en ese sentido, quién acepta inmediatamente.

Por su parte, la madre de Lou hace todo lo posible para llevar a su hija de nuevo a Rusia.

NIETZSCHE

Nietzsche, el gran filósofo y escritor, cuando acepta reunirse con Rée y Lou, está ya obsesionado con la joven rusa. Con cerca de 40 años, Nietzsche era un ser solitario y desafortunado en sus amores. Sus amigos, principalmente Wagner, a quien le unía una gran amistad, le habían abandonado después de la publicación del libro: **Humano, demasiado humano.** Transcurría su vida nómada, en pensiones baratas, escribiendo, reflexionando, siempre con dolores de cabeza y trastornos digestivos.

Un contemporáneo suyo le describe así: «Frente amplia, cabello corto y fuerte, pómulos salientes, eslavos. Un gran bigote caído y un corte de cara audaz, le daban un aire de oficial de caballería, al mismo tiempo que una simultánea apariencia de tímido y altivo. Su voz cadenciosa y su decir pausado, denunciaban su temperamento de artista. Su caminar prudente y pensativo era el de un filósofo.»

Lou escribiría sobre él: «*Sus ojos parecían los cancerberos de sus secretos tesoros. Una mirada introvertida. Mirada que reflejaba las tensiones interiores, dirigidas hacia el más allá, hacia regiones inexploradas del alma humana. En una conversación animada sus ojos podían irradiar fulgores violentos, pero en las horas sombrías la soledad se expresaba a través de ellos con una apariencia lúgubre, amenazadora, como si procediese de profundidades desconocidas*». ¿Presagios de la enfermedad cerebral que habría de arruinarlo?

Al mismo tiempo que se sentía atraída por Nietzsche, experimentaba Lou una sensación de rechazo. Y Nietzsche, mientras discutía con su amigo y con Lou aquella «convivencia de tres», bien en París o en Viena, y en tanto Lou trataba de convencer a su madre para que la dejase vivir sola, cavilaba cómo podría aproximarse a la muchacha, apartándola de Rée.

Un hombre más se enamora de Lou. Y una vez más Lou se muestra indiferente.

En última instancia la señora von Salomé acuerda depositar a su hija bajo los cuidados de la madre de Rée. Al cabo de un tiempo de vivir con la familia de Rée, Lou se encuentra con Elisabeth, hermana de Nietzsche, durante un festival Wagner, en verano. Es el estreno de **Parsifal.** Acuden personalidades de todas partes. Nietzsche, no. Está enemistado con Wagner. Pero escribe a Lou en estos térmi-

ALGUNOS PENSAMIENTOS DE LOU VON SALOME

«La vida humana, toda vida, es, de hecho, poesía.»

«Si ya no tienes felicidad para darme, dame tu dolor.»

«Una mujer no muere de amor, pero, si el amor le falta, se extingue.»

«Si dos seres son totalmente honestos en este acto (el amor), uno de los más transitorios que existen, si no se exigen mutuamente la más pequeña fidelidad, y si cada uno de ellos se siente satisfecho con la felicidad del otro mientras dure, vivirán en un estado de locura divina.»

«Al amar nos socorremos mutuamente, como cuando se aprende a nadar con la ayuda de un chaleco salvavidas; actuamos como si nuestro compañero fuese el mar que nos arrastra.»

Cabello oscuro, liso y recogido en la nuca, ojos azules y profundos, boca dulce y sensual, austera en el vestir, Lou llamaba sobre todo la atención por su figura y su personalidad. «Louise es un diamante», afirmaría uno de sus profesores.

nos: «Si pudiese estar junto a usted, sería incluso capaz de soportar la música de **Parsifal**».

La hermana de Nietzsche, sin embargo, no simpatiza con Lou. De naturaleza y educación opuesta a la de la joven rusa, la considera una pervertida. La acompaña de muy mala gana a Turingia, donde vive su hermano en una casa de campo.

Habrá de ser un verano extraordinario para Nietzsche, junto a Lou, en pleno campo. La hermana apenas les hace caso. En un diario-correspondencia con Rée, que muere de celos, Lou confiesa: *«Como tú sabes, hablar con Nietzsche es apasionante. Y todavía lo es más cuando coincides con él en ideas y sentimientos... Nos entendemos perfectamente»*.

En realidad, ambos buscan a Dios. En su primer libro, **Una lucha por Dios,** escrito tres años después de su encuentro con Nietzsche, Lou aborda una serie de cuestiones que había discutido con el filósofo.

Y Nietzsche, dividido entre el amor a su hermana, su confidente y amiga desde la infancia, y su pasión por Lou, decide romper con aquella.

Ya en Leipzig, rotas las relaciones con su madre y su hermana, Nietzsche, esperando a Lou y a Rée para su «convivencia de tres», observa cómo ella le rehuye y su sufrimiento llega a ser de tal intensidad que incluso piensa seriamente en suicidarse.

LA GENESIS DE «ZARATUSTRA»

Cuando Nietzsche sabe que Lou vive con Rée le escribe pidiéndole una respuesta defini-

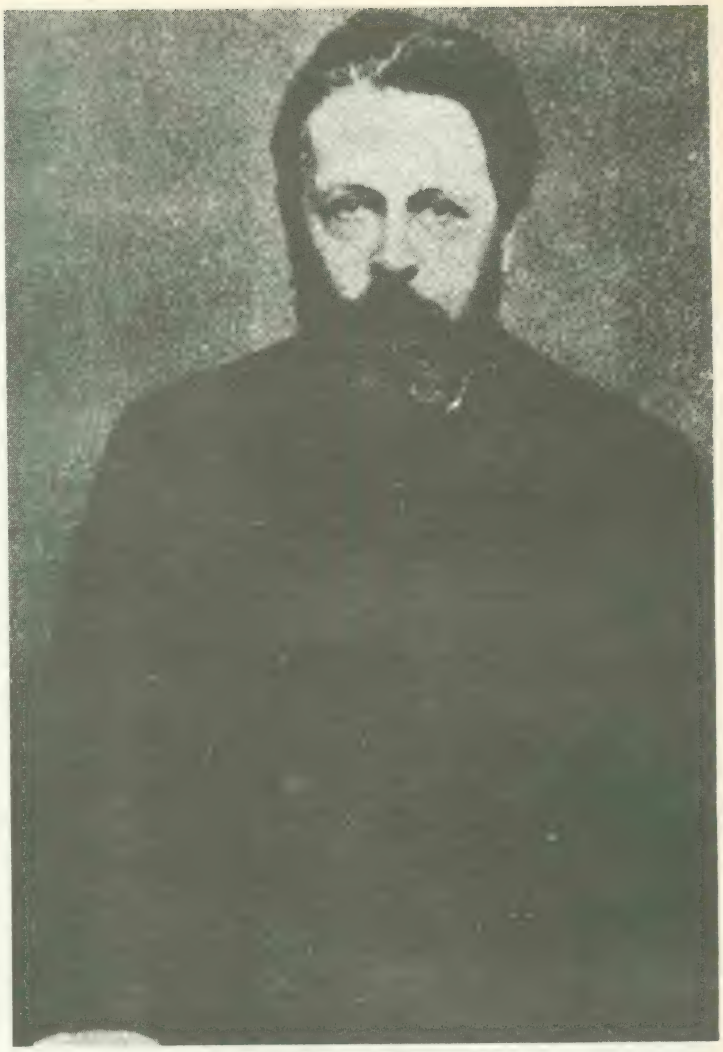
tiva y clara. Le dice «mi querido amor». No pretende censurarle, pero ¿por qué no es sincera con él? Que le dé a Rée lo que no pudo proporcionarle a él.

Todavía vive desesperado. Le dice a Rée en una carta que si Lou fuese hombre le retaría a duelo.

Entretanto, Lou, feliz por haber comenzado la batalla por su independencia personal, vive con su «hermano» Rée, frecuentando al propio tiempo un grupo de jóvenes humanistas y científicos.

Por su parte Nietzsche, para vencer la depresión a la que le había conducido la pasión no correspondida por Lou, comienza a escribir su obra fundamental, **Así hablaba Zaratustra,** como un desafío al mundo que tan cruelmente le había desengañado. **Zaratustra** es el superhombre. Seguramente Nietzsche nunca hubiera escrito **Zaratustra** (que llegó a ser la biblia del fascismo) si Lou lo hubiese aceptado. El superhombre era la respuesta a su propia frustración.

Mientras Nietzsche sufría terriblemente, Lou vivía con Rée, hermano y hermana, según el pacto que habían hecho, aunque Rée mantuviera la esperanza de convertirse algún día en su marido o su amante. Respetaba y quería tanto a Lou que le consentía todos los «flirts» (en el círculo de filósofos y científicos tenía numerosos pretendientes), a sabiendas de que, al final, acababa regresando a él. Cuando la hermana de Nietzsche, Mavilde y la propia señora Rée comienzan una campaña de descrédito contra Lou, deciden conjuntamente que ella escriba un libro. Escribirlo sería para todos la prueba de que Lou no había abandonado su país para divertirse, sino para estudiar y trabajar.



Friedrich Carl Andreas, con quien Lou decidió sorprendentemente contraer matrimonio. Un matrimonio de cuarenta y tres años nunca consumado, que fue más que nada un campo de batallas. Andreas, médico y profesor de lenguas orientales, no aceptó el divorcio.

De este modo nace **Una lucha por Dios,** publicado bajo un seudónimo masculino, donde Lou expresa, a través de sus personajes, el contraste entre las ideas de Rée y las de Nietzsche (mostrando su preferencia por el último), y donde condena el estado de inferioridad de la mujer, reclamando una verdadera igualdad entre los dos sexos.

Rée, advirtiendo cómo Lou se muestra cada vez más distante, decide estudiar Medicina, no para hacerse rico, sino para ser útil a los pobres y desdichados —lo que, paradójicamente, contradice el escepticismo de su pensamiento—.

Continúan, sin embargo, viviendo juntos, sin que nadie pueda afirmar que son amantes. Rée mantiene su esperanza en el milagro de amor de Lou.

Se produce entonces lo insó-

lito: Lou se encuentra con un hombre con el que decide casarse: Friedrich Carl Andreas. Cuando da a conocer a Rée su decisión es como si un rayo le fulminase. Lou nunca podrá perdonarse haberlo herido tanto. Con aparente serenidad, Rée abandona la casa dejando escrito: «Apiádate de mí pero no me busques más».

Paul Rée acaba dedicándose a sus enfermos. En 1901 lo encuentran, despeñado desde un acantilado, en el río donde Lou y él, quince años atrás, habían pasado días de intensa felicidad.

OBRAS DE LOU VON SALOME

- **«Una lucha por Dios» (1885)**
- **«Personajes femeninos en Ibsen» (1892)**
- **«Nietzsche en su obra» (1894)**
- **«Ruth» (1895)**
- **«Sobre un alma afligida» (1896)**
- **«Fenitschka. Una orgía» (1898)**
- **«Los hijos de los hombres» (1899)**
- **«Madrecita» (1901)**
- **«En la zona crepuscular» (1902)**
- **«Erotismo» (1910)**
- **«Tres cartas a un muchacho» (1917)**
- **«La casa» (1919)**
- **«Hora sin Dios» (1922)**
- **«El diablo y su abuela» (1922)**
- **«Rodinka» (1923)**
- **«Rainer María Rilke» (1928)**
- **«Mi gratitud hacia Freud» (1931)**
- **«Memorias» (publicado en 1951)**
- **«Correspondencia Rilke-Salomé» (1952)**
- **«En la escuela de Freud» (1958)**

UN EXTRAÑO MARIDO

Lou confesó siempre que se había casado con Andreas porque él la había obligado. Era un hombre que, habiendo leído su libro, buscó su amistad y le contó su vida como si fuese una historia de **Las mil y una noches.** De origen oriental, médico y profesor de lenguas orientales, venía como profesor a Berlín. En sus **Memorias** dice Lou que, en vísperas de su matrimonio (acaso por haberle dicho que no quería casarse con él), se clavó un cuchillo en el pecho. Por este hecho acabó conquistando a Lou, aunque la perdiera para siempre, ya que su matrimonio, que duró 43 años, nunca fue consumado.

Los primeros tiempos de convivencia fueron una auténtica batalla. Finalmente, Andreas, viendo que Lou era indomable, se resignó a aceptarla tal como era. Uno de los biógrafos de Lou explica la negativa de mantener relaciones íntimas con su marido en el «schock» que le habían causado los intentos violentos de él para poseerla, e incluso en el hecho de que Lou viese en él a un padre. Andreas era 15 años mayor que ella.

Andreas nunca quiso divorciarse, pero, como Lou exigía vivir su vida, propuso a su marido encontrar una «sustituta», que acabó siendo su ama de llaves, María, de quien tuvo dos hijos.

EL APOGEO LITERARIO

Estamos a finales de siglo. Aparece el automóvil. Y la telegrafía sin hilos, los aviones, la electricidad. Lou, que viaja constantemente de Berlín a París, a Viena, San Petersburgo, Estocolmo, se entusiasma con las nuevas ideas, se relaciona con escritores y artistas de vanguardia, escribe para los periódicos, hace crítica de libros. Los rumores sobre su encuentro y separación con Nietzsche le proporcionan una aureola casi legendaria —así como su origen ruso—, en una época de efervescencia política. Además, sus artículos y libros, mezcla de autobiografía y descubrimientos psicológicos, son una voz nueva. Era insólito que un autor femenino se expresase en aquellos términos.

Mientras los hombres, unos tras otros, se apasionan por esta mujer, ella nunca pierde de vista su principal objetivo: la libertad. Para conseguirlo trabaja sin cesar. En 1892 publica un ensayo sobre Ibsen y a continuación un libro sobre Nietzsche, al año siguiente su novela Ruth, y otros títulos. En 10 años, 8 libros y 50 artículos.

Su gloria literaria y su fama de mujer fatal le facilitan las relaciones con escritores y artistas de todas partes. Es considerada por la vanguardia intelectual como una militante de la justicia social y de la libertad sexual.

Pero su destino es irónico: a pesar de estar siempre dispuesta a discutir los más íntimos aspectos del amor, Lou nunca tuvo un amante. Circulan también maliciosos rumores: la creen frígida, hermafrodita. Ella misma llega a escribir: «*No haber amado es no haber vivido*».

Hasta los 36 años, sin embargo, parece que Lou, a pesar de todas sus aventuras amorosas, conserva su virginidad. Es, al menos, lo que ella afirma. Entre los hombres que más destacan en su vida, después de Paul Rée y Nietzsche, están el dramaturgo Frank Wedekind, con quien vivió momentos maravillosos en

una cabaña de los Alpes y que la atrae por su fortaleza física, por su virilidad, y el médico Friedrich Pineles (Zemek), que pasó por ser su marido «oficioso» durante doce años. Si Lou no se decidió nunca a casarse con él fue porque sabía que Andreas jamás le concedería el divorcio; pero también porque no tenía la certeza de que podría serle fiel a Zemek.

Es entonces cuando aparece Rilke. Con 22 años, Rilke está en los comienzos de su carrera literaria: hacía poemas, piezas teatrales, crítica de libros, dirigía una revista literaria. Era un joven tímido, frágil, pálido, de ojos profundos e inquietos, barba suave, labios sensuales, y desde el momento en que conoció a Lou y leyó sus escritos nunca la abandonó. «Con rosas en la mano recorrí toda la ciudad en su busca.»

Lou encontró en Rilke un amante, un hermano y un hijo, todo al mismo tiempo. Aunque muy joven, Rilke no era ningún inocente, antes al contrario. Lou escribió en sus **Memorias:** *«Fui tu mujer durante años porque tú fuiste la primera realidad en la que hombre y cuerpo eran inseparables uno del otro, razón incontrovertible de la propia vida».*

Un amor juvenil y exaltado. Rilke decía que quería «perder su propia identidad para disolverse totalmente» en ella. Y Andreas, siempre celoso de los admiradores de su mujer, creyendo que Rilke era el menos peligroso, tal vez debido a su juventud, llegó incluso a encariñarse con él.

Es con Lou con quien Rilke aprende a amar a la naturaleza y a disfrutar con las sencillas alegrías de la vida. Ante sus frecuentes depresiones, Lou intenta recuperarlo animándole a trabajar, a escribir (ella misma posee una gran capacidad de trabajo). De esta forma Rilke hace un curso de historia del arte, viaja a Florencia y allí escribe su **Diario Florentino,** que dedica a Lou.

Cuando Rilke regresa de Italia, ansioso de refugiarse en los brazos de su amada, Lou lo recibe gentilmente pero dándole a entender que todo había terminado. El poeta no se conforma, se rebela, le implora que no se aparte de él: «Para mí tú no eres un destino, eres un millar de destinos, lo eres todo».

Lou encontró al mismo tiempo en Rainer Maria Rilke un amante, un hermano y un hijo. «Fui tu mujer durante años porque tú fuiste la primera realidad en la que hombre y cuerpo eran inseparables uno del otro», dejó escrito Lou sobre el poeta (aquí, en 1897).

Van juntos a Rusia (Rilke aprende idiomas con tanta facilidad que ya lee y habla correctamente el ruso), y la influencia de Lou, obsesionada por la existencia de Dios, proporciona a sus versos una nueva espiritualidad. En este viaje a Rusia, Lou se reencuentra también con su juventud:

«*Solamente es ahora cuando yo llego a ser lo que otras personas consiguen a los 18 años: ser yo misma*». Este descubrimiento pondría fin a su romance con Rilke.

Rilke sufre, llega incluso a escribirle una carta llena de odio. Lou le contesta: «*Soy eternamente fiel a los recuerdos, pero jamás lo seré a los hombres*».

Sin embargo, siguen siendo amigos y se ven con cierta frecuencia. A las puertas de la muerte, en un sanatorio suizo, en 1926, todavía el gran poeta austríaco pediría a los médicos que consultasen a su amiga: «Lou, que todo lo sabe, sin duda conoce un remedio para mi dolor».

Estamos en 1911 y Lou, después de haber sufrido grandes disgustos con la muerte de Rée en 1901, que ella considera un suicidio, con la desesperación de Rilke motivada por la ruptura de sus relaciones, con la esperanza frustrada de ser madre de un hijo de Zemek (¿pierde la criatura debido a una caída?) —Zemek, el hombre que en realidad nunca se separó de ella, que nunca se casó por su causa—, deja de lado la literatura y, durante algún tiempo, se dedica a la psicoterapia.

«La poeta del psicoanálisis», llamó Freud a Lou von Salomé. Durante años, ella acudió a las clases y prácticas del médico vienés (en la imagen), quien le acabó por confiar pacientes a los que Lou trataba por medios psicoterapéuticos.

Es entonces cuando conoce a Freud. Los impulsos y las pasiones humanas siempre le habían impresionado y se decide a estudiarlos seriamente. Escribe un libro sobre problemas sexuales titulado **Erotismo:** el conflicto entre el matrimonio y el amor, la distinción entre el amor sexual y la placidez de la paz conyugal.

Freud se interesa inmediatamente por esa discípula de tan brillante espíritu, de tan hermosa figura, y también tan desinteresada, sin la menor sombra de vanidad sobre su persona ni para con su obra literaria. Durante años Lou asiste a las clases y sesiones prácticas de Freud. Más tarde, el maestro llegará a confiarle pacientes a quienes ella escucha detenidamente y trata a través de la psicoterapia. Según Freud, mientras él escribía en prosa, Lou era «la poeta del psicoanálisis».

Al mismo tiempo que los discípulos y colegas de Lou se encaprichan continuamente por ella —muchos, jóvenes que podían ser sus hijos—, ella colabora en la revista de Freud, **Imago,** con artículos sobre el narcisismo, la religiosidad, la feminidad, y otros.

A los 50 años Lou conser-

vaba la belleza y la vitalidad de una muchacha de 20. Sus amigos, asombrados, suponen que ella posee alguna fórmula mágica para la eterna juventud: conserva la gracia al andar, el tiempo le dulcificó las facciones, ofrece una risa contagiosa. La fuente de su juventud reside, concretamente, en su siempre renovado amor físico y espiritual.

Ahora se siente feliz porque puede aliviar el sufrimiento humano. Refiriéndose a su manera pausada de hablar, a su preocupación y tolerancia, un paciente declara: «Nunca volví a tener una sensación de bondad conciliadora o, por decirlo de otra forma, de compasión, como la que sentí junto a ella».

Cuando Freud cumple los 70 años, ella escribe **Mein Dank an Freud (Mi gratitud hacia Freud).**

Los años van pasando. Lou envejece, sin preocuparse mucho por eso. Fallece su marido. Sus amigos van desapareciendo. Ya sola, ve a Hitler subir al poder en Alemania. Es también testigo de cómo el nazismo adultera las doctrinas de Nietzsche para adaptarlas a sus fines. Sabe que es odiada por haber sido amiga de Freud. Pero, lejos de pensar en abandonar Alemania, continúa viviendo en su casita sobre una ladera, en Hainberg, viviendo con lo imprescindible (nunca había sido muy exigente), tratando todavía a sus pacientes, elaborando una autobiografía, recibiendo a quien la busca (fundamentalmente jóvenes), impresionado por sus libros. Más de un centenar de artículos y críticas y cerca de 20 libros de ensayo y de ficción.

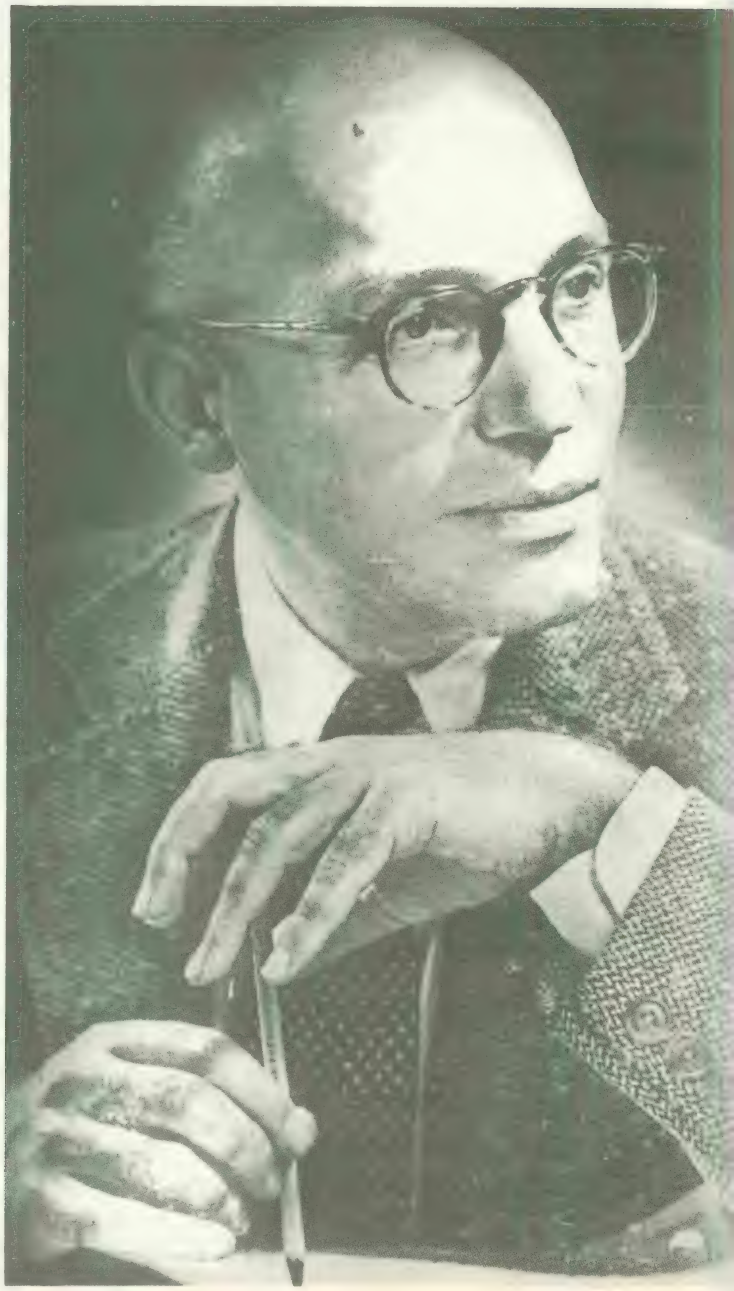
Hasta casi el final de sus días, Lou conservó la belleza y la vitalidad de cuando tenía veinte años. Relegada por el nazismo, llegó a la muerte con amargura: «Si dejo libres mis pensamientos, no encuentro a nadie. Verdaderamente, la muerte es lo mejor», dijo al morir.

Pocos días antes de morir murmura para dos amigos que no la habían abandonado: *«Si dejo libres mis pensamientos, no encuentro a nadie. Verdaderamente, la muerte es lo mejor»*. Muere durmiendo, en enero de 1937, a los 76 años.

Después del entierro de Lou Salomé, al que solamente asistieron esos dos amigos, la Gestapo subió a la colina para confiscar su biblioteca. La acusaban de haberse dedicado al psicoanálisis —esa «ciencia judaica»—, de haber sido discípula y amiga de Freud, de poseer entre sus libros a muchos autores judíos. Le llamaban «la hechicera de Hainberg» ■ **M. O. B.** (Traducción del portugués de **Rebeca Córdoba.**)

Kurt Weill: Un nuevo lugar para la música

Juan Antonio Hormigón



El momento cumbre de la música de Kurt Weill hay que situarlo en los años que van de 1925 a 1933. Utilizando materiales de las melodías de consumo y formas y modos populares como la balada, estableciendo una orquestación rítmica y sincopada, transformó el sentido de la música teatral y del teatro musical.

Nació Kurt Weill en Dessau, Alemania, el 2 de marzo de 1900. Era hijo de un cantante de sinagoga y de él recibió las primeras enseñanzas musicales. En su ciudad natal estudió con Albert Bing y en la Hochschule de Música de Berlín, con Humperdinck y Krasselt. Después, comenzó a ganarse la vida como pianista en los cafés berlineses. Pronto obtiene un puesto en su ciudad de origen como instrumentista sustituto y finalmente se convierte en director estable en Lüdenscheid. Aún no ha cumplido veintiún años.

Vuelve a Berlín en 1921, para estudiar como alumno privado con Ferruccio Busoni. La influencia del músico italiano iba a ser fundamental en su formación. Las enseñanzas de Busoni, antidogmáticas, apelando a la libertad expresiva, produjeron un fuerte cambio estilístico y de concepción en el joven Weill. Su primera experiencia teatral data de 1923,

En 1928, Kurt Weill puso música a «La ópera de perra gorda», adaptación de Brecht de una balad-oper inglesa del siglo XVIII, escrita por John Gay y titulada «The beggars's Opera». Weill prescindió totalmente de la partitura original del doctor Pepusch y compuso una serie de canciones originales. He aquí el cartel que anunciaba la reposición de «La ópera de perra gorda» por parte del «Berliner Ensemble».

año en que se estrena en Berlín su ballet-pantomima *«Die zaubernacht»* (La noche encantada), con textos de Villon y Kipling. Es un completo fracaso. Compone después la música de «Royal Palace» con Iwan Goll y «Der zar lasst sich photographieren» (El zar fotógrafo), no con mejores resultados. En estas tentativas iniciales, Weill sigue el camino de la vanguardia atonal salpicada del cromatismo neorromántico.

Hacia 1927 se abre el período más activo de su producción coincidiendo con su encuentro y colaboración con Bertolt Brecht. Esta se inicia con la pequeña «Mahagonny», un songspiel estrenado en 1927 en el primer festival de Baden-Baden, junto a otras tres óperas de Hindemith (Hin und Zuruck), Ernst Toch (Prinzessin auf der Erbse) y Darius Milhaud (L'Enlèvement de l'Europe). Le sigue un año después «Die Dreigroschenoper»(La ópera de perra gorda), adaptación de Brecht de una Balad-oper inglesa del siglo XVIII, escrita por John Gay y titulada «The Beggar's Opera» (La ópera para mendigos). Weill prescindió totalmente de la partitura original del doctor Pepusch y compuso una serie de songs originales.

En 1930, «Aufstieg und fall der Stadt Mahagonny» (Ascenso y caída de la ciudad de Mahagonny), constituye un escándalo entre el público operístico convencional al ser estrenada en Leipzig. Un año antes, en el Festival de Baden-Baden dedicado a la cantata didáctica, se estrena el «Lindberghflug» (El vuelo de Lindberg), obra para la radio, parte de cuya música escribe Hindemith y parte Weill. Esta obra se titularía posteriormente «Vuelo sobre el océano», al adherirse Lindberg al fascismo. En 1930 escribe la música para la ópera escolar «Die jaseger» (El que dice sí), también con texto de Brecht. La obra fue estrenada en el Festival de Neue-Musik, trasladado ese año a Berlín: Representaba una de las tendencias predominantes en las búsquedas musicales del momento, la «Gemeinschaftsmusik» o música para aficionados. El propio Weill escribía a propósito de su partitura que había sido escrita «en forma tal que todas las partes

(coro, orquesta, solistas) pueden ser interpretadas por colegiales... La partitura está amoldada a los recursos de una orquesta escolar: una orquesta básica de cuerdas (menos violas) y dos pianos, **ad libitum** tres instrumentos de viento (flauta, clarinete y saxofón), instrumentos de percusión y rasgueo» (1). Además, el compositor constataba ya un hecho importante como era la aparición de un nuevo público y un nuevo mercado para estas obras literariomusicales. Tal como él dice no sólo procedente de las escuelas sino también del «movimiento de la clase obrera».

En 1931, Weill realizó varios arreglos a su «Mahagonny» que se estrenaba en Berlín ese año. Igualmente escribió la música para «Mann ist mann», de Brecht, reelaborada por su autor. Planearon también una nueva ópera «Der Moabiter pferdehandel», que no se llegó a realizar. Pero además de su colaboración con Brecht hay que citar otras menos conocidas e igualmente importantes. De Georg Kaiser, escribe la música para «Der protagonist» y «Der silbersee», último de sus trabajos en Alemania. Con Caspar Neher prepara «Die Bürgschaft». Tampoco hay que olvidar su trabajo para «Happy End», de Dorothy Lane, adaptado por E. Hauptman con canciones de Brecht, algunas de las cuales como el «Bilbao song» o el «Surabaya Jonny», han transcendido el total olvido de aquella obra. Por último habría que hablar del «Berliner Requiem», una serie de poemas de Brecht a los que puso música Kurt Weill y fueron transmitidos por radio en el verano de 1929.

En febrero de 1933, el carcomido edificio político de la República de Weimar crujía por todas partes. Los nazis se habían lanzado resueltamente a la conquista del poder, a la aniquilación de partidos y sindicatos obreros y todas las organizaciones democraticas. A últimos de febrero, el 28, el incendio del Reichstag daba paso al negro imperio de los bárbaros. El 1 de marzo, Brecht estaba en Suiza y Weill en París.

El 7 de junio de ese mismo año, se estrena en el Théâtre des Champs Elysées de París, el ballet «Die sieben todsuenden der Kleinbuerger» (Los siete pecados capitales del pequeño burgués). Es el último trabajo de Weill en Europa y también la última vez que colabora con Brecht, autor de los textos de las canciones. Después emigra a Estados Unidos de donde ya no regresará. Con él va su mujer, Lotte Lenia, intérprete excepcional de sus songs y de importantes personajes del repertorio brechtiano hasta entonces.

En USA, Weill comienza a trabajar para los escenarios comerciales de Broadway. Compone hasta nueve comedias musicales de resultados dispares. «Lost in the stars», dirigida por Maxwell Anderson, alcanza un gran éxito. «Street scene», «One touch of Venus», «Knickerbocker Holiday» y «Lady in the Dark», son algunos otros títulos. Su vena inspirada se esfuma, es como si se hubiera quedado uncida a las calles y plazas de aquel Berlín abigarrado, heterogéneo e inquietante, anterior a 1933. Un Berlín que morirá para siempre con el ascenso del nazismo. Ya en el exilio americano, Brecht y Weill hablarán de la música para «La buena persona de Sechuan» y «Schweyk en la Segunda Guerra Mundial», pero no pasa del proyecto. Además de toda su obra para el teatro,

(1) Kurt Weill, «Über meine Schuloper», en «Die Szene», Berlín, 1930, pp. 232.

Kurt Weill hubiera desaparecido de las historias, de las discografías, de nuestro renovado interés, de no ser por su etapa de colaboración con Bertolt Brecht (al que tenemos junto a estas líneas, en 1928), en aquel Berlín sórdido y deslumbrante anterior a 1933.

«La ópera de perra gorda» significó uno de los mayores aciertos de la colaboración entre Brecht y Weill. Vemos el final de la obra según la representación del estreno, dirigida por Erich Engel y con decorados de Caspar Neher.

puso también música a algunos films. Compuso igualmente música sinfónica y de cámara, posiblemente lo más conocido en este terreno sea su «Concierto para violín y orquesta de viento», op. 12, escrito en 1924. El 3 de abril de 1950, Kurt Weill moría en Nueva York. Se cumplieron en 1975 veinticinco años de su desaparición y setenta y cinco de su nacimiento.

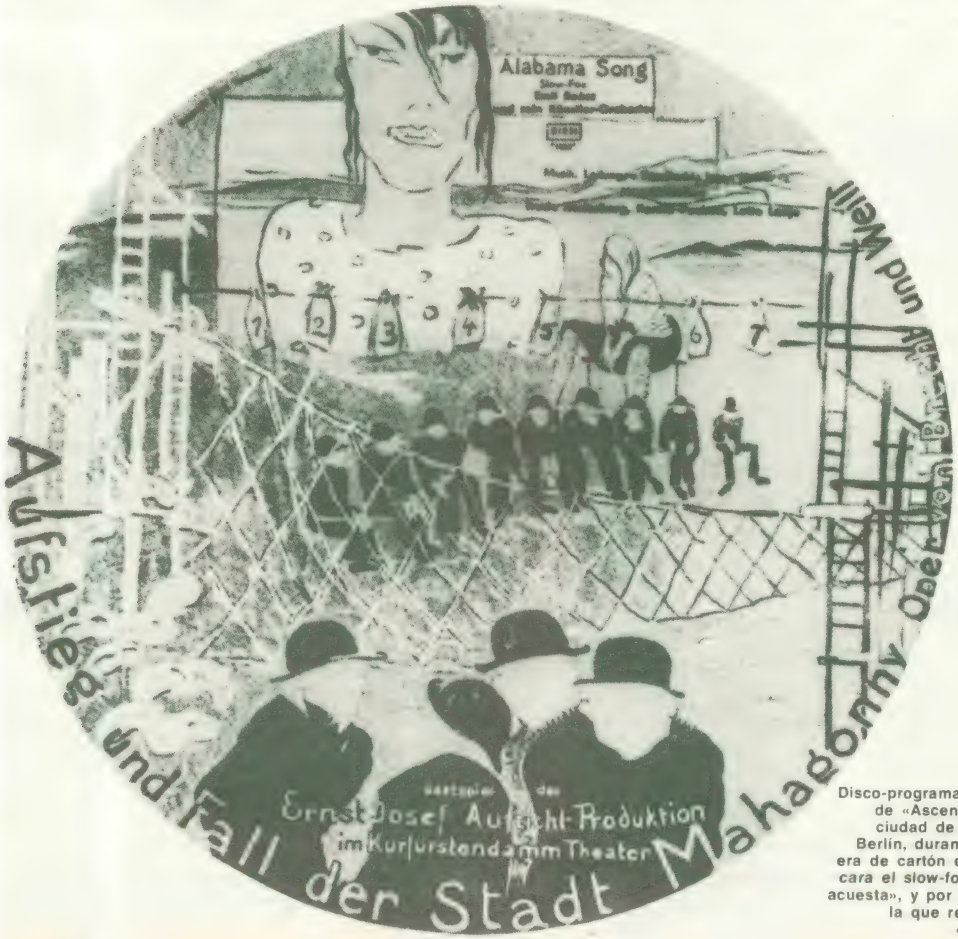
RENOVACION Y PROVOCACION

El aplastamiento de la tentativa Spartakista, el testimonio elocuente de los cadáveres de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, sus dirigentes, repescados de un canal o tirados en una calle, iniciaba una etapa nueva en la historia de Alemania. El gobierno socialdemócrata-centrista sería incapaz de articular las reformas necesarias en la estructura de la propiedad de la tierra contra los monopolios industriales y por el saneamiento de unas finanzas siempre en bancarrota. La poderosa clase terrateniente: los junkers, y la gran burguesía industrial, no estaban dispuestas a ceder ni uno de sus privilegios. La clase obrera, numerosa, combativa, organizada aunque desunida, pugnaba por conquistarlos. Todo ello iba a producir un permanente tejido de luchas sociales, de duros enfrentamientos. Terratenientes e industriales instrumentalizaron al partido nazi, lo pagaron, lo convirtieron en una fuerza armada contra los obreros y lo lanzaron finalmente al asalto del poder y a la destrucción de la democracia en 1933. Berlín fue en cierto modo el espejo de aquella sociedad. Allí se agolpaba la miseria popular agudizada por la inflación y por el paro, junto a la ostentación y al lujo de los especuladores que eran sus más directos beneficiarios. En los cabarets y en los teatros florecía el ingenio de los jóvenes escritores escépticos y anarquizantes o la angustiada requisitoria de los expresionistas. Es el Berlín que Döblin describe en «Berlín Alexanderplatz» o Isherwood en «Intimidades berlinesas». Del que Grosz nos dibuja y pinta los hocicos, las cabezas y las acciones del especulador, del gran burgués, del general reaccionario, de la prostituta, del obrero parado, de los niños famélicos. En donde los hermanos Heartfield condenan el arte academicista y lo convierten en instrumento de combate. Es el Berlín al que llegan nuevos bailes y ritmos, modas de aquí y de allá, se suceden las fiestas, mientras un mar de gorras y un río de bicicletas amenaza derribar con su ímpetu sus fuegos fatuos. Este Berlín popular es el que vemos en la película «Kuhle Wampe», rodada por Slatan Dudow y Brecht.

Donde se suceden las concentraciones obreras y florecen los teatros proletarios y las grandes corales de trabajadores. Donde Piscator impulsa un teatro a grandes niveles técnicos y Brecht investiga y Wolff y Gustav von Wangenheim escriben obras políticas para las compañías de agit-prop.

En esta ciudad abigarrada crece Kurt Weill como músico y como ciudadano. Sus comienzos son rápidos y deslumbrantes. Antes de cumplir veintiún años ya dirige la orquesta de Dessau. Sus estudios se suceden y él se muestra un músico atento y un estudiante aplicado. Sus primeras obras están inmersas en las corrientes dominantes de la vanguardia. Las cuatro primeras obras para la escena y las composiciones orquestales y de cámara de aquel período, muestran los rasgos del atonalismo junto a un cierto colorido romántico heredado de Wagner, Mahler y Strauss. Quizás la obra más asequible de aquel período sea hoy el «Concierto para violín y orquesta de viento», en donde estas características son bien evidentes y el lirismo de la obra con el predominio instrumental de la madera, flautas, oboes, cornos y fagots, apenas queda roto. Quizás el hecho más curioso de todo aquel conjunto de obras sea su atracción por algunos ritmos bailables como el tango, que poseen su indudable carga de exotismo porteño. «Royal Palace» y «Der Zar...», contienen citas de bailables y ambas terminan con un tiempo de tango. Esto puede deberse no obstante a la propia influencia de Mahler que ya incluyó un tango en el tercer movimiento de su primera sinfonía.

Pronto esta música que fluctúa entre intelectualismo y romanticismo va a ser arrinconada. Weill vive en una sociedad en crisis en la que los artistas plantean abiertamente la muerte del arte academicista y el fin del expresionismo como producto del sentimentalismo burgués. En un primer momento, dadaístas como Grosz, los Heartfield, Huelsenbeck, Hausmann, Höch, escritores como Brecht, manifiestan descarnadamente un escéptico nihilismo. Hausmann escribe: «Tras un espantoso encarecimiento del sentimiento



Disco-programa para el estreno de «Ascenso y caída de la ciudad de Mahagonny», en Berlín, durante 1931. El disco era de cartón e incluía por una cara el slow-fox «Como uno se acuesta», y por la otra —que es la que reproducimos— el «Alabama Song».

vital en abstracciones estéticas y farsas moral-éticas, emergió en la caldera de hacer embutidos el expresionismo de los patriotas alemanes, que de un movimiento decente... fabricó un pequeño negocio... La cantinela de la poesía, de la pintura y de la música puras se interpretó en Alemania apoyada hábilmente en el negocio» (2). En los momentos que siguen al desastre bélico de la Gran Guerra con su residuo de víctimas, destrucción, mutilados y el fracaso de la intentona Spartakista, ese «no creer en nada» es una postura comprensible para seguir viviendo. No son pocos los desilusionados y deprimidos que prefieren quitarse la vida. Pero estos jóvenes artistas y escritores que siguen los vientos del dadaísmo suizo, que comienzan a leer a Freud y a Marx, que reciben los primeros textos surrealistas, prefieren el escupitajo y el desplante, la ironía descarnada, la ira furibunda antiburguesa y el regodeo. Van contra la sociedad porque ella, sus instituciones, su clase dominante, les ha llevado a la ruina económica y moral. Raul Hausmann define así su movimiento: «El dadaísmo es la enemistad personificada contra el burgués, corre paralelo con el movimiento económico y se dirige por encima de todas las cosas contra el populacho instruido, que de una formación postclásica aceptada sin pensar ha inventado una monumentalización estética del bolsillo como seguridad de una supuesta propiedad propia. Nos alegra poder descomponer en sus ingredientes lamentables por medio de nuestra incomprensión a aquellos cretinos, que como trabajadores del espíritu van detrás del capitalismo y se consideran por ello como necesarios y representantes de la cultura» (3).

Pronto, sin embargo, las posiciones se definen con mayor claridad. Grosz y los hermanos Heartfield se aproximan decididamente al proletariado organizado. Abandonan su nihilismo e intentan articular su trabajo en el conjunto de luchas que lleva a cabo la clase obrera. En 1924, estos tres con Schlichter y el director teatral Erwin Piscator, fundan en Berlín el «Die Rote Gruppe» (El Grupo Rojo). Los otros componentes del dadaísmo berlinés siguen anclados en su crítica social nihilista y abstracta. El «Rote Gruppe» en el momento de su fundación manifestaba que «todos los conocimientos y capacidades le son (al artista) instrumentos al servicio de la lucha de clases». Un año después G. Grosz y W. Herfelde, en su folleto de «El arte está en peligro», hablando de la función del artista decían: «El artista actual, si es que no quiere ser un corredor aislado, un obús anticuado no estallado, sólo puede elegir entre la técnica y la propaganda de la lucha de clases. En ambos casos debe abandonar el «arte puro». Piscator por su parte cuenta cuáles eran las preocupaciones del grupo en aquel período: «Se discutía hasta perder la respiración sobre los problemas del arte, y siempre desde el punto de vista político. Y constatábamos al hacerlo que el arte no podía ser arte, sólo podía tener algún valor si era un medio entre otros en la lucha de clases. Llenos de recuerdos de un pasado reciente, decepcionados en nuestras esperanzas, no veíamos otra salvación para el mundo que en la lucha organizada del proletariado» (4).

Esta corriente que se definía con claridad en el terreno de la plástica, la literatura y el teatro, tuvo también su correspondencia en el terreno

(2) R. Hausmann, «El burgués alemán se irrita». Berlín 1919. El sentimiento antiexpresionista fue común a la vanguardia estético-política alemana y soviética. Boris Arvatov escribía, por ejemplo: «En esencia, el arte de los expresionistas es la manifestación consecuente y extrema de toda la pintura de caballete burguesa». («Arte y producción». Comunicación B. Madrid, 1973, pp. 55).

Lotte Lenia como Jenny (derecha) y Trude Hesterberg en el papel de la señora Begbick, durante la representación berlinesa de «Ascenso y caída de la ciudad de Mahagonny», gran escándalo un año antes en su estreno de Leipzig.

(3) R. Hausmann, «Ajuste de cuentas dadaísta». 1919.

(4) E. Piscator, «Le théâtre politique». París. L'Arche, 1962, pp. 24.

musical. Ello respondía a un impulso antirromántico y sobre todo antiwagneriano de los compositores, a la necesidad de una música más económica que opusiera a las grandés formaciones orquestales pequeños conjuntos, y también a la necesidad de hallar un nuevo público que ampliara el débil mercado artístico que se reducía por motivos ideológicos y merma del poder adquisitivo de la pequeña y mediana burguesía. Eisler explicaba la situación de este modo: «No hay que confundir música aplicada (angewndte musik) y música utilitaria (Gebranchsmusik). Cuando después de la Primera Guerra Mundial se hizo cada vez más difícil organizar conciertos, la situación económica de los compositores fue cada vez más miserable y se pusieron a escribir, en toda suerte de ocasiones, una música que se calificó de utilitaria. A diferencia de la música de concierto esta música era «consumida» (5).

Toda esta serie de razones hicieron que la música adquiriera un sentido social por su orientación, nuevo público, y por su forma y contenidos. Los festivales de Donaueschingen, para música de cámara, en los que figuraban compositores como Hindemith y Burkard, comenzaron acogiendo en su origen, 1921, las obras de vanguardia. Allí se conocieron Milhaud y Hindemith con Kurt Weill. En el segundo festival, este último presentó un cuarteto que sirvió para conferirle su reputación de compositor. Aquí se estrenaron muchas obras de Stravinsky e irrumpieron otras de compositores alemanes como Krenek y Wilhelm Grosz, con elementos de jazz.

Cuando en 1927 el festival de Donaueschingen se trasladó a Baden-Baden, las ideas artísticas influidas fuertemente por posiciones sociopolíticas radicales tomaron cuerpo en su orientación. A la pregunta general de ¿qué debe hacer la música?, ¿cuál debe ser el papel de la música en el mundo de hoy?, respondieron con una constante búsqueda de caminos y medios. Todas esas experiencias podrían agruparse en dos grandes bloques. El primero es el de la «Gebranchsmusik», o música adaptada; el segundo de la «Gemeinschaftsmusik», o música para aficionados. El primero agrupaba la música para películas, la música mecánica, la ópera de pequeño conjunto, la música radial, la cantata, etc. El segundo comprendía composiciones para ser interpretadas por escolares o aficionados y quería descubrir el placer de la ejecución y del trabajo colectivo. Compositores como Hindemith, Milhaud, Wagner-

(5) Hans Eisler, en «Reden und Aufsätze» (Ensayos y discursos), Verlag Reclam, Leipzig, 1961, p. 103.

Weill, acompañado de su mujer Lotte Lenia, ejemplo máximo del nuevo tipo de actriz-cantante que las obras de Brecht y su marido requerían. Ambos tuvieron que emigrar a Estados Unidos tras la llegada del nazismo.

Regeny y Walter Leigh, escribieron obras en este sentido (6).

Este es el mundo social, las ideas políticas y estéticas que configuran el pensamiento de Kurt Weill. Por eso en 1927, la colaboración con Brecht surge fácilmente. Este procede de la corriente del escepticismo nihilista pero ha derivado ya a una coherente posición antiburguesa y anticapitalista, punto al que ha llegado también Weill por un camino diferente. Según cuenta Lotte Lenia, en el estudio de la Louisenplatz que ella y su marido habitaban y en donde el músico tenía su gran piano negro, trabajaron juntos en la «pequeña Mahagonny» que iba a estrenarse ese mismo año en Baden-Baden (7). Aquello supuso para Weill la revisión de sus planteamientos estéticos y el inicio de un camino en que iba a producir sus mejores obras. El propio Brecht lo entendía así cuando escribió: «Hasta aquel momento, Weill había escrito música bastante complicada, de carácter esencialmente psicológico. Cuando aceptó componer la música para tex-

(6) Ver John Willett, «El teatro de Bertolt Brecht». Compañía General Fabril editora, Buenos Aires, 1963, pp. 188-211.

(7) Lotte Lenia, «Remembers Mahagonny». En texto adjunto a la edición de la ópera. Philips, 09418/20.

tos de «songs» más o menos vulgares, rompió valerosamente con uno de los prejuicios al que se aferraban obstinadamente la mayoría de los compositores serios» (8).

UN SENTIDO NUEVO DE LA MUSICA

La colaboración con Brecht va a dar un nuevo sentido a la música de Weill. Esta sigue en general el camino de la «gebranchsmusik» o música aplicada, música para el teatro. Sólo en el caso del «Lindberghflug» y «Der jasager», puede hablarse de música para escolares y aficionados. Pero en el primero de estos terrenos la colaboración entre el dramaturgo y el escritor hizo que traspasara los simples límites de la «aplicación» de la música para convertirse en un intento de darle nuevo sentido. Entre el «Ballet Mecanique» de Antheil, adaptado a una película de Murphy y Leger en 1924, o la pieza para órgano mecánico que compuso Hindemith como acompañamiento a un dibujo del Gato Félix, en 1927, y la aplicación literariomusical de Weill y Brecht, media la distancia que va entre la experimentación en sí misma de medios y lenguaje y el intento de aplicar los nuevos medios y el nuevo lenguaje.

Evidentemente, las causas que impulsaron a Kurt Weill hacia su nueva música hay que buscarlas en las profundas contradicciones sociales que llevaron al compositor hacia el marxismo, como a muchos otros de sus contemporáneos; al crecimiento organizado de la clase obrera que constituía un nuevo público y, por supuesto, al antirromanticismo y antisubjetivismo dominante en aquella generación artística deseosa de grandes hechos colectivos que transformaran las relaciones sociales. Pero en la orientación concreta de su obra musical la colaboración con Brecht, sus ideas sobre el teatro, juegan un papel fundamental.

Brecht ataca la obra de arte «culinaria» cuyo ejemplo máximo lo representa la estética romántica wagneriana. Por «culinaria» entiende la obra, ante todo operística, en que los distintos elementos: música, texto, interpretación, etc., aparecen confundidos en una «papilla» en la que el espectador se digiere. En sus «notas sobre Mahagonny», Brecht establece una diferenciación ya clásica entre teatro dramático y teatro épico. También lo hace respecto a la ópera:

OPERA DRAMATICA	OPERA EPICA
La música está al servicio	Es intermediaria
La música realza el texto	Comenta el texto
La música da significación al texto	Presupone el texto
La música ilustra	Toma posición
La música pinta la situación psicológica	Señala un comportamiento (9)

En la práctica esto se concretaba en la separación entre diálogos y partes cantadas, los «songs», que aparecían aislados en el interior del espectáculo. También, en la elaboración de una forma musical distinta en sus ritmos e instrumentación.

Kurt Weill jugó en este sentido un papel decisivo. Sus composiciones se inspiraron en la música bailable que llegaba de América, en el tango porteño, en el jazz que entonces irrumpía en Europa, en las canciones mordaces del cabaret. Igualmente realizó la parodia de las solemnidades de la ópera romántica y escribió música contra el texto o significándolo de forma más compleja. Consistía en situar por ejemplo una melodía nostálgica y evocadora frente a un texto o una situación de gran brutalidad.

Desde el punto de vista instrumental, redujo la orquesta y dio prioridad al viento, la percusión y el ritmo monótono de los bajos. Intentó situar la orquesta fuera del foso, en el escenario. «La ópera de perra gorda», escrita y musicada en el verano de 1928, estaba orquestada para solamente ocho músicos. Sin embargo, para la «Mahagonny» de 1930, la orquesta estaba formada por cuarenta instrumentos e incluía una sección de cuerda.

Los textos de Brecht buscaban todavía «escandalizar al burgués», dirigían su ironía corrosiva contra los consumidores culturalistas. Sin embargo lo más importante de las obras de este período no es su aspecto «provocador», que fue neutralizado por la misma brillantez del espectáculo, sino el valor que tienen como

(8) Bertolt Brecht, «Uber die verwendung von Musik für ein episches Theater»: «Sobre el empleo de la música para un teatro épico», trad. francesa en «Ecrits sur le théâtre», L'Arche, París, 1963, p. 96.

(9) «Apogeo y caída de la ciudad de Mahagonny», en «Escritos sobre el teatro», T. I, p. 91. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1970.
Sobre Mahagonny, ver mi trabajo: «Mahagonny: un «music-hall operístico», en «Teatro, realismo y cultura de masas», Ed. «Cuadernos para el Diálogo», Madrid, 1974, pp. 270-280.

síntesis de ciertas relaciones o concepción del sistema de valores en la sociedad capitalista. En «La opera de perra gorda», gangsters y capitalistas se comportan del mismo modo; en «Mahagonny», la ciudad proporciona todas las diversiones y placeres imaginables mientras haya dinero para pagarlos, porque «la falta de dinero es el más grave de los crímenes que existe sobre esta tierra» (Esc. XVIII).
La música de Weill tenía una melodía pegadiza que se cantaba de inmediato. El «Moritat» de Mackie, el «Song de Bárbara», el «Tango ballada», el famosísimo «Alabama Song» y otras, eran retenidas de inmediato por los espectadores. Weill añadía a sus temas el sincopado rítmico, la distorsión sonora del metal y la percusión siempre omnipresentes, impidiendo cualquier tipo de somnolencia. El propio músico escribía a propósito de sus intenciones e influencias: «El jazz ha desempeñado un papel considerable en la liberación rítmica, armónica y formal que hemos alcanzado, y sobre todo en la creciente sencillez e inteligibilidad de nuestra música» (10).

Escena del tango en el prostíbulo, entre Mackie (Wolf Kaiser) y Jenny (Felicitas Ritsch), de «La ópera de perra gorda» en su reposición de 1960, por el «Berliner Ensemble». El trabajo de Weill y Brecht sigue hoy plenamente vivo.

Un aspecto importante de la música de Weill, notoriamente influido por Brecht en este caso, fue que con ella propició el nacimiento del «actor cantante». Un actor que distinguía perfectamente el plano de la dicción, la declamación sobre música y el canto. Que establecía claramente la discontinuidad entre texto y música buscado por Weill y Brecht. Por eso utilizaron en sus obras actores procedentes del teatro no musical. Lotte Lenia habla de su sorpresa cuando fue llamada para la «Mahagonny» de 1927 y ella sería durante años el mejor ejemplo de qué era ese nuevo tipo de actor cantante.
No cabe duda de que Weill era consciente de lo que aquellas obras representaban en el terreno musical y teatral. En 1929, decía en la revista berlinesa «Die Szene»: «La "ópera de tres centavos" ocupa su lugar en un movimiento que abarca hoy a casi todos los músicos jóvenes. El sacrificio de «el arte por el arte», el aprovechamiento de la personalidad del artista, la idea de la música cinematográfica, el eslabón con el movimiento musical juvenil y, como resultado de todo esto, la simplificación de los medios de expresión musicales, son etapas del mismo camino».
Y efectivamente, Weill estaba transformando el sentido de la música teatral y del teatro musical. Utilizando materiales de la música de consumo y formas y modos populares como la balada, estableciendo una orquestación rítmica y sincopada, logró movilizar al público o por lo menos le hacía asistir y llenar a rebosar el teatro en que la obra se daba.
El momento cumbre de la música de Kurt Weill hay que situarlo en los años que van de 1925 al 33. El exilio fue para él, como para otros muchos, demasiado duro para superarlo. También él tuvo que acabar sometido al oscuro mercado de Broadway y componer para los santones y patronos del culinarismo por excelencia. Sus obras de este período carecen de interés real porque no son, ni podían ser, sino productos de comedia americana para ser degustados como un «perro caliente». Kurt Weill hubiera desaparecido de las historias, de las discografías, de nuestro renovado interés, de no ser por aquella etapa de colaboración con Brecht, en aquel Berlín sórdido y deslumbrante anterior a 1933. ■ **J. A. H.**

---

(10) K. Weill, «Notiz zum jazz». Anbruch, Viena 1929, p. 139, cit. por Willett y por E. Schumacher en «Die Dramatischen versuche Bertolt Brecht 1918-1933». Rütten y Leoning, Berlín, 1955, p. 250.
También en «Die Szene», Berlín, 1929, p. 63.

"¿Por qué corres, Ulises?"

Antonio Gala

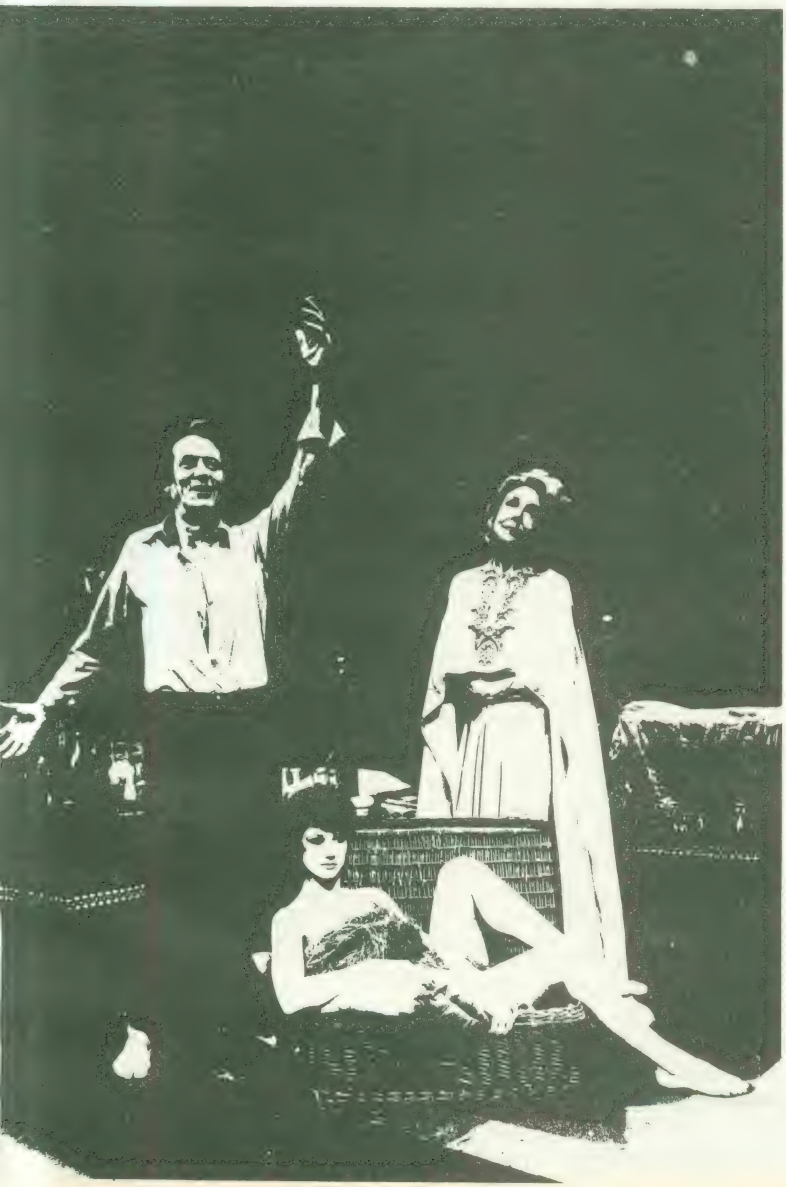
La comedia «¿Por qué corres, Ulises?» se estrenó el día 17 de octubre de 1975 en el «Teatro Reina Victoria», de Madrid, con arreglo al siguiente reparto:

Ulises	**ALBERTO CLOSAS**
Nausica	**VICTORIA VERA**
Eurimedusa	**MARGARITA CALAHORRA**
Euríalo	**JUAN DUATO**
Penélope	**MARY CARRILLO**
Eurimena	**ROSARIO GARCIA-ORTEGA**

Vestuario: ELIO BERNHANYER. Escenografía: VICENTE VELA. Dirección: MARIO CAMUS

Para escribir «¿Por qué corres, Ulises?», Antonio Gala se ha basado en unas situaciones históricas: la estancia del héroe griego en Feacia, sus amores con Nausica —hija del rey Alcínoo—, y su regreso a Itaca, aunque todas ellas recreadas con *absoluta libertad.* Si en el boloñés Palazzo Celesi el pintor Tebaldi vio así la presentación que de Ulises hizo Nausica a su padre, en la comedia de Gala los personajes toman las apariencias de Alberto Closas, Victoria Vera y Mary Carrillo, como Penélope. (Foto de la página derecha.)

«Copérnico», uno de los más agudos escritores con seudónimo de la prensa española, escribió en su día sobre la dudosa oportunidad política de haber yo **«devuelto yo a Ulises a la actualidad efímera del espectáculo».** Bien visto está por «Copérnico» que, mientras la Ilíada es algo que se abre **—«una estimulación hacia el futuro»—**, la Odisea es algo que se cierra —una **«consolidación de la costumbre, aunque sea la del cansancio»—.** Precisamente por eso es por lo que yo decidí en 1975 referirme a la Odisea. Para hablar de lo que deseaba (poner en solfa al **«conservador puro, incapaz de nuevas experiencias, inaccesible a las sugestiones de la realidad, emperrado en volver como sea»**) era al Ulises concéntrico, al Ulises de la postguerra naufraga al que me convenía sacar a colación.



Un Ulises 75 que a la Nausica 75 le parece esencialmente un burgués cursi y anticuado, cuyos conceptos, ideales y moral están mandados retirar hace ya mucho; con el que sólo en el oscuro silencio fisiológico — y aun así no por demasiado tiempo— puede entenderse. (Es decir, en lo que Ulises 75 traiciona al Ulises clásico que, por si era poco, fue considerado buen marido no obstante haber tardado veinte años en volver a su hogar). Es natural que —si de algún modo Ulises representa el poder del hazañoso o a los que, más o menos, lo detentan— acaezcan dos cosas: primera, que la joven Nausica se harte al comprobar que se trata de un puro cascarón, un fantasma, algo inútil como un recordatorio de una primera comunión ajena, un valor convencional basado en palabras y triunfos y hechos borrosos y sin vigencia ya, pero con cuyas rentas se pretende todavía vivir y enamorar: segunda, que Ulises —y aquellos de los que es arquetipo— desconfíe de los jóvenes que ignoran sus proezas y, por añadidura, tienen la voluntad expresa de seguir ignorándolas por falta de respeto.

La Nausica 75 —cuya incomprensión siente Ulises, cuyo desamor ve aproximarse porque, fuera de lo físico, nada puede ofrecerle: él está con el rostro vuelto a lo que fue y no a lo que será— humilla al héroe que ha dejado de serlo. (Héroe se es un momento; narrador de la propia heroicidad, mu-

chos más: demasiados). De ahí que, en lo íntimo, Ulises **reclame** la presencia de Penélope. Y la reclame, no como la dejó —estricta, puritana y pelmaza—, sino como una especie de quintaesencia de la **doñaconcha de derechas de toda la vida** —fiel, inmóvil, cómoda, requetesabida y vitoreante—: una Penélope soñada a su medida.

Pero la Penélope 75 tampoco será así: la realidad no responde a los sueños. En Itaca, Penélope no espera el poderío de Ulises **«tejiendo y destejiendo los editoriales del inmovilismo»**. Ha tenido demasiados trabajos, entre otros el de guardar las formas —porque se **distrajo** con frecuencia durante tantos años— y el de pararle los pies al **fiel** Telémaco que, por descontado, lo que quiere es alzarse con el trono de Ulises. (Penélope, en el fondo, no echa de menos a su marido, sino a la Penélope que vivió con su marido: se echa de menos a sí misma y a su fuerza inicial). En ese Archipiélago de las Islas Adúlteras en que mi comedia se desarrolla, donde todos mienten a todos y que no queda demasiado lejos de nosotros, Penélope recibirá a Ulises —cuando lo reconozca, porque al principio lo confunde con otro— como Ulises soñó. Pero cuando los dos hayan perdido ya ese primer minuto de su ocasión, en que el inconsciente y mutuo engaño pudo ser verosímil para ambos. Itaca no fue nunca —y ahora, menos— el paraíso perdido. Ahora los dos saben que se están engañando y se dejan porque ya no les queda otra salida.

El mangoneo final, en que Penélope recupera las riendas después de ponerle a Ulises la venda del halago ante los ojos, es patético. Y aleccionador. No creo que, como se teme «Copérnico», este Ulises 75 pueda ser **«un banderín de enganche»**.

Aquellos a quienes se retrata en este personaje —los que se afirman sólo en sus gestas pasadas, en sus mustias retóricas— retroceden en el tiempo para respirar aires que respiraron. Y ni aun eso les seré permitido. Porque todo ha cambiado: no **está cambiando,** sino que **ha cambiado:** lo que pasa es que, por unos instantes, conviene guardar la compostura ante la inocentada. Esa inocentada que el tiempo gasta a todo el que se sienta: la feroz inocentada del arrinconamiento: el triunfador siempre acaba por fracasar —lo sepa o no, digiera o no la píldora— y ser sustituido por otro nuevo triunfador más joven. El tiempo no se sienta. Esa es la causa de que en Itaca —burladero de Ulises, donde podría encontrarse más glorioso, donde por fin se resigna a volver huyendo del desdén de las Nausicas— esté el supremo desenmascaramiento, la acusación más grave: la de que no responde ni a la imagen —embellecida, sublimada y falsa— que él ha querido ofrecer de sí mismo. En Itaca, Ulises ya no halla ni esposa, ni heredero. Halla la ambigua conveniencia de una mujer que lo acepta como último recurso y la fría esquela mortuoria con que un sucesor ha cubierto su nombre.

¿Puede extrañar que, ante este panorama inevitable, le preguntemos a Ulises por qué corre? ■ **ANTONIO GALA**

PRIMERA PARTE

(En la cama, al fondo, NAUSICA sobre ULISES. Se están besando. A ULISES se le adivina desnudo bajo las sábanas. NAUSICA lleva una breve y traslúcida ropa de dormir. Después de unos segundos entra EURIMEDUSA, con un uniforme claro.)

EURIMEDUSA: *(Mira de rodillas hacia el fondo, mientras limpia algún mueble).* Buenos días. Y perdonen si molesto. Pero, como en esta casa nadie se ocupa de una... Ya está bien de egoísmo, digo yo.

NAUSICA: Sólo sé de ti que la pelota con la que yo jugaba te despertó hace tres días en la playa. ¿Quién eres?
ULISES: Un hombre a quien los dioses no dejan descansar.

(Más bajo). O jugamos todos o rompemos la baraja... *(En alto).* ¡Buenos días he dicho!
(NAUSICA, sin despegarse de ULISES, saluda con un gesto. EURIMEDUSA, decidida). Tú no eres una princesa, Nausica: tú eres una zorra. Ni todo el oro del mundo podría convencerme de lo contrario. *(Vuelve a su quehacer).* Una zorrita: eso es lo que eres. Si llego a saber cuál iba a ser tu fin, me hubiese negado a darte de mamar... Tres días con tres noches, que ya es decir, lleva ese hombre en esta casa. Tres días en la misma postura, poco más o menos... *(Directa al fondo).* Y es que no te hartas, ¿eh? Sales una mañana y vuelves de la playa con un medio ahogado, según tú. Desde entonces no has dejado ni un momento de hacerle la respiración boca a boca... A veces pienso si no se te habrá muerto entre los brazos... Porque, con ese cuchipandeo, a poco ahogado que estuviera se habría terminado ya de ahogar. *(Irritada por la indiferencia de los amantes).* ¡Nausica! En nombre de tu padre, de tu madre y de los tres años que te di de mamar, haz el favor de decirme quién es ese señor que está debajo de ti.

NAUSICA: *(Levantando apenas su boca de la de ULISES).* No se lo he preguntado.

EURIMEDUSA: Pues hazlo antes de que sea demasiado tarde.

NAUSICA: *(Lo mismo).* Ya es demasiado tarde.

EURIMEDUSA: Pregúntaselo a pesar de todo. Si dejas de comértelo a lo mejor contesta.

NAUSICA: ¡Qué vieja más pesada! *(A ULISES).* ¿Quién eres? *(Sin dejarle contestar vuelve a besarlo.*

NAUSICA: Una idea por la que haya que dar la vida, no me interesa: es demasiado cara (...). Tengo diecinueve años. Todavía los mayores no habéis conseguido engañarme.

ULISES sólo ha emitido un sonido muy vago.)

EURIMEDUSA: ¿Qué ha dicho?

NAUSICA: Ha dicho que es un hombre.

EURIMEDUSA: ¡Me lo temí desde el primer momento! La culpa es mía por no habérselo contado a tu padre. Cuando se entere me meterá presa. Y hará muy bien...

NAUSICA: Euri, sé buena. Trae algo de comer. *(Vuelve a su ocupación.)*

EURIMEDUSA: *(Agarrándose a cualquier motivo de enfado.)* Que no me llames Euri. Me llamo Eurimedusa. Tengo un nombre, no como otras personas. Llámale Euri a Euríalo, que para eso es tu novio... Aunque no creo que a tu novio te atrevas a llamarlo de ninguna manera después de esto... *(Haciéndose la ofendida.)* Yo no soy más que tu nodriza: una vieja a la que no hay que dar explicaciones...

NAUSICA: ¿Traes de comer o no? *(Al volverse se ha resbalado casi hasta el suelo.)*

EURIMEDUSA: *(En la que puede el cariño.)* Que te vas a caer, desgraciada.*(El brazo de ULISES rescata a NAUSICA y la estrecha.)* No, lo que se dice muerto, muerto, no está... *(Sale refunfuñando.)*

NAUSICA: *(Separándose de ULISES.)* ¿Quién eres?

ULISES: Un hombre a quien los dioses no dejan descansar.

NAUSICA: *(Sentándose en la cama.)* Si lo dices por mí...

ULISES: *(Atrayéndola de nuevo.)* No. Lo digo por los dioses.

NAUSICA: *(Separándose sólo lo imprescindible.)* Sólo sé de ti que la pelota con la que yo jugaba te despertó hace tres días en la playa.

ULISES: ¡Sueles jugar desnuda a la pelota!

NAUSICA: *(Sentándose en la cama otra vez. Una sonrisa.)* Sí. A la pelota, y a otras cosas, suelo jugar desnuda... ¿Y tú, sueles dormir desnudo? *(Un beso.)* Cuando me viste, con una rama de olivo tapaste tú... bueno, tu... virilidad, digamos. *(Otro beso ligero.)*

ULISES: No era de olivo la rama. Era de acebuche. Se parecen pero no son lo mismo.

NAUSICA: Entonces ya sé dos cosas: que el acebuche no es igual que el olivo y que tu gesto de taparte fue absolutamente superfluo... como se comprobó diez segundos después. *(Ella y luego ULISES, se han incorporado.)* Mientras comemos, podríamos presentarnos. Pero esta vez te aconsejo una sábana. Las ramas de acebuche son un obstáculo muy poco convincente. *(Viene hacia primer término.) (Entra EURIMEDUSA con un carrito, en el que ha dispuesto una comida fría. Entretanto ULISES se cubre con la sábana, disponiéndola a manera de una túnica.)*

EURIMEDUSA: Menos mal. Ahora, por lo menos, se puede apreciar dónde acabas tú y dónde empieza él... que parecíais siameses, hija. *(Desplegando su curiosidad y sus ganas de charla.)* La verdad es que no es nada feo visto así de pie. Estáis guapos los dos... Un poco pálidos, quizá. Son demasiadas leguas las que habéis hecho juntos... *(Con picardía, mientras dispone el almuerzo.)* Este vino está hecho para espesar la sangre... Hala, a recuperarse. Y a ver las cosas con más paciencia, hijos... Comed de todo. El dulce es también bueno: da calor. Y una tacita de café antes de volver a ese aquí-te-cojo-aquí-te-mato que os traéis... *(Mirando a ULISES, que avanza para sentarse ante el carrito.)* Ay, qué hombre. Qué pupila tienes, grandísima pécora. Tú serás muy princesa, pero los gustos los has sacado de aquí: *(Se toca los pechos.)* de estas dos pobres ruinas que ya no sirven para nada. *(ULISES y NAUSICA se miran y se ríen.)*

NAUSICA: Anda, farfallona. Vete ya de una vez.

EURIMEDUSA: *(Saliendo.)* Ay, qué hombre. Qué pena que no se haya hecho esa miel para esta boca...

NAUSICA: *(Mientras comen algo.)* No te habré parecido por mi comportamiento una mujer fácil de conseguir...

ULISES: No, no, ¿qué dices? *(Ríen los dos.)*

NAUSICA: Es que, al verte en la playa, comprendí que eras un regalo del mar... y yo debía aceptarlo. *(Como justificándose. ULISES come con apetito.)* La vida en una isla no ofrece muchas novedades: habas contadas... Y los hombres de aquí son más feos que tú.

ULISES: *(Agradeciendo.)* Pues yo he pasado diez años de isla en isla y no puedo decir que me haya aburrido... *(Un bocado.)* ¿Cómo se llama ésta?

NAUSICA: Feacia. *(Un bocado.)* ¿Por qué de isla en isla? ¿Es que eres viajante de comercio?

ULISES: *(Digno.)* No. *(Como jugando al secreto.)* Naufragaba...

NAUSICA: ¡Qué vocación de náufrago! *(Un bocado.)* Yo me llamo Nausica, ¿y tú?

ULISES: *(Con el mismo juego, pero convencido de que ahora sí adivinará NAUSICA.)* ¿Qué importan nuestros nombres? Sólo nuestras obras merecen ser cantadas... Yo fui el inventor del caballo de madera. *(Hace un gesto de recibir la enhorabuena.)*

NAUSICA: ¡Ah! ¿Te dedicas a la juguetería?

ULISES: *(Condescendiente.)* Me refiero al caballo dentro de cuyo vientre penetramos en Troya.

NAUSICA: *(Ignorante de todo, superficial y hambrienta.)* ¿Quiénes?

ULISES: Los argivos, los tebanos, los aqueos...

NAUSICA: *(Sin curiosidad siquiera.)* ¿Y por qué ese afán de llegar a Troya en la barriga de un caballo? Qué incomodidad, ¿no?

ULISES: *(Medio orgulloso, medio amargo.)* Era la guerra. Yo vengo de la guerra.

NAUSICA: *(Indiferente.)* ¿De cuál?

ULISES: *(Molesto.)* De la de Troya, hija. ¿No has oído hablar de la guerra de Troya?

NAUSICA: *(Con una gran ligereza, que va ofendiendo a ULISES cada vez más.)* Quizá sí. No recuerdo. Las guerras son aún más aburridas que las islas: a quienes más gentes degüellan, más condecoraciones. No soy partidaria. *(Un bocado.)* ¿Qué hacías tú allí?

ULISES: *(Cada vez más admirado de no despertar admiración.)* ¿Dónde?

NAUSICA: En esa guerra.

ULISES: *(Presentándose para evitar tanta torpeza.)* Yo soy Ulises.

NAUSICA: Ulises, ¿qué?

ULISES: Cómo ¿qué?

NAUSICA: El apellido.

ULISES: *(Grandioso.)* Los reyes no tenemos apellidos... *(Como el que no quiere la cosa.)* Yo, en Itaca, era rey.

NAUSICA: Me lo figuraba. *(Tocándolo como a un caballo de raza.)* Ese torso, esa buena pinta... *(ULISES sonríe halagado.)* Esos dientes... se ve que no has pasado hambre de joven.

ULISES: *(A quien la palabra joven, referida al pasado, nunca agrada.)* ¿De joven?

NAUSICA: Sí. Quiero decir a esa edad en que el hambre deforma... *(Pensativa mientras mastica.)* Ulises... es bonito.

ULISES: ¿Es posible que no te sugiera nada ese nombre?

NAUSICA: *(Correctísima.)* Claro que sí: una piel fresca, una boca sumisa, unas manos que saben dónde deben estar... *(De pie, repentinamente abstraída, intentando arrastrar a ULISES.)* Ven conmigo.

ULISES: Espera... Esa piel, esa boca, esas manos eran más frescas, más sumisas y más sabias hace algún tiempo. A costa de perder por ese lado, he ganado por otro... *(Inseguro ya de todo.)* Al menos, a eso aspiraba... Desde que se acabó la guerra hace diez años...

NAUSICA: *(Interrumpe.)* ¡Diez años ya! ¿Qué has hecho desde entonces?

ULISES: Naufragar varias veces, ya te lo he dicho. Conocer el mundo. Ir por el mar alante... Supongo que sabrás lo que es el mar...

NAUSICA: Sí. Esa cosa azul que no puede una dejar de encontrarse vaya hacia donde vaya. *(El gesto de ULISES se ensombrece.)* ¿O no?

ULISES: Es posible. *(Animándose*

a deslumbrar.) Para mí el mar es toda la libertad, la posibilidad, una eterna aventura. El único lugar en que se está desmemoriado y disponible. En el que se sirve sólo a la vida: siempre al alcance de la sorpresa, siempre a las órdenes del destino... Húmedo y limpio como un beso. *(NAUSICA lo interrumpe para besarlo.)* Sin ancla, sin amarra, gobernado por vientos y vaivenes: súbdito de las olas que mecen o que matan... *(Evadido.)* Y se sueña. Se tiene todo el tiempo para soñar...

NAUSICA: Qué bien hablas, querido... Oirte me abre otra vez la gana de abrazarte. *(Lo abraza.)* ¿Vamos ya?

ULISES: Deja que te hable del mar. *(Lo ha dicho entre el ruego y el reproche.)* Misterioso, profundo, sin objeto. No como la tierra, de la que se puede decir: aquí se acaba... Es para hombres el mar...

NAUSICA: También la mujer es para hombres, creo. *(Caprichosa.)*

ULISES: En él sólo cabe defenderse o morir. Sin sepultura, como en la guerra...

NAUSICA: «Hagamos el amor y no la guerra»: es mi lema.

ULISES: Claro, tú no eres un hombre.

NAUSICA: *(Levantándose de nuevo.)* Eso espero. Incluso preferiría no llegar a serlo nunca.

ULISES: *(Irónico.)* ¿Es que no te gustan los hombres?

NAUSICA: *(Besándolo.)* A la vista está. Pero también me gusta el whisky y prefiero beberlo a ser el whisky.

ULISES: *(Mirándola moverse ante él.)* Eres una niña. Si te hubiera encontrado hace veinte años...

NAUSICA: Hace veinte años te hubieras encontrado a mi madre ligeramente embarazada... Es mejor así. *(Lo acaricia.)*

ULISES: *(Con presunción y tristeza.)* Pero hace veinte años yo era como un dios joven...

NAUSICA: Y ahora eres como un dios maduro... Las perdices están mejor un poco pasaditas. La fruta verde deja áspera la boca. Tú, no. Me gustas como eres.

ULISES: *(Apesadumbrado.)* Y ¿dentro de veinte años?

NAUSICA: ¿Quién habla de eso, ahora, cuando veinte minutos pueden dar tanto de sí...? *(Pequeña sonrisa maliciosa.)*

ULISES: *(Sin oírla.)* Quizá yo esté cansado...

NAUSICA: *(Acariciándolo.)* Me parece mal, pero soy comprensiva... Descansa un cuarto de hora... Un cuarto de hora también puede dar mucho de sí.

ULISES: Me refiero a otro cansancio... *(Intentando sobreponerse.)* Cuando, convencido de que tu tren no llegará ya nunca, te montas en uno cualquiera que va a salir y sales, ves entrar en la estación, majestuoso y lento, el tren que tanto habías esperado... La vida suele equivocar la hora de las citas... *(De pie.)* Por eso yo prefiero el mar. La alta mar. Allí no hay estaciones. Izo el abeto del mástil. Lo introduzco en la crujía. Tenso los estayes y la driza de cuero alza la blanca vela. Se hincha el lienzo, el hervor de la espuma silba bajo la quilla...

NAUSICA: *(Asombrada.)* No entiende nada... ¿De qué hablas?

ULISES: *(Importante.)* De mi vida. No es fácil que lo entiendas.

NAUSICA: *(Sin querer molestar.)* La gente mayor siempre habláis de la vida. Yo prefiero vivirla.

ULISES: *(Molestado.)* Es natural. Todo lo que tú empiezas yo ya lo he terminado. Ya no puedo aprender a vivir mejor... Lo único que puedo aprender es a contar mejor mi vida.

NAUSICA: *(Más bajo.)* Pues vaya un oficio.

ULISES: *(Continúa.)* Eres mi última isla. De aquí me iré a la mía... Se me ha acabado el mar...

NAUSICA: *(Interesada.)* ¿Cuál es tu isla?

ULISES: Itaca. La más abrupta, la más pobre de todas... Quizá por ser la mía.

NAUSICA: No te pongas triste. Toma. *(Le ofrece algo de alcohol.)* *(ULISES acepta.)* Y cuéntame tu vida, que me parece que es lo que más te descansa... *(Disponiéndose a escuchar más por educación que por verdadero interés.)* ¿Por qué dejaste Itaca?

ULISES: *(Cuando es escuchado le gusta hacerse el misterioso.)* Por defender unos principios.

NAUSICA: ¿Cuáles?

ULISES: La santidad del matrimonio. La estabilidad de los hogares. La dignidad de los maridos.

NAUSICA: *(De corazón.)* ¡Qué antiguo, Ulises! *(Viendo la reacción, vuelve a su tono superficial.)* ¿Y qué hiciste para defender esos principios?

NAUSICA: ¿Penélope has dicho? ¿Quién es esa?

ULISES: Una mujer por la que he dejado a las otras: la mía... Ella me espera en Itaca. (En primer término de la foto, Penélope).

ULISES: La guerra de Troya.

NAUSICA: ¡Dale con la guerra! Para conseguir esos «ideales» *(Con retintín.)* ... no conozco yo más que un campo de batalla. *(Por la cama.)* ¡Ese!

ULISES: *(Condescendiente.)* Eres muy joven. No sabes que a veces hay que arriesgar la vida porque triunfe una idea.

NAUSICA: *(Terminando la conversación.)* Una idea por la que haya que dar la vida, no me interesa: es demasiado cara... ¿Y qué sucedía en Troya?

ULISES: El Príncipe Paris había raptado a Helena, esposa de Menelao de Esparta.

NAUSICA: Con su consentimiento, claro.

ULISES: *(Horror.)* ¿Con el de Menelao?

NAUSICA: Con el de Helena. A ninguna mujer se la rapta si ella no quiere.

ULISES: *(Como quien calla un secreto.)* Quizá tengas razón... Por eso los griegos fuimos a rescatar a Helena. Como ves, fue una guerra de amor: ...a lo mejor por ese lado sí te interesan las ideologías.

NAUSICA: ¿De amor una guerra que se hace para destruir el amor de Helena y Paris? Una guerra de matrimonio en todo caso... *(Pasa de la irritación al desdén.)* Qué tonterías... Qué gana de matarse... Haber dejado que Helena se cansase de Paris: habría acabado por volver con Menelao... Siempre sucede así.

ULISES: *(Como descubriéndole un olvido importante, desde arriba, siempre, porque la dialéctica de NAUSICA no la toma en serio.)* Pero, ¿y el honor de Menelao?

NAUSICA: En qué lugar tan raro del cuerpo de la mujer, ponéis vosotros el honor del marido... *(Asociando.)* ¿Cómo era Helena?

ULISES: *(De lo primero que se acuerda.)* Tenía los pechos grandes.

NAUSICA: Me lo figuraba... Y rubia, ¿no es así?

ULISES: Muy rubia.

NAUSICA: Sólo por una rubia se hace una guerra. Las morenas tenemos que organizarlas por nuestra propia cuenta. Qué desdicha. *(Sacando su conclusión.)* No me gusta esa guerra de que me hablas. Es lo mismo que todas: la especie contra el individuo.

ULISES: Eres muy cultivada: ahora soy yo quien no te entiende. *(Divertido.)*

NAUSICA: *(Cortándole en flor la sonrisa.)* Es que tengo diecinueve años... *(Razonadora.)* Al individuo que se le dejan tan pocas cosas además del amor... Y a veces hasta ni eso...

ULISES: *(Sin gran convicción porque sólo hay un tema que apa-*

siona a ULISES.) Es que el amor sirve, sobre todo, para que la especie sobreviva...

NAUSICA: Nadie, cuando hace el amor piensa en la especie, desengáñate. Ulises lleva tres días pensando en Ulises mientras besa a Nausica... Para evitar eso, la especie ha inventado el matrimonio. Se trata de una norma de higiene... Como para justificar las guerras se han inventado la Patria, el heroísmo, las marchas triunfales...

ULISES: Señorita, usted es nihilista.

NAUSICA: Es que tengo diecinueve años. Todavía los mayores no habéis conseguido engañarme.

ULISES: Casi todo lo que estás diciendo es inmoral.

NAUSICA: Y casi todo lo que estás diciendo tú, lo has oído decir... La moral es otra invención social. Sólo se vive una vez, Ulises: ésta. Y no pienso perder ninguna oportunidad... Creí que tú, que vas de naufragio en naufragio, tan disponible como un taxi, me entenderías mejor...

ULISES: *(Sintiéndose desafiado.)* No, no. Si te comprendo. Yo también soy un gran individualista: me quiero a mí sobre todas las cosas. Quiero realizarme, ser yo cada vez más... A propósito: me extraña que no hayas oído hablar de mi astucia y de mi elocuencia. Soy famoso por ellas.

ULISES: ¿Quién eres?¿Penélope? ¿Cuándo has llegado? ¿Cómo?
PENELOPE: Acabo de llegar. Tú me has traído...
ULISES: Te estoy soñando...

NAUSICA: *(Como quien repite una frase hecha.)* La fama rara vez responde a la verdad...

ULISES: Te aseguro que puedo defender hoy una cosa y mañana la contraria con el mismo éxito...

NAUSICA: *(Extrañada.)* Pero ¿para qué necesitan las cosas que nadie las defienda? Las cosas se hacen o no, se tienen o no: y basta. Yo, *(Para no molestar.)* quizá por no haber oído hablar de ti, no te encuentro ni astuto ni elocuente. Te encuentro sexy, más que nada.

ULISES: *(Muy herido.)* No eres tú la primera.

NAUSICA: ¿Ah, no?, ¿quizá por esas islas...?

ULISES: Sí. Circe, sin ir más lejos. La bellísima hechicera que convierte los hombres en cerdos. Se enamoró de mí... ¿Qué te parece?

NAUSICA: Que se enamorara de ti, normal: a cada cerdo le llega su sanmartín. Pero que convirtiera a los hombres en cerdos me parece un trabajo innecesario. Siempre acaban por convertirse en cerdos ellos solos: basta dejarles tiempo.

ULISES: *(Deseando apuntarse un tanto.)* ¿Y Calypso, la Ninfa? También se enamoró de mí. De su isla vengo precisamente ahora...

NAUSICA: ¿Esa qué hacía? ¿En qué convertía a los hombres?

ULISES: En amantes.

NAUSICA: Mucho más inteligente... Lo que me temo, pícaro, es que tú estés harto de ser famoso sólo por tu elocuencia. *(Esto ha halagado a ULISES; lo que viene no.)* A tu edad, es lógico que prefieras pasar a la Historia como un gran seductor. Ser lo que nunca se ha sido es una tentación...

ULISES: Cómo «lo que nunca se ha sido». *(Le duele el «nunca».)*

NAUSICA: *(Que cree que le duele el «seductor».)* Sí. Si no, ¿por qué dejaste a esas dos mujeres? ¿A Calypso y a Circe?

ULISES: Por un mandato de los dioses.

NAUSICA: Eso es lo que les dijiste a ellas. Pero, de ti para mí, ¿por qué las dejaste? ¿A qué se dedicaban todo el día? Bueno, el tiempo que tú les dejabas libre...

ULISES: A tejer.

NAUSICA: ¿Cómo?

ULISES: A tejer.

NAUSICA: Ah, ahora me lo explico. No las dejabas satisfechas. Una mujer que le teje un jersey a un hombre está a punto de dejarlo por otro. Tejer, ocupa las manos, pero deja libre la imaginación...

ULISES: Pues Penélope tejía. Todas las mujeres de mi vida eran muy buenas tejedoras.

NAUSICA: ¿A que Helena no? *(ULISES niega.)* ¿Penélope has dicho? ¿Quién es ésa?

ULISES: Una mujer por la que he dejado a las otras: la mía.

NAUSICA: *(No afectada.)* Ah, ¿eres casado?

ULISES: Sí... Ella me espera en Itaca.

NAUSICA: Según mis cálculos, llevas veinte años fuera y dices: «Ella me espera en Itaca», igual que si se tratara de una invitación a almorzar... ¿Cómo es Penélope?

ULISES: Era alta, delgada, estricta. Buena administradora...

NAUSICA: ¿Morena?

ULISES: Sí.

NAUSICA: Claro. Y por defender la santidad del matrimonio, la estabilidad del hogar y la dignidad de los maridos, dejaste hace veinte años tu hogar, tu matrimonio y a tu mujer expuesta a ponerte los cuernos. Muy razonable.

ULISES: Eres demasiado insolente. Las mujeres deben ser menos vivas de genio.

NAUSICA: Te lo he dicho: es que tengo diecinueve años.

ULISES: Eso no te da patente de corso... Ni te consiento que me lo eches en cara cada cinco minutos. Espero que mi hijo Telémaco, que tendrá tu edad, no sea como tú.

NAUSICA: ¡También tienes un hijo! No te privas de nada... ¿Piensas volver con ellos? *(Lo acaricia.)*

ULISES: Pensaba... antes de que mi barco se estrellara en tu isla...

NAUSICA: Si quieres, puedes quedarte aquí. Mi padre, el rey Alkino, no sabe que has llegado. Nadie lo sabe salvo Eurimedusa, cerciórate de tus deseos y si te gusto lo bastante —tú sí me gustas a mí—, fingimos otro naufragio, te encuentran en la playa un poco más vestido que te encontré yo, y mi padre me dará en matrimonio al extranjero... Yo, por la edad, puedo ser hija tuya. Por la cama, puedo ser tu mujer. A los dos —a tu mujer y a tu hijo— estoy en situación de sustituirlos... ¿Qué piensas?

ULISES: *(Saliendo de su ensimismamiento con un suspiro.)* Lo fríamente que hablas.

NAUSICA: Es que llamo a las cosas por su nombre.

ULISES: Una valentía que se te irá quitando...

NAUSICA: Tu elocuencia debe estar un poquito pasada después de tanto viaje... Ahora se lleva la sencillez y la eficacia. ¿Te decidirás pronto?

ULISES: ¿A qué?

NAUSICA: A irte o a quedarte. Yo estaba prometida a Eurílo. Pero no es enemigo para ti. Tú y yo podemos amarnos, de momento, mucho mejor.

ULISES: ¿De momento?

NAUSICA: Naturalmente. No se puede garantizar la duración de nada.

ULISES: Pero si yo me olvido de mi hogar, de mi esposa y mi hijo, tiene que ser por un amor eterno.

NAUSICA: Eres un burgués cursi, Ulises. Tú fuiste a Troya, has estado acostándote con quien te lo ha pedido por esos mares de Dios y ahora quieres hacerme responsable de tu hogar y tu hijo. No, bonito. Si te quedas será porque de «momento», lo pasas conmigo tan estupendamente como yo, por lo menos. *(Alejándose.)* Además, de ciertas cosas no me gusta hablar. El amor no se dice: se hace. A propósito, ¿has descansado ya? *(Pensativa hacia la cama.)* Me parece que me hubiera entendido con Helena, si no hubiérais cometido la salvajada de devolvérsela al marido... El de Helena es un poco tu caso, ¿no encuentras? Lo que pasa es que tú vuelves a tu isla por cansancio y ella volvió a la fuerza... Helena puede seguir pensando que la vida, fuera de Esparta, es muy hermosa. Tú sabes que la vida, fuera de Itaca, no lo es... Pero ¿vienes o no? ¡Ulises! *(Se acerca a ella.)* Por culpa de Eurimedusa, nos has dicho quién eras. Nunca debiste hacerlo. Pero querías presumir, ¿no es eso?

ULISES: Ahora eres tú la que hablas demasiado. Contigo Ulises está perdido. Sólo tiene una manera de impedírtelo. *(Un beso que cierra la boca de NAUSICA y sobre el cual se hace el primer*

O S C U R O.)

(Al mismo tiempo que la luz vuelve, se oye la voz de ULISES, que continúa una conversación. Está, a medio vestir, sobre la cama. NAUSICA, sentada cerca de él, tiene un traje amplio de casa, quizá un pijama.)

ULISES: Yo fui Ulises. Ahora sólo soy un hombre.

NAUSICA: *(Mientras se arregla las uñas.)* ¿Y te parece poco?

ULISES: Hubo un tiempo en que por mí disputaban los dioses... Zeus mandó a Hermes, su mensajero, a la Ninfa Calypso. «No retengas a Ulises» le dijo. «Su destino no es morir a tu lado sino volver a ver su patria y los techos de sus altas mansiones».

NAUSICA: Me hiciste pensar que Itaca era un país de cabras. Lo de las altas mansiones es una novedad...

ULISES: *(Sin escucharla.)* Un estremecimiento sacudió a Calypso y respondió: «Los dioses sois celosos. Nos negáis a las diosas el derecho de compartir la almohada con el mortal que nuestro corazón elige por esposo. Que cólera sentís cuando amamos las diosas. ¿Es que en la vida vuestra puede caber algo más que alegría? Raptó la Aurora a Orión, y Artemisa, envidiosa y casta, lo alcanzó con sus flechas. Se enamoró Deméter de Jasón, entregándose a él sobre los surcos tres veces removidos y Zeus le acribilló con su rayo de oro. A mí me traen a Ulises el viento y el oleaje. Lo recibo, lo abrazo, le prometo la juventud eterna... y el Olimpo, feroz, me lo arrebata». El corazón de la diosa lloró por mí... Yo fuí ese Ulises. Iba a ser como un dios...

NAUSICA: *(Ligera.)* Duerme. Estás débil.

ULISES: Débil yo, que luché ante

Troya contra Filomelo y lo derribé con mi robusto brazo.

NAUSICA: No sé quién era Filomelo ni me importa. Pero el nombre es feísimo... Tú estás débil de tanto amar, cariño. Eso es bueno.

ULISES: Ahora soy sólo un hombre... Y me consolaré, que es lo peor. Porque el hombre no tarda en cansarse del llanto. *(Cierra los ojos.)*

NAUSICA: Gracias a los dioses, el hombre no es un dios... *(Le pasa la mano por la frente.)* Olvida. Tienes que reponerte... *(Tararea una nana. ULISES se queda dormido. Ha aparecido EURIMEDUSA, acechante, con un uniforme de cocina, un delantal y un cuchillo en la mano.)*

EURIMEDUSA: ¿Se durmió? *(NAUSICA lo hace con un gesto de silencio.)*

NAUSICA: *(Avanzando.)* Sí. Menos mal. También yo tengo, de cuando en cuando, derecho a descansar. Estando él despierto, no hay manera...

EURIMEDUSA: Los hombres son todos unos petardos. Guapísimos, pero petardos... *(Por la habitación.)* Ya ves que orden de casa. No se puede ni arreglar la habitación. Antes, por lo menos, hacías el amor y eso salías ganando, pero lo que es ahora... Hablar, hablar y quedarse dormido ¿cuándo limpio yo el polvo?

NAUSICA: *(Desganada.)* Más polvo había antes. No gruñas... *(Con naturalidad.)* o te mando al Erebo, hijo del Caos y hermano de la Noche...

EURIMEDUSA: *(Asustada.)* ¿Qué?

NAUSICA: ¿Ves? Ya me está contagiando sus manías. Habla él y me pone la alcoba perdida de diosas y centauros.

EURIMEDUSA: Lo que inventan para llamar la atención. Qué presumidos, madre.

NAUSICA: Si se come un conejo es porque Palas Atenea se lo puso delante. Si se descuerna contra una roca es porque Poseidón le tomó antipatía. Si lleva veinte años haciendo el gamberro fuera de su casa es porque dejó tuerto de su único ojo a Polifemo, que también hace falta mala sangre... *(Pequeña pausa.)* Me aburro, Eurimedusa... No, no me aburro.

EURIMEDUSA: *(Que ha dejado el cuchillo y se ha puesto a limpiar.)* ¿No le gustaba el mar? Pues que se vaya a Itaca con viento fresco. O a donde sea.

NAUSICA: Es que lo quiero aún. Es un pesado, pero lo quiero. Me ha contado ya tres veces la Iliada, cada vez de una forma diferente: lo que no cambia es que él se pone siempre de protagonista... Pero lo quiero... La Odisea me la sé de memoria: si él se equivoca, y le sucede con frecuencia, lo corrijo... Pero lo quiero. Ningún hombre, hasta ahora, me inspiró lo que Ulises: ternura... No hay nadie que suscite más ternura que un héroe cansado.

EURIMEDUSA: Pues aguántate entonces. Todos estos que vienen de la guerra, vienen así: pidiendo una enfermera a gritos. Les digas lo que les digas, te hablan sólo del frente.

NAUSICA: *(En lo suyo.)* Ya ves qué general en jefe: sin ejército, sin barcos, sin un mal uniforme. Sin otros enemigos que los que él se imagina... Pero lo quiero.

EURIMEDUSA: Lo que a mí me parece, si te digo mi verdad, es que Ulises ha sido toda su vida un chulo.

NAUSICA: *(En lo suyo.)* Cuando la cuenta, me expulsa de su vida... No quiero que me inunde con recuerdos de los que yo no formo parte... Que empiece aquí conmigo: que no tenga pasado. Que no haya conocido amigos que no conozco, ni enemigos, ni peligros corridos en el mar que yo no puedo compartir con él porque ya han terminado... *(Sobreponiendose.)* Un día también se cansará de hablar de todo eso. Yo lo conseguiré.

EURIMEDUSA: Lo que conseguirás será estropearte la existencia. Tú que eras un cascabel de plata, ahora suenas a muerto. Y por un hombre que ni siquiera es tu marido.

NAUSICA: *(Muy infantil.)* El no quiere casarse. Dice que, antes o después decidirán los dioses que retorne a su isla.

EURIMEDUSA: Qué capricho con mezclar a los dioses hasta en sus charranadas... ¿Por qué no le despiertas ahora mismo y le dices que los dioses te han «comunicado» que debe largarse con su música a Itaca?

NAUSICA: Cambiará. Pasará el tiempo y cambiará. Ahora está convaleciente de la guerra de Troya. La curación es larga... Yo formaré, poco a poco, parte de sus recuerdos. Seré también «pasado» para él...

EURIMEDUSA: Sí, cuando seas una vieja arrugada lo mismo que una chufa.

NAUSICA: Me hablará a mí de mí. Se acordará de cosas que hemos hecho, de un color que vimos juntos, de alguna vez que nos reimos de algo mirándonos los ojos...

ULISES: *(Dormido.)* Sólo una vez en Delfos, junto al altar de Apolo, he visto algo tan bello como tú: fue el tronco de una palmera que subía hasta el cielo...

NAUSICA: *(Emocionada.)* ¿Le oyes? Cambiará. Ya me habla en sueño.

EURIMEDUSA: No cambia nadie a nadie. Nunca. Por nada. Es bonito pensar que sí. Pero sabemos que es mentira. Los hombres son así: o los amas o los matas. Pero intentar cambiarlos es una insensatez... Y éste, por lo menos, cuenta cosas preciosas. A un marinero quise yo a tu edad que, cada noche, al volver de la playa, me hablaba de sirenas que había visto y le habían llamado. Por darme celos. ¡Celos yo! Y total de una sirena, que no es ni carne ni pescado: una especie de merluza que canta... Y es que los hombres no tienen bastante con las mujeres: necesitan estar todo el día imaginando cosas.

NAUSICA: *(A lo suyo.)* También Ulises oyó cantar sirenas...

EURIMEDUSA: ¿No te digo? *(Airándose.)* Y todos estos cuentos te están poniendo amarga... Que zurzan a los héroes, Nausica. Si los han vuelto locos tantos muertos, que no hubieran matado. Que los encierren en los manicomios, ya que no los encerraron antes de hacer las guerras... Pero lo que es a tí no te oscurece la vida ningún hijo de madre. Lo vas a ver ahora... *(Inicia el mutis.)*

NAUSICA: ¿Qué haces?

EURIMEDUSA: Espera y lo verás. Poco han de poder el verano y la sangre si no te saco yo a tí lo agrio de las venas. *(Sale.)*

ULISES: *(En sueños, inquieto.)* En la isla del Sol pastaban alegres y blancos los rebaños... La sangre tiñó de rojo toda la tierra... todo el mar... Yo corrí hacia la nave...

NAUSICA: *(Yendo hacia él, acariciándolo.)* Todos tenemos nuestra odisea, Ulises. La odisea no es ir de isla en isla, camino de la nuestra, sino de persona en persona, camino de nosotros.... Si, en el fondo, tú sabes que siempre se acaba en donde se empezó, ¿por qué corres, Ulises? *(Entran EURIMEDUSA y EURIALO: joven apasionado e introvertido. Al oírlos se vuelve NAUSICA.)* ¡Euríalo!

EURIMEDUSA: Sí, Euríalo, tu novio. De tu edad, buena facha, simpático y alegre. Y con toda la vida por delante. No por detrás, como otros... *(Los jóvenes se miran con intensidad.)* Todos los recuerdos que tiene se llaman como tú: Nausica. Su amor, Nausica. Su esperanza, Nausica. No ha visto nunca brujas. No ha visto nunca diosas. No ha tenido en las manos más pechos que los tuyos. Cuando soñaba a los quince años con mujeres, todas tenían tus ojos. ¡Euríalo! Déjate ya de juegos, novelera. Sobre estos hombros tienes que hacer tu casa. *(Toma de los hombros a EURIALO y lo empuja a NAUSICA. Esta lo recibe y se deja besar por él largamente.)*

NAUSICA: No me sabe tu boca igual que me sabía.

EURIMEDUSA: Ay, que redicha eres... Ya te han envenenado. Bésala más, Euríalo. Maldito sea el amor si dura más de lo que se tarda en hacerlo.

EURIALO: Todas las noches he venido a verte. ¿Por qué no me has abierto?

NAUSICA: *(Señalando la cama donde ULISES duerme.)* Porque había otro hombre.

EURIALO: *(No arrebatado: doliente.)* ¿Quién es?

NAUSICA: Un extranjero.

EURIALO: ¿Qué hace aquí?

NAUSICA: Ya lo ves: duerme.

PENELOPE: ¡Ay! Ulises tan pródigo en astucias. ¿Es que se puede vivir a tu lado, por poco tiempo que sea, sin empaparse de tu sabiduría? Durante la noche destejo lo que tejí de día. Será un trabajo eterno.

EURIALO: ¿Por qué está en nuestra cama?

NAUSICA: En mi cama, Euríalo... Yo he mullido la almohada. Yo he abierto el embozo. Yo he estirado las sábanas. Yo le he cogido de la mano y, sin sonreír, le he dicho: Ven.

EURIALO: Como a mí...

NAUSICA: Como a ti. Después de terminar, con sus ojos encima de los míos, sin sonreír todavía, le he dicho: Te amo... Sólo entonces he sonreído un poco.

EURIALO: Le has dicho «Te amo». A mí también.

NAUSICA: Y era cierto. Cuando te lo dije, era cierto.

EURIALO: Dijiste: «Te amaré del todo y para siempre».

NAUSICA: *(Con cariño, como en toda la escena.)* El amor, mientras dura, es para siempre. Mientras dura, es eterno. Te amé a tí para siempre: ahora amo a Ulises para siempre... Luego, no sé.

EURIMEDUSA: *(Que no puede resistir más.)* Sabihonda, niña triste. Has caído en tus propias redes... Sólo era una aventura, ¿verdad? Tú eres muy moderna... Una aventura con un aventurero. Tres días de jolgorio y ya estaba... Pasan pronto tres días... Le ibas a dar sólo tu piel, ¿no es eso?: sólo tu carne, sólo tu cintura... Qué tontas somos todas. No aprenderemos nunca...

EURIALO: *(Que entretanto se ha acercado a ULISES.)* Es un viejo.

NAUSICA: Sí, es bastante mayor. Eso le da experiencia. Y desdén. *(Tierna como si hablase de un niño.)* Está de vuelta, ¿entiendes?: de vuelta a Itaca. Ese es su encanto. *(Triste.)* Eso, y el que de verdad nunca será mío. Su edad, de la que se sonroja, es el único encanto que no quiere ejercer. Los otros se los

pasa exhibiéndolos todo el día... Me he convencido de que lo mejor de un hombre es lo que él trata, por vergüenza, de ocultar.

EURIALO: *(Temeroso de la respuesta.)* ¿Te casarás con él?

NAUSIC: ¿Para qué? ¿Sería Ulises más mío sólo por ser el yerno de mi padre?

EURIALO: *(Decidido y sereno.)* Voy a matarlo, Nausica.

EURIMEDUSA: Sí, mátalo. Nadie sabe que está aquí. Pudo morir en Troya. O en cualquier otra parte. Nadie lo espera ya. Mátalo. *(Le da el cuchillo.)* Toma esto y mátalo. Tiraremos su cadáver al mar. A él le encantaba: estará muy contento. Y si el mar lo devuelve, como lo ha devuelto tantas otras veces, no podrá hacer más daño: un muerto es poca cosa. ¡Toma!

NAUSICA: *(A EURIALO, que ha cogido el cuchillo y la mira al acecho de su pensamiento.)* Animo, está dormido. No se va a defender. Es fácil. Mátalo. Si así crees que voy a volver a amarte, atrévete a matarlo. *(Sus nervios la mantienen, excitándose a sí misma, en este monólogo, hasta la caída final.)* Nos hemos pasado la vida burlándonos de los crímenes pasionales, de los celosos, de los amores teatrales, de los amantes célebres. Nosotros íbamos a ser distintos, naturales... Hacer el amor no importaba gran cosa. Era un deporte: el más antiguo. Era sólo una fiesta, uno asiste, se divierte y se va. Sin consecuencias. Eramos como amigos educados que se hacen mutuamente el favor de dejarse gozar. Cultivábamos la elegancia social del regalo. Eso era todo. *(La ironía está dirigida tanto o más contra ella que contra EURIALO. Y el dolor.)* Nos daban risa las parejas ancianas, que envejecieron juntas. El amor era como los bailes modernos, igual que un baile nuevo: sólo para los jóvenes... Fuímos crueles y estúpidos... ¿Qué más da? Mátalo... Pero no porque sea tu enemigo: tú no puedes tener celos de un viejo. Pero no porque haya «bailado» conmigo varias noches: bailar es algo tan inocente, ¿no?... Mátalo porque es viejo simplemente y está cansado. Porque tiene, ¿ves?, esta arruga aquí, en medio de los ojos y eso te molesta. Porque te molesta que esté aquí tumbado, lejos, navegando en su sueño de isla en isla. Mátalo porque se llama Ulises y el nombre no te gusta. Sé valiente. Los hombres sois valientes. Presumís por lo menos. Vais a la guerra, cazáis leones, hacéis pesca de altura, sois valientes. Mátalo. Mátalo porque sí. Sin dar explicaciones. *(ULISES hace un movimiento que nos induce a pensar si se habrá despertado.)* Yo conozco su pecho. Hasta el último vello de su pecho he besado. Te diré donde puedes hundir mejor ese cuchillo... *(Agarrándole de los hombros.)* Bésame. Toma fuerza de mí. *(Lo hace rabiosamente.)* Respira hondo y clava hondo también. Ven. Aquí. Este es el mejor sitio. *(Señala bajo la clavícula izquierda de ULISES.)* ¿A qué esperas? *(Se ha tapado los ojos. En el colmo de la excitación.)* ¡Mátalo! ¡Mátalo! *(Incapaz de resistir cae sobre el cuerpo de ULISES sollozando. La mano de ULISES acaricia su cabeza.)* ¿Qué va a ser de nosotros? Tengo miedo. ¿A dónde están tus dioses?

EURIMEDUSA: *(Que ha presenciado la escena en primer término, a EURIALO, que había avanzado hacia ella.)* Has quedado muy bien, Euríalo. Cualquier mujer se habría sentido orgullosa de tí. Enhorabuena, hijo.

EURIALO: *(Aceptando la ironía.)* ¿Qué quieres que haga?

EURIMEDUSA: Nada. Devolverme el cuchillo. Tengo que pelar patatas para la cena. *(Le arrebata el cuchillo.)* No entiendo ya este mundo. Arreglároslas solos. *(Sale airadamente.)*

ULISES: He dado una cabezadita, me parece. He soñado...

NAUSICA: *(Decepcionada. Reaccionando. De pie.)* Sí, con dioses y diosas por no perder el hábito.

ULISES: *(Incorporándose.)* ¿Quién es? *(Por EURIALO.)*

NAUSICA: *(Intentando herirle.)* Un hombre joven.

ULISES: *(Pasando eso por alto.)* ¿Qué hace aquí?

NAUSICA: Esperar que te levantes para ocupar tu puesto.

ULISES: *(De pie.)* No será un mensajero de Zeus... A veces suelen adoptar apariencias vulgares.

NAUSICA: Este no es tan vulgar. Se llama Euríalo. Lo conozco desde niño. No acostumbra a traer recados de los dioses. A sabiendas, al menos. *(Decidida a provocarlo.)* Ulises, antes de que llegaras a esta isla, yo mullía cada noche esa almohada, retiraba el embozo, alisaba la sábana, tomaba de la mano a Euríalo y le decía: Ven.

ULISES: *(En el que hay una punta de malicia, como si representase un papel que se le ha repartido.)* ¿Como a mí?

NAUSICA: Como a ti. Después de terminar, con sus ojos encima de los míos, sin sonreir, le aseguraba: Te amo. Solo entonces le sonreía un poco.

ULISES: A mí también me has dicho que me amas.

NAUSICA: Y era cierto. Mientras te lo decía, era cierto.

ULISES: *(Con curiosidad.)* ¿Y ahora?

NAUSICA: *(Desolada.)* Ahora ya no lo sé.

ULISES: *(Muy desde arriba.)* Es lógico. Si sólo hubiera un hombre, lo amarías a él. Pero hay muchos y amas un poco a todos. Elegir uno solo entre tantos es difícil. A tu edad *(Se está vengando.)* es difícil. No te preocupes: el tiempo te ayudará a elegir. *(Le pasa la mano por el pelo.)* Por fin tendrás tu amor —el tuyo— al lado. Lo que no tendrás entonces será tiempo... Eso lo sé muy bien.

EURIALO: *(Al que incita la caricia de ULISES.)* Voy a decirle a tu padre que en tu casa se esconde un extranjero.

NAUSICA: *(A EURIALO.)* Cállate tú. *(A ULISES, cuyo juego descubre.)* Déjate de reflexiones y máximas morales. ¿Tanta sangre has perdido para no darte cuenta de que este hombre joven es tu rival? ¿De que quiere mi amor igual que tú?

ULISES: *(Intentando otro juego.)* No igual, Nausica, no... A los veinte años si se pierde un amor, se puede iniciar otro al día siguiente... Hay muchas islas en el mar y el amor no se acaba... Pero perder un amor a mi edad es despedirse...

NAUSICA: *(Descubriéndolo otra vez.)* Astucias, no, Ulises. No vas a darme pena...

ULISES: *(Mientras piensa la nueva añagaza, por las claras.)* ¿Qué quieres entonces? ¿Que lo mate? ¿Que te retenga a la fuerza entre mis brazos? ¿Que salpique de sangre el suelo, las paredes, la falda de tu traje? Quieres sentirte importante porque te aman dos hombres y tú estás, con un dedo en la boca, dudosa entre los dos... Vamos Nausica. Ya en mi época eso no se hacía. Y tú eres tan de hoy...

NAUSICA: *(Descubierta a su vez.)* ¡Cobarde! *(A EURIALO.)* ¡Cobarde! ¡Cobardes!

ULISES: *(Que se ha vuelto a EURIALO.)* No será necesario que me denuncies. Me iré probablemente. *(NAUSICA acusa el golpe.)* Como ves, no tengo nada que hacer aquí. La violencia cansa. Es como un bumerang que acaba por golpear en la frente a quien lo arroja.

EURIALO: *(Importante, ante lo que no entiende.)* Yo la amé antes que tú. Ella me amó antes que a ti.

ULISES: Me gusta que me tutees: me hace sentirme joven... En amor, no es llegar el primero lo que importa: eso es en las carreras.

NAUSICA: *(Que se ve desplazada, metiéndose por medio.)* Pero ¿es que yo no cuento? Estoy aquí. ¿No me véis?

ULISES: Sí, incluso te oímos, Nausica. No hace falta que grites. *(La aparta. A EURIALO.)* ¿Te casarás con ella?

EURIALO: No lo sé.

NAUSICA: *(Como una niña contrariada.)* Yo sí lo sé. No me casaré ni con él ni contigo. Preferiría casarme con un toro, como esa Pasifae de quien te gusta hablar. O con un cisne, como Leda. O con un burro muerto.

ULISES: *(Que sabe que todo el vocerío de NAUSICA es porque no la han dejado hacer su gran escena.)* No hagas caso: Nausica se excita fácilmente. *(Dispuesto a jugar otra vez.)* Escuchadme los dos. Los jóvenes, en la cama, habláis de amor y nada más... Y lo hacéis, por supuesto. Pero habláis y hacéis el amor nada más. Y la cama está hecha para otras muchas cosas...

NAUSICA: *(Dañina.)* Para dormir, por ejemplo.

ULISES: *(Sin mirarla.)* Sí, para dormir, por ejemplo. Y para descansar de haber hecho el amor. Y para estar enfermo. Y para tener un hijo. Y para hacer, un poco por costumbre, eso que hacéis por gusto. Y para hablar...

NAUSICA: *(Sarcástica.)* Para hablar, sobre todo.

ULISES: *(Sin mirarla.)* Eso es: sobre todo para hablar... de lo que se ha hecho durante el día... de lo que se va a hacer al día siguiente, al año siguiente, a la vida siguiente... De que ya no nos queremos como antes. De que estamos menos seguros del amor y más seguros de la confianza... Para advertirnos uno a otro cuándo es nuestro cumpleaños... o que no nos ha parecido bien una mala contestación de por la mañana... o lo raro que está el niño segundo, porque atraviesa esa edad maravillosa en que hablar en la cama precisamente de lo que estamos hablando parece una solemne estupidez... Para confirmarnos uno a otro, hombro con hombro, así, acostados...

NAUSICA: *(Explotando.)* Se acabó la monserga. Yo hablo de amor. Tú hablas de matrimonio.

ULISES: *(Sin alterarse.)* Eso es exactamente: eres muy lista. Los jóvenes créeis cuando os casáis, que el matrimonio es una sociedad de seguros de amor...

NAUSICA: *(Con una risa mordida.)* Yo no creo eso.

ULISES: Sí, tú quizá no. Tú eres muy rara. Pero suele creerse. *(A EURIALO.)* ¿No es cierto? Cuando un amor se acaba, se busca el sustituto. Y no es así. Porque se puede vivir muy bien sin amor. En sociedad con la persona que se ha amado. Con el socio de ayer. Vivir de amables réditos, de esas pensiones no muy grandes que cobran los que se jubilan. Ya hasta la muerte. Sin el agobio de pensar que algo está terminándose, que algo funciona mal y nos vamos a quedar solos como antes —no, más solos que antes de estar acompañados— ladrándole a la luna como perros... El matrimonio está bien inventado: lo han inventado los seres humanos a su propia medida. Es cómodo de llevar, resistente si se le trata bien... El amor, no es sin embargo, nada de eso. Es una sucia trampa, una sacaliña, el castigo que los dioses nos impusieron por...

NAUSICA: *(Con una clara risa.)* Ya salieron los dioses, ¿cómo no?

ULISES: *(desentendiéndose de ella, a EURIALO.)* Ahora Nausica nos hará una buena sopa y olvidaremos nuestras diferencias...

NAUSICA: *(En el colmo de la ira.)* ¿Yo, una sopa? Tú estás loco. ¿Qué sopa?

ULISES: *(Muy en marido.)* Una sopa caliente, espesa y nutritiva...

NAUSICA: *(Buscando a alguien.)* Pero ¿qué dice? ¿Tú por quién me has tomado?

ULISES: ¿No eres tú el ama de esta casa...?

NAUSICA: Por mí ya os podéis morir los dos de hambre. Y cuanto antes. Fuera de aquí... ¡Deprisa!

ULISES: *(A EURIALO, sin hacer caso del ultimatum.)* ¿Te casarás con ella?

EURIALO: Creo que no.

ULISES: Sin embargo, la amas.

EURIALO: Sí, la amo. Pero no me casaré con ella. Buenas noches. *(Sale con los ojos bajos.)*

ULISES: *(Muy joven.)* Ciao. *(Lo ve salir. Se vuelve hacia NAUSICA, furiosa, con una risa en los labios.)* ¿Ves que fácil es librarse de un rival que molesta? Un poquito de astucia, unas frases sobadas dichas con elocuencia... y ya está. *(Intenta conducirla a la cama.)* Ven, Nausica...

NAUSICA: *(Se desprende de él. Lo mira con odio. Va hacia la puerta.)* ¡Eurialo!

ULISES: Ya no te oye. Vamos mientras Eurimedusa nos prara la cena... Me encuentro fuerte hoy.

NAUSICA: Odio tu juego sucio, maldito zorro.

ULISES: *(Suficiente.)* Sin mis zorrerías nunca se hubiera conquistado Troya. Si no es por mi artimaña del caballo...

NAUSICA: *(Sin dejarle seguir.)* A

traición. A traición y por la espalda... ¿Qué me importa a mí Troya? ¿Qué me importan tus peleas de barrio? ¡Troya!: griegos bebiendo sangre griega. Pártete de una vez tu condenado cuello de tanto mirar hacia atrás... ¡Me das tortícolis pobre Ulises, pobre hombre, fabulador de mierda!

ULISES: *(Acercándose.)* Mi querida joven... *(Le divierte el ataque de NAUSICA.)*

NAUSICA: *(Echando por la boca toda su desilusión, su humillación de enamorada por la que no se lucha.)* No te acerques. No me toques. Vas a oír lo que pienso de toda esa morralla. De esa guerra de cuyos intereses estás viviendo todavía...

ULISES: *(Muy paternal.)* No me interesa tu opinión.

NAUSICA: Helena fue una puta pasada de moda. Menelao, un cornudo consentido. Clitemnestra una perra salida, a la que su marido no dejaba contenta. Agamenón, un impotente que se distraía jugando a los soldados...

ULISES: *(Sin agraviarse.)* Deja en paz a los muertos.

NAUSICA: ¿Dejaron ellos en paz a los vivos? Ayax, un esquizofrénico consumido de envidia. Paris, un barbilindo parpadeante, especializado en concursos de belleza... Y tu héroe Aquiles, el de los pies ligeros...

ULISES: *(Como a una niña.)* Calla, Nausica...

NAUSICA: *(Imparable.)* Aquiles, una loca a la que no le importaban más que los muslos de Patrocles... Y tu Olimpo ¿me oyes bien? todo tu Olimpo, un patio de vecinos atestado de zorras y maricas.

ULISES: *(Sin inmutarse.)* No blasfemes. ¡Te has vuelto loca! Los dioses...

NAUSICA: Pero el peor de todos, tú: explotador de viejas solitarias, consolador de solteronas, mentiroso, bujarrón de puertos, bravo de pacotilla, adorador de dioses inventados... *(ULISES aguanta paciente la dulce letanía.)* ¡Viejo! *(Eso ya no. ULISES abofetea a NAUSICA, que cae al suelo.)*

ULISES: ¡Ya está bien!

NAUSICA: *(Confundiendo como siempre, la reacción de ULISES. Transformada, segura de que ha recobrado el interés de su amante.)* Ulises... *(Se incorpora. Le busca.)*

ULISES: Déjame.

NAUSICA: Perdona. Quería hacerte daño. Pero no sentía lo que he dicho...

ULISES: Hay cosas que, aunque se sientan, no se deben decir... *(Se está dejando querer nuevamente. Ahora es el niño enfurruñado.)*

NAUSICA: Olvídalo.

ULISES: Se quedan para siempre en el aire, separándonos, como un muro invisible...

NAUSICA: Bésame. Yo conseguiré que te olvides de eso...

ULISES: *(Obseso.)* ¡Viejo, yo! ¿De verdad me encuentras viejo?

NAUSICA: Quería molestarte. *(Le coge los brazos.)* Abrázame.

ULISES: *(Se desase.)* No, no. Soy demasiado viejo. Busca otro de tu edad.

NAUSICA: A mí me gusta ser dominada, Ulises. Ningún hombre de mi edad podría dominarme.

ULISES: *(Que se ha salido con la suya.)* Yo no soy un domador de circo. Ni un hércules de circo... soy un viejo.

NAUSICA: No hablemos más, Ulises. *(Intentando llevarlo a la cama.)* Ven... *(Aferrándose a un recurso extremo.)* Cuéntame lo que te pasó en aquella isla donde los hombres se alimentaban con la flor del loto. No lo recuerdo bien...

ULISES: *(Halagado en lo íntimo.)* El loto hacía olvidar los hogares, la patria, el ideal, los hijos...

NAUSICA: *(Interrumpe, indebidamente, por ganas de participar. Pero a ULISES le fastidia.)* Cuando yo era una niña me sentaba con la falda llena de paniquesillo al pie de las acacias. Hasta que no me llamaban desde el balcón, merendaba las flores de la acacia... *(Pensativa.)*

ULISES: *(Recomenzando.)* El loto, como digo, hacía olvidar los hogares, la patria, el ideal...

NAUSICA: Como el amor... *(Gesto de ULISES.)* Vamos, Ulises. *(Lo toma del brazo. Avanza hacia el fondo.)*

ULISES: Yo hice desembarcar media docena de hombres. Tardaban en volver... ¿Comprendes? ya nos habían olvidado. Entonces desembarqué yo mismo... *(Entra EURIMEDUSA, con uniforme oscuro, NAUSICA, la malmira.)*

NAUSICA: Desembarcaste. Sigue... *(Le hace un gesto de que se vaya a EURIMEDUSA.)*

EURIMEDUSA: *(Que sigue con el enfado, se niega.)* La cena está servida. *(Sale.)*

NAUSICA: Sigue... *(Da dos pasos más hacia el fondo.)*

ULISES: Luego continuaré... Discutir me abre siempre el apetito. Vamos al comedor. *(Avanza hacia la puerta, ante la decepción de NAUSICA, que acaba por ir tras él.)*

NAUSICA: Pero... Ulises. *(Asombrada.)* ¿No terminas tu historia? ¿Qué es lo que tienes hoy?

ULISES: *(Vengándose con toda la guasa de quien verdaderamente está de vuelta.)* Hambre, pequeña, hambre. *(Salen mientras se hace el segundo.*

OSCURO.)

(ULISES está recostado en la «chaise - longue». Quizá dormita: nunca se sabe. Tiene puestos un pantalón y un sueter. Más que entrar, aparece PENELOPE. Lleva un elegantísimo traje de fiesta largo. Su tocado recuerda a los tocados clásicos. Su pelo es de un castaño muy claro. Pone una mano sobre el hombro de ULISES, como si lo despertara.)

ULISES: ¿Quién eres?

PENELOPE: ¿Quién puedo ser?

ULISES: ¿Penélope?

PENELOPE: Penélope. *(Sonríe dulcemente.)*

ULISES: ¿Cuándo has llegado? ¿Cómo? *(Se incorpora.)*

PENELOPE: Acabo de llegar. Tú me has traído...

ULISES: Te estoy soñando... *(Se deja caer de nuevo.)*

PENELOPE: Sería hermoso que soñases conmigo. Siempre pensé que así sucedería. Pero ahora estás despierto... ¿Ves? Beso tu mejilla. *(Lo hace.)* Pellizco tu poderoso brazo... *(Lo hace.)* Estás despierto. *(En toda esta escena, PENELOPE tiene quizá demasiada*

ternura, demasiado encanto. A veces una levísima ironía. Habla como a ULISES le gustaría oirla hablar.)

ULISES: *(Asombrado.)* Penélope.

PENELOPE: Ulises... *(Toma su mano.)* Supongo que nunca se te ocurrió que nos pudiéramos encontrar fuera de casa... así, de repente...

ULISES: *(Con temor.)* ¿Es que estás muerta acaso?

PENELOPE: No, ¿por qué? Bueno, si es que puede decirse que está viva una mujer que ha perdido a su esposo. Tú, mejor que nadie, sabes que vivo... a mi manera. ¿No estuviste en el sombrío Hades, el país de la muerte? ¿No te rodeó allí la vaga procesión de las princesas muertas, que anhelaban beber la sangre del carnero sacrificado? ¿Me viste a mí entre ellas? Mírame bien, Ulises. Tócame bien. *(Toma sus manos y las obliga a hacer un recorrido.)* Mis orejas, donde musitaste tantas suaves palabras... Mi cuello, que besabas... Mis hombros...

ULISES: *(Reaccionando.)* ¿Por qué has venido?

PENELOPE: Porque estabas echándome de menos, cariño. Aquí me tienes... Soy tu hora de la siesta... *(Insinuante.)* Las persianas echadas, el silencio, la verdosa penumbra de la siesta. Fuera, la vida se desgarra los muslos entre los rosales y se impacienta el mar... Pero dentro están los objetos conocidos en el lugar de siempre. A tientas puedes dar con ellos. Si te quieres levantar de la cama, tus pies encontrarán sin dudar las chancletas... Soy tu cuarto de baño. El agua de la ducha a la temperatura exacta. Tu espejo, tu maquinilla de afeitar dispuesta, tu espuma de jabón... Soy esa hora al día que necesitamos para estar solos voluntariamente... Para cargar la batería, relajarnos y salir otra vez, alegres y seguros...

ULISES: Miré la patria y arrullado por el mar eterno, me dormí. Pero mis soldados, envidiosos del regalo de Eolo y de mi fama, quisieron saber el contenido del odre. Apenas descosido, se escaparon los vientos... Y lejos de ti, lejos de todo, otra vez navegantes.

ULISES: *(Abandonado.)* Dime cómo van por Itaca... por casa, los asuntos...

PENELOPE: ¿Puedo sentarme al lado tuyo?

ULISES: Por favor... *(Le hace sitio.)*

PENELOPE: No, no. Ponte cómodo. *(Le coloca un escabel bajo los pies. Se sienta.)* Y fuma, Ulises. Fuma. *(Sorpresa en ULISES.)* Charlaremos mejor.

ULISES: No veo ceniceros. *(Ella le enciende el pitillo. Se lo da.)*

PENELOPE: No importa... El suelo es un enorme cenicero. *(Sonríe.)*

ULISES: *(Asombradísimo.)* Qué... ¿Qué vida haces tú?

PENELOPE: Desde el mirador del salón, veo toda la bahía... Cuando se acerca un barco, oigo saltar mi corazón. *(Más natural.)* Te espero.

ULISES: Gracias. *(Todavía desconfía de esa nueva PENELOPE.)*

PENELOPE: No hay de qué, querido. Ese es mi oficio: esperarte.

ULISES: Sin embargo, he sabido que... que tienes algunos pretendientes.

PENELOPE: ¡Qué bobada!... Muchos... Los jóvenes de la isla me encuentran bella, por lo visto.

ULISES: *(Alarmado.)* ¿Los jóvenes?

PENELOPE: *(Como quien no quiere la cosa.)* Sí. Qué raro, ¿no? *(Dispuesta a halagar.)* En realidad, pienso que lo que los ilusiona es casarse con la mujer de Ulises. *(Modesta sonrisa de éste.)* Pero no te preocupes. Para impedir que se subleven, les he prometido elegir entre ellos...

ULISES: ¿Y lo harás?

PENELOPE: Que disparate, Ulises. ¿Por quién me tomas? ¿Habría de ser mi memoria tan frágil como para olvidar tu fuerza y tu hermosura? *(La dialéctica de PENELOPE consiste en dar una de cal y otra de arena.)* Los estoy engañando. Durante todo el día, tejo el

sudario con que enterrar a Laertes, tu padre, cuando llegue su hora. Es una obligación de buena nuera, que ellos respetan. Hasta que no lo acabe no elegiré marido...

ULISES: Pero lo acabarás y entonces...

PENELOPE: ¡Ay! Ulises tan pródigo en astucias. ¿Es que se puede vivir a tu lado, por poco tiempo que sea, sin empaparse de tu sabiduría? Durante la noche destejo lo que tejí de día. Será un trabajo eterno. *(Sonríe ULISES. Sonríe PENELOPE.)*

ULISES: ¡Oh! ¡Penélope! *(Muy en maestro satisfecho.)* ...¿Y mi padre, qué tal está? En la morada de los muertos me encontré con mi madre...

PENELOPE: Sí, la pobre Anticlea... Ya sabes que nunca se llevó bien conmigo, sin motivo, por supuesto: era bastante arbitraria, pero su muerte nos reconcilió.

ULISES: *(Molesto.)* Era de esperar que la tirria que sentías por ella no persistiera hasta después de muerta...

PENELOPE: *(Que está en la de arena.)* No me entiendes, Ulises. No lo digo por eso. Es que murió porque no te tenía. Murió de sufrimiento por no saber qué era de su hijo... Y en el amor a Ulises nos unimos las dos...

ULISES: *(Nuevamente halagado.)* Ah, siendo así... Perdona.

PENELOPE: En cuanto a tu padre, todos los habitantes de la isla opinan que está como una cabra.

ULISES: ¿Qué me dices?

PENELOPE: Las apariencias no le son favorables ciertamente. Vive en el campo, jamás baja a palacio. En el invierno duerme junto a la chimenea, en el suelo, entre cenizas. En verano, se acuesta en los viñedos...

ULISES: Un hombre tan ecuánime, tan vivo...

PENELOPE: La tristeza de su corazón es demasiado grande, Ulises. Tú eras su futuro. Su vida fracasada iba a lograrse en tí. Y le has dejado su vejez tan sola...

ULISES: *(Justificándose.)* Todo el porvenir de Grecia estaba en juego. *(Glorioso.)* Era preciso partir, sacrificarse. Hay ocasiones en que es necesario derramar sangre violentamente, para lograr a nuestros hijos un mundo más justo y más tranquilo. A la paz, por la guerra.

ULISES: Es que Nausica me ama...
PENELOPE: ¿Y quién no te ama, Ulises? Pero lo importante es esto: ¿la amas tú a ella?... Tú, como los inmortales, te amas a ti solo.

PENELOPE: *(Que acaso no haya escuchado, muy bajito.)* Todos te amábamos, Ulises: eras nuestro mes de mayo y nuestro pan; nuestra bufanda y nuestros pájaros. Itaca se ha arruinado sin tí, ¿qué otra cosa querías?

ULISES: *(Sonriendo en medio de su dolor bien fingido.)* Cómo me reconfortan tus palabras. Me hacen sentirme necesario, joven, impetuoso otra vez...

PENELOPE: *(Punzante.)* ¿Joven? *(Alarma en ULISES. Cambio en PENELOPE.)* Siempre lo fuiste, Ulises. Eras la juventud misma. Te miro y me parece ver a nuestro Telémaco.

ULISES: ¡Ah! Telémaco... ¿Cómo no he preguntado antes por él? ¿Con qué niños se trata? ¿A qué colegio va?

PENELOPE: ¿Niños? ¿Colegio? Tu reloj no funciona, amigo mío. Esta misma mañana se ha afeitado por primera vez. Es tu vivo retrato. Yo le hablo a todas horas de ti: te admira tanto... «¿Cómo andaba papá?» Y te imita. Tiene tus mismos prontos, la misma forma de enmarcar las cejas cuando se enfada... Es adorable:

delicado y viril al mismo tiempo: igualito que tú.

ULISES: Me emocionas. *(Un suspiro sincero.)* Me emocionas, Penélope.

PENELOPE: Obediente y hermoso. Esbelto como las espigas y dorado como ellas. Un dios: como eras tú... Como lo eres aún. Antes yo solo vivía para él. No me quité la vida, que sin ti no lo era, sólo por él... le enseñaba a leer, a jugar, le cosía la ropa, lo peinaba... Un día, bañándolo, me dí cuenta de que era un hombre ya. Me eché a llorar sobre su sexo, que guardaba la semilla de Ulises. Y lo bendije... Pero desde ese día corre el cerrojo cuando va a bañarse.

ULISES: ¡Ah! Itaca, Itaca, ¿por qué los dioses me han impedido regresar a tí? *(Apeándose ligeramente del tono épico.)* Escucha, esposa mía: después de algunas peripecias Eolo me regaló, al salir de su isla, el pellejo de un toro de nueve años...

PENELOPE: *(Procurando atender, pero sin interesarse demasiado.)* ¡De nueve años, qué barbaridad!

ULISES: ... cosido en forma de odre con un hilo de reluciente plata.

PENELOPE: Me entusiasman tus relatos, Ulises. Me chifla tu elocuencia. ¿Podía yo haber olvidado, ay, tus ardientes palabras en nuestra intimidad?

ULISES: *(A lo suyo.)* Con el odre en la nave, al décimo día de navegación, vimos las costas de Itaca. Yo había regido el timón todo el tiempo y quise descansar para que mi Penélope me encontrase atractivo. Ya tocaba la Patria con los ojos. Los dos avanzados promontorios, en cuya rada, tan tranquila es, los remeros fondean sus barcas sin amarras... El olivo, a la entrada del puerto, dando su bienvenida; la encantadora fuente de las Náyades... ¿La recuerdas?

PENELOPE: La verdad, no del todo...

ULISES: Sí, la gruta de dos entradas: una del norte, para los mortales; otra, del mediodía, sólo para los dioses.

PENELOPE: Sí, ahora me acuerdo que, junto a uno de esos dos agujeros, me besaste una tarde... De novios, me parece. Me parece, no: estoy segura. Después no me besaste casi. Y fuera de casa, jamás, por descontado.

ULISES: Miré la patria y arrullado por el mar eterno, me dormí. Pero mis soldados, envidiosos del regalo de Eolo y de mi fama, quisieron saber el contenido del odre. Apenas descosido, se escapó...

PENELOPE: He perdido el hilo. Perdón, ¿qué se escapó?

ULISES: Los vientos, Penélope. Los vientos. Una extraña tormenta nos arrastró, como a una nuez, mar adentro de nuevo: lejos de ti, lejos de todo, otra vez navegantes.

PENELOPE: No sufras más, Ulises. Los dioses se han cansado de hostigarte. ¿Cómo, si no, hubiesen consentido mi visita?

ULISES: Tienes razón. Pero ¿por qué la han consentido precisamente ahora?

PENELOPE: ¿Cómo que por qué? Es sencillísimo. Si una mujer puede interpretar los divinos designios, creo que sé por qué.

ULISES: Dímelo.

PENELOPE: A lo largo de todos estos años, ha habido muchas mujeres en tu vida... *(Gesto de ULISES.)* Lo sé. No me interrumpas. Pero, así como en los anteriores episodios, me refiero a los de Circe y Calypso sobre todo...

ULISES: *(Ilusionado.)* ¿Verdad que tú lo crees? *(Dándose cuenta de que su pregunta no es muy correcta.)* Quiero decir: ¿Es qué puedes creer que yo haya sido infiel a una esposa tan fiel como tú?

PENELOPE: Sí, puedo crerlo sin ningún esfuerzo. Es natural. Si mi deber no es más que comprenderte... Tú eres un héroe, Ulises, un orgullo de la humanidad, un símbolo: eso es lo que eres. Formas parte del mundo, como el sol, como el aire. ¿Con qué derecho una pequeña esposa, aunque le sangre el corazón podría retenerte en exclusiva? Tú, que eres un buen amigo del mar, sabes muy bien que no cabe en el hueco de una mano.

ULISES: *(Entusiasmado.)* Cómo has cambiado, Penélope. Es admirable. Cuánta serenidad de juicio y qué agudeza...

PENELOPE: *(Quitándose importancia.)* Los años, amigo mío; la esperanza, contra toda esperanza; *(¿Ironía?.)* la gratitud por el privilegio de que fueras relativamente mío casi dos años...

ULISES: *(Excusándose.)* En definitiva, realmente... yo.

PENELOPE: Dos años casi enteros. A cambio de ellos, todo lo que...

ULISES: *(Cortando un giro de conversación peligroso.)* Cuánto has cambiado. Recuerdo tus continuas historias: «Ulises estas no son horas de llegar: qué dirá el servicio». «Ulises, tus amigotes son unos groseros: ni siquiera se limpian los pies en el felpudo». «Ulises, la casa está llena de ceniceros, pero nunca se te ocurre apagar en ellos un cigarrillo: no sé si será por mala puntería o simplemente por ganas de chinchar»...

PENELOPE: No me avergüences, querido. Esa era mi forma de ser cariñosa, de estar pendiente de tí. De cumplir mi modesta misión de ama de llaves: yo no soy un símbolo...

ULISES: *(Recordando, ahora con más afecto.)* Ahorradora y perfecta...

PENELOPE: Basta de eso ahora. Me he dado cuenta de lo imbécil que es vivir ahorrando, como si uno fuese a vivir siempre. De lo hermosa y de lo única que es la vida, como para estropearla con menudeces, reproches día a día...

ULISES: Y ahora, según veo, hasta te tiñes el pelo...

PENELOPE: Me salieron... varias canas: se hacía interminable teñirlas de una en una.

ULISES: ... y gastas mucho en vestir...

PENELOPE: A ti siempre te gustó que fuese bien vestida.

ULISES: Me gustaba poder estar orgulloso de ti. Que te vieran elegante y guapa, para luego decir: «Es mía», cogiéndote del brazo. La verdad es que no me dabas a menudo ocasión... *(Sonríen.)*

PENELOPE: Presuntuoso Ulises, me he puesto este trajecito de

nada para venir a verte... por la misma razón que tú te dormiste aquella noche, casi rozando Itaca...

ULISES: *(Sintiéndose el corazón.)* ¿Te importo todavía?

PENELOPE: No hay nada que me importe, sino tú.

ULISES: *(Reacio a pesar de todo.)* De verdad, ¿a qué has venido?

PENELOPE: Estás en un momento decisivo, Ulises. Quizá hayas sido tú quien me ha llamado...

ULISES: Lo dices por... *(Señala la cama.)*

PENELOPE: Sí: por. Las mujeres con quienes has ligado hasta ahora eran reinas, hechiceras, ninfas, diosas. Mujeres, como diría, un poco... literarias. Nausica no es nada de eso: es mucho más terrible. Nausica es joven. Es de carne y hueso. Incluso me atrevería a decir de más carne que hueso... Y tú estás a punto de hacer el ridículo.

ULISES: *(Su gozo en un pozo.)* ¿El ridículo, yo?

PENELOPE: Bueno, disculpa. He exagerado. Estás corriendo un riesgo. Nausica te maneja. Utiliza al triunfador de Troya, al pródigo en astucias, al enemigo personal de algunos dioses, al gran Ulises, para que la haga disfrutar a todas horas...

ULISES: *(Que está de acuerdo.)* Es que Nausica me ama...

PENELOPE: *(Generosa.)* ¿Y quién no te ama, Ulises? Pero lo importante es esto: ¿la amas tú a ella?... Tú, como los inmortales, te amas a tí solo. Ulises ama a Ulises... Y, después de tí, yo soy más Ulises que nadie. Con nadie más que conmigo Ulises puede estar en zapatillas, cómodo y mudo. Porque me has deslumbrado de una vez por todas, no tienes que tomarte el trabajo de deslumbrarme cada día ni estar brillante cada sobremesa... Soy tu cuarto de estar. *(Muy íntima.)* Pasa, cierra la puerta, deja a los demás fuera... Que descansen tus cejas. No las enarques más: aflójalas... *(Como en una sesión de sofrosis.)* Descansa los párpados, la nariz, los labios, tus queridas mejillas... *(ULISES obedece acariciado por la voz y el gesto.)* Soy tu vieja costumbre: la costumbre añorada, más poderosa que el amor... Relaja los músculos del pecho, de los brazos. Deja caer tus manos... Vas estando un poco harto de narrar tus historias a gentuza, de echarles margaritas a puercas, ¿no es verdad? Relaja tu cintura; tus caderas que saben el nombre de las constelaciones; tus muslos —sobre todo el derecho, el de la cicatriz— tus muslos, mucho más bellos y vigorosos, que los de Patroclo...

ULISES: *(Casi hipnotizado, casi embriagado de elogios.)* ¡Oh! Penélope, mi único amor... *(Se levanta. La estrecha. Va a besarla. Entra, como de la calle, NAUSICA. Corta y lindamente vestida. Por supuesto, no ve a PENELOPE.)*

NAUSICA: Pero, ¿qué haces, Ulises? ¿Estás loco? ¿Qué ensayas?

ULISES: *(«Excusatio non petita».)* Nada. Si no estoy hablando...

NAUSICA: Te he oido. Qué aburrimiento, hijo. Yà hasta sólo... Cuando se acabará esta horrible aventura. *(Su tono es desabrido y desinteresado.)*

PENELOPE: *(Por el otro lado de ULISES.)* Dile que por tí está acabada. Aprovecha el momento. ¡Qué niña! ¡Qué modales! Y contigo, que estás tan por encima...

NAUSICA: Mira, Ulises, *(Juguetea con su bolso.)* hablemos claramente. Aquella ilusión de los primeros días; aquel mirar el mundo reflejado en tus ojos, ha pasado. Lo siento. Yo soy la primera en sentirlo, pero es así. Y no es mía la culpa. No comprendo cómo un hombre, que al principio fue tan... emprendedor, haya acabado por convertirse en esto: un charlatán de feria.

ULISES: *(Que mira a PENELOPE con la esperanza de que no haya oido.)* Yo, Nausica...

PENELOPE: Dile que estás harto. Que se busque otro juguete. Que tú no tienes por qué aguantar sus histerismos y sus saltos de humor... Dale una bofetada... No, no se la des: a esta niña le gusta que le pegues.

NAUSICA: En los escasos momentos en que te callas y me dejas pensar, sueño con enamorarme nuevamente... Esos instantes deliciosos en que brota el amor sin saber donde va. Una nueva batalla, una nueva conquista, un no saber qué va a ser de nosotros... Una expectativa distinta, maravillosa siempre, aunque acabe tan mal... Echo en falta esa tensión de todos los principios... *(Se evade ya.)*

PENELOPE: Te está menospreciando, Ulises. Excúsame, pero no puedo presenciar esta escena. *(Desaparece.)*

ULISES: *(A solas con NAUSICA, intenta una técnica.)* El amor es una serie de expectativas renovadas, de muertes diarias, de resurrecciones. Cada día tú eres otra Nausica y yo, otro Ulises. ¿Por qué no continuar? ¿No te da pereza inaugurar otro universo?

NAUSICA: Ninguna.

ULISES: *(Acariciándola.)* ¿Se han olvidado tus senos de mis manos? Dí...

NAUSICA: Estáte quieto, haz el favor. *(Está muy seca.)*

ULISES: *(Besándola.)* ¿Se han olvidado tus labios de los míos? *(NAUSICA dice algo ininteligible bajo el beso.)* ¿Tu cuerpo no se acuerda de mi peso...?

NAUSICA: *(Liberándose.)* Sí, se acuerda. Pesadísimo, Ulises. No te creo. Hemos recomenzado mil veces ya. Me has dicho mil veces estas cosas... Tú eres el narrador de las mil y una noches...

ULISES: *(Acercándose, asediándola.)* De las mil y dos noches... De las mil y mil noches...

NAUSICA: *(Defendiéndose.)* Eso no, Ulises... No... Es mejor que hablemos tranquilamente. Somos civilizados...

ULISES: El amor no tiene nada que ver con la civilización. Precisamente, cuando visité la isla de los lestrigones, salvaje y alejada, pensaba también yo que el amor...

NAUSICA: Basta, Ulises. Estoy hasta más arriba del moño de tus cuentos. Basta ya de una vez. Sigue hablando tú solo. Cuando hayas terminado, si aún te queda resuello, te esperaré en la cama. Puede que allí nos entendamos. Pero si tardas más de diez minu-

NAUSICA: Pero, ¿qué haces, Ulises? ¿Estas loco? ¿Qué ensayas?
PENELOPE: Dile que por ti está acabada. Aprovecha el momento. ¡Qué niña! ¡Qué modales! Y contigo, que estás tan por encima...

tos, te juro que será inútil que vayas... *(Va hacia el fondo, donde un biombo oculta la cama.)*

ULISES: *(Como para si.)* Que mala educación... *(Mira alrededor.)* Penélope... Penélope...

PENELOPE: *(Apareciendo.)* Sí, querido. Una educación malísima, verdaderamente. Esta niña se cree que es el ombligo del mundo. Y el ombligo del mundo, como todos sabemos, eres tú. Cuéntame a mí esa maravillosa hazaña de los lestrigones... Soy toda oidos.

ULISES: *(Consolado.)* Después de una semana de navegación, recalamos en la aldea de Lamos, donde se ve al pastor llamar al pastor. Mis soldados amarraron las naves muy juntas, dentro del puerto. Yo dejé en previsión la mía fuera. Por eso, cuando Antífaces dió la señal de alarma por toda la ciudad y salieron los gigantes arrojando contra nosotros sus acantilados, se formó un mortal estruendo de naves que crujían y moribundos que gritaban. Mientras se desencadenaba la matanza, yo corté, con la fúlgida espada que pendía de mi celeste muslo, la amarra de mi nave... y zarpé. Todas las otras perecieron.

PENELOPE: *(¿Ironía?)* Ah, qué peligro, Ulises. Los dioses protectores te salvaron. Y tu valor, naturalmente. Enhorabuena para ti y para mí... Pero, querido ¿aún no comprendes que un ser como tú no puede estar a expensas de una cachorra de tigre como ésa? ¿No estás cansado de inventar, vamos... de desperdiciar tus experiencias? Qué tentación la tuya: descansar: inventarte de una vez a Itaca y al amor en familia, ¿no es cierto?

ULISES: *(Confesándose.)* Sí, Penélope. Pero mi sino es éste...

PENELOPE: ¿Y no sería mejor que ese epílogo feliz lo vivieras en lugar de inventarlo? Sal de Feacia, Ulises. Embárcate por última vez. Te espera en tu isla tu patrimonio, acrecentado por el fiel Telémaco, tu paz, tu esposa, tu bienestar, tus sabrosas comidas...

ULISES: *(Debatiéndose.)* En Feacia está mi último amor, Penélope. Entiéndelo: los dioses lo han puesto en mi camino como esa bebida fuerte que se ofrece a los que van a ser ejecutados...

PENELOPE: *(Seria.)* Si llamas ejecución a la vuelta al hogar, haz lo que quieras. Yo debo retirarme. *(Finge una salida.)*

ULISES: Aún no, Penélope. No me dejes. Tú me comprendes. Tú me admiras. Tú me amas seria y pacíficamente... Nausica es como una flor enloquecida.

PENELOPE: Tiene mucho más de

enloquecida que de flor, desde luego...

ULISES: Es lo pasajero, la pasión, el sorbo embriagador. Hace el amor como el mar hace la tempestad. Necesita el relámpago, como el trueno para que se le sienta venir. Es tornadiza y un poco torpe, pero tan tensa, tan ardiente, tan mía a pesar de todo...

PENELOPE: Sí, sobre todo tan tuya. *(Mira su reloj.)* Ya han pasado los diez minutos. Mira. *(Descorre el biombo. En la cama se besan NAUSICA y EURIALO.)*

EURIALO: ¿Ya no amas a Ulises?

NAUSICA: No me hables de él. Ni de nada. Bésame y calla. *(Se besan.)* Se ha convertido en un viejo inofensivo que apenas hace otra cosa que comer y dormir... Y chochear. Antes no hacía el amor sin contarme previamente una historia. Pero te juro que ahora se contenta tan sólo con la historia... *(Ríen, se besan. PENELOPE corre el biombo.)*

ULISES: *(Con la cabeza baja.)* Me humilla que tú hayas presenciado esta derrota...

PENELOPE: Pero, Ulises, cuantas veces tendré que decirte que conmigo estás cumplido. Mala esposa sería si las malas palabras de una mala aprendiza de furcia empañaran mi opinión sobre tí. Vamos, mi vida. Abandónala en brazos del primero que llegue. Vuelve a Itaca, Ulises. ¿Por qué correr ya más?

ULISES: Ah, si fuera posible. Pero con qué medios, con qué nave, con qué dinero cuento.

PENELOPE: *(Tentadora.)* ¿Acaso esa coqueta ha agotado las astucias de Ulises? Ve a la playa ahora mismo. Túmbate. Espera que amanezca. Te encontrarán allí. Te llevarán al Rey Alkino. Cuéntale tu odisea bien contada... No ha existido la aventura con su hija, acabas de llegar, ibas de viaje... El te dará una nave, regalos, honra, todo. Tu venganza será doble: el padre de la niña desdeñada te pagará el camino que te aleja de ella...

ULISES: Me dejas frío, Penélope. ¿Cómo no se me había ocurrido semejante añagaza?

PENELOPE: Se te había ocurrido, amor mío... Se te había ocurrido a ti. Yo no soy más que un reflejo de tu ingenio.

ULISES: *(Feliz.)* Es verdad.

PENELOPE: Y al llegar a Itaca, me encontrarás a mí más bella, más dócil, más complaciente... Como tú me deseas. ¿Vamos?

ULISES: Vamos. *(Al salir, mira ULISES a NAUSICA. PENELOPE pone su mano ante esa mirada, antes de desaparecer.)* Al encuentro de la nueva Penélope. Ojalá los altos dioses me permitan llegar. *(Sale mientras cae el*

TELON.)

SEGUNDA PARTE

(Entra EURIMENA con una carta en la mano. No lleva propiamente uniforme, sino un traje negro con algún vivo blanco. Al oirla, sale del dormitorio PENELOPE. Es completamente distinta a la del acto anterior, su pelo es oscuro, recogido puritanamente, su traje sencillo, de casa. Por lo general, tiene un aire distante y altanero.)

PENELOPE: *(Impaciente.)* Cuánto has tardado. ¿Están de acuerdo los pretendientes con la prueba?

EURIMENA: *(Gozando en demorar la respuesta.)* El extranjero a quien te negaste a recibir ayer y esta mañana me ha dado una carta... *(Se la da.)*

PENELOPE: *(Sin importarle.)* ¡Qué insistencia! *(Más impaciente.)* ¿Están de acuerdo? ¡Dí!

EURIMENA: *(Lo mismo.)* Que es muy urgente, dice.

PENELOPE: Pero, ¿están de acuerdo los pretendientes: sí o no?

EURIMENA: ¡Qué prisas! *(Ríe.)* Sí, están de acuerdo... *(Pone algo de orden en la habitación.)* Cuando Agelao leyó en tu nombre la proclama de que te casarías con aquel que tendiera el arco de Ulises, se echaron a reír. Preguntaban cuál sería la segunda prueba. Todos están seguros de tenderlo...

PENELOPE: *(Mientras abre la carta.)* Qué poco conocían a Ulises esos hombres. *(Leyendo sin mucho interés.)* «Señora: he venido a Itaca por orden de su esposo». *(Las dos mujeres se miran. Tensión.)*

EURIMENA: Sigue...

PENELOPE: *(Lee.)* «Antes de que comience el pugilato de los pretendientes conviene que sepa que el matrimonio de usted con el vencedor será completamente válido: Ulises ha muerto».

EURIMENA: *(Da un grito.)* Qué dolor... ¡El amo! ¡El amo ha muerto! *(Va hacia la salida gritando.)*

PENELOPE: *(Interponiéndose.)* No alborotes, idiota. Calla y cierra esa puerta. Nadie debe saberlo... *(Sigue leyendo.)* «De camino hacia Itaca nos lo arrebató la gloria. Como prueba de afecto me encargó que le trajera su alianza, para que usted pudiera llevarla hasta el fin de sus días muy cerca de la que él le ofrendó el día de sus bodas. Dentro del sobre va. Reciba mi dolorido pésame por la muerte de un héroe que no era de usted solo. Etón de Creta». *(Ha habido un temblor en su barbilla, en su voz.)*

EURIMENA: ¿Lo llamo?

PENELOPE: ¡No!

EURIMENA: ¿Por qué? *(Pausita tensa.)* ¿Por qué?

PENELOPE: Para mí ese capítulo de Ulises se había terminado hace ya mucho... *(Si siente algo lo oculta. Se pone la alianza en el dedo. La saca. La deja en un arca.)* En mi joyero estará más protegida que en mi mano... Prepara mis maletas.

EURIMENA: *(Un llantito.)* ¡Qué corazón de piedra! *(Va hacia el dormitorio.)*

PENELOPE: Si lo hubiera tenido menos duro, hubiese estallado hace ya tiempo... *(A EURIMENA, dentro.)* La única forma de que no quedara Ulises como un cochero era pensar que se había muerto, ¿no? ¿No lo pensamos todos? ¡Dí! Pues entonces... Además, está ya atardeciendo y esta noche otro hombre, con todos los derechos,

entrará en esa cama. No está bien que lo reciba con los ojos enrojecidos de llorar por otro... *(Llanto de EURIMENA.)* Prepara mis maletas. ¿Es qué no me oyes? He de viajar mañana... ¿por qué lloras, imbécil? Agua pasada no mueve molino.

EURIMENA: *(Saca una maleta y algunos trajes. Irá sacando de dentro otros.)* Por ti. Lloro por ti, por mí, por todos estos años.

PENELOPE: Y porque estás borracha.

EURIMENA: No he bebido. Hace un mes que no bebo...

PENELOPE: *(De un bolsillo o faltriquera le saca una whiskera sin licor.)* Y eso, ¿qué es?

EURIMENA: Un frasco vacío. Como tu vida, Penélope. Como la mía. Como la vida de todo el mundo en esta casa.

PENELOPE: Mi vida. *(Comienza la serie de razonamientos a que la lleva la noticia de la muerte de ULISES.)* Vivir es inevitable, Eurimena: basta dejarse llevar. Pero dejar de vivir es un arte. A nuestra edad, deberíamos aprenderlo... ¡Qué fácil es vivir! Se toma la botella, se destapa, se bebe... *(Tiene la whiskera en la mano.)* Uno se siente un poco mareado, se habla sin ton ni son, se deja caer el vaso... Luego nos entra el sueño. Al despertar, estamos solos. Todos se han ido... Los compañeros de juerga, ¿dónde fueron? Nos queda únicamente una botella: vacía, silenciosa, ajena ya... Para otras manos qiue la llenarán, para otra boca que volverá a apurarla cuando nosotros estamos ya en otro sitio para siempre... ¿Por qué lloras imbécil? ¿Acaso no sabías que vivir era eso?

EURIMENA: ¿Pongo este traje verde en la maleta?

PENELOPE: *(Tomándole.)* Con este traje le gusté una noche. Una de las últimas...

EURIMENA: ¿A quién?

PENENOPE: ¿A quién va a ser? *(Despacio.)* A Ulises.

EURIMENA: *(Con mala intención.)* ¡Ha habido después tantos...!

PENELOPE: Por eso. Es como si no hubiera habido ninguno... *(Recordando.)* Era para una fiesta. Cuando me vió bajar con él, me miró muy despacio. Se le pusieron los ojos también verdes de mirarme. Me dijo: «¿Y si no fuéramos?» Subimos muy juntos la escalera... Al llegar aquí casi me había desnudado ya. Me saltó dos botones... No lo pongas: no está de moda y es demasiado juvenil. Llevaré sólo los trajes más oscuros.

EURIMENA: Salir tú viva de esta casa... ¿Quién te lo iba a decir? Irte a vivir a casa de otro hombre...

PENELOPE: *(Seca.)* Exageras: a vivir, no... *(La endulza su recuerdo.)* Durante una cacería un jabalí le hirió en el muslo derecho... Le llevaron a casa de mis padres en unas parihuelas. Teníamos veinte años...

EURIMENA: *(Enseñándosele.)* ¿Quieres llevarte el chal dorado?

PENELOPE: Me miró como si no hubiera mirado antes cosa alguna: como un ciego que empieza a ver de pronto. Yo me dí cuenta de que me moriría si él me dejaba de mirar... ¡Mentira! Sí, ponlo.

EURIMENA: *(Con mala intención.)* Agua pasada no mueve molino. ¿Por qué te acuerdas de eso ahora?

PENELOPE: Porque estoy despidiéndome. Porque estoy diciéndoles adios a Ulises y a Penélope. Mal o bien hasta ahora he sido una; desde ahora seré otra. Una mujer es diferente según el hombre que la mira. Cambiamos según el hombre que nos abraza, que nos muerde la boca, que nos hace los hijos...

EURIMENA: *(Mala.)* ¿Y por qué no te acuerdas de las peleas nada más casaros, hija mía? De vuestro sinvivir, de vuestros días llenos de gruñidos, de tus comineríias... De cuando volvía cansado y se dormía nada más cenar encima de la mesa y a tí te llevaban los demonios. De cuando le daba por inventar historias que te aburrían soberanamente... De que, antes de dos años, se fue a la guerra y «adiós que si te he visto no me acuerdo».

PENELOPE: También me acuerdo de eso. Y, aunque te parezca mentira, esta noche también lo echo de menos...

EURIMENA: ¡Qué complicada eres!

PENELOPE: Sí. No soy una mesa. No soy una cortina... Soy lo que he llegado a ser: una historia. Tengo mis cicatrices y las quiero.

EURIMENA: Pues bien que has intentado borrarlas. No bajan de cincuenta los pretendientes que han subido a esta alcoba...

PENELOPE: *(Sin enojo.)* ¿Y para qué han subido? Para demostrarme que no se había acabado el mundo. Que había otras bocas, otras piernas, otras palabras al lado de mi oreja... En efecto: no se acababa el mundo. Pero, de alguna forma, yo sí me había acabado... Quizá hoy siento más mis cicatrices, como en esas vísperas de lluvia. Las infidelidades lo son porque hay alguien a quien serle fiel, aunque no lo seamos. A Ulises pude ponerle los cuernos y engañarle. A mí no me engañaba... A partir de hoy, casada, ya podré engañar a Ulises ni serle fiel. Ulises ya no cuenta. No debo ya esperarlo... Por eso —sólo por eso, no porque se haya muerto— es hoy un día terrible... No tengo veinte años, pero debo mentirme como si los tuviera. Debo cerrar los ojos. Hacerme otra ilusión. Y no es fácil, te lo juro: no es fácil.

EURIMENA: Qué complicada eres... *(Intentando distraerla.)* Levanta ese ánimo... Cuando mi segundo marido se ahogó en un lavabo...

PENELOPE: *(Sonriendo, a su pesar.)* ¿Cómo, en un lavabo?

EURIMENA: No lo sé. Era tan tozudo que ni siquiera muerto quiso decirme cómo... *(Ríe PENELOPE.)* Así, ríete... Cuando se ahogó, se terminó la vida para mí. De día era inaguantable, pero de noche... Un hombre de cama, tú me entiendes. Dos meses lo lloré sin parar. Luego, un día, de pronto, me dije: «parece que hoy hace otra vez calor». Y a las cuatro semanas tenía otro marido... ¿Qué le vamos a hacer?

PENELOPE: Anda, asómate y dime si ha empezado la prueba.

EURIMENA: Por orden de edad iban: los jóvenes primero... El último, Anfínomo: qué atrevimiento el suyo querer casarse con

cerca de ochenta años... Bien empleado le estará el cachondeo que van a organizarle.

PENELOPE: *(Empujándola hasta hacerla salir.)* Vamos vete... Vete... Los dioses, a menudo, se equivocan. Y es preciso corregir sus imprudencias. De todas formas, cuánto trabajo cuesta someterlos a un yugo... A primera vista, puedo parecer dura. Sin embargo siento muchísimo que Ulises ya no viva. Con toda mi alma lo siento... Me hubiera gustado decirle lo que he pensado de él en estos veinte años... Es una pena que se haya muerto sin saberlo... *(Vengativa.)* Por otra parte, casarme en vida de Ulises me hubiera ilusionado... Siempre fué inoportuno.

EURIMENA: *(Entrando en tromba.)* El disloque, señora. La caraba. Llena de asombro vengo. Más de la mitad de tus pretendientes ya han sido eliminados: ninguno ha podido manejar el arco... *(Llantito malintencionado.)* Era mucho hombre Ulises... *(Observando a PENELOPE.)* Ni Otesipo, ni Filecio, ni Eurímaco... Nadie... Con lo guapos que eran y lo bien que lo «pasábamos» con ellos... *(PENELOPE está impertérrita.)* Van quedando sólo los mayorcitos... A este paso no hay boda. ¿No te asustas?

PENELOPE: *(Sonriendo.)* Y el viejo Anfínomo, ¿qué hace?

EURIMENA: ¡Ah, ése!... Toma una copa y se sonríe. ¿Qué más le dá? Ha mandado a su chófer que le haga el equipaje. *(Se ríe.)* Pienso que va a retirarse... Que ha de poder el pobre ni sostener el arco. Bastante hace con sostenerse los calzones... *(Carcajadas.)*

PENELOPE: Calla, no tengas que pedirle perdón... *(Más carcajadas.)*

EURIMENA: ¿Perdón? No hay un hombre en el mundo que pueda tender el arco de mi amo... Ay, no me extraña que estés tan afectada. *(Con ironía.)*

PENELOPE: Ni tender su arco... ni casarse con su mujer, ¿eso quieres decir? Pues vas lista. Tienes la misma desdichada costumbre de tu amo: hablar de más...

EURIMENA: Se me olvidaba... Al bajar me he encontrado muerto a Argos, su perro preferido...

PENELOPE: *(Impresionada.)* ¿También Argos hoy? *(Reaccionando.)* Ya era hora. Llevaba veintitrés años en casa y veinte echado junto a la chimenea. Nunca ví un perro que viviera tanto... Si podía llamarse vivir a eso que hacía...

EURIMENA: ¡Pobrecillo! *(Exagerando, para molestar.)* De esta casa quizá fuese él lo único fiel a Ulises... *(PENELOPE le tira alguna ropa que tiene en la mano.)* ¡Perdona, hija! ¡Qué humor! Pero es verdad: desde que se fué, nunca más quiso volver de caza, ni mirar una perra. Estaba con el hocico entre las patas. como una recién viuda... Bueno, como algunas, porque hay otras que ya, ya...

PENELOPE: *(En sí misma.)* Cada vez quedan aquí menos cosas de Ulises. En la almoneda de hoy, Argos ha sido adjudicado a la muerte...

EURIMENA: Veremos a quién eres adjudicada tú.

PENELOPE: ¿Crees que yo iba a

ULISES: ¿Se han olvidado tus senos de mis manos? Di...
NAUSICA: Estáte quieto, haz el favor... Me has dicho mil veces estas cosas... Tú eres el narrador de las mil y una noches...

consentir ser objeto de un sorteo? Ni que fuera un jamón... ¿Depender de unos músculos, de una casualidad? ¡Qué idiota eres! El resultado de esta prueba estaba decidido de antemano.

EURIMENA: ¿Cómo? ¿Por quién?

PENELOPE: Por mí.

EURIMENA: ¿Qué es lo que has hecho?

PENELOPE: Si el arco de Ulises no ha conseguido manejarlo nadie, ni antes ni ahora, es porque hay un secreto... En uno de esos extremos, el zorro de mi marido puso un seguro. Un pequeño artefacto casi invisible pero que, cerrado, impide el movimiento de la cuerda.

EURIMENA: *(Riendo.)* ¡Qué lista! ¡Qué listísima! Así todos los pretendiente se irán por donde han venido con las manos vacías...

PENELOPE: No, todos, no. Todos menos uno. A uno yo lo he advertido para que, disimuladamente, oprima el resorte... De esa manera, he conseguido por una argucia de Ulises, elegir mi segundo marido...

EURIMENA: ¿A quién?

PENELOPE: A Anfínomo.

EURIMENA: ¿A ese anciano? Si es más viejo que yo... si le tiemblan las piernas y el único pie que no tiene en la tumba es el bastón... ¡Anfínomo!

PENELOPE: Un hombre que no nos gusta, cuanto más viejo, mejor.

EURIMENA: Si está incapaz... Pero, ¿por qué?, ¿por qué?

PENELOPE: Su oferta era la más alta de todas. En esta especie de subasta, su postura ha sido la mejor. No pretenderías que la segunda vez me casara también por amor, ¿verdad? Me ha ido muy mal en la primera... He procurado, con la boda, resolver bien mi porvenir. Y el tuyo, no te quejes...

EURIMENA: ¡Qué horror! Un viejo jorobeta y gargajoso...

PENELOPE: Dentro de un momento por esta puerta entrará el viejo Anfínomo. Me dirá: «Ya eres mía» y yo le diré: «Sí»... Prepara la cama. Los viejos siempre tienen prisa por hacer estas cosas: como no están seguros de llegar a mañana... Pon el juego de cama de mi primera boda... Esta noche no habrá sangre. Seguramente ni siquiera habrá «juego» de cama...

EURIMENA: Tú te lo has buscado. No te hagas la importante. A todas las mujeres les pasa esto de quedarse viudas y volverse a casar.

PENELOPE: A todas, no.

EURIMENA: A la mayor parte: los hombres duran menos. *(Ha ido hacia el dormitorio. Comienza a hacer la cama.)* ¡Señor! ¡Qué disparate!

PENELOPE: *(Recordando.)* Entre esas sábanas, cuando Ulises ladeó la cabeza para besarme, ví que había amanecido... Le sudaba la frente. Tenía sobre el labio una gota de sangre: le debí morder yo sin darme cuenta...

EURIMENA: Sí, sí. Lo que es sin darte cuenta... Menuda nochecita...

PENELOPE: Yo pensaba: « Y así toda la vida»...

EURIMENA: *(Mientras tiende las sábanas.)* ¡Qué ingenuidad! No hay hombre que resista. Te lo digo yo, que supe mucho de eso...

PENELOPE: *(Ayudándola con el embozo en las manos.)* Ese desgarrón del encaje se lo hizo Ulises al apartar la sábana. Fue antes de que... Yo tenía miedo. Y pudor... No lo sé: no quería destaparme. El tiró. Era tan violento... Al romperse, crujió el encaje como si dentro de la habitación se hubiese despertado una paloma. Yo pensé: «Qué lastima». Luego, ya no pensé...

EURIMENA: *(Curiosona, cama por medio.)* ¿Cómo era Ulises? Quiero decir que cómo era... en estos casos...

PENELOPE: Brillaba... A veces, yo entreabría los ojos para verlo besarme. El tenía los suyos cerrados, con las cejas fruncidas, como un niño que se concentra para repetir una lección de memoria... Aún no me explico cómo, poco a poco, nos fuimos separando... Telémaco, quizá: un niño une a sus padres, pero de otra manera.

EURIMENA: Cárgale el mochuelo al niño... Ni tú fuiste simpática, ni quisiste entender a tu marido. El era un loco y tú demasiado sensata. Doña Perfecta te llamaba... «¿cómo está hoy de humor doña Perfecta?», me decía: qué ángel... Y tus manías de orden y tu afán de demostrarle que lo que te decía era mentira... Una mujer debe creerse todo: ¿qué más da una mentira más o menos? Cuando nos mienten es que nos quieren todavía. Después, ya, ni se toman el trabajo... Las mentiras más grandes son las que no se dicen...

PENELOPE: *(Irritada.)* Calla, rabisalsera, que me estás mareando. Sabelotodo. Vieja cotorra... Lo bueno es curar al enfermo: no decir, después, de qué se ha muerto.

EURIMENA: Ya está hecha la cama, dominanta... lo que pase en ella de ahora en adelante es cosa tuya... *(Sale hacia la puerta, murmurando.)* Al diablo se le ocurre entregarse a semejante vejestorio. *(Se asoma fuera, unos segundos, mientras PENELOPE entra en el dormitorio, quitándose el traje y diciendo.)*

PENELOPE: Ayúdame a cambiarme. *(Deja sobre la cama una camisa de dormir, discreta y seria.)*

EURIMENA: *(Volviendo.)* Ya sólo queda el viejo y unos cuantos testigos... Hasta ponerse en pie le ha costado trabajo. *(Ayuda a PENELOPE.)*

PENELOPE: En su noche de bodas, las vírgenes sienten un temblor en la cintura... Les parece que sus piernas ya no son suyas, que sus labios no son sus labios ya: y van a dejar de serlo... Se encuentran poseídas antes de que las posean. Y se preguntan qué pasará después, qué deberán hacer: agradecer, dormir, mirar al techo con los ojos húmedos... El amor les pone pesadas todas las coyunturas... Nunca pensé que el asco pudiera producir el mismo efecto que el amor...

EURIMENA: Pero, bueno: lo que quisiera yo saber es por qué te casas.

PENELOPE: Tú crees que lo sabes todo y eres una pobre tonta. El papel de mujer de rey es ya dificultoso, pero lo es más aún el de madre de un muchacho que quiere ser rey... *(Se mira al gran*

espejo.) Estoy peinada, limpia, hastiada, sin pintar, decepcionada... ¿qué me falta entonces para empezar una noche de amor?

EURIMENA: *(Largándole un deshabillé, elegante, pero severo.)* Esto te falta. *(Mientras se lo pone se acerca al tocador y maniobra vagamente.)*

PENELOPE: Cumplamos bien nuestro oficio hasta el final... *(Acercándose.)* ¿No te quedaría un poco de esa porquería que sueles beber?

EURIMENA: *(Le alarga otra whiskera.)* Toma. No la llevo por mí, como comprenderás... Pero pensé que lo necesitarías... *(Mientras bebe PENELOPE, se oyen unos pasos en la escalera.)* Ya sube. ¡Ay, qué espanto! ¿Lo oyes?

PENELOPE: Sí. Ya sube... *(Cierra los ojos.)* Abrele...

EURIMENA: *(Bebe un poquito antes. Abre. En la puerta, ULISES, con el gran arco en la mano.)* El tensó el arco... Etón, el de la carta... *(Se vuelve a PENELOPE.)* Anfínomo no pudo. Ya lo sabía yo... *(Sale. Después de una larga mirada, quiere seguirla PENELOPE. ULISES se interpone.)*

ULISES: Abajo ya no queda ni un solo pretendiente.

EURIMENA: *(Apareciendo.)* Es verdad, Penélope. Es verdad.

ULISES: *(Sin mirarla.)* Fuera de aquí.

EURIMENA: *(Dócil.)* Este novio es mejor... Feliz noche de bodas. *(Sale.)*

ULISES: *(Con una ironía dominadora, que abandonará muy poco en esta escena, sustituida por un asomo de enojada grandeza.)* ¿Es usted la dulce Penélope?

PENELOPE: ¿Eso lo dijo Ulises de mí: la «dulce» Penélope?

ULISES: Dulce, callada y obediente.

PENELOPE: Basta. Explique usted por qué está aquí. ¿Qué ha sucedido?

ULISES: Anfínomo no pudo descorrer el seguro del arco. Veinte años sin usar oxidan mucho. Agarrotan muchas cosas: un matrimonio, por ejemplo. O el seguro de un arma... No es que yo sea más fuerte que los otros. Por eso debí ser más precavido. *(Muestra una ampolla de cristal.)* Traje un poco de aceite. Unas gotas bastaron...

PENELOPE: ¿Quién le había dicho...?

ULISES: Ulises. Se figuraba que, un día u otro, esto sucedería. No confiaba en usted.

PENELOPE: ¿Y le dijo el secreto? La jugarreta póstuma... ¿En usted sí confiaba...?

ULISES: Más o menos. Pasamos juntos tantas peripecias...

PENELOPE: ¿Y quiso que yo fuese su mujer? Me dejó a usted en herencia como se deja un coche o una vaca, ¿no es eso?

ULISES: ¡Qué va! ¿No le dije que él era amigo mío?

PENELOPE: Muy amable.

ULISES: Los recuerdos que tenía de usted eran más bien desfavorables... El sólo quería que yo echase de aquí a los pretendientes que estaban arruinándola...

PENELOPE: No comprendo.

ULISES: Es sencillo: usted se iba a casar por concluir de una vez con este asunto y dar paso a su hijo, ¿no es así? Pues ya está concluido... Hasta después de muerto Ulises ha triunfado.

PENELOPE: Qué sencillo, ¿verdad? Y usted, qué generoso. Y Ulises, qué profético y qué tierno. Y yo, qué agradecida...

ULISES: En efecto, en efecto.

PENELOPE: Pues escúcheme usted y que me escuche desde el infierno Ulises. Al principio, mis pretendientes quisieron proclamar una república que gobernara el reino, con el pretexto de esperar a Ulises mientras crecía Telémaco. Yo sabía que eso era perderlo todo: en política no se vuelve hacia atrás. Fomenté la ambición de cada uno. A cada uno, por separado, le prometí ser suya y que él sería el rey único...

ULISES: ¿En la cama?

PENELOPE: ¿Qué dice?

ULISES: Que si le prometió eso en la cama a cada uno.

PENELOPE: En donde fuera. ¿Qué le importa a usted?

ULISES: Lo decía por la memoria de Ulises...

PENELOPE: La memoria de Ulises era bastante mala: en veinte años no se acordó de mí... *(Continúa en el tono de antes.)* Al ser mayor de edad, Telémaco quiso coronarse. Para expulsar a tantos ambiciosos no encontró más que un medio: que yo eligiera uno, me casara... y me fuera. Los pretendientes le exigieron previamente las pruebas de la muerte de Ulises... Yo me eneteré de lo que en realidad tramaban.

ULISES: ¿Se enteró usted en la cama?

PENELOPE: *(Pasando por alto la pregunta.)* Matar a mi hijo en altamar. Supe el lugar de la emboscada y se lo dije para que lo evitara. Mañana estará aquí de nuevo, sano y salvo.

ULISES: Muy maternal, pero si Ulises no hubiera muerto, ¿qué?

PENELOPE: A Telémaco le daría eso igual. Traerá las pruebas de su muerte.

ULISES: ¿Falsas? *(Más atento de lo que parece.)*

PENELOPE: Si fuese necesario, sí. Lo que él quiere es reinar. Antes de que regrese, yo debo haberme ido: esas fueron sus órdenes. Mi nuevo esposo estorbaría sus planes.

ULISES: Ulises no me habló de un Telémaco así.

PENELOPE: Siempre fue un embustero. Si nunca quiso conocerme a mí, ¿cómo iba a conocer a un hijo que dejó de dos años? A Ulises, mientras estuvo en Itaca, le importó sólo Ulises. Su hijo y yo éramos el lastre de su barco. *(Mordaz.)* El estaba varado por nosotros. ¡Necesitaba el mar!

ULISES: Necesitaba vivir, señora, vivir.

PENELOPE: Todos necesitamos vivir, ¡qué tontería!

ULISES: El, más. El no se conformaba con beberse la vida a pequeños sorbos. Su alma no era la de un oficinista. El tiempo que corría se le clavaba como en un acerico. En una isla, él no podía vivir: fue demasiado grande.

PENELOPE: Literatura. ¿Para qué tanto vivir si nos vamos a morir de todas formas? Debió dedicarse a escribir novelas: mejor le

hubiera ido. Así no hubiese precisado vivirlas... Porque cuando me casé yo, no me casé para vivir novelas.

ULISES: ¿Para qué se casó?

PENELOPE: Para tener un hombre y unos hijos de ese hombre. Uno solo me dio tiempo a tener. Luego cogió el portante.

ULISES: ¿Y se ha preguntado usted por qué lo cogió?

PENELOPE: Sí. Y me he contestado... Ulises era la pura desazón. Nunca supe lo que quería. Resultaba desconcertante a fuerza de estar desconcertado... *(Pone cierto cariño.)* En cuanto me marcó el anca con su hierro, se hartó de mí... Por eso se fue Ulises.

ULISES: *(Ante ese cariño.)* Se fue por defender el amor de Menelao, que era el honor de Grecia.

PENELOPE: *(Contundente.)* Ya está bien de mitomanías. Si la guerra de Troya se hizo fue porque competir con Troya era ruinoso: fabricaba más que toda Grecia junta. Inundaba con sus productos los mercados y acogotaba nuestra economía. El «made in Troya» era una bofetada cada vez que nos poníamos un traje, descorchábamos una botella o abríamos una caja... Nada más. Mi marido me abandonó sin saber ni por qué me abandonaba.

ULISES: *(Ante esa contundencia.)* Sí lo supo. El también se casó por tener una mujer y unos hijos con ella. Pero cuando esa mujer lo tuvo bien seguro se transformó en un censo, en un jefe de administración, en un sargento de caballería.

PENELOPE: Usted me insulta.

ULISES: La defino, señora, de acuerdo con mis datos... Usted agotó la infinita paciencia de Ulises, el amor de Ulises. Porque el amor se agota. A fuerza de impertinencias, de menudas protestas, de caras largas, de amor propio, de celos intempestivos... el amor se agota. Al que ama muy pocas veces se le pide dar la vida, por su amor, de repente. Tiene que darla día a día, gota a gota, renunciando, negándose. Es un sacrificio menos lucido acaso, pero mucho más útil.

PENELOPE: ¿Por qué no lo hizo Ulises?

ULISES: Usted le echó de Itaca. Usted está convencida de que Penélope fue todo en esta casa. Que lo era todo para Ulises: madre, amante, hermana, cocinera, cuerpo de casa, todo. Sólo le faltó de verdad, ser una cosa: la que más importaba: compañera.

PENELOPE: ¿Qué quería? ¿Que me fuese a correr aventuras con él? ¿A poner una agencia de viajes como él?

ULISES: Si usted hubiese sido compañera no le hubiera tentado la aventura.

PENELOPE: ¡Falso! El echaba de menos su vida de soltero, sus amigos...

ULISES: Sus compañeros.

PENELOPE: ... cayera quien cayera. Yo era una intrusa que cuidaba la casa y a quien, de vez en cuando, se besaba sin saber bien por qué, antes de ponerse a roncar. *(La discusión se agría.)*

ULISES: Ulises no roncaba.

PENELOPE: Pues claro que roncaba. Y otras cosas peores. ¿Quién os habéis creído todos que era Ulises?

ULISES: El símbolo del hombre: eterno insatisfecho, viajero, curioso, razonador, dominador de la naturaleza, contrincante mañoso del destino, desobediente a los dioses malignos...

PENELOPE: Por favor reduzcamos la conversación a límites caseros. La dialéctica no me impresiona ya: fui la mujer de Ulises...

ULISES: Fue, es y será un héroe.

PENELOPE: Nuestro tiempo es trivial, amigo mío: no hay héroes ni dioses. Nadie es imprescindible.

ULISES: Al parecer, en esta casa, Ulises... Pero debió usted ampliar sus paredes: la grandeza de Ulises no cabía en esta habitación.

PENELOPE: ¡Su grandeza! Un hijo único, consentido y soberbio. Con una madre que sólo veía por sus ojos y un padre que hemos tenido que recluir, loco, en una casa de campo... ¿Y quién ha sacado adelante todo este maremagnum? ¿La grandeza de Ulises? ¡Yo! Yo, Penélope. La antipática, la insoportable, la gruñona Penélope.

ULISES: *(Guasón.)* De esos arrebatos ya me habló su marido. De esa pasión por hacerse la víctima. De ese querer tener siempre razón.

PENELOPE: Desgraciadamente la tengo. A veces me gustaría equivocarme. Debe ser agradable equivocarse un día...

ULISES: *(Irónico.)* Ese día no está lejos... Al morir, él me dijo: «Quizá ella ha cambiado con los años».

PENELOPE: *(Fuerte.)* ¿Para qué iba a cambiar? ¿Por quién? ¿Quién me habría tenido el menor respeto si yo hubiera cambiado? He tenido demasiados trabajos en mi vida... Un marido engreído que al final me abandona...

ULISES: Usted se lo buscó.

PENELOPE: *(Sin oírle.)* ... unos suegros imbéciles, un pueblo papanatas y, por si fuera poco, un hijo que se siente importante. Demasiados trabajos. No me dio tiempo a reír y ser amable.

ULISES: *(Susurrando.)* Doña Perfecta.

PENELOPE: Sí. Doña Perfecta... Cuidar la casa, vigilar el servicio, revisar las cuentas, dar de comer a mi hijo, defenderme de toda esa gentuza... y recibir además con palmas y con ramos a mi maridito, que volvía de madrugada oliendo a vino agrio y eruptando igual que un carretero.

ULISES: *(En voz baja, un poco humillado.)* Ulises no eruptaba.

PENELOPE: *(Sin oírlo.)* Pero, ¿quién piensa en eso? Nadie. Sólo se piensa en la gloria de Ulises. Las penas no interesan... Penélope es un ogro.

ULISES: *(Como último argumento.)* Toda esa santidad se hubiese mejorado con más delicadeza, con ternura...

PENELOPE: A mí me pueden obligar a ser ajusticiada, pero que no me obliguen encima a sonreír... Nadie está obligado a la sonrisa.

ULISES: Ni al amor, por lo visto.

PENELOPE: Ni al amor: cuando se cansó Ulises se largó por las buenas. *(Más bajo.)* Ni al amor, por lo visto... Yo lo amaba.

ULISES: A su manera.

PENELOPE: Como se ama siempre: cada cual tiene un modo.

ULISES: Dos días llevo en esta casa y usted no me ha llamado para saber noticias de su esposo.

PENELOPE: Después de veinte años tenía derecho a algo más que noticias. *(Más humana.)* Cuando, según usted, le hacía la vida imposible, sabía que le estaba haciendo imposible la vida a la persona que más quería en el mundo. Cuando reñía con él era porque me importaba más que nadie: no se intenta mejorar a quien no nos importa. Cuando me peleaba a muerte con él, no peligraba mi sentido del matrimonio: *(Una suave sonrisa.)* peligraba su vida, en todo caso. No lo entendió y se fue.

ULISES: Hay amores que matan, Penélope. *(Una posibilidad de acercamiento.)* Si el amor no es una ventana abierta por donde entren la luz y la alegría, no es nada. Si el amor no nos sirve para vivir, no es nada. Si, en lugar de endulzarnos las penas que ya nos da la vida, nos la amarga, no es nada: peor que nada. Si, por amor, nos dedicamos a destrozar a una persona, a devorarla, no estamos en situación de exigirle que siga a nuestro lado... Ulises se fue. No pudo emplear una defensa menos perjudicial...

PENELOPE: *(Haciendo saltar esa posibilidad.)* ¿Menos perjudicial? Y por seguir hasta en la otra vida con su estúpida astucia, me pone en este trance de casarme con un desconocido, que no tiene ni dónde caerse muerto...

ULISES: *(Se ha replegado en su ironía.)* No es mi intención caerme muerto, señora. De momento.

PENELOPE: No me importa cuál sea su intención. La mía está bien clara: no pienso casarme con usted. No me encuentro obligada. Su nombre no estaba en la lista de los pretendientes. Es inútil que insista...

ULISES: Si no estoy insistiendo. Cuando me deje hablar...

PENELOPE: Le digo que es inútil. Lo hemos hablado todo. *(Le vuelve la espalda.)*

ULISES: Verdaderamente no ha cambiado usted en nada... Yo vine a poner fin a su problema. Ya está resuelto. No hace falta casarse. Nunca he pensado en eso...

PENELOPE: *(Volviéndose.)* ¿Cómo?

ULISES: Yo no vine a quedarme en Itaca, señora... *(Está gozando.)*

PENELOPE: *(Ocultando su desencanto enorme.)* ¡Ah, no! Mejor. No habrá polémica. Pero que quede bien sentado: no es usted quien renuncia a mi mano. Soy yo quien se la niega.

ULISES: Por mí es igual: ni me va ni me viene.

PENELOPE: *(Muy bajo.)* ¡Asqueroso!

ULISES: ¿Qué piensa hacer usted? ¿Dónde irá, puesto que Telémaco la encuentra peligrosa? Cosa que no me extraña...

PENELOPE: Con un rey vine a Itaca y le dejo otro rey. Donde yo vaya no le importa ni a Itaca ni a usted.

ULISES: Por supuesto... *(Da por finalizada la entrevista.)* Si me permite, dormiré esta noche en su casa. Es ya tarde. Mañana, antes de que amanezca, me habré ido. Me alegra haberle sido útil.

PENELOPE: *(Colmada.)* ¿Util a mí? Había elegido para casarme un hombre serio, rico, corriente, moribundo. Un hombre que me hubiera dado lo que nunca he tenido: tranquilidad. Y viene usted, aparece de pronto, deshace todos mis proyectos. Me deja sola sin saber qué hacer. Y encima debo darle las gracias... Salga de esta habitación. Llame a Eurimena y pregúntele dónde puede dormir. Espero no tener que verle más.

ULISES: *(Como para sí.)* Hice mal en venir.

PENELOPE: En cambio hará muy bien en irse cuanto antes.

ULISES: *(Solemne.)* Adiós, Penélope.

PENELOPE: *(Desabrida.)* Adiós, adiós. *(Sale ULISES.)* No queda otra salida. Tendré que volverme a casa de mis padres. Como esas empalagosas recién casadas que todo lo han aprendido en el cine. ¡Qué fracaso! Esto es lo que se saca de tanta perfección. Quise ser una esposa modelo y aburrí a mi marido. Quise ser una madre modelo y mi hijo me encuentra mandona y absorbente. Quise ser una abandonada modelo y me obligan a casarme otra vez. Quise, por razones de estado, casarme otra vez y me dejan plantada... A esto se llama no dar una. Que vengan a hablar a mí de las tragedias griegas... *(Está buscando algo.)* ¿Dónde habrá un poco de alcohol en esta puñetera casa? Toda la vida prohibiéndolo y ahora soy yo quien necesita un trago. Estoy por sospechar que es una majadería la ley seca. Es bueno que los seres humanos olviden alguna vez que están hechos a imagen de los dioses... *(Entra EURIMENA, pálida y muda.)* Eurimena, preciosa, ¿por qué no me prestas esa botellita que antes llevabas en la faltriquera? ¿Qué te pasa?, ¿no me oyes? Dámela...

EURIMENA: Para poder llegar hasta aquí me la he bebido toda... Es Ulises, Penélope. *(Lo dice con un hilo de voz.)*

PENELOPE: Un exceso de alcohol produce incoherencias. No está mal la ley seca. Serénate, buena mujer... esta noche estamos todos un poquito nerviosos...

EURIMENA: Y más que nos pondremos. *(Muy claro.)* Ese extranjero es Ulises.

PENELOPE: ¿Qué? Repítelo.

EURIMENA: Le llevé al dormitorio de Telémaco. Ya su forma de entrar y su sonrisa me dieron mala espina. Me dijo: «No veo el caballo de madera. Uno blanco que mandó hacer su padre para él.» Yo le contesté: «Telémaco tiene veintiún años. Ahora prefiere los caballos de carne.» Pero estaba escamada... Miré por la cerradura mientras se desnudaba...

PENELOPE: *(En voz baja.)* ¡Tía pelleja!

EURIMENA: ... y vi la cicatriz de su muslo derecho. Si ese hombre no es Ulises me dejo cortar la cabeza.

PENELOPE: *(Después de una pausa pensativa.)* No me extraña. Había algo raro en sus ojos. Ese brillo de guasa que solían tener cuando me enfurecía. Y la misma crueldad... El muy puerco... Siempre le gustó hacer teatro...

Eurímena, debo estar loca: en esta noche se determina mi vida y noto, más que nada, un extraño contento...

EURIMENA: ¿Qué hacemos?

PENELOPE: Suplícale, humildemente, sin nombrarle, que me haga el honor de volver. Pídele perdón... Dile lo que se te ocurra. Pero que vuelva aquí. Rendidamente, ¿eh?

EURIMENA: Y tú, por favor, estáte amable, hija... Olvídate de todo... Encantadora, gentil y con buen gesto... No seas burra, Penélope.

PENELOPE: Sí, sí, pero consigue que venga. *(Va a salir EURIMENA.)* Ah, y entre tanto, tráeme de tu bodega un sorbito de alcohol... si no te importa.

EURIMENA: *(Va hacia el tocador.)* Mi bodega está aquí.

PENELOPE: ¿En mi tocador? ¡Contrabandista!

EURIMENA: Era el último sitio donde se te ocurriría registrar. *(Sale dejando sobre la mesa una botella.)*

PENELOPE: *(Mientras bebe una copa.)* Y yo creí que eran colonias fermentadas... ¿Cuáles serán las armas que utilizan las mujeres perdidas para seducir a sus víctimas? Perfumes, movimientos ondulantes, pestañas postizas, pechos falsos, altos tacones... ¿Quién lo sabe? Ya no me da tiempo a seguir cursos de corrupción. Tendré que improvisar. El embrujo no es tu fuerte, Penélope. Con tanta aparente honestidad, milagro será que no te haya salido hasta bigote. *(Entra en la alcoba y corre las cortinas. Unos segundos después llaman a la puerta. Nadie contesta. Se abre. Es ULISES, que mira despacio la sala.)*

PENELOPE: Y al llegar a Itaca, me encontrarás a mí más bella, más dócil, más complaciente... Como tú me deseas. ¿Vamos?
ULISES: Vamos. Al encuentro de la nueva Penélope. Ojalá los altos dioses me permitan llegar.

ULISES: Durante mucho tiempo, sin saberlo, añoré esta habitación. Su paz, su olor virtuoso, esa soserría de mujer decente que exhalan sus paredes. Lo que una vez fue nuestro y perdimos nos atrae siempre: pero sólo porque lo perdimos. Si lo volvemos a gozar, vuelve a cansarnos... Cómo gana una mujer mientras se la sueña. Ay, Penélope: vete, quiero soñar contigo... Circe y Calypso no se apearon del pedestal: siempre fueron soñadas... ¿por qué no hiciste tú eso? Todo está como estaba. Simplemente la vida ha cometido conmigo un fraude más. O quizá no y es mi destino quien aletea junto a mí: vieja gaviota, incansable gaviota... Quizá usa todo esto para anunciarme que lo mío es sólo navegar... Ni está gozoso mi corazón ni triste: no ha de ser suya la última palabra... *(Ante el espejo.)* Mis ojos, mi boca, mi mentón dividido. Aquí me despedí de vosotros antaño. Aquí me despido por segunda vez. Sois los mismos: acaso con alguna resquebrajadura: pero doméstica, pero remediable... *(Moviéndose.)* Estos muebles, que me hablaban en medio de las olas. ¿Por qué han enmudecido ahora que los toco... que los oigo crujir con la delicadeza de los viejos criados... que los abro como se abre un arca para sacar de ella, confusos, los recuerdos? ¿por qué habéis enmudecido, cosas de esta habitación que fue le mía: en la que amé, en la que presentí las estrellas, en la que proyecté mi gloria? *(Ante el espejo.)* No te detenga nada, Ulises. Aquí no es nada tuyo. La voz que has de seguir te llama desde el mar... En Feacia fui amado... No debí haber venido... *(En el espejo. Sobre su hombro se refleja NAUSICA, que ha aparecido de súbito.)*

NAUSICA: *(Sonriendo dulcemente.)* Claro que no. Te lo advertí. Yo fui tu último tren: no debiste apearte. Tú has detestado siempre que te ordenen la vida, saber lo que va a ser de ti hasta que te

mueras, la mesa bien puesta y el olor virtuoso. Tú eres un mito, Ulises. No estás hecho para que te pregunten cada día qué quieres de segundo plato. Has nacido para águila y aquí te hubieran rebajado a gallina clueca...

ULISES: *(Respondiendo al encomio.)* Nunca me hablaste con tanta ecuanimidad. Eras un poco brusca, si me dejas decirlo...

NAUSICA: Pero tu salida de Feacia me maduró. Tú derramas el milagro por donde vas. Vuelve conmigo... *(Insinuante.)* Yo soy tu riesgo y tu albedrío... el amor que hay que reconquistar cada mañana. Soy la inseguridad... El «todavía».

ULISES: *(Meditabundo.)* Penélope es la rendición, el fin... Es cierto. Pero ¿y Euríalo?

NAUSICA: ¿Quién se acuerda de él? Le utilicé para encelarte... Vuelve. Escápate de Itaca. Aquí sólo serás un triste soberano, ocupado de engordar a tus cerdos y a tus súbditos. Tomarás ya consejo, ya te... *(Se divierte.)* Te aburrirás a muerte. Perderás la línea. Penélope te hipotecará la opinión con sus guisos grasientos... Echate al mar, Ulises. ¿No te acuerdas del mar?

ULISES: ... Lo inesperado. La tensión, la lucha abierta. Sí: la vida, la vida... Hay que elegir. Y elegir, qué horror, es siempre renunciar.

NAUSICA: Dentro de poco, en Itaca, no serás más Ulises: serás sólo el marido de Penélope y el padre de Telémaco. Todo lo que has luchado: tu fama, tus amores, tu odisea, acabará en una fría cama de matrimonio. ¡Huye! Yo te estoy esperando...

ULISES: Si Penélope pensara como tú... *(Hay una duda en el aire.)*

NAUSICA: No es posible. Ella es raída, puntual, cicatera. Recuérdame: yo soy lo imprevisible. Ahora o nunca... Recuérdame y elige.

ULISES: *(Ante NAUSICA que va alejándose.)* Hechicera, ven. Fascinadora...

NAUSICA: *(Retirándose hacia la salida.)* Ven tú hacia mí. *(Cuando ULISES va a seguirla, tras la cor-*

PENELOPE: Cumplamos bien nuestro oficio hasta el final... (A Eurimena). ¿No te quedaría un poco de esa porquería que sueles beber? (...). Sí. Ya sube... Abrele...

tina aparece PENELOPE: arreglada, sofisticada, distinta, atractiva; con un deshabillé honesto, pero turbador. Su pelo está ahora suelto.)

PENELOPE: Perdone que le haya hecho esperar. Y siéntese, siéntese. *(El, antes de sentarse, le ofrece un lugar en la «chaise - longue».)* Por favor, sin cumplidos... Ya ve que le recibo en mi «sancta sanctorum». *(Se sientan los dos.)*

NAUSICA: *(Siempre a ULISES.)* ¿Lo ves? Ya empieza a decir estrecheces.

PENELOPE: *(Como si la hubiera oído.)* Quiero decir en mi habitación íntima. Y perdone también que antes me haya portado quizá groseramente. No era mi intención. Estaba indecisa, preocupada... Olvídelo. ¿Una copa?

NAUSICA: Quiere engatusarte. No aceptes.

ULISES: *(Tímido.)* Gracias. No bebo.

PENELOPE: *(Sacando del tocador copas y sirviendo.)* Yo tampoco. Pero hoy haremos usted y yo una grata excepción. *(Levanta la suya.)* Por usted.

ULISES: *(Violento.)* Su camarera me dijo que...

PENELOPE: Sí, quería consultarle detalles de gobierno... Su modestia no consiguió engañarme. Se ve a la legua, por su porte y su conversación, que usted es extraordinariamente sagaz... Mi marido lo era. *(Suspira.)* Por eso no fue posible sustituirlo... Las mujeres, por fuerte que parezcamos, dependemos del hombre... sobre todo a ciertas horas... Necesitamos su apoyo, su presencia, esa firmeza que se desprende de lo masculino. *(Saca un pitillo.)* ¿Me da fuego?

NAUSICA: Quémale la nariz. Te está embaucando.

ULISES: *(A NAUSICA.)* Calma. Vamos a ver qué sale de todo esto. Hay que oír a la gente.

PENELOPE: *(Por el platillo de su copa.)* Esto nos servirá de cenicero... Acomódese bien. Permítame. *(Pone bajo sus pies un escabel.)* ¿Está mejor así? *(Le da fuego con su pitillo.)* No en vano lo he sacado de la cama, donde quizá usted añoraba a su esposa, si la tiene... como yo añoro a mi esposo cada noche. Es tan malo estar solo. *(Suspiro.)*

NAUSICA: *(Imperativa.)* Oyeme, Ulises.

ULISES: Calla, por favor. No se puede ser grosero, caramba...

PENELOPE: *(Vuelve de su suspiro. Se acerca.)* Le decía que una mujer precisa el hombro de un amigo: más un hombro que un hombre, donde recostarse y descansar... *(Se apoya levemente en el hombro de ULISES.)*

ULISES: Tiene usted una hermosa cabellera.

PENELOPE: Muy atento, pero sé que no siente lo que dice. Usted habrá tratado a tantas guapas oficiales... Cuerpos cuidados, hábiles caricias. ¿Qué sé yo? Para usted yo seré una despreciable provinciana.

ULISES: Qué va, qué va. Al contrario. También al hombre le gusta a veces reposar en una mujer discreta, sólida. Cuando se ha viajado mucho, y ese es mi caso, anhelamos una compañera apacible y paciente.

NAUSICA: *(Sin esperar ya nada.)* Adiós. *(Desaparece. ULISES, si apenas se vuelve, acaparada su atención por PENELOPE.)*

ULISES: Tanto escalar montañas, fatiga. Fatiga tanto nadar contra corriente... Nos dormimos en altamar y con el balanceo soñamos en una pacífica llanura, resistente y monótona.

PENELOPE: Qué cautivador es lo que dice. *(ULISES va a abrazarla. Ella se incorpora como al descuido. ULISES casi se tumba sobre la «chaise - longue». Se levanta, también. Mientras la busca:)*

ULISES: Su esbeltez me recuerda el tronco de una palma que subía hasta el cielo. La vi una tarde, en Delfos, junto al altar de Apolo. Creí que no podía haber nada tan bello...

PENELOPE: Eso lo habrá dicho usted antes a tantas otras...

ULISES: Le juro por los dioses que es la primera vez...

NAUSICA: ¡Perjuro!

PENELOPE: *(Sentándose de nuevo.)* No jure. Le decía, que el gobierno de Itaca *(ULISES también se sienta y se aproxima.)*, a pesar de ser sólo una isla, es una cuestión peliaguda...

ULISES: *(Incapaz de resistir.)* Penélope. *(La besa, rindiéndola sobre el diván.)*

PENELOPE: *(Con los ojos cerrados.)* Otro, por favor... *(Como para sí.)* Es él. No cabe duda. *(Le da una bofetada magistral y se levanta.)*

NAUSICA: *(Apareciendo brevemente.)* Te está bien empleado, por bocazas.

PENELOPE: *(A ULISES, que sin reponerse se ha levantado.)* Siéntate. Vamos a hablar ahora de hombre a hombre.

ULISES: *(Intentando mantener el tipo.)* Eso va a ser difícil, entre nosotros...

PENELOPE: Vamos a verlo... *(Ha vuelto la ingobernable Penélope anterior, más humana acaso y desde luego, más esposa.)* Tú eres un cacho guarro que cada vez que has aparecido en mi vida ha sido para ponerla patas arriba. Y eso se terminó. *(Va hacia la puerta. La cierra con llave. Se la guarda en el pecho.)* Yo soy tu mujer y tú eres mi marido. Yo he cumplido una por una mis obligaciones. Tú has hecho siempre lo que te ha salido de las narices... Veinte años por ahí y ahora vienes, de incógnito, a aprovecharte de mi indefensión y a sobarme con un nombre supuesto. ¡Y mañana pensabas volver al mar! Ulises, con sus manos lavadas, le pone un cuerno a Ulises: mitología pura... Qué pena, ay, qué pena tan grandísima. ¿De qué me sirve haberte respetado? ¿Haber puesto en un altar tu memoria y tu honra? ¿Es que ya no te acuerdas qué ardiente es el verano en Itaca? Responde, mal esposo, mal padre, mal rey, mal hombre, mal Ulises...

ULISES: Me quedaré... Está bien... Me quedaré... Si pensaba quedarme. Pero no escandalices... Todo era una broma. Ya sabes qué aficionado soy yo a estas comedias... Quise probarte. Quise ver cómo estaban las cosas antes de darme a conocer... y, desde luego, quise evitar que tus pretendientes me lincharan. *(PENELOPE pasea muy sofocada. Cada uno hace bas-*

tante verosímilmente su papel.) Triste es llegar a la Patria, Penélope, después de tantas privaciones y encontrar que sólo un perro nos reconoce. Sólo un perro mueve la cola a nuestro paso, recuerda nuestro olor. Sólo un perro ha esperado; le ha dicho a la muerte: «Aguarda a que regrese mi amo», y después de vernos se entrega, dichoso, a la muerte, y le dice: «ya»... Sólo un perro, Penélope... Pobre Argos ciego. Vino hasta mí despacio, parecía que nunca iba a llegar. Cuando me olfateó quiso ladrar sin conseguirlo... o quizá sólo quiso sonreír. No le dejó la muerte...

PENELOPE: *(Truco por truco.)* ¿Es que crees que yo no te reconocí desde el primer momento? Por eso te he llamado. ¿A quién si no a un esposo se puede recibir en esta habitación? Supe quién eras, pero quise saber hasta dónde llegarías. Mi corazón no es ciego, no es sordo. Oyó tu voz. Vio tus cejas fruncidas. Me extrañó que no me denunciaran ante ti sus latidos. *(Una breve lágrima.)* Pero tú si eres sordo.

ULISES: Penélope querida. De ahora en adelante todo irá bien. Volveremos los dos a reinar en Itaca como antes de irme a Troya...

PENELOPE: ¡Como antes, dice! ¿Es que no te das cuenta? Telémaco llegará mañana con pruebas fehacientes de tu muerte.

ULISES: Bien. Lo esperaré en el puerto. Me reconocerá. Dará saltos de gozo por tener a su padre entre los brazos.

PENELOPE: No te enteras de nada. Telémaco no venera en su vida más que a Ulises...

ULISES: Como debe ser. Telémaco es un buen hijo de su padre.

PENELOPE: *(Sin oírlo.)* Cree que Ulises es fuerte, valiente, hermoso. Cree todo lo que tú has querido que se crea de ti. Ulises, conquistador de Troya, general invencible, amante infatigable, navegante perpetuo, hábil, sutil, astuto, inteligente...

ULISES: Muy bien, muy bien. Perfecto... Y así soy.

PENELOPE: Pero Ulises, ¿dónde tienes los ojos? ¿Para qué te ha servido correr tanto? *(Ante el espejo.)* Mírate. Mira esos ojos tristes, esa cintura recargada, esas arrugas, esas canas... ¿dónde están tus soldados? ¿Qué has hecho de tus naves? ¿Dónde dejaste el botín de las batallas? ¿Qué explicación darás a las mujeres, a las madres, a los hijos de los hombres que te llevaste de Itaca?

ULISES: *(Con el ceño fruncido.)* Ya se verá... ya se verá.

PENELOPE: ¿Piensas que todos son Penélopes? ¿Piensas que todos tienen la obligación de recibirte como llegues: con las manos vacías, envejecido, artero y malicioso? ¿A quién esperas convencer con tus marrullerías? ¿Crees que remediarás tus mejillas descolgadas porque te pongas chaquetas de colores? ¿Crees que, después de veinte años, los súbditos soportarán, por su elocuencia a secas, a un mal rey?

ULISES: ¡Yo soy rey por derecho divino!

PENELOPE: Mejor que no lo digas, por si acaso. No emplees ese argumento nunca más. Así, por lo menos, seguirás creyendo en el derecho divino de los reyes. Telémaco es joven, guapo, rubio, osado. Adora la memoria de su padre. Ha heredado la gloria de su padre: inventada, es cierto, pero la gloria siempre se inventa, un poco. Es el rey ideal. Y ahora vienes tú a darte a conocer. A convencer a todos de que lo que oyeron de ti no era verdad: que eres un pobre hombre que lo mejorque pudo hacer fue no regresar nunca. Ah, Ulises, ¿dónde, en qué mar se ha ahogado tu agudeza?

ULISES: *(Casi infantil.)* Pero entonces, ¿qué debo hacer?

PENELOPE: Telémaco no debe saber nunca que su padre vive. Que herede el trono. Si mañana tú le dijeras que eres Ulises, sentiría tal ira por la suplantación que no te daría tiempo a decir una palabra más. Tu hijo te mataría por defender el honor de su padre. Una vez más, Ulises sería víctima de Ulises.

ULISES: *(Apesadumbrado, sin salida.)* ¿Por qué habré vuelto?

PENELOPE: *(Llegando a donde quería.)* ¿Aún no lo sabes? Porque siempre se vuelve. No has vuelto por amor ni a Itaca ni a mí. Has vuelto porque se vuelve siempre en busca de una silla; de un perro al que enseñamos a hacer pis fuera de casa; de un caballo de madera que compramos a un niño; de una mujer arisca y poco grata, que nos sostuvo la frente mientras vomitábamos... Has vuelto a descansar, Ulises. *(ULISES, se ha dejado caer en el sofá anonadado.)* Descansa. Deja caer las cejas: ya no hay público... *(La misma sugestión que en la primera parte.)* Cierra los ojos. No importa que se hayan descolgado tus mejillas: descansarán mejor. Abandónate. Ya has llegado al puerto final... Tus brazos... Yo me encargo de todo... Tu cintura... Tus caderas que ya no pueden con las armas. Tus muslos que te duelen si andas un cuarto de hora... Yo me encargo de todo. *(ULISES parece dormido.)* Siempre fuiste un niño. Egoista, respondón, vanidoso: un niño encantador. *(Tararea la misma nana que NAUSICA.)* Recuerdo tus ojos: si me hubieran dejado de mirar, me habría muerto... *(Sonríe.)* Tu boca, apasionada y desdeñosa, hecha para dar besos inolvidables que no diste... Te recuerdo maravilloso, como nunca has sido. Y te amo, Ulises, ¿qué quieres que le haga? Amo tu pelo gris y tu cansancio tanto como amé tus rizos y tu vigor de la primera noche. Así somos. Eres mi sueño, mi realidad, mi tedio, mi martirio, mi dios. Eres mi hombre. Y te amo como eres. ¿Es que no te das cuenta?

ULISES: *(Abre los ojos y sonríe.)* Claro que me doy cuenta.

PENELOPE: *(Falsamente ofendida.)* Zorro, zorro, zorro.

ULISES: *(Estrechándole la cintura.)* Mañana nos iremos con mi padre, lejos del mar... tierra adentro. Con el pobre loco, locos los tres. A cuidar viñedos y a asar castañas en la chimenea... A engordar...

PENELOPE: *(Sonriendo.)* A engordar, no.

ULISES: ... y a vivir la vida que nos queda de prisa, muy de prisa...

PENELOPE: Sí, porque has per-

dido mucho tiempo haciendo el tonto... Tendremos que llevar ropa de cama. Y algo para hacer hielo: no soporto en el verano las bebidas calientes... *(Adopta ya su aire eficaz de antes.)*

ULISES: Mañana...

PENELOPE: Nada más levantarme haré la lista...

ULISES: Mañana... ahora, vamos, Penélope: no quiero dormir solo.

PENELOPE: Mira cómo has puesto la mesa de ceniza... Limpia ese escabel, por favor... Luego, guarda las copas: no está bien que las vean. *(Va hacia el dormitorio.)*

ULISES: A tus órdenes... Cuando bajé hasta el Hades... ¿Me oyes, Penélope?

PENELOPE: *(Dentro.)* Sí. Es que estoy preparando la cama...

ULISES: Me encontré con Tiresias de Tebas, el antiguo vidente. «Escucha, hijo de Laertes, vástago de los dioses», me dijo. «Después de resolver los problemas de Itaca, has de partir de nuevo llevando al hombro un remo y caminarás hasta la tierra de unos hombres que desconocen el mar, no utilizan la sal en sus comidas e ignoran la existencia de las naves. Entonces clavarás en la tierra tu remo y sacrificarás al dios del mar. Sólo si cumples esto el mar te enviará la ancianidad feliz». Eso me dijo Tiresias. Y su sombra, entre las demás sombras del Erebo...

PENELOPE: *(Dentro.)* ¿Vienes o no?

ULISES: Sí, querida. Perdona. Estaba distraído. Es curioso: feliz lejos del mar... qué difíciles de comprender son estos dioses...

PENELOPE: Apaga antes la luz.

ULISES: Sí, querida.

PENELOPE: Y asegúrate de que están cerradas las ventanas: empieza a refrescar...

ULISES: Sí, querida.

PENELOPE: Mejor será que te descalces fuera: traes sucios los zapatos. *(ULISES lo va haciendo.)*

ULISES: Sí, sí, querida. *(Mira alrededor.)* Todo está en orden. Todo está bien. Es bueno tener al lado una mujer que se ocupe de todo...

PENELOPE: ¡Ulises!

ULISES: Voy, querida. Ya voy. *(Al pasar por el espejo se mira un instante con los zapatos en la mano.)* Buenas noches, Ulises. Adiós, Ulises. *(Va hacia la alcoba, mientras cae el*

T E L O N.)

EPILOGO

Hay ocasiones —casi todas— en que uno necesita descansar. Esa es la razón de que haya escrito «¿Por qué corres, Ulises?». O mejor, la razón de que la haya escrito **así:** como un juego. (Sin embargo, aconsejo desconfiar de su apariencia. Nada hay más serio que el juego, porque la presupuesta seriedad es lo que lo sostiene. Tomado a broma, el juego no es absolutamente nada: ni una manera de pasar el tiempo).

«¿Por qué corres, Ulises?» se presenta como una caja de bombones. Si alguno amarga no es culpa mía. La brillante envoltura nos distrae un momento; luego, el sabor se impone: porque el amor termina y a solas es más duro envejecer. Pero hay que sonreír. Esa caja es todo lo que se nos ha dado. Conviene guardar la compostura ante la inocentada.

Cualquier odisea es el relato de un retorno —a la larga da igual retornar vencedor o vencido— y de una desanimada espera. La despedida de un mar donde se estuvo «desmemoriado y disponible». La recuperación de la memoria, que una postguerra náufraga logró desvanecer y diluir.

Todos somos Ulises o Nausica o Penélope. Todos hemos sufrido las consecuencias de una lejana guerra, cuyas causas se nos han olvidado. Todos esperábamos llegar alguna vez donde nunca llegamos. Todos hemos perdido demasiado tiempo y culpado de nuestras tonterías al destino y los dioses. Todos vagamos de una en otra isla, desterrados de donde fuimos reyes ignorantes: y es terrible volver. Todos tenemos un alma dividida: y es terrible elegir.

«¿Por qué corres, Ulises?» es una tragedia tan frecuente que ha dejado de serlo y se ha vuelto costumbre: para convivir con la tragedia nos tapamos los ojos como burros de noria. No requiere ni un desarrollo ni un final sangrientos: las heridas más hondas son las que menos sangran. Verificar que todo hombre es, en definitiva, un pobre hombre y que toda mujer, sea como sea, no es más que una mujer, puede dar risa. Quizá el mejor espectador sea aquel que mientras se sonríe, acierte a comprenderlo. ■ **A. G.**

LA GACETA DEL NORTE

BILBAO, AÑO XLVI. Núm. 14.802 | 40 céntimos | Jueves 28 de febrero de 1946 | Franqueo concertado | HENAO, 8. TEL. 14790-APAR. 125

"España tiene su gran misión: ha sido predestinada por Dios a grandes cosas en el orden sobrenatural"

"Ella ha sido siempre la defensora de la catolicidad de la Santa Iglesia Romana"

"La Iglesia española no ha tenido jamás ningún gesto de mansedumbre con ningún poder temporal"

"Sabemos lo que ha representado y lo que representa España en los momentos actuales: lo oía esta misma mañana de los labios del Sumo Pontífice"

Discurso del Cardenal Pla y Deniel al tomar posesión de su iglesia titular

CIUDAD DEL VATICANO.—El Cardenal Arzobispo de Toledo al tomar posesión de su iglesia titular de San Pedro en Montorio, pronunció el siguiente discurso:

«A las muchas pruebas de benevolencia que en estos días he de recibir de Su Santidad Pío XII tengo que añadir una otra de haberme concedido este título tan limpio de San Pedro en Montorio.

Con verdadera emoción y satisfacción de espíritu he recibido la asignación de este título por múltiples razones. La primera por ser título de esta iglesia el primer Vicario de Cristo, aquel a quien Cristo dijo que apacentase sus corderos y que apacientase también las ovejas, del primer Vicario de Cristo que imitó a Cristo en su muerte, siendo también de crucificado, aunque como símbolo de humildad con los pies para arriba y abajo la cabeza, en este lugar tan venerado Pedro de que morían el primer Vicario de Cristo.

El Santísimo Padre ha tenido para a bien adjudicarme a mí este título del Cardenalato y mi vinculo en, por consiguiente, vinculma, porque los Cardenales hemos de ser en el Vicario de Cristo. Seamos los que constituimos un Senado y que en la función principal de los Cardenales es la Santa Iglesia Romana a elegir a aquel que ha de recibir la plenitud de facultades cuando ocurre una vacante en la Santa Iglesia.

CONSISTORIO HISTORICO

Y ciertamente que este Consistorio, que resultará histórico en la Historia de la Iglesia Romana con la sublime expresión de Su Santidad Pío XII presente ante el mundo, después de una guerra mundial que tan ha estragado, tantos años y tantas ruinas ha causado, este Consistorio presenta ante esta Humanidad lacerada y dolorida el repertorio de la una en el reino de Cristo en la tierra Prince de Justicia, de paz y de amor, reino de la verdad sobre la mentira y del amor sobre el odio.

En estas condiciones, y dada la importancia del acto, quiero en la actualidad, cuando en el mundo hay Continente que se Lo-lle un-verdad, en el cual se hallan representantes de las naciones vencedoras y vencidas, en donde con fraternal abrazo están reunidos los Príncipes de todo el mundo en su dignidad cardenalicia, ciertamente que después de que Consistorio historia, en el que se ha demostrado la verdadera universalidad de la Iglesia, es para mi motivo de mayor satisfacción el que dentro del Cuerpo mistico que es la Iglesia me haya sido asignado este título, que recuerda los vínculos de unión de los Cardenales con el Pontífice Romano. Y ¿por qué he dicho?, como acabo de decir con gran erudición el Padre General de la Orden de los Franciscanos, este título recuerda asimismo la unión de dicha Orden a nuestra España. Aun parece que vibra todavía el espíritu de nuestros grandes Reyes Católicos, fundando a Isabel, que reconstruyeron este templo y encargaron a Bramante la erección de precioso templete.

ESPAÑA TIENE SU GRAN MISION

También España, dentro de la unidad del Cuerpo mistico de la Iglesia, tiene su gran misión. Ha sido predestinada por Dios a grandes cosas en el orden sobrenatural nuestra España. Ella, durante todos los siglos, ha sido decidida del Vicario de Cristo. Ella libró a Europa de la invasión de los Mahometanos, y al año 1 hay una Cruzadas para defensa de su territorio, fué también en Bailén para que los visigodos tuvieran un triunfo largo en Europa. Ella ha sido siempre la defensora de la catolicidad de la Santa Iglesia Romana.

LOS TEOLOGOS ESPAÑOLES EN EL CONCILIO DE TRENTO

Estamos celebrando el centenario del Concilio de Trento, y ¿qué hacen los eminentísimos allí los teólogos españoles, que tuvieron el grandísimo honor de ser los consultores de los Papas? Allí en Trento, fué España la vista de la tradición, pero también la impulsora de una verdadera reforma, porque no otra vino necesitan reformarse cuando era la misma Iglesia constituida por Cristo. Pero era aquella una reforma de austeridad de costumbres y conservación del espíritu y no una reforma que variase la moral de la constitución de la Iglesia Romana.

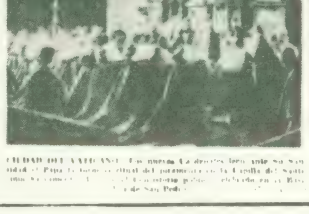
Y junto a Trento, junto a nuestros teólogos vindicadores de esa catolicidad de la Iglesia y del poder del Romano Pontífice, los grandes ilustradores de los misterios de la raza, los grandes defensores también de la libertad de esa libertad que a veces no se reconoce en nuestra España. ¿Pero si la raza española es amantísima de la verdadera libertad; si no ha soportado jamás la injusticia? ¿Pero si la iglesia española no ha tenido jamás ningún gesto de mansedumbre con ningún poder temporal?

SABEMOS LO QUE HA REPRESENTADO Y LO QUE REPRESENTA ESPAÑA

Amamos a nuestra Patria. Pertenecemos nosotros, con un amor sobrenatural, porque sabemos lo que ha representado lo que representa España en los momentos actuales. Lo sabía esta misma mañana de los labios del Sumo Pontífice, en la audiencia que ha tenido la bondad de conceder, cuando tratábamos el Romano Pontífice reconocía con sólo a las glorias pasadas de España sino cuando pasaba las páginas de aquel libro que le entregó de los martirios de la diversas iglesias, cuando ella me se ve la Iglesia, sino en expresión de Padre que sale aquella legión de martires tan numerosa, como tales con este juicio de Padre amantísimo: Sí, son verdad los martires.

Continúa en tercera página

El juramento de los nuevos Cardenales



CIUDAD DEL VATICANO. En nuestra [illegible]

Las causas de Canonización en el Consistorio

CIUDAD DEL VATICANO. El Santo Padre [illegible] de los cuatro causas de Canonización [illegible] público del día 21

La frontera hispano-francesa, cerrada por el Gobierno español

SAN SEBASTIAN (S)

LA FRONTERA CERRADA

Por disposición del Gobierno español, ha sido cerrada [illegible] la frontera hispano-francesa [illegible] Irún-Hendaya.

ANIVERSARIO

Fué ayer conmemorado el [illegible] aniversario de [illegible] Instituto Nacional de Previsión, con una misa [illegible] GRATITUD DE LOS NUEVOS CARDENALES

El Presidente de la Diputación [illegible] felicitación al Vaticano [illegible] Arzobispo de Toledo. Esta agradecía [illegible]

No más desculpas [illegible]

LLUEVE

MAÑANA PRIMERA VIERNES

El embajador español en el Perú

[illegible]

La actitud de Francia hacia España ES UNA SEGUNDA "FERRERADA"

[illegible]

Audiencias del Caudillo

[illegible]

Continúa en tercera página

(«La Gaceta del Norte», 28-II-1946.)

LA VERDAD SE IMPONE

Ni gritos, ni aspavientos, ni alborotos... Los comunistas franceses, que son exactamente iguales a los comunistas de otros países, porque obedecen a la mismas consignas siniestras y antinacionales, intentan sembrar la confusión, propalan infudio tras infundio y acumulan mentira tras mentira en torno a un hecho claro y evidente sobre el que no caben interpretaciones dudosas. En España, y con todas las garantías jurídicas y procesales que el caso requería, se ha cumplido la sentencia dictada contra unos malhechores responsables de delitos comunes, de crímenes que se sancionan con la pena de muerte en todos los lugares del mundo. La mejor y más clara prueba de la independencia con que actúa nuestro poder judicial es que siete reos de los encartados en ese proceso han sido indultados y que aquellos otros a los que alcanzó la última pena habían cometido, entre otros repugnantes actos criminosos que la pluma se resiste a relatar, el asesinato de dos miembros de su propia filiación comunista en circunstancias tales de agravación que revelaban no sólo su peligrosidad social, sino también su condición repulsiva.

En el curso de las investigaciones subsiguientes a los crímenes se probaron cumplida y sobradamente los hechos que se les imputaban y se demostró también quiénes les habían provisto de todos los medios y armas necesarios para la comisión de sus crímenes: los comunistas franceses. Eran esos comunistas los que, con ayuda de sus enviados, intentaban perturbar nuestro orden y nuestra paz con toda clase de actos terroristas y atentados personales.

La ejecución de la sentencia a la que se dio la debida publicidad no sólo para ejemplaridad y escarmiento, sino también para probar que en ese acto de justicia nada había de torcido ni oculto, ha dado origen, conforme a las órdenes circuladas por los capitostes comunistas a una violenta campaña de alborotos y escándalos promovida por los mismos comunistas franceses que habían impulsado la entrada de los asesinos en España. En esa campaña de alborotos que a quien daña es a nuestro vecino país, cuya situación lamentamos, forman parte del programa toda clase de manifestaciones antiespañolas y también coacciones desatentadas, tales como la ejecutada por el Sindicato de Comunicaciones de Francia, Sindicato comunista, que, violando lo establecido en el Convenio de Berna y contra la voluntad del Gobierno francés, ha cortado toda comunicación durante veinticuatro horas con nuestra Patria. Pero la verdad se impone. El relato objetivo y sereno de cuanto antecede vence a los aspavientos de los energúmenos que pretenden poco menos que elevar a categoría de mártires políticos a unos reos de crímenes de derecho común. Nada tenemos que envidiar, ciertamente, a la situación de Francia, donde el comunismo campa en los límites que de todo esto se desprende ante el estupor y el temor de los ciudadanos conscientes. Lo lamentamos por la vecina nación. Y deseamos para ella mejores horas.

Por otra parte, esos comunistas que tan violenta y desaforadamente protestan contra la ejecución de una legal sentencia, no pueden engañar a la conciencia honrada del mundo, porque en aquellos países donde domina el comunismo son la expoliación y el crimen los signos de ese régimen aborrecible.

(«ABC», 24-II-1946)

FRANCIA, DESPUES DE RECLAMAR INFRUCTUOSAMENTE EL INDULTO DE DIEZ DELINCUENTES ESPAÑOLES, ACUERDA CERRAR LA FRONTERA COMUN

Por la oposición de Bidault, los comunistas no obtienen la ruptura de relaciones diplomáticas. La frontera quedará cerrada en la medianoche del viernes

Mañana quedará cerrada herméticamente la frontera hispano-francesa por obra y gracia, y para mayor honra y provecho, de esa *opinión pública* que en Francia, como en cualquier otro país donde se relaja el principio de autoridad, consti[illegible] y monopolizan [illegible] partidos [illegible] nada ha[illegible] la [illegible] Gaulle, el eminente biógrafo de Suárez, [illegible] Luchaire, venal, po[illegible] ofensivo. [illegible] pensamiento yace [illegible] porras [illegible] Maurras [illegible] cheu, a quien el general De Gaulle envió, encontrándose el reo en capilla, la carta que sigue: "Sé que es usted inocente, pero la causa de Francia necesita su sacrificio." Por delitos de pensamiento han fusilado los Gobiernos de la liberación a Roberto Brasillach, un intelectual joven, de alma vigorosa y pura, y [illegible] convoca en la Prefectura de Policía y se les prohibe que se comuniquen, so pena de encarcelamiento, con cualesquiera miembro de la familia que se halla refugiado en el extranjero. No ha sido Madrid el escenario histórico e infrahumano de la ejecución de Laval, ni en Madrid donde a la Magistr[illegible] le c[illegible] prisa sentar en el banquil[illegible] tiot[illegible] héroe [illegible]

(«A B C», 27-II-1946.)

Su Excelencia el Jefe del Estado hace unas importantes declaraciones, que restablecen la verdad sobre España

"Nosotros respetamos y no nos entrometemos en lo que es privativo de los otros pueblos y creemos tener derecho a que nos respeten y nos dejen en paz"

"A España, lo que verdaderamente le interesa es el contenido de su Régimen político, no su expresión externa, que la considera cosa secundaria"

"Lo importante hoy para las naciones es la libertad de conciencia y el libre ejercicio de los derechos humanos, que el Fuero de los Españoles garantiza"

"Cuando los EE. UU. hayan pasado todas nuestras etapas democráticas, su opinión pública comprenderá perfectamente los problemas de España"

"LOS PERFECCIONAMIENTOS Y EVOLUCIONES QUE EL REGIMEN EXIJA LO SERAN POR NECESIDADES INTERNAS Y VOLUNTAD DE LOS ESPAÑOLES"

"Norteamérica, Gran Bretaña y España son pueblos llamados por la naturaleza a entenderse, y nuestra voluntad y buena fe en este camino no pueden ser discutidas"

"Si a nuestras Instituciones, similares a las de los otros pueblos democráticos se une nuestra rectitud de conciencia católica, se encuentra la reforma política que fuera se desconoce"

Texto de las manifestaciones del Jefe del Estado al periodista de la Associated Press, Mr. Dewit Mackenzie

Numerosas corporaciones y particulares testimonian su adhesión al Caudillo

Con ellos se pone de manifiesto el clamor unánime de España frente a las campañas de difamación

(«Arriba», 29-I-1946.)

REPLICA A «LA DEPECHE MARROCAINE»

El periódico tangerino La Depeche Marrocaine *viene recogiendo de algún tiempo a esta parte con singular delectación las noticias tendenciosas o simplemente falsas que se dan con respecto a nuestro país. Esto no tiene importancia alguna ni nosotros hemos de elevar el grito por ello. Desde que vimos a este periódico recibir consignas de cierta Delegación de Prensa, y después cambiar radicalmente de la noche a la mañana, cuando le ordenaron atacar al mariscal Pétain, no concedemos importancia mayor a cuanto pueda decir, hacer o destacar en sus pobres páginas. Pero queremos rectificar un título —sólo un titular— que aparece en su número del día 23. La noticia da cuenta de la ejecución capital de unos reos en España, pero en vez de titularlos «criminales de derecho común» los llama, en el encabezamiento, «condenados políticos» y señala la «penosa sorpresa» que ha producido en Francia la ejecución de uno de los combatientes de la Resistencia que más se destacaron bajo la ocupación alemana y después del desembarco de los aliados en Normandía.*

La Depeche *y algunos sectores extremistas franceses parecen pretender que el haber luchado en la Resistencia a favor de De Gaulle da derecho a penetrar después en España, a cometer actos de sabotaje, organizar revueltas, asaltar Bancos, perpetrar asesinatos y otros crímenes de derecho común, atacar a la Policía, colocar bombas y perturbar, en fin, la paz pública y la seguridad individual y colectiva de los españoles. Todos los condenados y ejecutados a que se refiere* La Depeche *son reos de delitos comunes y así lo han reconocido, tras de completas y amplias pruebas, los Tribunales encargados de juzgarles. Hay, pues, una «corta diferencia» entre la titulación y la noticia, que podríamos muy bien calificar de adulteración, pero nosotros no somos amigos de adjetivos fuertes. Si lo fuéramos y también de hacer campañas tendenciosas o simplemente políticas, podríamos diariamente estar aprovechando tantas y tantas cosas como sabemos del Marruecos francés, de Argelia y de la propia Francia. nos limitamos, sin embargo, a dar en nuestras páginas una referencia objetiva de los hechos más destacados, y como nosotros, toda la Prensa española. Ahora que* La Depeche *ha cambiado nuevamente de Empresa podría aprovechar la ocasión para cambiar también de conducta respecto a España y, sobre todo, de conducta moral.*

(«Diario de Africa», 27-II-1946)

La campaña contra España y Franco tiene un fondo escuetamente comunista

A Madrid, les ouvriers de l'imprimerie de l'organe central de la Phalange. *Arriba*, ont fait grève pour paiement d'une prime aux pères de famille.

Estos tres recortes del periódico comunista francés "L'Humanité" del día 16 del corriente mes demuestran dos cosas; Primera, que quienes hacemos ARRIBA estamos en huelga, como puede verse, por diferencias en el abono de nuestros pluses familiares (lo que tenemos el sentimiento de comunicar a nuestros lectores de todos los días). Segunda: Los otros dos recortes, consecuencia lógica de esta verídica opinión que Francia tiene de las cosas españolas, revelan el fondo escuetamente comunista de la campaña contra España y contra Franco. El nombre procaz de "La Pasionaria", tan conocida de la crónica negra de la revolución roja por su consigna "¡No tened piedad!", es suficiente para calificar la actitud antiespañola en su repugnante empeño. Conviene que nadie se engañe y crea que una intención más o menos democrática trata de conseguir la felicidad de los españoles. El nombre del espeluznante criminal André Marty—"el carnicero de Albacete"—aparece también en la campaña. ¡Para que no haya lugar a dudas!

Il faut rompre avec Franco !

Deux brochures d'actualité

Pour la sécurité de la France

discours prononcé par

André MARTY

député de Paris
secrétaire du Parti Communiste Français
le 16 janvier 1946, à l'Assemblée Nationale Constituante

Prix : 2 fr. 50

Les fondements d'une Espagne libre

par Dolorès IBARRURI
vice-présidente des Cortès républicaines, secrétaire générale du Parti communiste espagnol
préface d'André MARTY

Prix : 6 francs

En vente au C.D.L.P., 23, rue Drouot, Paris (IXe). C.C.P. 4629-39.

Demain matin, à 9 heures
Salle Pleyel
252, faubourg Saint-Honoré
sous la présidence de
Florimond BONTE

GRAND MEETING

pour l'Espagne républicaine
pour la rupture avec Franco
pour sauver Cristino Garcia

ORATEURS :

Général MODESTO

Antonio MIJE
membre du Bureau politique du Parti comununiste espagnol

Jacques DUCLOS
secrétaire
du Parti communiste français
vice-président de l'Assemblée nationale constituante

(*«Arriba», 28-II-1946.*)

CUATRO MALHECHORES EJECUTADOS EN BARCELONA

BARCELONA.—En Capitanía General se facilitó esta tarde la siguiente nota:

«En las primeras horas de la mañana de hoy ha sido cumplida la sentencia de pena de muerte que se impuso a Juan S. Gallardo y Francisco Serrat Pujolar. Ambos eran de malos antecedentes, huídos a Francia.

Penetraron en España el 19 de diciembre de 1944, con armas y explosivos, asaltando una casa en San Hipólito y apoderándose del dinero de sus ocupantes y seguidamente de un coche ligero, matando a uno de los ocupantes. Perpetraron el asalto del Banco Hispano Colonial, de Vimbodi, apoderándose de pesetas 30.500. Fueron detenidos el 9 de junio en Barcelona, cuando se encontraban en relaciones con gran número de delincuentes, ocupándoseles pistolas, fusiles ametralladores y municiones.

Fueron, asimismo, asesinos del Jefe local de F. E. T. y de las Jons de Reus, señor Morales.

También fué cumplida la sentencia contra Manuel Donaire Moreno y Juan Hernández Lizán. El primero estuvo ya con anterioridad condenado a muerte, siéndole conmutada la pena. Fugóse de la prisión e internóse en Francia. Regresó a España, practicando los atracos del Hotel Nigoria, de esta ciudad, hiriendo al señor Falcó, dueño del inmueble. Se le ocuparon armas y municiones.

Con respecto al segundo ejecutado, era uno de los que atracaron en Santa Coloma de Gramanet al industrial don Antonio Deulofeu, apoderándose de 7.700 pesetas para pago de jornales. Fueron perseguidos, haciéndose fuertes en una casa siendo uno de los atracadores muerto y el Hernández herido, resultando asimismo con heridas varios individuos de la fuerza pública».

(Agencia «Cifra», 25-II-1946)

"ALEGRARIA A MUCHOS DESTRUIR UNA SOLUCION INEDITA, SOCIAL, CATOLICA Y ESPAÑOLA"

"Nuestra Revolución, de brazos abiertos, es la justicia, el pan, la hermandad y la elevación moral de todos los españoles"

"Si nuestra buena voluntad no es comprendida y no podemos vivir mirando al exterior, viviremos mirando al interior"

DISCURSO DEL CAUDILLO EN SEGOVIA DURANTE LOS ACTOS DE INAUGURACION DE LA NUEVA LINEA ELECTRIFICADA

Su Excelencia, que recibió la Medalla de Oro de la ciudad, fué objeto de clamorosa adhesión de la muchedumbre

ESCATE DE ESPAÑA

¿QUIEN AMENAZA LA PAZ?

(«Arriba», 17-II-1946.)

NUEVOS DETALLES DE LA ACCIDENTADA CAPTURA DE VARIOS BANDIDOS QUE PRETENDIAN DESEMBARCAR EN EL PUERTO DE LASTRES

Como ampliación a la noticia publicada por la Prensa de ayer sobre la captura de unos bandidos que desembarcaron en Lastres (Asturias), se informa que, a las cinco horas del día 27 de enero, intentaron desembarcar en Lastres (Colunga) cuatro individuos, procedentes de Francia, de los cuales uno resultó ahogado y otro, detenido. Los dos restantes pudieron huir al monte, provistos de ametralladoras. En otra lancha quedaron 15 hombres sin desembarcar.

La Capitanía General de la séptima Región militar daba cuenta que las fuerzas de la Guardia Civil dieron muerte, en Sueve (Asturias), a los dos rebeldes que lograron internarse y que, al parecer, se dirigían hacia Infiesto. Estos malhechores, bien armados, hicieron frente a la Benemérita en el pueblo de Ablanedo, término municipal de Carrandi, defendiéndose hasta que fueron muertos, sin que se registraran bajas en las fuerzas de la Guardia Civil.

En la información recogida sobre este suceso se elogia el excelente espíritu de los habitantes de Lastres y pueblos inmediatos, al reaccionar magníficamente cuando ocurrió el desembarco y facilitar cuantas noticias pudieron sobre los lugares donde estuvieron los que consiguieron internarse.

En posteriores informaciones, la Comandancia de Marina de Gijón comunicó que la embarcación francesa «Torcuata», de la matrícula de Bayona, patroneada por Ignacio Muguerza Mendizábal, español, con residencia en Francia desde hace muchos años, y de la que es motorista el también español y

con residencia igualmente en Francia, José Telleira, salió de aquel puerto francés a la pesca el 27 del pasado mes de enero, y a su regreso embarcaron en ella 23 rojos españoles, armados con pistolas corrientes, pistolas ametralladoras y bombas de mano, obligándola a hacerse a la mar, y sin tener constancia de si transportaba a algún miembro de la dotación francesa. El mismo día 27, a las diecinueve horas, desembarcaron entre Lastres y Colunga cuatro individuos en dos chalanas del pesquero. Como había marejada, una de estas chalanas volcó, pereciendo ahogado uno de sus pasajeros. De los tres restantes se hizo un prisionero, y los otros dos se internaron. El prisionero resultó ser el patrón de la embarcación, Murguerza, que es quien facilitó estos informes. El día siguiente, hacia las ocho de la mañana, desapareció la embarcación de la costa, suponiendo el citado Muguerza que carecía de gas-oil necesario para llegar a Francia. Con la prontitud que el caso requería, 70 números de la Guardia Civil acudieron a la costa en servicio de vigilancia. Independientemente salieron varios barcos en busca de la citada embarcación, que, según noticias posteriores, consiguió llegar a Bayona. Las autoridades francesas del Bidasoa tienen conocimiento de este hecho delictivo.

(«A B C», 2-II-1946.)

A los gritos de "¡Franco, sí; Rusia, no!" se formó anoche en Madrid una manifestación de más de veinte mil personas

Se produjo como protesta por unas hojas clandestinas arrojadas desde un balcón de la Gran Vía

(«Arriba», 17-II-1946.)

UNA MANIFESTACION DE ALUMNOS UNIVERSITARIOS

BREVE DISCURSO DEL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL, ENTRE VITORES A ESPAÑA Y AL CAUDILLO

Un numeroso grupo de alumnos de todas las Facultades de la Universidad Central organizó ayer mañana una manifestación, que se dirigió al ministerio de Educación Nacional, dando vivas a España y al Caudillo.

El ministro, que precisamente llegaba a su departamento en el momento en que la manifestación acababa de estacionarse ante la fachada principal del mismo, dirigió a los manifestantes que en aquel momento ascendían a unos dos mil, un breve discurso, en el que dijo:

«Es para mí un altísimo honor subrayar que vosotros, que representáis lo más puro de la juventud española, sabéis exactamente cuál es el deber de la hora de todo buen patriota. Vuestra adhesión al Caudillo significa un acto de absoluta justicia, pues a él debe España su existencia y su prestigio interior y exterior. Además, él es la garantía más limpia de la defensa de nuestra soberanía y nuestra independencia y la firme esperanza de que con el cumplimiento de sus consignas y normas de gobierno, la ambición de nuestra revolución de alcanzar una España mejor tiene exacta y firme seguridad.

Dad a España la sensación de que tenéis conciencia de vuestra responsabilidad y del valor de la disciplina y de la obediencia y que, por tanto, manifestando vuestra incondicional devoción al que rige los destinos de España y cumpliendo en cada momento los deberes de ciudadanía, sabréis, después de manifestaros con todo fervor, retiraros ordenadamente a vuestros hogares. Seguid y estad vigilantes para la defensa de los sagrados intereses de nuestra España.

¡Viva Franco! ¡Arriba España!»

Las palabras del ministro fueron constantemente interrumpidas con grandes aplausos. Los estudiantes se disolvieron a continuación, dentro del mayor orden.

(«ABC», 19-II-1946.)

ADHESION de los estudiantes AL CAUDILLO

"TODOS LOS UNIVERSITARIOS, EN TORNO A FRANCO, SIN RESERVAS"

El Jefe Nacional del S. E. U. ha dirigido al Ministro de Educación Nacional la siguiente adhesión de los estudiantes al Caudillo:

"Ruego haga llegar a Su Excelencia el Jefe del Estado

(Nota oficial publicada en la Prensa nacional el 20-II-1946.)

Adhesión de los periodistas gijoneses al Caudillo

HAN ENVIADO UN TELEGRAMA AL JEFE DEL ESTADO AGRADECIENDOLE HABER DIGNIFICADO LA PROFESION

GIJON 31.—Todos los periodis- gijoneses encuadrados en la ación de la Prensa han el pat tico es o a

(Agencia «Cifra», 31-I-1946.)

EL CAUDILLO NO SE OPONE A LA DIVULGACION DE NOTICIAS

LA UNICA CONDICION ES QUE SEAN VERDADERAS Y OBJETIVAS, DICE «DIARIO DA MANHA»

LISBOA.—Bajo el título de «Dos cartas reveladoras», el Diario Da Manha *se refiere a la afirmación hecha por el Caudillo a la Associated Press, según la cual Franco desea una completa libertad de divulgación de noticias, bajo una sola condición: el que sean verdaderas y objetivas.*

El Diario da Manha *señala que el Generalísimo hacía alusión, sin duda, a los corresponsales extranjeros, empeñados en una campaña cuyo único fin es desacreditar al actual Gobierno español. A este propósito, el diario lisboeta habla de dos cartas aparecidas en la Prensa extranjera «y que arrojan luz especial —dice— sobre los pretendidos desórdenes en territorio de España». El primer documento es una carta de la* Pasionaria *en su calidad de secretaria general del partido comunista español. En ella denuncia «el inminente peligro de un pacto entre los franquistas y los republicanos», lo que restaría influencia a la actuación comunista. En consecuencia, el partido bolchevique pretende desencadenar en España una insurrección armada. El segundo documento fué publicado el 18 de enero último en el semanario suizo* Die Weltwoche, *recogido de una «eminente personalidad política española», que oculta su nombre. Informa esta segunda carta sobre las actividades del* maquis *español. «Se desenvuelve especialmente en Andalucía y Extremadura y cuenta con el auxilio no sólo de la masa popular, sino de oficiales en activo. El abastecimiento llega por barcos a los puertos andaluces, y por paracaídas a Córdoba. La población recoge este material y se lo entrega al* maquis. *Hasta*

EN EL PALACIO DE EL PARDO

El Consejo directivo de la Federación Nacional de Asociaciones de la Prensa de España visitó ayer a Su Excelencia el Jefe del Estado, a quien hizo entrega de los mensajes de adhesión, con motivo de la nota del Gobierno español de protesta contra la campaña de difamación en el extranjero. Con el Caudillo, aparece en nuestra fotografía D. José María Alfaro presidente de aquel Consejo directivo. (Foto Zegrí.)

(«A B C», 7-II-1946.)

"A NOSOTROS NO NOS ARREBATA NADIE LA VICTORIA"

EDITORIAL

LEALTAD A LOS MUERTOS

"LA MISION PERMANENTE DEL EJERCITO ES VELAR EL TRABAJO Y LA PAZ DE LA NACION"

DISCURSO DEL CAUDILLO EN EL ACTO DE IMPOSICION DE FAJINES A LA NUEVA PROMOCION DE OFICIALES DE ESTADO MAYOR

Con el Jefe del Estado asistieron los Ministros del Ejército, Aire, Gobernación, Justicia e Industria y Comercio

A los gritos de "¡Franco, sí; Rusia, no!" se formó anoche en Madrid una manifestación de más de veinte mil personas

Se produjo como protesta por unas hojas clandestinas arrojadas desde un balcón de la Gran Vía

Durante más de una hora recorrió la Gran Vía, calle de Alcalá, Preciados y Puerta del Sol,

"España sólo hizo envíos de mercancías a otros países con fines comerciales"

"No existió nunca el propósito de un acuerdo tripartito entre España, Argentina y Alemania"

NOTA ACLARANDO LAS ALUSIONES DEL DEPARTAMENTO DE ESTADO NORTEAMERICANO

En el palacio de Santa Cruz se entregó ayer a la Prensa el siguiente comunicado:

«En la reciente declaración del departamento de Estado de Wáshington acerca de la política exterior de la República Argentina se hacen, amparo de pasada y muy embozadamente, algunas alusiones a supuestos contactos entre la Delegación comercial española que se envió a Buenos Aires en 1942 y la Representación de Alemania en aquella capital, entonces al cuidado del encargado de Negocios, don Werma.

La referida con dichas alusiones interesa al Ministerio de Asuntos Exteriores dejar rotunda constancia de los siguientes hechos:

Ni la Delegación comercial española ni individualmente ninguno de sus miembros hicieron negociación de ningún género con la Representación de Alemania en Buenos Aires, pues nunca existió el propósito de un acuerdo tripartito entre España, Argentina y Alemania. El Gobierno español ya ha hecho patente envío de mercancías a Argentina o a otro país sin fines que no fueran estrictamente comerciales. De todas las armas decididas por España a la Argentina en el curso del pasado conflicto universal perfecto cumplimiento los aliados, ya que para todas las expediciones, de cualquier naturaleza, religiosa o civil, fué siempre rigurosamente exigido el salvoconducto de Gran Bretaña. Además del salvoconducto, los buques españoles se vieron forzosamente sometidos al control de Gibraltar y al de Trinidad, tan severamente practicado que alemanes no solamente a los envíos de mercancías, sino también a los equipajes de los viajeros y muchas veces a sus propias personas.

Si quedara la menor sombra de duda acerca de la corrupción de nuestras relaciones comerciales con la República Argentina, el Gobierno español se remite a la única prueba irrefutable: el texto de los acuerdos firmados, la documentación cambiada con Argentina para la aplicación de los mismos y la relación de aviones comerciales que han permitido a las autoridades aliadas la minuciosa fiscalización de todo el movimiento de mercancías hecho desde puertos españoles a América.

Los propios textos de la declaración del departamento de Estado se desprende que las manifestaciones en cuestión tienen su fuente en los informes remitidos a Berlín por el antiguo encargado de Negocios alemán en Buenos Aires. Es difícil que dichas declaraciones no pueden ocultar otra cosa que las personales aspiraciones de su firmante.

DIRIA COMPLICADA EN UN GRAVE CASO

(«Arriba», 17-II-1946.)

ahora no ha habido ni una sola denuncia.»

El rotativo portugués comenta: «Aunque el informador de Die Weltwoche *haya sido más sensato que el corresponsal del* News Chronicle, *que situó al* maquis *español en la Sierra de Guadarrama, a las puertas de Madrid —lo cual sería tan absurdo como si se quisiera ocultar un* maquis *en la serranía de Cintra—, todas estas informaciones revelan un marcadísimo matiz tendencioso. ¿Y la historia de esos paracaídas, lanzados por aviones en vuelos nocturnos? Pero supongamos que todo ello es cierto. ¿Cuáles son los países encargados de estos suministros? ¿De qué aeródromos salen estos aviones? Todo ello así, como las afirmaciones de* La Pasionaria, *revelan una indudable amenaza para la paz peninsular y para la paz mundial. ¿No sería éste un asunto para tratar en la O. N. U., de acuerdo con el artículo 14 de la Carta? Tal vez Ucrania, tan celosa de la paz en Indonesia, pueda presentar una moción sobre este otro caso...»*

(Agencia «EFE», 14-II-1946.)

LENGUAS MORDACES, por López Rubio.

—Decídete. La chica es un gran partido. Dicen que el papá posee una mina, no sé dónde...

—¿Una mina? ¿De qué?

—De un mineral nuevo. Me han dicho el nombre, que es muy raro; pero recuerdo que empieza con "ES" y termina en "PERLO".

(«A B C», 10-II-1946.)

INFORMACION FALSA DEL DELEGADO PANAMEÑO EN LA O. N. U.

La Dirección General de Prisiones nos ruega la publicación de la siguiente nota:

«En relación con la nota publicada en la Prensa por la Embajada española en Londres, rectificando las acusaciones del delegado panameño de la O. N. U., la Dirección General de Prisiones aclara que dicha rectificación se refiere a las prisiones a que aludió, en la referida intervención, el Sr. Demetrio Porras, cuya información sobre los presos existentes hoy en las cárceles de España resulta, por tanto, totalmente falsa. Concretamente, se refiere el Sr. Porras a las prisiones de Barcelona, Valencia, Madrid, Alcalá de Henares, Ocaña y San Miguel de los Reyes, cuya población penal, de ser ciertas sus manifestaciones, alcanzaría la cifra de 130.000 reclusos, siendo así que en ellas hay, como en la nota de la Embajada se dice, 10.979 reclusos, clasificados de esta manera: 5.178 por delitos de rebelión, cometidos con anterioridad al 1 de abril de 1939; 3.216, por delitos comunes contra personas y la propiedad, y 2.585, por delitos no comunes, posteriores al 1 de abril de 1939.

En cuanto a las restantes prisiones, los condenados por rebelión son 10.360, que, unidos a los 5.178 a que nos referimos antes, en relación con las prisiones a que aludió el Sr. Porras, hacen un total de 15.538 reclusos, condenados con ocasión de la rebelión en toda España. Esta cifra quedará aún reducida en varios millares más en virtud de las disposiciones sobre indulto y libertad condicional que la magnanimidad del Caudillo ha promulgado.

Hay que advertir, por último, que los presos de esta clase que restan después de la publicación de este indulto serán tan sólo los que se hallen incursos en delitos de sangre, violaciones, saqueos, etc., o sea por crímenes cometidos con ocasión de la rebelión, reos que ningún país del mundo puede catalogar en su legislación como delincuentes políticos.»

(Nota oficial del 11-II-1946.)

Mañana comienzan a regir las restricciones de energía eléctrica

LOS CONSUMOS DE ALUMBRADO DOMESTICO, COMERCIAL Y PUBLICO SE REDUCIRAN EN UNA TERCERA PARTE RESPECTO AL MES DE ENERO

(Nota oficial del 23-II-1946.)

EL EDIFICIO DE "YESERIAS" ESTA ADSCRITO A LA OBRA PENINTENCIARIA DEL REGIMEN

ES PRISION-ESCUELA, TALLER Y HOSPITAL, DE UNA PERFECCION SIN PRECEDENTES

(Declaraciones del director general de Prisiones para ARRIBA)

Han transcurrido pocos días desde que ARRIBA, en su sección "En este país", recogió como solución posible para el problema de la mendicidad que ensombrece las calles madrileñas la devolución del grupo de edificaciones conocidas con el nombre de "Yeserías", que el Ayuntamiento preparó para servir de parque de recogida de mendigos y la Dirección General de Prisiones utiliza actualmente como establecimiento penitenciario.

La discreta y bienintencionada afirmación de "Puck" dejaba claramente expuesta la situación de "Yeserías" y permitía esperar que la supuesta devolución de [illegible]

mismo puedan "verlo" también "Puck", a quien leo y admiro, y todos los lectores de ARRIBA. ¿Querría usted venir conmigo?

Bueno — piensa el cronista —: son las nueve y media de la noche; es la hora de irse honestamente a cenar. ¿En qué mala noche de otra España ha oído uno esto de «acompáñeme» con menos amabilidad y para irse también a la cárcel?

En fin, irse a la prisión con el propio director general de Prisiones cómodamente instalado en un coche y conversando con uno de los hombres más simpáticos de España no es precisamente una [illegible] donde se fabrican las inyecciones huele a creosota de un modo penetrante, casi tónico. Esto es el «radar» de las bronquitis. Se conoce que estamos en invierno. Los tubos de vidrio de donde han de salir las ampollas innumerables aguardan en sus «tuberos», alineados, como una frágil y luminosa mimbrería blanca.

Pasamos a las salas del hospital «Eduardo Aunós». Una limpieza y un orden absolutos. Un tono de perfección aséptica en el aire, en los muebles bruñidos y en las ropas. Los quirófanos niquelados, los estudios de rayos X, las salas de curaciones [illegible]

(«Arriba», 12-II-1946.)

EL PROBLEMA DE ESPAÑA

¿Pero es que hay problema de España? *Porque en España, como en todas partes, hay problemas internos, locales, nuestros, de administración, de transportes, de producción; unos que son consecuentes al paso del mal, que fué sembrando destrucciones, y otros, surgidos por las dificultades de todo orden provenientes de un mundo en derrota, que, más que soluciones éticas a sus enormes problemas, busca arreglos, convenios provisionales, paños calientes, que pueden resultar sinapismos.*

Estos problemas nuestros, de orden interno, si los hay, nos incumbe sólo a nosotros resolverlos, sin ingerencias ni intervenciones de quienes tienen tarea suficiente con arreglar sus propios conflictos interiores, que no son por cierto nada livianos.

Pero problema de España, *de fuera adentro, problema internacional, que justifique la intervención o la preocupación de unos señores que han tomado sobre sí la misión de componer al mundo, sin acertar antes a sentar el orden dentro de su propia casa, no existe; a no ser el problema ficticiamente creado y mantenido con toda suerte de propagandas desaforadas por los que ayer desvalijaron a España, y hoy, con el fruto del robo y del crimen, ofrecen en hipoteca a España al mejor postor.*

Y dicho está que los que apremian la resolución de este artificioso problema de España, no es, ni mucho menos, para traer las bienaventuranzas a los españoles, sino para atender a su conveniencia y para que España sirva de nuevo a sus intereses, aunque la lleve el diablo. Porque el caso es éste. Un día se posesionó del Poder, con toda suerte de malas artes, y, hay que decirlo también, por la incuria y la desunión de quienes tenían el deber de asegurar la defensa de su vida y de la vida de España, el llamado Frente Popular, coalición de las fuerzas del mal, de resentidos y desalmados. Ese Frente Popular demolió el Ejército y la Justicia; quemó templos y asaltó palacios; asesinó sin piedad y nos deshonró ante las gentes extrañas, que, entonces, nos llamaban bárbaros y hotentotes, y hoy, claman por el retorno de aquellos dechados de gobernantes.

Ante aquella marea de tribulaciones hubo una reacción profunda de la dignidad nacional. Se dió la batalla a vida o muerte. Y se recuperó a España, mientras los autores de nuestra ruina se diseminaron por esos mundos con el botín copioso de sus robos y crímenes. El Banco de España y la Banca privada, las Cajas de Ahorros y los Montes de Piedad, los tesoros particulares y los modestos peculios de los humildes, todo cayó en las manos rapaces de unos hombres que, desde fuera, vocean no sé qué derechos a volver para gobernar al país que sembraron de ruinas. Los dirigentes del Frente Popular huyeron bien municionados. Los incautos que cayeron en el engaño huyeron también, traspusieron fronteras, pero para quedar hambrientos por los caminos inhóspitos o para ir a parar a campos de concentración, muy parecidos a otros campos de los que todos abominamos. En uno de esos campos murió de pena y desilusión el pobre Antonio Machado, el grande y dolorido poeta —el mejor—, sin encontrar un cobijo de misericordia, mientras los gerifaltes vivían suntuosamente.

Ese es el problema. Y no hay otro. Y ese problema lo tiene ya resuelto España de una manera decisiva. Porque España no es Beocia, y ha determinado, aunque ello no sea del agrado de ciertos pueblos, que no vuelvan a gobernarla los causantes de sus desdichas. Y menos cuando lo que se intenta es acallar con ello las aspiraciones babilónicas del único enemigo verdadero de Europa y del mundo.

No hay que asustarse. Mientras por esos mundos se clama y vocea contra España y se la echa a suertes como la túnica de Cristo, España sigue su camino con fe en sí misma y dispuesta a todos los sacrificios y transformaciones legítimas. Ya tenemos larga y adoctrinadora experiencia, a través de nuestra historia, de estas conjuras generales contra nuestro pueblo, irreductiblemente esquivo a cualquiera dominación o coloniaje. La leyenda negra fue —y sigue siendo— una campaña de odio contra lo que España representa: la defensa de la Catolicidad. Eso es todo. El enemigo no duerme y se afana por sembrar la cizaña en el campo bueno y prometedor.

España, mientras tanto, serena y levantada sobre sí misma, puede repetir: «¿Ladran? Luego cabalgamos.».—P. FELIX GARCIA.

(«ABC», 23-II-1946.)

GOBIERNO CIVIL

DELEGACION DE ABASTECIMIENTOS

Suministro de patatas.—**Hoy, día 2, se efectuará un suministro de patatas a las cartillas de racionamiento inscritas en todos los economatos, previo corte de los cupones V y VI, semanas 3, 4 y 5. El reparto será a razón de un kilo por persona, al precio de 1,25 pesetas.**

(Nota oficial del 1-1-1946)

HOY
Aurora Redondo
Valeriano León
INICIAN SU TEMPORADA con el ESTRENO
¡QUE VERDE ERA MI PADRE!
de ADOLFO TORRADO
EN EL
TEATRO ALCAZAR

Rosita Yarza, figura central femenina de la nueva película de Ramón Barreira «El otro Fu-Manchú», en una escena chinesca del film

(«Primer Plano», núm. 276, de enero de 1946.)

LA MUJER ESPAÑOLA EN EL HOGAR

Tuvo el Caudillo, como ya indicamos en otro comentario, en el discurso pronunciado ante los asesores religiosos de la Sección Femenina de Falange, los más encendidos elogios para el papel desempeñado por la mujer española durante la guerra de liberación, que es la misma que ahora desempeña también un delicado papel en orden a las instituciones creadas en los últimos años y que tienden, como se sabe, a realizar una función social de la mayor importancia.

Todo lo dicho por el Generalísimo es justo, porque, en efecto, la mujer no se ha olvidado de hacer nada de cuanto le corresponde en la vida española, lo mismo en el seno del hogar, que ella ha hecho cada vez más austero y más cristiano por la severidad de sus costumbres y por la nobleza de su carácter, que en el de la sociedad, a la que imprime el sello de la distinción y del espíritu patriótico que tanto la ha distinguido en los momentos difíciles para el país.

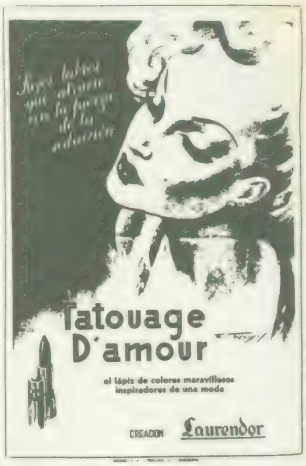
No creemos que exista mujer en el mundo que muestre un espíritu tan claro y tan abnegado como el de la mujer española, que en los meses de guerra, cuando los Hospitales y demás organizaciones necesitaban de sus auxilios, supo prestarlos con una generosidad sin límites y siempre con la sonrisa en los labios para proporcionar a los heridos y a los enfermos los consuelos de unas almas profundamente sensibles al dolor.

Pero la mujer española no se ha olvidado nunca de su misión principal, que está en el hogar, del que ha hecho un templo y al cual consagra siempre sus preferencias y sus amores, todos sus cariños e inclinaciones, y gracias a ese celo y a esas preferencias en el hogar cristiano español se forman las criaturas en ese ambiente de religiosidad que da fortaleza al espíritu y lo prepara para las luchas por la vida. Porque, a nuestro juicio, no hay mejor fortaleza para el hombre que la que recibe de la fe cristiana, en que se forma y se educa. Este es el principal cuidado de la mujer en el hogar, cuyo papel no puede ser

nunca desplazado y cuya importancia jamás habrá de ser disminuida.

Porque se habla de las costumbres más o menos frívolas, de si la mujer va reemplazando al hombre en estas o las otras actividades, si hoy parece más despreocupada que lo fué ayer, si no quiere sujetarse a la vida hogareña como se sujetaba antes, pero lo cierto es que la mujer en general no ha perdido su carácter y que es lo que ha sido siempre: la dama digna, de nobles sentimientos, que mira a las cosas de la casa con la dulzura de sus ojos y con la ternura de su alma. Lo vemos nosotros a cada paso, y lo que nos entra por los ojos de la cara es difícil que se nos pueda desmentir, o poner siquiera en tela de juicio.

Pero la mujer, dentro de esa femenidad que tanto la distingue y caracteriza sus tareas, no repara tampoco en el cumplimiento de otras elevadas misiones y las cumple en el seno de la sociedad, que mira hacia ella con el mayor de los respetos y la más cordial de las simpatías, porque en la mujer se concentran todas las preocupaciones de la otra mitad del género humano, que ante ella, por lo recogida y recatada que es y por la importancia que debe dar a todas las obligaciones que incumben a la mujer cristiana, sabe frenar sus pasiones y mostrarse como debe ser: digna de la estimación de quien ha de dirigir las tareas de un hogar sencillo y lleno de austeridades.



No sabemos que haya nada más elevado y que más respetos haya de merecer. Y es lo que desea el Caudillo: que la mujer se coloque siempre en ese plano elevado, siempre digna y atrayente, que infunda respetos y simpatías por todas partes por su labor llena de generosidades y de abnegaciones. Porque así es la misión de la mujer española, y porque lo es no admite comparación con ninguna otra. Por eso se conservan en España las más puras tradiciones y por eso en el seno de los hogares se guardan los más profundos de los respetos a las ideas que hicieron grande a España y que hubo de merecer también el impulso de mujeres excepcionales que pasaron a la Historia nimbados sus nombres por la popularidad y por la gloria ante su carácter y su heroísmo, su inteligencia y sus virtudes. Porque de lo que se trata, como ha dicho el Caudillo, es de rendir homenaje a las esclarecidas virtudes de la mujer española, siempre grande y siempre digna, hacia la que van todas las miradas de amor, respeto y simpatía, y precisamente por el señorío de su alma, por su fina sensibilidad, por su espíritu de sacrificio, por el amor a sus semejantes, a los que ha prestado y presta en un elevado papel, los más inestimables servicios y para lo que es y ha sido siempre insustituible, porque la bondad, la simpatía y la dulzura de su carácter son algo incomparable y que elevan a lo más alto su misión en la tierra.

(«La Voz de Asturias», 18-IX-1945.)

Dios, tus manos y yo

Asombrado el Señor de la hermosura
del cisne, del clavel y de la nieve,
juntar quiso, en materia fina y breve,
la elegancia, el aroma y la blancura.

La mejor nieve que creado había
de un estuche de montes separó,
y cuando, al fin, tus manos concibió,
sus ojos se turbaron de armonía.

Tomó del cisne norma y elegancia
para formarlas. Del frágil clavel,
gracia de sus corolas y fragancia
para aromar el cáliz de tu piel.

Y no contento con lo que creara,
queriendo que el Amor las bendijera,
hizo la luz para que yo las viera
y me creó para que las besara.

Torcuato LUCA DE TENA

(«A B C», 9-XII-1945.)

MISA NEGRA EN EL CASERON DEL SACRAMENTO

Señor Director de DESTINO:

Muy señor mío: Tengo el gusto de adjuntarle la invitación que he recibido con membrete de un Consulado americano en Madrid, y que dice:

«La taza de caldo y el jerez de un mata-fríos (o, en versión más bronca, los churros y el chinchón) serán ofrecidos el sábado, 2 de febrero, entre el mediodía y las dos horas, en el Caserón del Sacramento, al pie del Angel Custodio de Eugenio d'Ors, a tiempo de saltear las doradas filloas de la Purificación y de repartir sus candelas.»

¿No le parece a usted, señor Director, que en un estado católico, una irreverencia tan palmaria como la que se expone en esa invitación merece ser denunciada? ¿No cree usted que el Angel Custodio, el jerez, las candelas de la Purificación, don Eugenio d'Ors y los churros son un coctel demasiado fuerte?

Atentamente le saluda, X.»

(«Destino», 16-II-1946)

«LA CAPITANA»
RESTAURANTE
Calle Arturo Soria, 210. Ciudad Lineal.
Presenta todas las noches a su distinguido público a las bailaoras:
"LAS PILLINAS", de Granada.
Carmelilla de los Cármenes, Loli, Fernanda.
Cantaora: La Rosalía.
Cantaores:
CEPERO, el gran cantaor único en su género.
MANOLO MAXRA
JUANITO VALENCIA
NIÑO LOJA
"EL GAFAS" (de Cádiz)
MATIAS (de Marchena)
Bailaores:
ANDRES HEREDIA
FELIPE DE TRIANA
Tocaores:
VICTOR ROJAS
ANTONIO PEREZ
BONET
MANOLO MORENO
Bajo la dirección de
PASTORA IMPERIO

SANATORIO ESQUERDO
Nerviosos y mentales - Ambos sexos.
Asistido por Hermanas Carmelitas.
Director: PROFESOR, J. J. LOPEZ IBOR
MADRID (CARABANCHEL ALTO)
Teléfono 26490, y pedir el 2014.
(C. S. 1.834.)

El pequeño jugador de ajedrez Arturito Pomar, acompañado de su padre, desciende del avión a su llegada a Barajas, procedentes de Londres

ARTURITO POMAR VUELVE DE LONDRES

(«Fotos», número 467, de febrero de 1946.)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA Y DIEGO GALAN

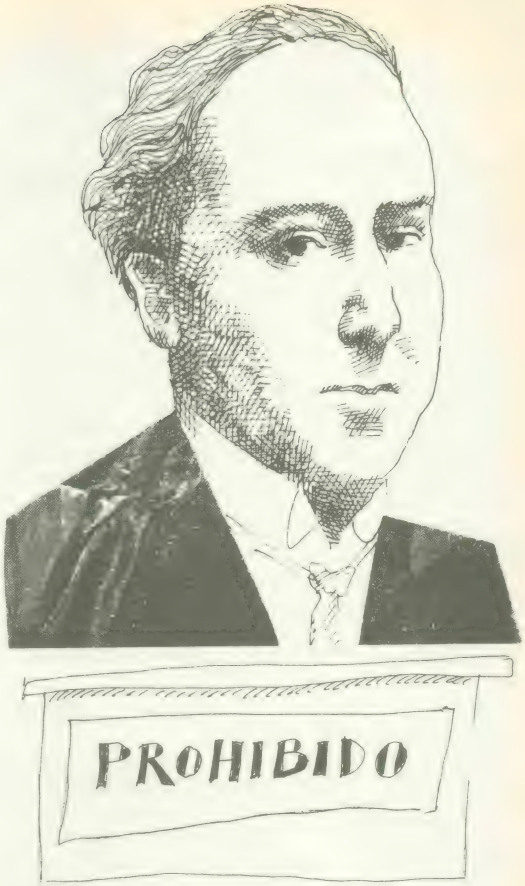
Lo que dió de sí (a pesar de todo) el centenario de Antonio Machado

Pablo Corbalán

El cadaver de Antonio Machado, envuelto con la bandera republicana. Era el 22 de febrero de 1939, en el pueblecito frances de Collioure.

El centenario del nacimiento de Antonio Machado ha transcurrido de manera poco armoniosa, bastante tensa y desabrida, con fallos y rupturas en la programación más o menos hilvanada de los actos que se habían previsto. Y esto, todo hay que decirlo, no precisamente por desgana de sus organizadores, algunos de los cuales han trabajado denodadamente, gestionando permisos, coordinando participaciones y escribiendo o disertando cuanto su capacidad de trabajo les ha permitido. El que no se haya podido conseguir la brillantez y regularidad de ritmo apetecidas no tiene por qué haber extrañado a nadie. La culpa hay que anotársela al propio don Antonio por ser de la manera que era. Nada menos que un institucionalista y un republicano de toda la vida, admirador, además, de Pablo Iglesias. Su actuación durante la guerra civil estuvo rotundamente marcada y fuera de toda neutralidad o abstinencia y, a pesar de los casi cuarenta años transcurridos, no ha podido ser olvidada. Probablemente no lo será nunca y, por otra parte, no creemos que debe serlo. Cada uno es quien es y se acabó. El carácter de su obra poética y ensayística, además de su actitud personal, como ciudadano, impiden e impedirán cualquier propósito de desdibujar su personalidad.

Desde el principio de la contienda se situó sin vacilación alguna del lado de la República, intervino en actos públicos, suscribió manifiestos y glorificó en cuanto pudo a los combatientes que defendían la causa que él mismo propugnaba. Como poeta y escritor, su obra fue muy abundante. Aquellos trágicos sucesos produjeron en él un efecto tonificante, reactivador, que le hicieron sentirse como si de pronto hubiera regresado a su juventud. Publicó numerosos poemas, entre ellos nueve sonetos, algunas canciones, un himno a las juventudes militares y una hermosa elegía a la muerte de Federico García Lorca. Pero su producción en prosa fue todavía más voluminosa y llegó a doblar en cantidad —y aún superar en calidad— a todo cuanto había escrito hasta el 18 de julio de 1936. Artículos, recuerdos, ensayos y meditaciones se le precipitaban sobre las cuartillas e iban apareciendo en periódicos, revistas y boletines «al servicio de la causa popular», como rezaba el lema de «Hora de España», la más destacada de las publicaciones en las que colaboró en los tres últimos años de su vida. Varios de los poemas y algunos otros textos en prosa fueron reunidos en el libro «La guerra» que, con dibujos de su hermano José, editó Espasa-Calpe, en 1937, con alarde de formato, calidad de papel y limpieza de impresión. Todos estos originales, aun los más aparentemente alejados del entorno bélico, contienen una especial vibración política o propenden a relacionarse con ella. En esto,



Numerosas prohibiciones y dificultades administrativas han marcado la celebración del centenario del nacimiento de Antonio Machado. Zamorano lo vio así en «Triunfo».

como en tantas otras cosas, no pudo comportarse más consecuentemente con la trayectoria del pensamiento que siempre había sustentado. En ningún momento pudo situarse «au dessus de la melée» porque siempre quiso estar «a la altura de las circunstancias» históricas que afectaban a su patria. Incluso hasta la hora de su muerte.

Esta fidelidad a sí mismo, esta actitud ética, ha sido la causa de que la conmemoración de su centenario haya encontrado tantos obstáculos. Había sido programada, respaldada por un comité compuesto por eminentes personalidades de las letras, una amplia serie de homenajes que debía desplegarse por casi toda la geografía nacional y más allá de sus fronteras. Entre los componentes de la comisión organizadora figuraban Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, José Bergamín, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Ramón Carande, Antonio Buero Vallejo, Luis Rosales, Gabriel Celaya, Blas de Otero, Manuel Tuñón de Lara, Eloy Terrón y otros. Los actos que debían ce-

lebrarse en el extranjero —entre ellos uno en la sede de la UNESCO, en París— se cumplieron con toda puntualidad y con la mayor asistencia; de los que habían de tener lugar en España sólo unos cuantos llegaron a efectuarse. Entre los que tomaron parte en ellos hay que citar —no se trata de una lista exhaustiva— a Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Ricardo Gullón, Fernando Lázaro Carreter, Luis Rosales, Félix Grande, José Luis Cano, Andrés Sorel, Domingo Yndurain, Benito de Lucas y Aurora de Albornoz. Esta escritora, como Sorel, ha desplegado una actividad verdaderamente fundamental en la preparación de diversos actos, en los que intervino, además de los numerosos artículos que ha escrito en estos meses sobre el gran poeta sevillano. A pesar de todo, algunos proyectos preparados para Madrid y otras provincias no pudieron realizarse. En el momento de escribir estas líneas leíamos en los periódicos que habían sido suspendidas en Granada las conferencias que sobre Machado debían pronunciar Aurora de Albornoz, Sorel y J. M. Caballero Bonald;y en Salamanca, las que habían sido anunciadas a cargo de José María González Ruiz, Alberto Gil Novales, Eugenio de Bustos, José Luis Cano y la ya tantas veces citada Aurora de Albornoz. Quizá sean las últimas intentonas.

No presentan tan recortado panorama los aspectos bibliográficos y hemerográficos de la conmemoración. Periódicos y revistas dedicaron a don Antonio recordaciones y comentarios sueltos o formando conjuntos más o menos nutridos, en prosa y verso, y hasta suplementos especiales y números extraordinarios. Además está una media docena de libros a los que nos referiremos más abajo. En la relación que sigue de periódicos y revistas faltará seguramente alguna referencia, pero ello no debe achacarse más que al fallo de nuestra memoria o a una falta, lamentada de antemano, de información.

Entre los suplementos periodísticos destaca el del diario «Informaciones», en el que figuraban cinco sentencias o «consejos» olvidados que don Antonio publicó, en 1905, en «El País», rescatados ahora de aquellas páginas por Juan Eduardo Zúñiga; las revistas «Insula», «Cuadernos para el Diálogo», «Peña Labra» y «El Ciervo», así como «La Ilustración Regional», ofrecieron ediciones monográficas muy importantes tanto por su contenido como por su presentación editorial e iconográfica. «Insula» reprodujo otro original machadiano traspapelado en el ya citado periódico republicano y hallado por el hispanista Geofrey Ribbans —un artículo sobre Benavente— en tanto «Peña Labra», gracias a otro hispanista, Allen W. Phillips, ofrecía ese mismo artículo, una nota crítica sobre Antonio de Zayas y los «consejos» encontrados también por Zúñiga.

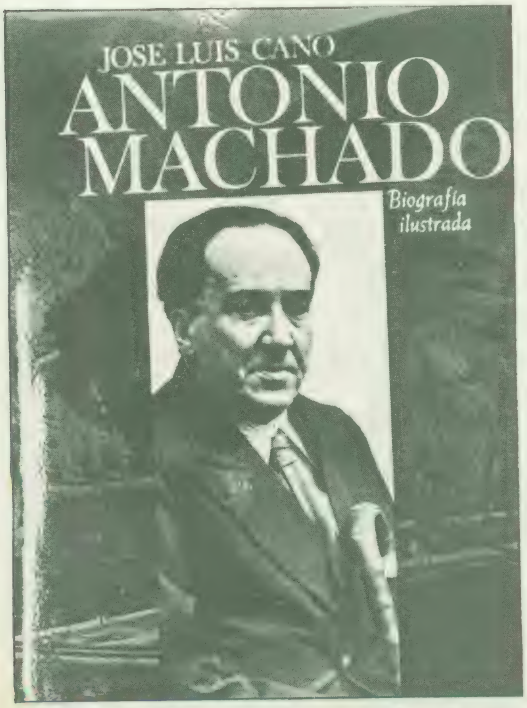
Antonio Machado vivió plenamente su compromiso intelectual con la República. Incluso desde antes de que se promulgara (la foto superior le muestra durante febrero de 1931 tras un mitin en Segovia de la Agrupación al Servicio de la República, con Marañón, Ortega y Pérez de Ayala) y hasta los duros días del exilio (bajo estas líneas, sentado, con su hermano José —a la derecha del lector—, el doctor Sacristán, Enrique Rioja y el profesor Roura, camino de Francia).

El interés de estos tres rastreadores, actuando cada cual por su lado, ha proporcionado nuevos textos para el enriquecimiento de las futuras «obras completas» del poeta. Otras revistas, como «El Urogallo», «La Estafeta Literaria», «Destino», «Triunfo» y la que el lector tiene en sus manos publicaron colecciones de estudios y ensayos, ofrendas poéticas o artículos distribuidos en varios números sobre la obra y la vida del autor de «Soledades» y «Campos de Castilla». Repetimos aquí nuestra solicitud de disculpa por las omisiones inevitables que esta crónica pueda contener al mismo tiempo que lamentamos que el espacio de que disponemos haga imposible recoger los nombres de tantos escritores, críticos y eruditos como colaboraron en las publicaciones citadas. Desde luego, los lectores interesados que no las conozcan deben buscarlas por los inestimables materiales que cada una de ellas, y desde diversos aspectos, contiene. El interés que la figura de don Antonio Machado sigue produciendo queda largamente demostrado en las páginas de todos esos números extraordinarios y suplementos especiales.

Agreguemos aquí un homenaje inesperado: el de tres de los grandes músicos españoles actuales: Tomás Marco, Luis de Pablo y Carmelo Bernaola. Por encargo de la Fundación March compusieron sendas obras que, respectivamente, llevan los títulos de «Ecos de Antonio Machado» (suerte de biografía musical del poeta para coro y órgano), «Al son que tocan» (canción tratada electrónicamente por medio de sintetizadores) y «Ayer... soñé que soñaba» (para amplio conjunto instrumental acústico y varios cantantes). La presentación de estas composiciones estaba prevista que corriera a cargo de José María Franco Gil.

Y vamos ahora con los libros. La enorme bibliografía existente sobre Antonio Machado se ha visto enriquecida en estos meses últimos con cinco nuevos volúmenes. O, mejor dicho, con seis puesto que dos de ellos llegan a conformar una sola obra. Nos referimos a los dos tomitos que firma Andrés Sorel y que ha editado Zero, S. A. Madrid. El primero es una «Antología poética de Antonio Machado»; el segundo supone su consecuente apéndice: «Guía popular de A. M.». Se trata de un intento de iniciación popular al gran poeta destinada a un público, según nos parece, especialmente obrero. En este propósito, y, naturalmente, en su excelente y clara exposición, radica la importancia de la tarea de Sorel. Hay, pues, que agradecerle su humildad divulgadora. El resto de los títulos corresponden a José María Valverde («Antonio Machado», Siglo XXI de España Editores. Madrid), Leopoldo de Luis («Antonio Machado, ejemplo y lección». Sociedad General Española de Librería, S. A. Madrid), José Luis Cano («Antonio Machado. Biografía ilustrada». Ediciones Destino. Barcelona) y J. Gómez Burón («Exilio y muerte de Antonio Machado». Ediciones Sedmay. Madrid).

Si la guía de Sorel aspira a hacer llegar la obra y la vida del gran poeta a la «inmensa mayoría» no iniciada, el libro de Valverde constituye otra guía —así lo manifiesta su autor— pero esta vez destinada a un público más preparado y conocedor de la obra machadiana aunque se nos advierta que para su lectura será siempre necesario tener a la vista la obra total del autor de «Campos de Castilla» y de «Juan de Mairena», es decir, su poesía y su prosa. No obstante, el estudio que Valverde ofrece excede con mucho los límites de un itinerario literario. Primero, porque no deja de tener en cuenta las etapas vitales del poeta y, segundo, porque su propósito último y fundamental es mostrar la coherencia de la evolución de su obra en función de la circunstancia temporal para, de este modo, profundizar en cada momento de aquella. Valverde —conocedor y estudioso antiguo de Machado— llega a establecer la teoría de que el poeta



Desde un punto de vista bibliográfico y hemerográfico, el centenario de Antonio Machado ha resultado fecundo. Entre los diversos libros y números monográficos de revistas que han aparecido con tal motivo, he aquí como ejemplos la biografía de José Luis Cano y el «extra» de «Cuadernos para el Diálogo».

siguió una trayectoria hacia lo real —su país, la sociedad, la política— a partir de «la superación del subjetivismo individualista que culminó en una filosofía abierta a un porvenir histórico de conciencia comunitaria».
El libro de Valverde supone, junto al de Leopoldo de Luis, una de las dos grandes aportaciones de este centenario. De Luis parece coincidir, en ciertas de sus apreciaciones e incluso en el método seguido para su estudio, con Valverde. Pero se trata sólo de una apariencia. Comienza por rechazar la afirmación de Valéry según la cual «el autor, felizmente, no es nunca el hombre» para abordar la poesía machadiana, precisamente, desde un enfoque opuesto. Es decir, De Luis se instala en una posición mucho más radical que Valverde entendiendo que la poesía de Machado, por lo menos en sus puntos culminantes, sólo llega a encontrar su significado último a partir de su biografía. «Un libro, nos dice, no es un producto de otro **yo**, sino del **yo** del hombre-autor, que en él se evidencia plenamente o que en él completa su evidencia». Sobre esta plataforma analiza y juzga el notable crítico, iluminando, paso a paso, hasta las composiciones escritas durante la guerra civil, la obra toda del autor de «Soledades» y «Campos de Castilla». Si Machado llegó a definir la poesía como «palabra en el tiempo» fue porque siempre se sintió animado por una tendencia «eminentemente historicista».
Una advertencia nos sale al paso al abrir el libro de José Luis Cano: «Esta biografía ilustrada de Antonio Machado (...) no es (...) una biografía erudita, ni menos definitiva o exhaustiva (...). Estas páginas intentan sólo contar con sencillez la aventura vital» del poeta. Pero, ¿es sólo eso? No podía serlo tratándose de un crítico de su alto saber. Ahí están, naturalmente, los datos de la vida de un hombre; ahí están, claro es, las etapas de su formación. Pero en el plano mismo de lo biográfico hallamos observaciones y aportaciones que van conformando toda una teoría sobre el personaje que fue don Antonio y, trenzada con ella, una visión de su obra. Cano nos ofrece su personalidad en toda su inmensa estatura humana, sin pliegues ni repliegues, sin invenciones acomodadas. Y esa personalidad transparenta, por sensibilidad del biógrafo, todo su contenido, es decir, en definitiva, su poesía. Pero tampoco escapa a la clarividencia de José Luis Cano el contexto histórico en que don Antonio se desenvolvió y este es un aspecto más que se suma a los valores del libro. A ellos hay que agregar la abundante iconografía reunida en sus páginas que desborda el centenar de ilustraciones cuidadosamente escogidas. Un libro, en fin, útil por su aportación gráfica y escrita, y de profundo contenido documental.
La relación bibliográfica debemos concluirla, desgraciadamente, con un libro que no debiera haber sido publicado. Nos referimos al de Joaquín Gómez Burón, reportaje oportunista, incompetente, ligero y frívolo, en el que abundan los errores y las apreciaciones gratuitas. Un mal colofón, pues, para este centenario que, si en parte se desarrolló a trancas y barrancas, tuvo también aciertos y aportaciones muy destacadas. Pero hay intromisiones que resultan imposibles de evitar. Que don Antonio el bueno disculpe a todos los que se interpusieron en la conmemoración de su nacimiento. ■ **P. C.**

P. D.—Al cerrar la anterior crónica se anuncia la puesta en venta de otros tres libros sobre Machado, de los cuales ya no nos podemos ocupar. Son «La experiencia del tiempo en la poesía de Antonio Machado», por Vidal Lamíquiz Ibáñez; «Antonio Machado, verso a verso», por Francisco López Estrada (ambos editados por el Departamento de Publicaciones de la Universidad de Sevilla) y «La teología de Antonio Machado», por José María González Ruiz (Ediciones Marova. Madrid).

Cabeza de Antonio Machado, esculpida por Pablo Serrano, quien la ideó como parte del monumento que habría de erigirse en Baeza al poeta. Al prohibirse —igual que sucedió ahora, en 1975, con otros tantos actos— el homenaje nacional que iba a acompañar la inauguración de dicho monumento, nunca llegó a cumplir sus fines.

LA ESPAÑA DEL XVIII

Con la publicación del libro de **Gonzalo Anes, «El Antiguo Régimen: Los Borbones»,** queda completa la edición de la **Historia de España Alfaguara,** obra encomendada a un grupo de especialistas coordinados y dirigidos por **Miguel Artola.**
El intento común de la colección de utilizar un modelo de análisis que pueda aglutinar una amplia gama de factores —nivel demográfico, estructura económica, sistemas de comunicación social, organización estatal, política exterior, vida artística y cultural—, plantea un gran número de dificultades.

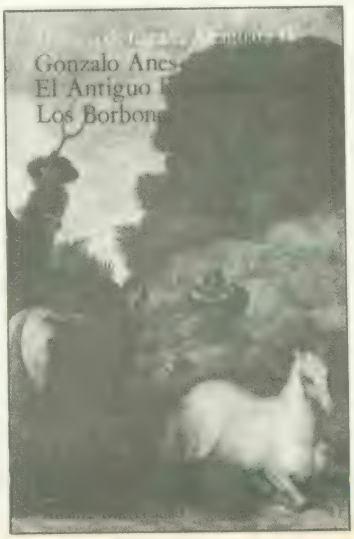
La primera de ellas es, sin duda, la penuria de estudios históricos en lo que concierne al Antiguo Régimen, y especialmente en lo que afecta al siglo XVIII. De ahí que en el libro de Gonzalo Anes esta falta de trabajos se convierta para el autor casi en una obsesión. Veamos algunos ejemplos. Al considerar los cambios de población en las distintas regiones, se nos dice: «...de momento no es posible realizar muchas precisiones en cuanto a eso». Si se trata de plantear la situación de los «no campesinos», encontramos: «No se han realizado estudios detenidos sobre la producción artesanal en la España del siglo XVIII. Debido a ello resulta difícil establecer un cuadro de conjunto, y es totalmente imposible aducir datos cuantitativos que permitan un análisis global». Si lo que tratamos es de considerar la base económica del estamento nobiliario, surge: «...falta de información cuantitativa necesaria para poder analizar los cambios operados durante la centuria...»; ejemplos todos ellos que evidencian hasta qué punto ha resultado difícil la realización de una obra necesariamente de síntesis, dadas las características de la colección.

Gonzalo Anes, consciente de estas dificultades, no trata —como vemos— de escamotearlas ni de suplirlas con análisis aventurados, sino de asumirlas plenamente diciéndonos siempre hasta dónde las investigaciones realizadas nos permiten llegar en nuestras afirmaciones.

Pero para comprender plenamente cómo esta dificultad afecta en concreto al siglo XVIII español, conviene hacer unas consideraciones de tipo general sobre el tema.

Podríamos sintetizar la situación del XVIII español señalando como rasgos típicos del proceso de industrialización en España la fuerte regionalización de los grupos industriales y la sumisión de la industria a las fluctuaciones de la actividad agraria del país. Los comienzos de la industrialización habría que situarlos en los principios del XVIII, teniendo una incidencia escasa en el desarrollo económico del país. Dicha actividad industrial surgió como consecuencia del proteccionismo oficial por un lado, cuyos resultados no fueron muy satisfactorios, y la iniciativa privada por otro, concretada esta última en la industria sedera de Valencia, la metalúrgica del País Vasco, la hullera de Asturias y la algodonera de Cataluña. Rasgos, todos ellos, ya señalados por J. Vicens Vives.

Regionalización de los núcleos industriales, sumisión a la actividad agraria, evolución de ésta frente a la ganadería, incidencia del factor demográfico, aumento de las necesidades a atender que derivan de ésta última, y cambios cualitativos surgidos como consecuencia de los cuantitativos, son variables a estimar y cuantificar, constituyendo puntos de estudio que sólo en ocasiones han sido atendidos por los especialistas.



A estos problemas hay que añadir todos los que derivan del estudio de las fricciones en el seno de una sociedad estamental, incapaz de adaptar sus esquemas a la nueva situación económica en gestación.

En relación con estos dos tipos de problemas a los que venimos aludiendo, el autor ha podido contar, fundamentalmente, con los estudios realizados por Pierre Vilar, Felipe Ruiz Martín, Francisco Bustelo, Jordi Nadal, Josep Fontana, Antonio Domínguez Ortiz, Richard Herr, Miguel Artola y Jean Sarrailh que, junto a los anteriormente realizados por él mismo, tocantes sobre todo a las crisis agrarias y a los transportes, han constituido la apoyatura básica de esta obra. Los factores a analizar se estudian en la dirección y profundidad que permiten las investigaciones existentes, lo que hace que la obra sea desigual. Aspectos particulares y de amplitud reducida alcanzan en ocasiones un desarrollo muy amplio, mientras que otros, más necesarios en principio para la comprensión del periodo, se han visto muy limitados (resaltamos como ejemplo de estos últimos el dedicado al proceso de producción artesanal, proceso de producción manufacturero).

La obra se organiza en nueve capítulos, y en ella se abordan:

— El estudio de la población española, en el que se han seguido los estudios de Bustelo y de Livi Bacci, que llevan a concluir que la población española aumentó a un ritmo mayor que en Inglaterra, aunque menor que en Francia.

— El análisis de los estamentos de la sociedad española en el siglo XVIII, para lo cual se han utilizado fundamentalmente los trabajos de Antonio Domínguez Ortiz, y más en concreto su obra **«La sociedad española en el siglo XVIII».**

— La economía, sin duda el capítulo más completo y personal de toda la obra, debiendo destacarse el interesante estudio dedicado al sector agrario, los caminos y medios de transporte. Dentro de este mismo capítulo, Gonzalo Anes estudia el artesanado y la manufactura, manifestando que la existencia de 98.321 maestros frente a los 81.508 oficiales y aprendices en la Corona de Castilla permite inferir, para este ámbito geográfico, que eran numerosos los talleres en los que trabajaba un maestro solo. Este razonamiento nos parece algo forzado, y ello por dos razones: en primer lugar, realizar una generalización para un conjunto de 22 provincias resulta en estos momentos excesivo, más aún, si tenemos en cuenta el caso particular de Madrid; pero todavía nos resulta el razonamiento más forzado si consideramos un hecho que el autor ha pasado por alto: la posibilidad de constatar en España (como ya Henry Hauser lo había hecho en el caso francés) la existencia de dos tipos, no legales (salvo en determinados gremios a fines de siglo) aunque sí reales, de maestros: el maestro - empresario y el maestro - obrero que vive en una situación de total subempleo, unida su suerte más a los oficiales y aprendices que a aquellos que gozan de igual titulación que él. Lo cual nos coloca ante la necesidad de calibrar el avance del proceso de producción manufacturero.

— La organización política y administrativa, así como los problemas políticos del siglo, para cuya consideración se han tenido muy en cuenta, entre otros, los trabajos de G. Desdevises du Dezert, Jean Sarrailh, Richard Herr y Miguel Artola.

— La América española del siglo XVIII, tema al que apenas se dedican diez páginas, lo cual se hace a todas luces insuficiente. Hubiéramos deseado que un especialista de la talla de Gonzalo Anes hubiera abordado decididamente las notas que caracterizaron las relaciones económicas entre la Península y la América española, cuestión de gran interés, especialmente si consideramos el extraordinario papel jugado por el comercio exterior en el modelo británico de tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad burguesa.

Por último, la obra se cierra con el estudio de la cultura y el arte, siendo éste sin duda el capítulo más flojo de todo el libro, especialmente en lo tocante a la arquitectura, escultura y pintura, que aparecen resueltas en ocho páginas de las 513 de que consta esta obra. Y es que a veces olvidamos, como ha señalado Nicos Hadjinicolaou, que debemos considerar la «ideología en imágenes» como una región del nivel ideológico, y que como tal ha de ser abordado su estudio.

A modo de resumen, podemos concluir diciendo que la obra resulta fundamentalmente un balance de los últimos estudios realizados sobre el tema, y por ello desigual en la extensión y profundidad con que son abordados los diversos aspectos, lo que hace que el conjunto resulte, en ocasiones, poco conexo, dando la impresión de haber sido realizado más por adición que de un modo orgánico.

Pese a ello, es un libro de interés para el acercamiento a lo que hasta hoy conocemos de la España del s. XVIII, y que además cuenta con el aliciente (como todas las que forman la Historia de España Alfaguara) de recoger una muy cuidada bibliografía. ■ **LUIS GALIANO.**

EL FRACASO DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL

El profesor **Nadal Oller,** discípulo y colaborador de Vicens Vives, cuyas aportaciones a la demografía y a la historia económica de España son bien conocidas, quiere hacer en este libro (Nadal, Jordi: **«El fracaso de la revolución industrial en España. 1814-1913».** Esplugues de Llobregat, Barcelona. Ediciones Ariel, 1975, 314 págs.) una contribución a la historia económica de nuestro siglo XIX, partiendo de la hipótesis de la «incidencia sobre la economía española del modelo clásico, a la inglesa, de desarrollo» (p. 9). Considerando la siderurgia, la minería del carbón y la industria textil algodonera como elementos básicos de la revolución industrial, se propone, a través del análisis de estos tres sectores, no caer en «ese otro pecado, llamémosle de ideologismo a ultranza... que al empecinarse en el análisis exclusivo del movimiento, antes de indagar con exactitud el estado de las fuerzas productivas (ha metido) la historia de la clase obrera española —igual que la de la burguesía—... en un auténtico callejón sin salida» (p. 13).

En el primer capítulo analiza la falsa pista del aumento demográfico. El planteamiento clásico, que consideraba la población como variable autónoma que determinaba los cambios económicos, ha quedado superado. Hoy se trata, más que nada, «de fijar las relaciones que puedan haber entre los cambios demográficos y los cambios económicos» (p. 15). España es un caso anómalo. La evolución anterior al siglo XVIII no fue normal; los 7.500.000 habitantes del discutido censo de Campoflorido (1717) arrojan una población muy inferior a la soportable por el territorio, inclusive bajo una economía de antiguo régimen. El incremento de la población entre 1717 y 1860 no fue el resultado de la revolución industrial, sino que tuvo lugar «en plena

vigencia del antiguo régimen económico» (p. 21). Resumiendo: «ni revolución industrial, ni revolución demográfica» (p. 21). En 1900 España mantenía unos índices de natalidad bruta (33,8 ‰), de mortalidad (28,8 ‰) y de esperanza de vida (35 años), que la situaban en «un nivel rebasado por los pueblos escandinavos ciento cincuenta años antes» (p. 22).

Desde 1788 se incrementan las remesas procedentes de las colonias americanas al tiempo que desciende la renta de aduanas, equivalente al

30 % de los ingresos ordinarios del Estado de 1788 a 1792, al 24,2 % entre 1793 y 1797 y al 18 % entre 1803 y 1807. «En 1814..., España era incapaz de contener la emancipación americana... La trayectoria española se sitúa en las antípodas de la trayectoria británica» (p. 26), cuya hacienda da el gran salto entre 1801 y 1810, mientras que la española no incrementa sustancialmente sus recursos hasta el decenio 1851-1860. No queda, pues, más solución que recurrir al préstamo y endeudarse progresivamente; el autor analiza con detalle el proceso. Por lo que respecta al discutido problema de la incidencia del tendido de la red ferroviaria en la economía española, Nadal señala cómo la inversión en medios de transporte fue casi siete veces superior a la inversión industrial. Rebatiendo los planteamientos de Tortella —«la tesis me parece, en sus términos tan tajantes, difícil de sostener» (p. 38)— mantiene que la alternativa no se planteaba entre ferrocarril e industria, sino «entre un sistema ferroviario y otro sistema ferroviario» (p. 46). Por otra parte, «... al menos en la cúspide, hubo estrecha correlación entre el grado de concentración capitalista y el volumen de la inversión ferroviaria» (p. 47). «Es decir, que se ha hecho de los ferrocarriles un instrumento de extracción y de tráfico internacional» —«la extracción apuntaba sobre todo a los productos mineros»— «y no lo que principalmente debían ser, un instrumento de producción y circulación» (p. 48).

Estudia en el capítulo tercero la desamortización del suelo, condicionada en todas sus etapas por los angustiosos apuros de la hacienda y cuyos resultados «fueron peores de lo que se esperaba» (p. 61). Las desamortizaciones hicieron pasar a los campesinos «de la condición de siervos con tierra a la de hombres libres privados de ella» (p. 64). La política agraria, planteada «al servicio de los magnates», impidió el arraigo «en los campos españoles, de las formas liberales de gobierno» (ibídem), lanzando a los campesinos al carlismo, a la revuelta o a la emigración masiva.

Originada por las mismas estrecheces hacendísticas, no tuvo mejores resultados la desamortización del subsuelo desencadenada por la legislación de la revolución de septiembre («Bases generales...» de 29/12/1868) que, aunque abrieron una insospechada era de esplendor a la industria extractiva española, convirtieron los principales enclaves mineros en propiedad indiscutida del capital extranjero, tanto en el plomo, como en el cobre, mercurio y hierro.

En el quinto capítulo se ocupa del problema carbonífero. Analiza la trayectoria de la minería asturiana, cuyo desarrollo estuvo siempre vinculado al de la metalurgia autóctona, supeditada a su vez, en la mayoría de los casos, a las finanzas extranjeras. Cuando en la década de los ochenta, el centro de gravedad de la siderurgia española se desplaza de Asturias a Vizcaya, la minería asturiana tiene que enfrentarse con la necesidad de situar su producción fuera de los límites provinciales. La carestía de los fletes y la mejor calidad y competencia del carbón inglés —«la hulla cribada de Newcastle se vendía más barata que la del mismo tipo de Sama de Langreo en los puertos de Cádiz y Cartagena» (p. 136)— terminaron desalojando el carbón asturiano del litoral peninsular. No corrió mejor suerte el carbón del interior (Córdoba, Palencia, León, Sevilla).

Ni fueron menores las dificultades que tuvo que superar, desde sus orígenes, la siderurgia peninsular. El art. 20 de la ley general de 1855 concedía una franquicia absoluta —lograda gracias a la presión del capital francés sobre los legisladores del bienio progresista— a la importación de toda clase de material ferroviario. En estas condiciones, el tendido de la red española se hizo al margen de la siderurgia peninsular. Nadal estudia detenidamente el foco malagueño, cuna de la siderurgia española, que tropezó siempre con la falta de carbón mineral por lo que, a causa de los enormes costes que imponía el uso de carbón vegetal, fue barrido de la competencia. A la hegemonía andaluza sucedió la asturiana de 1864 a 1879. Desde esta última fecha, el centro de la siderurgia española comienza a desplazarse, como ya se ha indicado, hacia Vizcaya. En las primeras empresas vascas hubo una fuerte participación de capital catalán. La venta de mineral de hierro a Inglaterra y el retorno de los barcos cargados de carbón inglés, proporcionaron «la base financiera imprescindible y el combustible necesario... de esta forma, en vez del eje Bilbao-Gijón, se ha constituido el eje Bilbao-Cardiff» (p. 181). Por lo que respecta a la construcción naval, en 1884, «el 97 % de las unidades y el 99 % de los arqueos correspondían a navíos construidos fuera, generalmente en astilleros escoceses» (p. 158). En fin, la siderurgia tuvo siempre como principal problema lo elevado de sus costes y aunque los productores lo achacasen a la escasa demanda, no hay que olvidar tampoco que se trataba de una producción excesivamente diversificada: «la ventaja vizcaína estaba del lado del mineral de hierro; su desventaja, del lado del combustible. En estas condiciones hubiera sido razonable limitarse a la primera fusión... y dejar para otros países los procesos siderúrgicos ulteriores...» (p. 187).

El último capítulo lo dedica Nadal a la industria algodonera catalana. La mecanización impuso la localización de esta industria en unas determinadas áreas geográficas (Barcelona, Maresme, Camp de Tarragona y Garraf, principalmente) distintas de las tradicionales del siglo XVIII; el coste de la maquinaria impulsó la concentración de las empresas. La industria algodonera catalana progresó ininterrumpidamente a lo largo de casi un siglo, exceptuando el breve paréntesis de 1858-1863. Ahora bien, típica industria de consumo, dependía muy directamente del rendimiento y comercialización de las cosechas. Por ello no es, ni mucho menos, casual que los fabricantes barceloneses hayan sido «los más solícitos defensores del cereal español» (p. 210). «En cualquier caso, el campo siempre como telón de fondo de la industria textil» (p. 212). El estudio de la balanza de cabotaje de 1859 —fecha en la que en España sólo había 1.148 kms. de vía férrea abierta al tráfico— «permite conocer hasta qué punto había llegado a ser estrecho el vínculo que unía las ventas de tejidos de algodón y la comercialización de los cereales indígenas» (ibídem). Cuando, a partir de 1880 el cereal americano y ruso inmoviliza las cosechas castellanas en sus puntos de origen, «la crisis agraria, de sobreproducción, o de falta de ventas, está a punto de desencadenar la crisis algodonera» (ibídem).

En las conclusiones, Nadal compara los valores añadidos de la industria del hierro y de la industria algodonera, llegando al resultado de que «en 1913, al término de la centuria, tomada en consideración en este libro,

la industria algodonera española "valía", como mínimo, cerca de seis veces más que la industria del hierro». Con estos datos, y empleando el esquema de Hoffmann, Nadal muestra que en 1913 España permanecía todavía dentro del primer estadio del proceso de industrialización: «después de iniciar el movimiento con las naciones del segundo grupo, esto es, con relativa prontitud, España se rezagó en relación con sus primeras acompañantes, para situarse en las posiciones de otras naciones industrialmente más jóvenes. En este sentido, y salvando todas las distancias, que son enormes, el caso español presenta cierta semejanza con el caso ruso...» (p. 237). O, como indica en otro lugar, «el caso español es menos el de un **late joiner** que el de un intento, abortado en gran parte, de figurar entre los **first comers**» (p. 226).

El reducido espacio de una recensión no permite dar una idea cabal de la extraordinaria riqueza de datos que contiene el libro del profesor Nadal, ni de la cantidad de temas incidentalmente abordados, ni de las sugestivas hipótesis planteadas. En cualquier caso, no caemos en el consabido tópico al decir que nos encontramos ante un libro importante, cuando en un reciente y agudo artículo, Josep Fontana, al plantear la apremiante necesidad de cambiar radicalmente los esquemas pedagógicos en la enseñanza de la historia, subraya la urgencia de «elaborar unos textos que hagan posible el desarrollo de programas de este estilo. Los que hoy por hoy poseemos **—con escasas excepciones, como la muy destacada del reciente estudio de Nadal sobre la industrialización española—** no sirven para ello» (Josep Fontana, «Para una renovación de la enseñanza de la historia», **Cuadernos de Pedagogía.** N.º 11. Noviembre de 1975, p. 13. El subrayado es mío).
■ **FERNANDO REIGOSA.**

EL DERECHO DE ASOCIACION OBRERA

En un reciente ensayo aparecido en el Boletín de la Fundación Juan March, el profesor Tomás y Valiente precisaba hasta qué punto la renovación de la historia del Derecho obliga a una ruptura con la concepción tradicional que tiende a presentar la norma como un objeto en sí, no contaminado por realidad alguna exterior a ella: «La Historia del Derecho concebida como ciencia jurídica debería consistir en la formulación vertical y abstracta de unos problemas jurídicos y en la exposición del repertorio de soluciones que el "Derecho histórico" ha ofrecido a tales problemas, pero siempre sin relacionar cada problema y cada solución jurídica ni con otros de la misma naturaleza y coetáneos, ni con realidades ajenas al Derecho». Como el propio Tomás y Valiente advierte a continuación, una historia del Derecho trazada según estas pautas se convierte en pieza de erudición para el jurista y en aparato puramente documental para el historiador empeñado en la construcción de una interpretación global del pasado.

Siguiendo la misma argumentación del profesor de Salamanca, la recuperación de la historia del Derecho ha de hacerse a partir de su consideración como disciplina estrictamente histórica, definida a partir de la especificidad de su objeto, lo que a su vez no entraña la aparición de un orden autónomo ni mera yuxtaposición con los datos procedentes de otros sectores del proceso social, sino introducir como supuesto previo al estudio de las instituciones jurídicas los «modos de creación» del Derecho. Con esta expresión apunta Tomás y Valiente a las conexiones del complejo de instituciones jurídicas con el sistema político, las relaciones de clase, que las normas vienen a ordenar. Así, en todo período histórico el sistema jurídico, más o menos coherente, responde a una determinada distribución del poder social y económico y a su vez deviene el armazón de su mantenimiento.

La operatividad de este enfoque ha sido contrastada por el propio Tomás y Valiente en sus conocidos estudios sobre la legislación desamortizadora y la tortura en España. Pero cabe, además, celebrar que semejante trayectoria no se limite ya a un autor o a una escuela: el reciente libro de **Manuel R. Alarcón, El derecho de asociación obrera en España (1839 - 1900)** es una nueva prueba de la importancia de las aportaciones que de esta historia social del Derecho cabe esperar.

En el caso del tema abordado, el derecho de asociación a lo largo del XIX, el vacío correspondiente a la historia jurídica surgía de modo espectacular a la vista de las imprecisiones en que uno tras otro incurrían los historiadores del movimiento obrero al desdeñar toda aproximación al conocimiento de los cambios normativos. No hay más que recordar las supuestas prohibiciones o autorizaciones en relación a la Sociedad de Protección Mutua de Tejedores de Algodón, el primer protagonista del asociacionismo obrero en la década de 1840. En un libro de hace pocos años, **Anarquismo y revolución en la España del XIX,** Clara E. Lida llegaba a suponer la existencia de una «ley de Asociaciones de 1839» (por la Circular de Gobernación que sirve de base a la formación de sociedades mutualistas), al mismo tiempo que desdobla la personalidad de la Sociedad de Tejedores. Pero no hay que buscar sólo las pajas en el ojo ajeno: en 1970, mi antología sobre **Socialismo utópico español** acertaba al fijar en 1850 el término de la fase inicial de las corrientes utópicas, pero el punto de inflexión resultaba inexplicable al no tomar en consideración los cambios habidos en la legislación de imprenta que en dicha ocasión apunta por vez primera a la ilegalidad de las opiniones críticas respecto al derecho de propiedad.

En este sentido, la revisión a que procede Alarcón de la normativa concerniente a las asociaciones

obreras constituye un instrumento básico para entender el desenvolvimiento de las organizaciones obreras. Ahora bien, como el mismo autor subraya, no se trata de encadenar en el vacío las disposiciones, sino de mostrar cómo las mismas surgen de un contexto social y político, que en segundo grado determinan en su evolución ulterior. El derecho de asociación de la clase obrera se explica a la luz de las peculiaridades de la revolución burguesa en la España del XIX y se constituye en supuesto condicionante de la práctica obrera. De ahí que Alarcón arranque del planteamiento de problemas en apariencia externos a la historia jurídica, tales como la transición del feudalismo al capitalismo en España, viéndose forzado a arriesgar la elaboración de esquemas interpretativos propios cuando surgen ante él vacíos en la reconstrucción historiográfica de nuestro XIX. Con buena fortuna, en especial al trazar las conexiones entre la primera fase de la revolución industrial, la formación de la burguesía, el sistema político, las reacciones obreras y el incipiente socialismo utópico; con esquematismo excesivo otras veces, como al hablar de las características del modo de producción feudal. En cualquier caso, se trataba de una servidumbre inevitable supuesta la perspectiva metodológica de la obra.

La aportación mayor, no obstante, corresponde al orden estricto de la historia del derecho de asociación, conjugando datos propios e investigaciones ajenas para la etapa anterior a 1868, y siguiendo pautas originales en las tres últimas décadas del siglo. El análisis de la legislación se complementa con el estudio de los debates parlamentarios y con la recogida de datos sobre el alcance social de las normas. La única objeción sobre este punto corresponde a la necesidad de una segunda fase de investigación que abarque la actuación judicial respecto a las asociaciones obreras y sus miembros, imprescindible para entender el eclipse de las asociaciones en los años que siguen a la Restauración canovista. El propio Alarcón advierte esta laguna al recoger varias sentencias del período aludido, en el Anexo documental, así como previamente en el apartado sobre «La evolución jurisprudencial y doctrinal en torno a los derechos de reunión y asociación y al delito de huelga». Habría que hacer entrar en juego los datos, tal vez desaparecidos hoy en su mayoría, procedentes de los Gobiernos civiles y de la policía gubernativa.

Por encima de estas observaciones, el trabajo de Alarcón Caracuel supone una contribución de primer orden a la historia social de la España contemporánea, aun a riesgo de desagradar a los defensores de una historia «pura» del Derecho. El libro se inserta, por otra parte, en la notable serie de estudios históricos que vienen publicando las **Ediciones de la Revista de Trabajo:** los libros antológicos sobre Pascual Carrión y Bernaldo de Quirós, presentados por el Prof. García Delgado; la primera traducción española del libro de Marvaud, **La cuestión social en España** (a cargo de J. J. Castillo y J. M. Borrás); la reedición en facsímil de la **Regalía de amortización,** de Campomanes, por F. Tomás y Valiente, etcétera (1). ■ **ANTONIO ELORZA.**

(1) Sobre esta colección, véase la reseña «La vuelta de los clásicos» en TIEMPO DE HISTORIA, número 10, página 120.

DIALOGOS DEL INDIVIDUALISMO

En 1885 Johann Most publicaba un folleto con este largo título: **Ciencia de la guerra revolucionaria: Manual de instrucción en el uso y preparación de nitroglicerina, dinamita, algodón pólvora, mercurio fulminante, bombas, fulminantes, venenos, etc., etc....** Y allí, en su loa a la dinamita, dice que «una libra de esta encomiable sustancia derrota por completo a un quintal de votos; no lo olvidéis». La historia sin embargo parece guardar más recuerdo de los quintales de votos, tácitos o expresos, que de las explosiones anarquistas.

Ahora, cuando ya le han extendido certificado de defunción, aumentan los estudios sobre este movimiento, en parte debido a los platónicos simpatizantes con que cuenta en los medios universitarios, alguno de los cuales lo ve como levadura libertaria para fecundar corrientes más autoritarias. Uno de ellos es **Irving Louis**

Horowitz —colaborador y editor de Wright Mills— que ha compilado con generoso criterio una serie de escritos relacionados con **el anarquismo** (1). Horowitz engloba los diecinueve autores antologados en tres partes: el anarquismo como crítica de la sociedad (Diderot, Malatesta, Proudhon, William Godwin, Bakunin, Kropotkin, Benjamín Tucker y Rudolf Rocker); El anarquismo como estilo de vida (Conrad, Dostoyevsky, Tolstoi, Camus, Emma Goldman, Sacco y Vanzetti); el anarquismo como sistema filosófico (Stirner, Thoreau, Josiah Warren y Herbert Read).

Por la lista podemos ver que más de una consideración estricta del anarquismo desde un punto de vista político, Horowitz ha ido a ofrecer un panorama amplio, pero no exhaustivo, de ideas y tendencias que va glosando en su estudio preliminar.

Parte de la idea de naturaleza, de la consideración esencial de la misma y del rechazo que el anarquismo hace todo lo que se opone a ella. De ahí vendría su carácter antitecnológico; su internacionalismo, en cuanto que el nacionalismo es un fenómeno antinatural y engendrador de guerras, antinaturales también. Horowitz ilustra la idea de naturaleza con un hermoso texto de Diderot, que es también un alegato anticolonialista e incluso anticonsumista: «La caída del hombre natural». Allí se dice: «Somos inocentes, somos felices; y tú no harás sino destruir nuestra felicidad. Seguimos el sim-

ple instinto de la naturaleza, y tú has tratado de borrar de nuestras almas su huella. Aquí todo es de todos; y tú nos has predicado yo no sé qué distinciones entre lo tuyo y lo mío (...). Somos un pueblo libre, y tú has venido a implantar en nuestro país los títulos en los que se apoyará nuestra futura esclavitud. No eres ni un dios ni un demonio. ¿Quién eres entonces para hacer esclavos? (...). Poseemos todo lo que nos parece necesario y bueno. ¿Acaso somos dignos de desprecio, por no haber sabido crearnos necesidades superfluas?»...

Natural sería la persona, base del anarquismo individualista, extendido en América y que encuentra sus raíces por un lado en Max Stirner y por otro (el conservador) en el utilitarismo y en Spencer (autor, recordemos, de «The man versus state»). Su impronta en la vida americana, que señala Horowitz muy preocupado por la extensión de la idea en los Estados Unidos, ha llegado según él a derivaciones sorprendentes. Una de ellas, por ejemplo, estaría en el derechismo de Barry Goldwater, a quien por la inercia mental que se tiene al aplicar el lenguaje calificamos de conservador (¡difícilmente puede conservar algo quien esgrime la bomba atómica como argumento!)... Por este lado del individualismo, y siempre dentro de la vertiente americana más cercana al autor, enlaza al anarquismo con el «espíritu de frontera». Y por el de «ascetismo laico» con la secularización de la ética protestante tal como la señaló Max Weber. Ello llevaría a parte de los anarquistas americanos a que «se encontraran progresivamente ligados a causas pequeñoburguesas» y que «se convirtieran en los primeros críticos coherentes del socialismo en América»... Las críticas, más o menos coherentes, también llegaron fuera de América. «Cuando hablan del carácter represivo del bolchevismo —escribe Horowitz— no se puede por menos que admirar la perspicacia de sus predicciones. Por otra parte, siempre dejan una cierta insatisfacción las críticas que nunca pueden equivocarse, porque siempre se desarrollan en el reino de lo que **debería** ser. El anarquismo es un alegato de la perfección contra un mundo imperfecto». Practican una ideología de la negación que «no constituye una herramienta adecuada para la rebelión de clase». En todo caso por eficiente que pueda ser a la hora de desmontar no parece que mantenga su vigencia a la hora de construir. Y así el autor —que incluye a Thoreau en su antología— cuando habla del ghandismo triunfante dice: «Todas las intenciones de pacifismo anarquista quedaron subvertidas ante las necesidades prácticas cotidianas de vigilar las fronteras, entrenar un ejército, desarrollar una fuerza burocrática y convertirse en potencia mundial». Tareas un tanto alejadas de aquella autoliquidación que se consideraba como la más legítima de las que el estado había de acometer... La historia demuestra que los estados no se autoliquidan, sino que cada vez se fortalecen más. Vieja idea que también señala Camus, en uno de los textos de esta antología «todas las revoluciones modernas desembocaron en un reforzamiento del Estado». Las críticas éticas del Tolstoi posterior a su conversión de 1874, su carta de apoyo al joven Ghandi que empezaba su larga lucha en el Transvaal, poco pudieron hacer.

Queda, sin embargo, su fermento crítico, el que Horowitz trata de mostrar y potenciar, insertado en la «reforma de inspiración intelectual». Y así dirá: «El punto de coincidencia es la visión crítica del presente que ambas comparten, la común necesidad de ver en el presente un momento en la historia, más que el momento de la historia, y una común necesidad de hacer que lo mejor sirva como crítica de lo bueno». ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

(1) **«Los anarquistas: 1/ La teoría»**, selección y prólogo de **Irving Louis Horowitz**, Alianza Editorial, El libro de bolsillo, n.º 574, 402 páginas. (En el n.º 584 de la misma colección se anuncia la segunda parte de la obra, dedicada al estudio de la práctica anarquista).

PARA NO MARCHAR AL MATADERO

Brecht no se engañó en ningún momento sobre la naturaleza real del fenómeno fascista. Con singular clarividencia supo poner al descubierto el cálculo político tan hábilmente disfrazado bajo la histeria nacionalista del régimen de Hitler. Y para combatirlo utilizó el arma más poderosa de que disponía: su teatro.

Ya en «Cabezas redondas y cabezas puntiagudas», comenzada el mismo año de la toma del poder por los nazis aunque reelaborada más tarde, durante su exilio en Dinamarca, recurre Brecht a la fábula escénica para desmontar dialécticamente la demagogia racista de los profetas del Tercer Reich y sacar a relucir de paso el contubernio entre el gran capital y el movimiento nacionalsocialista.

A ese género de parábolas abiertamente antifascistas pertenece también «La resistible ascensión de Arturo Ui», cuyo estreno en Madrid, en versión de Camilo José Cela, ha sido, sin duda, el gran acontecimiento de la temporada.

La crítica no ha recibido de modo unánime esta obra escrita por Brecht en 1941, ya en los Estados Unidos. Un cierto sector trató inmediatamente de minimizar la importancia de este texto brechtiano aunque elogiando al mismo tiempo —y en esto no ha habido discrepancias— tanto la versión de Cela como la inteligente interpretación de José Luis Gómez y sus compañeros del teatro de la Plaza. Los argumentos esgrimidos fueron varios: se trataba de una obra menor sin comparación posible con «Madre Coraje»; no llegaba a convencer el paralelismo querido por Brecht entre la historia de gangsters y verduleros de Chicago que vemos en escena y la subida al poder de Hitler; todo resultaba en la obra excesivamente esquemático...

Otros críticos hicieron hincapié, por el contrario, en los aspectos positivos de la obra: su continuada vigencia, su eficacia, la oportunidad de su estreno máxime cuando, a pesar de todo, Brecht sigue siendo un autor muy pocas veces representado aquí...

De todos los defectos que apuntaron los críticos del primer grupo, tal vez sea el relativo al supuesto esquematismo de la obra el único de cierta consistencia. De hecho llegó a preocupar al propio Brecht. En «Cabezas redondas y cabezas puntiagudas» se había enfrentado ya el autor a las limitaciones propias de la parábola como fórmula de su teatro épico. La parábola permitía ciertamente, a través de la abstracción, desenredar la complicada madeja del proceso histórico-social a la vez que articular dialécticamente lo individual y lo colectivo, sin embargo, esa misma abs-

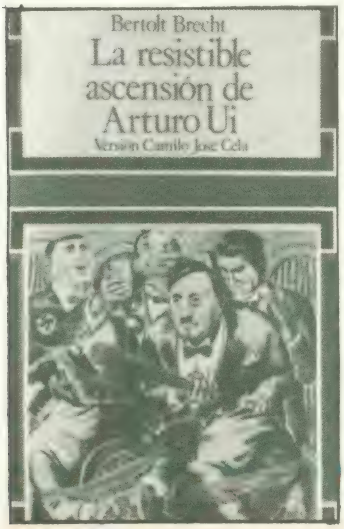
tracción impedía toda matización necesaria para el entendimiento de ese proceso.

La experiencia ganada a través de esa obra, que tantos puntos de contacto ofrece con el «Arturo Ui» hizo que Brecht desistiera, en esta nueva parábola, de representar el acontecer social en sus distintas facetas y ramificaciones y que optara por dejar prácticamente fuera a uno de sus protagonistas: el proletariado.

Efectivamente, según él mismo reconoce, Brecht no hubiera podido incorporar al proletariado sin dar entrada al mismo tiempo a los obreros en paro, y tampoco habría podido renunciar entonces a la presencia de los partidos políticos, ni de los sindicatos, etc., etc. De todo ello habría resultado una obra gigantesca pero inservible para los fines didácticos y políticos inmediatos que perseguía con su teatro. Al fin y al cabo no se trataba de realizar todo un estudio sociológico sino de escribir una fábula que abriese los ojos incluso a los más dormidos. Y eso es, ni más ni menos, «La resistible ascensión de Arturo Ui».

Su gran lección —y ahí se confunden, si no es que tratan a su vez de confundirnos— quienes niegan su vigencia y oportunidad es la de que el fascismo no es algo enmarcado por unas fechas históricas y que ya sólo es posible encontrar en letra impresa y con abundancia de ilustraciones en los libros de Historia o las enciclopedias a pagar a plazos.

El que no se dé cuenta de esto es que no ve o que quiere, como dice Brecht, marchar «como el cordero al matadero».



He dejado para el final, aunque de justicia hubieran debido figurar al principio, los debidos elogios a la labor de Cela, autor de tan fuerte personalidad que tenía necesariamente que marcar con sello inconfundible su versión de Brecht. La crudeza del lenguaje celiano, siempre irónico, se acomoda perfectamente al mundo hampesco de Arturo Ui.

La publicación del texto íntegro por la editorial Júcar ofrece, además, algunas sorpresas: por ejemplo, la admirable escena en la que un actor enseña a Ui a caminar «como en la ópera» y luego a recitar la oración de Marco Antonio ante el cadáver de César. Todo un homenaje a Shakespare, de quien tanto se inspiró en la escena isabelina para, a partir de ahí, hacer algo totalmente nuevo y revolucionario ■ **JOAQUIN RABAGO.**

NOTA

Tras la publicación en nuestro anterior número de «La resistible ascensión de Arturo Ui», de Bertolt Brecht, omitimos citar que existía previamente el texto completo de la traducción de Camilo José Cela sobre el original de Brecht, editado por Júcar

OTROS LIBROS RECIBIDOS

AISA, JAVIER, y ARBELOA, VICTOR MANUEL: HISTORIA DE LA UNION GENERAL DE TRABAJADORES (APUNTES SOBRE EL SINDICALISMO SOCIALISTA) (1888-1t31). Editorial Zero. Colección Biblioteca «Promoción del pueblo», Serie P, número 80. Primera edición. Madrid, 1975.

BARTHES, ROLAND: EL PLACER DEL TEXTO. Siglo XXI de Argentina Editores. Colección Teoría. Primera edición. Buenos Aires, 1974.

CONARD-MALERBE, PIERRE: GUIA PARA EL ESTUDIO DE LA HISTORIA CONTEMPORANEA DE ESPAÑA. Siglo XXI de España Editores. Colección Estudios de Historia Contemporánea Siglo XXI. Primera edición. Madrid, 1975.

KELLER, SUZANNE: EL VECINDARIO URBANO. UNA PERSPECTIVA SOCIOLOGICA. Siglo XXI de España Editores. Colección Arquitectura y Urbanismo. Primera edición. Madrid, 1975.

LLORENS, VICENTE: MEMORIAS DE UNA EMIGRACION. SANTO DOMINGO, 1939-1945. Editorial Ariel. Colección Horas de España. Primera edición. Esplugues de Llobregat (Barcelona), 1975.

MARX, KARL: EL CAPITAL. CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA. Libro I: EL PROCESO DE PRODUCCION DEL CAPITAL (dividido en tres volúmenes). Edición a cargo de **Pedro Scaron.** Siglo XXI de España Editores. Colección Biblioteca del Pensamiento Socialista. Segunda edición. Madrid, 1975.

MATE, REYES: EL DESAFIO SOCIALISTA. Ediciones Sígueme. Colección Estudios Sígueme, número 16. Primera edición. Salamanca, 1975.

MENDEL, GERARD, y VOGT, CHRISTIAN: EL MANIFIESTO DE LA EDUCACION. Siglo XXI de España Editores. Colección Educación. Primera edición. Madrid, 1975.

NUÑEZ RUIZ, Diego: LA MENTALIDAD POSITIVA EN ESPANA: DESARROLLO Y CRISIS. Júcar Ediciones. Colección Temas de Ciencias Sociales, número 7. Primera edición. Madrid, 1975.

REVERT CORTES, Antonio: AGUSTIN ALBORS, ENTRE LA LIBERTAD Y EL ORDEN. Publicaciones de la Obra Cultural del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Alcoy, volumen VII. Primera edición. Alcoy, 1975.

SEERS, Dudley, y JOY, Leonard, EL DESARROLLO DE UN MUNDO DIVIDIDO. Ediciones Fondo de Cultura Económica. Sección de Obras de Economía. Primera edición. Madrid, 1975. *(Se trata de un libro colectivo, con selección a cargo de los dos autores citados al comienzo).*

SIMS, Harold D.: LA EXPULSION DE LOS ESPAÑOLES DE MEXICO (1821-1828). Ediciones Fondo de Cultura Económica. Sección de Obras de Historia. Primera edición. Madrid, 1975.

TANNENBAUM, Edward R.: LA EXPERIENCIA FASCISTA: SOCIEDAD Y CULTURA EN ITALIA (1922-1945). Alianza Editorial. Colección Alianza Universidad, Número 144. Primera edición. Madrid, 1975.

LA CRISIS DE FIN DE SIGLO: IDEOLOGIA Y LITERATURA. Estudios en memoria de **RAFAEL PEREZ DE LA DEHESA.** Editorial Ariel. Colección *Letras e Ideas, número* 9. Primera edición. Esplugues de Llobregat (Barcelona), 1975.

La Pasión de Gaspar Hauser

Con una carta de recomendación en la mano, pero sin apenas saber pronunciar ninguna palabra, apareció Gaspar Hauser en una plaza de Nuremberg durante 1828. Su origen y su vida continúan siendo hoy una incógnita.

Miles de páginas se han escrito en torno a Gaspar Hauser, el muchacho de dieciséis años que apareció durante 1828 en una plaza de Nuremberg sin que nadie supiera sus orígenes y con una completa ausencia de conocimientos culturales. Tras ser recogido por varias familias y preceptores que intentaron educarle, murió de forma violenta en Ansbach cinco años después. Las más disparatadas hipótesis surgieron entonces como explicación del nacimiento y la personalidad de Hauser, cuestiones que hoy mismo —casi ciento cincuenta años más tarde— permanecen en la casi total oscuridad. Quizás fuese este aura de misterio lo que, en un primer momento, atrajese hacia el personaje la mirada de numerosos poetas, novelistas y ensayistas; pero después han sido las posibilidades interpretativas que emergían de su figura, el carácter de hecho histórico sobre el que aportar una visión personal y distinta, aquello que más ha fascinado a numerosos autores contemporáneos. Precisamente por la inconcreción en que se mueve la vida de Gaspar, por las enormes lagunas que quedan en su trayectoria —susceptibles de ser utilizadas en los más diversos sentidos—, se sigue volviendo a él una y otra vez en distintos medios de expresión. Sin retroceder hasta el famoso poema de Verlaine («Je suis venu, calme orphelin») o la novela de Jakob Wasserman («Die trägheit des herzens»), baste citar la obra teatral de Peter Handke, «Kaspar» —que tuvo en España, por parte de José Luis Gómez, un nivel de montaje e interpretación paralelo a la excelente categoría del texto, reflexión sobre el poder destructor de un lenguaje que nace de una cultura inhumana—, o la última película de Werner Herzog, «El enigma de Gaspar Hauser», para constatar suficientemente dicha vigencia.

Centrándonos en el film del autor de «Aguirre, la cólera de Dios» (que comentásemos en TIEMPO DE HISTORIA, número 13), resalta la perspectiva personal que Herzog ha adoptado cara a los hechos. Las diez páginas autobiográficas que Hauser escribiese antes de morir, así como la biografía de Anselm Ritter von Feuerbach —uno de sus educadores—, han sido las fuentes empleadas por el cineasta para lo que podríamos llamar «primer nivel» de su película: es decir, la narración de los diversos pasos por los que va transcurriendo la vida de Gaspar, sus años metidos en una cueva, su aparición en Nuremberg, el trato con las familias que le acogen, su

muerte... Pero, indudablemente, es a un muy «otro nivel» de profundidad donde se sitúan las aspiraciones de Herzog. Y no —como ya decíamos ante «Aguirre»— por las variaciones anecdóticas que el realizador haya podido introducir cara a la real existencia de Hauser (sus conversaciones con el profesor de lógica o acerca de Dios; sus ensoñaciones con el Sahara o el Cáucaso; la reducción a un solo profesor de las cuatro o cinco familias que le quisieron educar, etc.), sino por los aspectos que de la realidad acentúa y subraya con el fin de comunicar una serie de ideas al espectador. La configuración del personaje del notario que levanta acta («testimonio de verdad») de todo cuanto sucede y se queda satisfecho con que el complejo caso Gaspar Hauser se limite a ser el resultado de una malformación cerebral del muchacho, traduce —por vía de la ridiculización que se efectúa de dicho personaje— la postura de Herzog: un rechazo consciente y radical de lo anecdótico, de lo superficial, encubridor de la verdadera realidad de las cosas.

Dos hechos más señalan el camino elegido por el cineasta: en primer término, su negativa a centrar la película en los aspectos pedagógicos del tema, en el proceso de aprendizaje educativo de Gaspar, que resuelve con una elipsis cinematográfica de los dos años en que tal proceso se produjo; después, su interés por contraponer la ignorancia, inocencia y desvalimiento de Hauser con una sociedad bienpensante, satisfecha y perfectamente burguesa, que se cree en posesión de los resortes mentales e ideológicos con los que comprender y dominar el mundo, **su** mundo. Al inventarse la conversión del muchacho en una «atracción de feria», en un «monstruo» que suscita curiosidad, Herzog pretende dejar bien evidente este brutal rechazo de todo aquello que una clase social no puede integrar a su gusto; lo mismo que en la «velada mundana» de Lord Stanhope —imaginado, inexactamente, por el cineasta como un «snob» amanerado— caricaturiza los comportamientos frívolos y gratuitos que la presencia de Hauser origina.

Si es cierto que en esta crítica de los núcleos sociales que rodearon a Gaspar con el fin de autosatisfacerse moldeándolo a su manera, cabía esperar un planteamiento mucho más rico y sugerente, que se escapase de un esquematismo ya repetido, no por ello «El enigma de Gaspar Hauser» (o «Cada uno contra sí y Dios contra todos», su título original) olvida su principal objetivo: ofrecernos la «Pasión» de un personaje lanzado a un mundo que desconoce y que quiere imponerle su cultura, su ideología, por encima de las propias necesidades vitales de ese ser humano ■ **FERNANDO LARA.**

La más reciente de las numerosísimas obras dedicadas a este personaje es el film de Werner Herzog «Cada uno contra sí y Dios contra todos» (titulado en España «El enigma de Gaspar Hauser»), al que pertenece este fotograma inicial: Gaspar mira un caballito de madera en la cueva donde se hallaba recluido desde su nacimiento.

SOLO HASTA EL 31 DE MARZO PROXIMO
OFERTA ESPECIAL A NUESTROS LECTORES

TIEMPO DE HISTORIA ha aumentado a 60 pesetas el precio de venta. Lógicamente, el precio de suscripción también ha aumentado, pasando a ser de 600 pesetas para España y de 850 para el extranjero.

Como atención especial a los lectores de TIEMPO DE HISTORIA, y de forma excepcional, se seguirán aplicando los antiguos precios (500 y 700 pesetas) a todas las peticiones de suscripción que se reciban antes del 31 de marzo de 1976.

Para aprovechar esta oferta basta que remitan a TIEMPO DE HISTORIA, Plaza del Conde de Valle Suchil, 20, Madrid-15, el siguiente boletín:

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: «TIEMPO DE HISTORIA» CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20.TEL. 447 27 00. MADRID-15

NOMBRE Y APELLIDOS .....

CALLE O PLAZA .....

N.º ..... TELEF. ..... CIUDAD .....

PROVINCIA ..... PAIS .....

Firma,

SUSCRIBANME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números)

a partir del próximo número del mes de ....

Envío GIRO POSTAL

Formas de pago ☐ Adjunto TALON BANCARIO nominativo a favor de «Tiempo de Historia». ☐ núm. .....

PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL (12 números): España: 500 pesetas. Extranjero: 700 pesetas.

Cuando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se inmentarán las sobretasas postales vigentes.

NUMEROS ATRASADOS

Si usted desea recibir algún número atrasado de nuestra revista, basta con que nos lo solicite a TIEMPO DE HISTORIA, Conde Valle de Suchil, 20, Madrid-15, acompañando a su petición 60 pesetas en sellos de correos por cada ejemplar solicitado, o pagándolo mediante giro postal.

TIEMPO de HISTORIA

AÑO II • NUM. 14 • 60 PESETAS

Ramón Tamames

LA ERA DE FRANCO

BERTOLT BRECHT

LA RESISTIBLE ASCENSION DE ARTURO UI

Director: EDUARDO HARO TECGLEN

EN NUESTRO NUMERO ANTERIOR

LA ERA DE FRANCO. TREINTA Y SEIS AÑOS DE LA VIDA DE ESPAÑA (1939-1975), por Ramón Tamames. ● LOS BORBONES EN ESPAÑA, por Eduardo de Guzmán. ● CUANDO FIGOLS PROCLAMO EL COMUNISMO LIBERTARIO, por E. de G ● «LA RESISTIBLE ASCENSION DE ARTURO UI», de Bertolt Brecht. Texto en castellano de Camilo José Cela. Adaptación escénica del Teatro de la Plaza. ● ESPAÑA 1946. Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara. ● LA RELIGION EN LOS TEXTOS HISTORICOS DEL MARXISMO, por Enrique Miret Magdalena. ● LIBROS: «Los Libertarios»; El materialismo histórico como método; Escritores de la Ilustración; Redimidos, sustitutos y soldados de cuota; Una historia ideológica del evolucionismo. ● DEBATE: Lo específicamente literario y lo otro: Respuesta de Juan Ignacio Ferreras.

LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA

por Enrique Miret Magdalena

«... La unión tan estrecha Iglesia-Estado ha servido para fomentar esta confusa mezcla religioso-política (llamada nacional-catolicismo) que ha desviado el juicio de los españoles durante muchos años...»

«... Ese bombardeo de ideas y preceptos retrógrados, bañados de obligación religiosa estricta, son los que formaron las primeras generaciones de nuestra posguerra. Y esa es una de las causas fundamentales por las que hemos permanecido política, humana y socialmente inmovilizados...»

EN EL PROXIMO NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA